

A romantic scene at sunset. A couple is silhouetted against a bright, golden sun low on the horizon. They are standing on a wooden pier or dock that extends into a body of water. In the background, there are mountains. A vibrant rainbow arches across the sky above the sun. The overall mood is warm and intimate.

AL FINAL
DEL
Arcoiris

IVANNA RYAN



PRODUCCIONES
ORA
MANTENIENDO

1ªEdición: diciembre 2015

©2015 by Ivanna Ryan

©2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica(Group Edition World)

Dirección:

www.edicionescoral.com

al.com/www.groupeditionworld.com

Diseño de cubierta:© by China Yanley

Fotografías de cubierta:©shutterstock

Conversion a epub:Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

AL FINAL
DEL ARCOIRIS

Ivanna Ryan



Sinopsis

¿Qué pasa cuando te enteras que el mundo en el que estás viviendo es de fantasía?

¿Qué sucede cuando sales al mundo real?

¿Y si fuera tu propia sangre quién te obliga?

Katia es una adolescente forzada a cambiar su estilo de vida de manera abrupta.

En esta nueva etapa se verá obligada a vivir diferentes experiencias que la harán crecer tanto física como psicológicamente.

Mauro Lamanna es un detective con una única misión pendiente.

El destino querrá que juntos afronten situaciones difíciles que harán crecer un vínculo inesperado entre ellos.

Una historia sobre el amor y la confianza que te hará dudar hasta dónde serías capaz de llegar por un amor verdadero.

Dedicatoria

*A mi madre María de los Ángeles.
Siempre estarás en mi corazón.*

*Mi táctica es quedarme en tu recuerdo...
mi estrategia es, que un día cualquiera, no sé cómo, ni sé con qué pretexto, por fin me
necesites.*

Mario Benedetti

Capítulo 1

Buenos Aires, Capital Federal

El Fiscal Franco Bellagio se encontraba en un aprieto.

Desde que había sido nombrado para Fiscal General de la Nación, no hacían más que mantenerlo ocupado. Las presiones cotidianas y políticas que recibía día a día eran inimaginables. Algunas veces se tenía que ocupar de temas banales, otras veces de temas más turbios, como el último en el que estaba metido.

El tráfico de armas no era un tema fácil. El fiscal nunca había querido entrar en una cuestión así, por convicción propia le parecía que no era correcto. Pero su partido político no pensó lo mismo. El mayor ascenso en su carrera, el que había estado esperando hacía varios años y que le correspondía por edad y antigüedad, se vio ligado a la aceptación de ciertos términos que lo involucraron a esos desagradables negocios. La gente del medio oriente era difícil de tratar. Franco trataba por todos los medios de protegerse y de proteger lo que quedaba de su familia. Ya había perdido a su mujer María Julia en uno de los primeros negocios al que se negó a participar. Su mujer había desaparecido sin dejar rastros. Los árabes no bromeaban en cuanto a no tener límites. Por más que buscó a su María Julia por muchos lugares, medios y países no pudieron encontrar nada, ni un rastro de ella. Se había borrado de la faz de la tierra. Su hija, Katia Bellagio, era lo único que le quedaba de su familia. Él adoraba a su ángel. Debía protegerla por todos los medios de la mafia árabe en la que estaba metido; así que antes de que pudieran siquiera darse cuenta, la envió a un internado en Córdoba de forma secreta. Nadie podía saber la verdad y para sus allegados, solo se encontraba en un largo viaje.

Katia no entendía la urgencia de su padre por llevarla a un internado tan lejos de la Capital, pero tampoco le llevó la contra. A sus diecinueve años, lo único que deseaba era vivir su vida libremente con sus amigas, salir a bailar, tomar y divertirse. Estando lejos de su castrador padre sería ideal para dar rienda suelta a sus jóvenes instintos. No supo hasta que llegó al internado que sus planes no serían nada fáciles de cumplir. Franco sentía que su hija estaría mejor lejos de él, pero igualmente a medida que su turbio asunto se ponía más denso, se le ocurrió buscar algún guardia personal para ella. Si en las películas funcionaba, al menos tendría que intentarlo. Debía ser más que discreto con el tema, la verdad “La banda de Olaf” como se hacían llamar los que trabajaban en la corrupta red que tanto lo comprometía, ya lo tenía bastante atemorizado. Era una situación muy delicada y tenía que mostrar afán y voluntad ante el grupo para que no lo asediaran y se mantuvieran tranquilos. No había ningún Olaf a quien debiera dirigirse, pero no se caracterizaban por la originalidad a la hora de presentarse ante nadie.

Tenía conocidos en la Policía Federal así que pensó en contactarse con alguno de ellos. Álvaro Luna, antiguo amigo de la infancia del fiscal, actual Comandante de la Policía Federal aceptó una reunión en un café de un tranquilo barrio de la Capital. Todo debía desarrollarse de forma muy discreta, nadie más que ellos debían enterarse de la reunión y de lo que Franco Bellagio tenía planeado hacer.

Franco fue el primero en llegar, muy puntual como era su costumbre. Unos diez minutos más tarde por la puerta aparecía Álvaro.

—Hola Álvaro, tanto tiempo —Franco se levantó de su silla para abrazar a su viejo amigo—. Ven, siéntate conmigo por favor.

—Franco... sí ha pasado un tiempo —replicó Álvaro —supongo que nuestros trabajos nos tienen bastante ocupados. La vida ajetreada, ¿no? —expresó sonriendo.

La cara de Franco denotaba cansancio y preocupación, observó Álvaro mientras tomaban asiento. Algo muy importante debía estarle sucediendo a su amigo.

—Franco, amigo... cuéntame que te está pasando. No tienes buena cara.

—Uf... —suspiró Franco —si te contara. Lo siento amigo, pero no puedo decirte mucho

Álvaro. Necesito tu ayuda urgente y tu absoluta discreción en lo que te voy a contar. Es de vida o muerte... —expresó con cierto aire de pesadez.

—Pero, por favor Franco, no me asustes. Cuenta conmigo para lo que necesites —aseguró Álvaro.

—Se trata de Katia —dijo consternado —la verdad pienso que puede estar en peligro por algo en lo que estoy involucrado. No puedo contarte los detalles, no quiero involucrarte en ésta porquería—. Álvaro conocía a Katia desde pequeña y la apreciaba mucho. Su amigo escuchaba atento mientras él explicaba lo poco que podía decirle —aunque la he enviado a un internado en la ciudad de Córdoba, aún no me siento tranquilo. Sabes que he perdido a María Julia, no quiero perderla a ella, por favor ayúdame en ésta —suplicaba Franco —te deberé mucho.

—Pero por favor, dime qué puedo hacer por ti —contestó sin dudar —dime que necesitas.

Franco necesitaba que él lo ayudara desesperadamente, pero no podía explicarle con lujos y detalles todo lo que estaba pasando para no implicarlo ni ponerlo en peligro a él también.

—Álvaro, necesito una persona para cuidar a Katia, tiene que ser alguien joven, para no levantar sospechas y que pueda pasar desapercibido en su entorno, muy prolijo y discreto. No quiero que ella se dé cuenta, pero necesito tenerla custodiada. Si algo le pasa no creo poder resistirlo.

—¿Un detective? ¿Un custodio?

—Sí. Uno muy bueno. El mejor —aseguró Franco.

—No te preocupes déjame ir a la oficina, revisar mis archivos y mis contactos y te daré un nombre.

—¿Para cuándo lo tendrías? —Franco hablaba con desespero.

—Déjame ver y te aviso lo antes posible.

Terminaron sus cafés en una monótona y reservada charla y se retiraron discretamente por donde llegaron.

Córdoba, Argentina

Katia no podía creer donde estaba. ¡Monjas! ¡A un internado de monjas la había mandado su padre! Insólito. Un internado de solo chicas. Se quería morir In.Me.Dia.Ta.Men.Te.

Su cuarto era compartido con Lucía, una chica de su edad proveniente de la misma ciudad del Internado. Al principio no le había caído muy bien, pero era debido a su mal humor al percatarse lo que su padre le había hecho. Dándose la oportunidad de conocerla se dio cuenta que tenía una onda similar a la de ella y era una compañera de estudios fabulosa, correcta y responsable. Con nada que hacer allí, tuvieron tiempo de charlar, estudiar y reír bastante. Tenían gustos similares, desde la forma de vestirse, la música o novelas favoritas. Con un poco de tiempo, no fue difícil congeniar.

A la semana ya eran muy buenas amigas, eran muy compatibles y se llevaban muy bien. Cómplices, era la mejor palabra para describirlas. El aburrimiento reinante dentro del internado, hizo que en pocos días descubrieran una forma de escaparse de allí por las noches e ir a recorrer la ciudad, ir a tomar algo, al pub donde cada noche había música en vivo.

Realmente aprendieron a disfrutar a escondidas de las noches de “Deseo Terrenal”; como se llamaba el lugar que solían frecuentar. Era un pub de mala muerte, pero no habían demasiados lugares para distraerse en esa zona.

Siempre tocaba la misma banda de jóvenes llamada “La banda de Thor”, la verdad no tocaban muy bien, pero el cantante era el sueño de toda mujer. Y Katia lo notó enseguida. Morocho, alto, musculoso, ojos color miel, tatuajes, muy sexy; todo lo que su padre espantaría seguro.

Una noche luego de tocar, “Thor”, el cantante, se acercó a las chicas. Habían estado intercambiando sonrisas y miradas cómplices desde hacía un par de noches, así que decidió aprovechar.

—Hola chicas, ¿tienen fuego? —Katia lo miró hipnotizada mientras se derretía lentamente con su voz, de verdad era un hombre muy sexy. Hermoso, un Dios griego hecho persona, y le estaba hablando a ella.

—Yo tengo —señaló Katia aún anonadada con la situación.

—Creo que alguien se mojó... —dijo Lucía arrojándose a su oído y riendo.

Thor la miró fijamente, sabía que era un hombre guapo, y que a Katia le gustaba, ya que ambas venían a verlos muy seguido. Sin dejar de mirarla a los ojos, sacó su caja de cigarrillos del bolsillo de su pantalón, tomó uno y se lo llevó a la boca, esperando que ella lo encendiera. Katia entendió el mensaje y lo prendió, sin perder sus ojos de vista. Fue una pequeña conexión entre ellos, ella pudo sentir una pequeña descarga de electricidad recorrer su cuerpo.

—¿Qué toman chicas? —Preguntó Thor.

—Cerveza —contestó Katia sin dudar.

—Buena elección. ¿Les importa si compartimos una? —preguntó mientras hacía un gesto con la mano hacia el baterista para que se uniera a ellos. No esperó a que las chicas contestaran. Sabía la respuesta—. Él es Cassio, el baterista de la banda, chicas. Las cervezas fueron corriendo una tras otra en esa noche de calor. Katia no se sentía bien y Lucía ya estaba dormitando en los brazos de Cassio. Era una hermosa noche de marzo, estaban en una mesa afuera del pub, bajo la luz de la luna, rodeados de muy pocas personas. Los chicos se encontraban en mejores condiciones, ya que ellos no habían bebido demasiado y estaban más acostumbrados a tomar, pero las chicas no estaban bien.

—¿Ya estarán listas? —Preguntó Cassio impaciente.

—Sí, la droga ya debe haber hecho efecto. ¡Llévatela de acá Cas!, yo me encargo de ésta pequeña —dijo Thor mirando su conquista mientras sonreía perversamente.

—Ahora eres mía pequeña, ¿No era lo que querías? —Susurró Thor en su oído,

mientras la alejaba discretamente del lugar.

Katia no podía reaccionar bien, por más que su mente le dijera que se fuera de ahí, que las cosas no iban bien, su cuerpo no respondía a lo que ella quería. Trató de zafarse de las manos de Thor, pero su cuerpo no le siguió. El muchacho rió por lo alto, pensando que tenía la batalla ganada. Katia ya no veía a Lucía. ¿Dónde estaría?

—¡Lucía! ¡Lucía! ¿dónde estás? —Preguntaba arrastrando la lengua.

Thor seguía riendo mientras la jalaba hacia su auto.

—¡No! —Sollozaba ella —¡No quiero ir allí! ¡Suéltame, suéltame!

Thor se cansó y tapó su boca con la mano que tenía libre, la soltó para abrir la puerta del coche y la tiró a la parte de atrás como quien tira un saco de papas.

—Es lo que querías, ¿no perra? —Gritaba enfurecido —No mientas, lo estabas deseando. ¡Pues ahora lo tendrás! No tendrás que suplicar más por mi atención—. Tenía una furia contenida que a Katia le estremeció —¡Prepárate puta! —gritaba mientras le sacaba la ropa y le rompía la ropa interior con sus propias manos.

Ella no podía hacer nada, le tenía agarrada las dos muñecas con una de sus manos y con la otra la manoseaba. Sintió asco. Sentía el sabor salado de sus propias lágrimas mientras la tocaba, no podía zafarse. Su cuerpo no parecía suyo, no le respondía.

—Por favor... —sollozaba sin parar.

—¡Cállate perra, ya solo cállate! —Le grito al oído Thor.

—No... no... —continuó gimoteando mientras pudo.

Su lucha no duró mucho más y se rindió. Mientras ella lloraba, Thor la violó. Cuando terminó con ella, la condujo en el coche hasta el Internado, abrió la puerta del acompañante y la empujó hacia afuera de su auto. Katia lloraba hecha un ovillo en el suelo al costado del vehículo. Ni siquiera podía levantarse.

—Chau, perra. Te espero el sábado para repetirlo —expresó irónicamente mientras reía—. Trata de ser más voluntariosa la próxima vez —Volvió a reír por lo alto y se marchó chirriando las gomas en la carretera.

Cuando se percató de que su pesadilla había terminado, estaba arrodillada y de cara al piso. Sudorosa, sucia, con la ropa rota y el alma en pedazos. El chico más lindo que había conocido en la vida la había violado, había abusado brutalmente de ella, aprovechándose de su ingenuidad y su poca experiencia.

Con la poca dignidad que le quedaba, se puso de pie. Tenía manchas de rimel en su rostro debido a la cantidad de lágrimas que había derramado y que aún se escapaban de vez en cuando. La ropa le colgaba como harapos y su cuerpo empezaba a mostrar rastros de la violencia ocurrida. Nunca imaginó que una situación como esa le pasara a ella. Justamente a la hija de un gran fiscal.

¡Sí, un gran fiscal que no te quiere Katia! Pensaba para sí misma, auto compadeciéndose.

Debía encontrar a Lucía. ¿Qué sería de ella? ¿La habrían violado también?—Oh, Dios mío! —Se estremeció —¡No Lucía no... por favor!

Sin notarlo entró a correr por el pasillo por donde habían escapado. El cuerpo le dolía muchísimo, vaya si le dolía, casi como su orgullo.

Llegó a la habitación, la puerta estaba cerrada, intentó abrirla pero estaba trancada desde adentro.

—Lu, soy yo, ábreme por favor —suplicó con un hilo de voz.

No había ruidos adentro, no escuchaba nada, su cuerpo se tensó—. ¿Y si no está aquí aún?—Un gesto de desánimo asomó en su rostro; no podía ser, Lucía debía estar ahí.

—Lu... Lucía, por fav... —sintió el sonido del cerrojo y la puerta se abrió unos centímetros muy lentamente.

Terminó de abrir la puerta de un manotazo, no veía nada. Estaba todo oscuro. Fue decidida a prender la luz del cuarto cuando la escuchó.

—¡No! No prendas por favor... —suplicó desde el fondo del salón la voz de Lucía.

Pero no hizo caso. Prendió la luz. Ahí fue cuando la vio, acurrucada en el rincón de su cuarto. La única prenda que traía era la blusa con la cual se había marchado, estaba arrugada y manchada de sangre, al igual que su rostro; la habían golpeado.

—¡Cobardes! —Gritó mientras se arrojaba a su amiga a abrazarla —¡Son unos hijos de puta cobardes! —llegó hasta ella y la abrazó. Ella lloraba. Lucía también lloraba en su hombro, lloraba como si el alma se le fuera en cada lágrima. Tenía una ceja y el labio superior partido y sangraba por cada herida.

—Kat... —hablaba entre hipidos —Kat... Haz... ¡¡haz que desaparezcan Kat!! —Se aferró a su amiga a llorar con más fuerza, las dos se desahogaron.

—Las van a pagar Lu. ¡Esos hijos de puta no se saldrán con la suya! —Katia la tomó por su mentón para conectar su mirada con la de ella. Quería que entendiera algo que ni siquiera ella estaba convencida.

—No... no podemos Kat —susurró desviando sus ojos al parquet del piso.

—¡Claro que podemos! Mi papá es fiscal... los haremos pagar...

—¡Justamente por eso! —Recién en ese momento pudo mirar a su amiga los ojos. Estaban rojos de tanto llorar —Tu papá es un gran fiscal y ¡mira dónde estás tú!

—Gritaba con rabia e ironía —¿Por qué crees que estás aquí Katia? Algo debe estar pasando que no puedes estar con él. ¿No se te ha ocurrido? ¿Acaso no deberías estar disfrutando de una gran casa, con una gran piscina y sirvientes por todos lados?

—indicaba haciendo ademanes con las manos —¡No se puede Kat! De seguro nos mintieron con sus nombres ¡ni siquiera sabemos cómo se llaman! —se largó a llorar con más fuerza. La impotencia la consumía.

Tenía algo de razón. Obviamente Thor no era su nombre real, ni Cassio sería el del otro hijo de puta. ¿Que deberían hacer? ¿Llamar a su papá y contarle? Podrían averiguar sus datos en el pub donde tocaban regularmente. De seguro se iban a enterar que se escapaban a menudo del Internado, eso era otro problema.

—Mírame Lu, escúchame por favor... —la verdad estaba totalmente perdida, no sabía qué hacer. No sabía qué era lo correcto. Nunca se imaginó viviendo una situación similar. Verla en ese estado no la ayudaba a pensar claramente—.Lu, vamos a la ducha a sacarnos esto. Eso es lo primero que haremos. Ya se me ocurrirá que hacer.

—Antes necesito hacer algo. Ven conmigo al baño.

Buenos Aires

A los dos días de la reunión con Álvaro, Franco recibió un sobre en su oficina. Sin remitentes. Imaginando el origen de tal sobre, antes de abrirlo comprobó que estuviera solo en la oficina.

“Det. Mauro Lamanna 19 hs, Bar Británico”

Era todo lo que decía la nota, pero él sabía a que se refería.

Cinco minutos antes de las siete de la tarde entró al Bar mencionado. No sabía cómo lucía el detective, pero supuso que él lo iba a localizar de alguna manera. Se dirigió a la parte más alejada de la barra, cercano a los servicios higiénicos en caso de que tuviera que buscar alguna excusa para irse rápidamente.

El detective Lamanna ya se encontraba en la barra sentado, observando hacia la entrada. Lo vio llegar y acomodarse en una mesa discreta. Lentamente se levantó y se dirigió hacia él.

—Buenas noches —se presentó mientras se sentaba en la mesa donde se encontraba Franco.

—Buenas noches —Franco se levantó y le ofreció un saludo con la mano—. Supongo que Ud. es...

—Soy el detective Mauro Lamanna, señor Bellagio.

—Uhm... Se ve un tanto joven —dijo Franco frunciendo el ceño. Se veía como un chico normal, delgado, morocho con pelo muy corto. Estaba vestido con unos vaqueros negros y una cazadora negra como un motoquero. Parecía una estrella de rock más que un detective. Estaba muy prolijo y tuvo que aceptar que era un chico muy apuesto, hasta para su gusto.

—Sí, señor, lo soy —dijo orgulloso —Le pido no me juzgue por mi edad. Fui promovido primero en mi tanda, y con los honores correspondientes. Soy joven, pero si el Comandante Luna confió en mí, me parece que usted no debería dudar—. Le explicó mirándolo seriamente—. En el caso de que no esté de acuerdo con mi aspecto físico, que es lo único que ha visto de mí hasta ahora, puede pedir que me retire y esto nunca sucedió, mientras usted me recompense con lo único que he hecho, que es venir hasta aquí.

—No, no por favor. Discúlpeme —tenía carácter, no lo podía negar—. Estoy algo nervioso con la situación, disculpe de nuevo. Si Álvaro confió en usted... yo también lo haré.

—Bien. El Comandante Luna me ha manifestado algo de lo que debo hacer, pero me gustaría que usted me explique exactamente qué es lo que quiere que haga.

—Sí, claro —carraspeó Franco entregándole un sobre. Ya lo tenía preparado con fotos y todos los datos que el detective requeriría de Katia—. Aquí tiene todo lo necesario para comenzar, también dinero para empezar a moverse. Deberá trasladarse, ¿está al tanto de eso?

—Sí, señor. Eso no será inconveniente —aseguró el detective—. Leeré todo lo que usted me ha dado —le extendió un papel sobre la mesa con un celular encima—. Cuando necesite contactarlo lo llamaré a éste teléfono, y usted me podrá contactar en éste número que le he dejado aquí. Es un teléfono encriptado, no le dé el número a nadie. Si no le puedo contestar en el momento, deje un mensaje y yo lo contactaré

—Franco asentía mientras el detective hablaba —también necesito ésta cantidad de dinero en el número de cuenta de abajo del papel, para comenzar.

—Sí, claro —Franco aseguró, mientras ojeaba lo que había en el papel—. Por favor, detective... usted debe protegerla. Es lo único que quiero... mantener a mi Katia a salvo, a cualquier costo. Nada le puede pasar a mi hija, no lo soportaría... yo le pagaré lo que usted me pida, pero usted me debe cumplir exclusivamente a mí. ¿Entiende?

—No se preocupe señor Bellagio, su hija no podría estar en mejores manos —aseguró el detective.

Luego de un rato más de charla, Franco se dio cuenta por qué Álvaro lo había recomendado. Era un chico muy prolijo, no aparentaba sus veinticuatro años y le pareció una persona muy meticulosa. Le preguntó muchos detalles para no dejar cabos sueltos ni nada al azar. Bien educado y hablado. De seguro era una buena opción para el trabajo.

Capítulo 2

Mauro Lamanna no había tenido una vida fácil. Fue criado por su abuela materna, nunca conoció a su padre y su madre había fallecido de una extraña enfermedad cuando él solo tenía cinco años. Poco pudo averiguar de lo que realmente había sucedido con su familia, ya que su abuela no quería hablar del tema, aludiendo a una profunda tristeza y angustia. Fue a un colegio religioso, similar a un internado. Su abuela, María, pensaba que si el niño estaba ocupado en el colegio no tendría tiempo de estar pensando en las cosas malas que habían trastocado a su familia. Mucho menos lograr averiguarlo.

Tanto insistió su abuela en que lo olvidara, que llegó a convertirse en una obsesión. El descifrar el paradero de su padre, que había sido capaz de abandonar a su madre, era la meta principal que se había puesto ya desde adolescente. Necesitaba saber qué había pasado realmente con su madre. A escondidas de María, comenzó a hurgar en viejos estantes, cajones, álbumes de fotos y recolectar la información posible para comenzar a estudiarla. Quizás de pequeño no podía entender cada uno de los detalles, pero confiaba que en algún momento tendría el raciocinio suficiente para comprenderlo. De ahí sacó su habilidad para convertirse en un detective. Realizar el curso necesario, con ahínco y determinación había sido pan comido. Aprendió de los mejores policías y detectives en la estación, que viendo la gran voluntad que demostraba, no dudaron en ayudarlo en lo que fuese. En las más altas esferas de la policía pudo recolectar otras evidencias, y aprendió de los mejores métodos para buscar la información necesaria. Nombres, fotos viejas, recortes de diarios viejos digitalizados, diferentes fuentes, contactos, todo servía.

Todo fue recolectado en forma absolutamente discreta para fomentar la única teoría que había llegado a través de los años: su padre estaba vivo.

No dudó en averiguar que su madre había caído en un estado depresivo mayor, o lo que era lo mismo, una profunda depresión a causa de que su padre la había abandonado ni bien había recibido la noticia del embarazo. En esa depresión, su madre dejó de alimentarse correctamente, de asearse de manera habitual y abandonó por completo su poca vida social. Triste y dejada, pereció en un pequeño hospital local víctima de una inoportuna neumonía. Él no pudo hacer nada en su momento.

Cada pista nueva que aparecía lo ponía en una sola dirección, encontrar a su padre y cobrarle la vida de su hermosa madre. Él se había ido dejando todo atrás, sin importarle nada; pues él estaba decidido a que sí le importara.

Ya en su apartamento Mauro se decidió a revisar todo lo que había en el sobre. Prendió su equipo de música con su CD de canciones favoritas y se dirigió al living

decidido a estudiar la información recién recibida. Se sentó cómodamente en su sillón y dio vuelta el sobre para que cayera todo a su lado. Las fotos de Katia irrumpieron su espacio sin permiso, invadieron sus sentidos con su rostro angelical. Mauro hubiera jurado que hasta estaban perfumadas.

Katia era un ángel hecha mujer. Parecía una niña, aunque en su ficha decía que tenía diecinueve años, una carita hermosa, ojos verdes como esmeralda, un pelo lacio y rubio hermoso hasta la mitad de la espalda. Se notaba que era una chica atlética, tenía un cuerpo proporcionado. Su sonrisa derretía y su mirada hipnotizaba.

—¡Wow! Es muy hermosa—. Exclamó sorprendido. A medida que pasaba más fotos se sorprendía aún más de la belleza de Katia—. Es un ángel... —¿*Quién querría hacerle daño?*

Estuvo estudiando los papeles y datos que le había suministrado el fiscal. Cada vez quedaba más prendado de la inocencia y de la naturalidad que mostraba Katia al sacarse fotos. Era bastante desinhibida, se veía una persona sociable y divertida, pese a su status social.

Indudablemente era una persona que merecía tener una oportunidad, manifestaba tanta pasión por las cosas que hacía. Le gustaba el arte por lo que podía ver, pinturas hechas por su propia mano, algunas fotos de esculturas que tal vez eran hechas por ella. Percibía belleza por todos lados. Le parecía injusto que tuviera que estar encerrada en un internado para protección y que ella no supiera la verdad.

No podía dejar pasar mucho tiempo así que comenzó a programar su viaje a Córdoba para lo antes posible. Aún debía encontrar un lugar para quedarse, alquilar un vehículo para movilizarse, y localizarla, por supuesto. Le tomaría unos días.

Córdoba, Argentina

Tres semanas. Tres semanas habían pasado del incidente y no habían podido hacer nada. Ambas decidieron no hacer la denuncia para prevenir el escándalo social en que se verían implicadas sus respectivas familias. Estaban avergonzadas.

Lucía era hija de uno de los productores vitivinícolas más importantes de Argentina, y no quería involucrar a sus padres en ese asunto. Su familia no se lo perdonaría, su madre quizás podría apoyarla, pero su padre era demasiado estricto.

No era que estuvieran convencidas. Más bien, creían que no era correcto lo que estaban haciendo, pero no podían consultar con nadie qué debían hacer, nadie se podía involucrar. En ese momento no encontraron mejor solución que seguir adelante con sus vidas, como habían hecho otras tantas mujeres en su misma situación.

Esas semanas fueron de mutismo y ausencia. Ausencia de ellas mismas, de palabras, de sensaciones. Silencios, miradas perdidas y desazón rondaban en el ambiente. No encontraban el rumbo, no podían concentrarse en el estudio, ni siquiera descansaban bien en las noches. Fue difícil aparentar para que las demás compañeras no preguntaran y aunque notaban que algo no estaba bien, no se atrevían a hacerlo.

A la noche dormían juntas en la misma cama, para ayudarse una a la otra cuando tenían pesadillas. Ambas las sufrían a diario. Katia continuaba sintiendo dolores en su cuerpo, no podía identificar por qué. Su cuerpo debería haber sanado ya, pero aún se sentía rara e incómoda.

Al final de esa semana Lucía se decidió y le planteó a Katia que quería irse del internado.

—No aguanto más Kat, no puedo... todo me hace recordar a esos infelices, te juro que no puedo... —decía acongojada.

—Lu, por favor, no me dejes —suplicaba Katia—. ¿Qué vas a hacer allí afuera?

¿Qué voy a hacer yo sin ti acá adentro? Pensó de forma instantánea.

—Puedes venirme conmigo, ¡por favor!, ven conmigo, lo arreglaremos... —Lucía seguía suplicando—. Yo no puedo estar más aquí. No aguanto la mirada extraña de los demás. Ya nos están juzgando y no saben nada... ¡De verdad me quiero ir Kat! —Hizo una pausa para mirarla a los ojos —¿Tú quieres quedarte sola?

Katia no quería quedarse sola y ya había pensado seriamente en la idea de irse, fugarse del internado; pero no lo había hecho porque pensó que Lucía no la acompañaría en esa locura. No quería dejarla sola. Pero ahora era ella quién se lo proponía. Podía irse de ese lugar que tanto dolor y malos recuerdos le habían proporcionado. A veces ella misma se preguntaba como aguantaba seguir viviendo en ese lugar.

—Puede ser Lu... podría ser una buena opción irnos de acá... —comentaba mientras parecía pensarlo.

Ella también quería irse de ese lugar, pero no encontraba el valor. ¿A dónde podrían ir? No tenían dinero.

—¿Qué vamos a hacer ahí afuera? —Katia parecía evaluar la posibilidad, aunque le asustaba un poco.

—Le quiero contar a mi vieja para que me ayude. Mi papá no tiene por qué enterarse, pero si le digo a mi mamá, me ayudará. No creo que pueda salir sola de esto Kat, de verdad no estoy bien—. Explicó Lucía con un hilo de voz—. Me siento una puta sucia. Por más que lave una y otra vez mi piel con jabones caros, no puedo sacarme la sensación de sus manos en mi cuerpo, de su boca en mi pecho... ni su... pene... dentro de mí —le suplicó mientras la miraba penosamente a los ojos—. Mi vieja nos puede ayudar a las dos Kat, no te voy a dejar sola. ¿Seguro no quieres contarle a tu papá?

—¡No Lu! —Exclamó Katia —Mi padre me culparía a mí, es un hombre muy cerrado, no estoy segura de su reacción... pero no quiero someterme a su juicio enfermizo. No puedo Lu...

—Ven conmigo, escapemos de acá —Lucía no pudo decir mucho más. Katia giró sobre sus pies y salió corriendo hacia el baño a vomitar. La quedó mirando anonadada sin animarse a decir lo que en ese momento se le cruzó por la cabeza.

—Kat... —se levantó lentamente del borde de la cama, donde estaba sentada y se dirigió hacia el baño, observando a su amiga que estaba abrazada al inodoro, ahora llorando desconsolada—. ¡No llores! Por favor —el alma le dolía de verla en esa situación.

—No... no, no... —decía mientras no dejaba de llorar —No puede ser.

—Kat... —Lucía no se animaba a hablar, a pronunciar lo que estaba pensando —Nena, por favor, ¡contéstame! —Lucía se agarraba la cabeza en señal de desesperación —¿Cuándo?... ¿Cuándo te viene el... período?

Por favor... ¡por favor, no puede estar pasando esto! Pensó Lucía con pesar.

—Hace una semana —contestó hundiéndose en los brazos de Lucía a llorar —No me había dado cuenta... hasta ahora... —expresó compungida entre hipidos.

—Tenemos que hacerte un test —soltó Lucia con seguridad—. No podemos quedarnos con la duda, debe ser solo un retraso, ya verás. Quédate acá, que voy a ir a comprarlo a una farmacia y enseguida vuelvo.

Lucía no quería dejarla sola, pero pudo más la curiosidad y la necesidad de matar la duda que se había implantado entre las dos.

¡Que extraña jugada del destino sería si Katia quedaba embarazada de ese imbécil! Tenía que ser un error y ella lo iba a demostrar.

Katia quedó en el baño, aún en el piso. No se atrevía ni a moverse. ¿Qué pasaría con ella si de verdad estaba embarazada? ¿Qué iba a hacer con un niño producto de una traumática violación? No quería quedar embarazada. Su idea de tener un niño venía acompañada por un ideal de familia que nunca tuvo. Una gran boda vestida de blanco. Una casa, un hogar, un esposo cariñoso. Todo se vería truncado si el resultado era positivo.

Lucía llegó enseguida, o por lo menos eso le pareció.

—¡Vamos! —intercedió sacándola de sus pensamientos —tienes que hacer pis acá —le dijo entregándole el paquete.

Lucía la ayudó, ya que ella estaba abstraída en sus pensamientos, aunque ella tampoco tenía mucha idea de que debían hacer en caso de que el resultado fuera positivo, porque también estaba asustada.

Katia se sentó en el borde de la cama a esperar, mientras su amiga andaba de un lado a otro de la habitación, mirando su reloj cada veinte segundos.

—¡Nos vamos a ir de acá! sea cual sea el resultado —aseguró Lucía—. Afuera veremos cómo continuamos, pero acá no nos quedamos más. Así que busca tu maleta y vamos ganando tiempo.

Katia continuaba con la mirada perdida, pero empezó a moverse lentamente a buscar las pocas cosas que había llevado y meterlas desprolijamente en su valija. De pronto, por el rabillo del ojo observó a su amiga en el umbral de la puerta del baño. Miraba azorada hacia adentro.

—¡Mierda! —Exclamó.

Katia se movió rápidamente hacia el baño y quedó en la puerta mirando hacia el pequeño paquete que mostraba dos rayitas.

—¡Mierda Lu! —Exclamó al ver el resultado —Nos tenemos que ir de acá lo antes posible, no quiero que se entere nadie y que pueda contarle a mi papá. ¡Ay, Dios! ¿Qué voy a hacer con un niño? —Pensó en voz alta —¡Mierda y más mierda!

Sin decir demasiado, terminaron de armar las maletas en silencio decididas a que esa misma noche, ni bien apagaran las luces del internado, escaparían por donde ya lo habían hecho otras veces sin rumbo aún definido.

Capítulo 3

El detective Mauro Lamanna había llegado a la Capital de Córdoba hacía varios días. Consiguió un apartamento donde quedarse y alquiló un pequeño auto con el cual hacer sus diligencias e investigaciones. Ni bien tuvo todo organizado se puso en contacto con el fiscal para avisarle donde estaba y le avisó que lo llamaría apenas tuviera novedades.

Había estudiado previamente el internado en planos y había pasado varias veces por el lugar. Esa noche iría y haría guardia para ver el movimiento nocturno de la zona. De las veces que lo había recorrido había notado que los planos que le entregó el fiscal Bellagio no estaban actualizados.

Mientras se dirigía al lugar, pensaba en Katia; esa dulce niña que tenía que proteger a toda costa. *De cualquier cosa y de cualquier persona* había especificado el fiscal. Y él así lo cumpliría, nadie podría tocarla. Katia era una belleza digna de ser guardada en una cajita de cristal hasta el momento en que alguien la hiciera suya para siempre.

Mauro, estás hecho un idiota ¡Cortála! Le dijo su subconsciente mientras llegaba y encontraba un lugar para poder aparcar en la oscuridad.

Él disponía de una macabra voz interior que siempre aparecía para hacerle comentarios irónicos y sarcásticos en los momentos menos pensados.

El terreno estaba limpio, no denotaba movimientos extraños. El lugar estaba apartado unos kilómetros del mayor movimiento de la ciudad. Un par de kioscos, una librería, un pub de mala muerte lleno de gente, un par de supermercados y la clásica estación de bomberos e iglesia, infaltables en cada ciudad.

La noche pintaba tranquila, cálida, estrellada; no había ni una nube. Se dispuso a disfrutar una lata de Schweppes citrus, su bebida favorita y unos snacks cuando de repente a su derecha escuchó ruidos extraños. Un vehículo aparcó por la parte lateral del internado. Un auto viejo, medio roto con dos muchachos adentro. Un poco borrachos y con la música altísima. Se veía que estaban de festejos, pero no le parecía muy lógico venir a festejar frente a un internado de monjas. Decidió esperar sin hacer ningún movimiento, quizás solo habían parado el auto allí por algún problema técnico y ya se irían.

—¡Vamos Kat! ¡Apúrate! —replicaba Lucía ya desde afuera de la habitación—. Vamos que no quiero que nos vea nadie. Deja todo como está.

Iba a ser mamá. *Mira que el destino a veces nos juega una mala pasada, pero ¡en ésta te pasaste!* Pensaba mientras arrastraba su maleta para dejar su habitación. Salieron juntas por el escondite que ya sabían, cada una con sus pertenencias más preciadas, en absoluto silencio para no despertar a nadie. Katia seguía algo distraída debido a los últimos acontecimientos. Un niño, tenía un bebé en su vientre.

Ella siempre fue católica, su madre siempre le inculcó creencias religiosas y siempre la acompañaba a misa cada domingo. Creía fervientemente que las cosas tenían una razón para ser. Muchas veces no las entendía, pero confiaba que si Dios quería que así fueran las cosas, así serían.

Luego de pensarlo, aunque le pesara como se habían dado los acontecimientos, supo que no tendría nunca el valor de sacarse esa pequeña vida de adentro. Tendría ese bebé. Aún no sabía cómo, pero lo tendría.

Por suerte la noche estaba clara y cálida. No necesitaban ninguna luz artificial para ver hacia donde partían. Salieron sigilosamente hacia la vereda del internado y se dirigieron hacia la parada del autobús que quedaba a un par de cuadras.

Al llegar a la esquina sintieron voces y música. Quedaron heladas de ver ante quienes estaban. De un auto bajó Cassio, estaba totalmente borracho, mientras que desde atrás de un árbol salía Thor prendiéndose la bragueta del pantalón, seguramente estaba haciendo sus necesidades.

—Vaya, vaya... mira lo que nos trajo la luna llena —rió Thor mientras aparecía por detrás del árbol y se dirigía a Katia —Supongo que vendrás por más. ¿Te gustó eh? —decía arrastrando la lengua.

—Pero si son las putitas que se creen monjas —balbuceaba Cassio de forma casi inentendible. Se encontraba agarrado a la puerta del auto, la borrachera que tenían ambos parecía monumental.

—¡Vete de aquí imbécil! —gritó Katia a la cara de Thor —¡Vete de mi vista pedazo de mierda! —Y sin pensarlo dos veces se le abalanzó arriba para golpearlo.

Desde unos treinta metros el detective Lamanna observaba como dos chicas salían con unas maletas del instituto y se dirigían directamente hacía donde estaba el auto. Como no podía distinguir bien quienes eran, bajó de su auto y se acercó sigilosamente para escuchar lo que sucedía.

Esa era Katia. No dudó, aunque no veía bien, se sabía sus curvas de memoria.

—*¡Mierda!* ¿Hacia dónde va esa chica, por Dios? ¿Quién la vino a buscar?—*No, no... nadie se la va a llevar a ningún lado. ¡Bajo tu cadáver Mauro!*—Se dijo a sí mismo y comenzó a correr hacia ellas.

Thor se giró bruscamente evitando la mano cerrada de Katia, la cual estaba destinada a golpearlo en la cara.

—¡Opa, zorra! —dijo riendo mientras la esquivaba fácilmente —¿A quién querías pegarle? —gritaba entre ruidosas carcajadas.

Lucía se abalanzó sobre Cassio que venía corriendo torpemente a socorrer a Thor. Se interpuso en su corrida y como Cassio estaba muy borracho, cayeron los dos al piso.

Debido a la fuerza que había puesto en el golpe que no sucedió, Katia perdió equilibrio y cayó al piso también. Ya no importaba donde estaba, quería hacer pagar a ese hijo de puta por joderle la vida.

—¡Vete a la mierda hijo de puta! —Gritaba mientras trataba de ponerse de pie. No era tan fuerte como Thor. Éste se acercó a ella rápidamente y la agarró por el cabello tratando de arrastrarla por el piso. La quería llevar arriba del auto nuevamente.

—¡Ven aquí perra, te voy a enseñar lo que es bueno! ¡Me parece que lo has olvidado! —increpaba mientras reía grotescamente.

Luego todo pasó muy rápido. Lo único que Katia pudo ver es que Thor es impactado por algo en la zona de su cuello, como un golpe seco. Quedó inmutable de forma instantánea, y su cuerpo cayó bruscamente contra el piso. *Un disparo.* Pensó asustada.

Entre sus lágrimas que habían comenzado a caer sin permiso vio una figura venir corriendo desde atrás del árbol donde primero había salido Thor.

No, ¡hay otro más! Pensó tratando de ponerse de pie para empezar a correr. Debía escapar de ahí, lo antes posible, si no quería volver a ser víctima de otro ataque.

No puede ser que todo se esté repitiendo otra vez.

—¡Katia, no corras por favor! ¡Ven aquí! —alcanzó a gritar el detective Lamanna mientras corría en su dirección.

Mierda, ¿Quién es él? ¿Cómo conoce mi nombre? ¿Otro amigo de ésta estúpida barra? Se preguntaba mientras trataba de correr a trompicones.

—¡Eres amigo de ellos, vete a la mierda tú también! —Gritó eufórica escapando del

lugar.

Fue todo lo que pudo decir. Desde el pavimento Cassio le tomó el tobillo y cayó nuevamente al piso golpeando muy fuerte su cabeza. Quedó inconsciente al instante.

Le dolía la cabeza. Mucho. Le costaba abrir los ojos; había mucha luz. *¿Dónde estoy?* Lentamente sus ojos se fueron adaptando al lugar donde se encontraba. Estaba acostada, en una cama y no recordaba cómo había llegado ahí.

Su cuello le dolía horrores. *¿Qué le había pasado?*

Giró lentamente la cabeza y observó a alguien sentado en un sillón al final de la cama, mirándola seriamente. Estaba sentado cómodamente con una pierna sobre la otra, con una de sus manos sostenía su mentón, mientras la apoyaba en el posabrazos. Lucía tranquilo pero preocupado. Era un chico. Parecía mayor que ella. *¿Lo conocía?* En un mismo movimiento se paró rápidamente, agarró la almohada como defensa, pero se mareó.

El detective se acercó rápidamente y la tomó suavemente por sus brazos hasta que volvió a recobrar su equilibrio.

Katia lo miró seriamente, mientras la ayudaba a sentarse en el borde de la cama.

—*¿Quién eres tú? ¿Qué hago acá?* —Preguntó dudosa. Recién en ese momento se percató que el detective aún la tenía sujeta por sus brazos—. *¡Y no me toques!* —Le dijo con voz más fuerte y segura. Con un movimiento brusco quitó sus manos de encima suyo —*¡No vuelvas a tocarme, maldito imbécil!*

¡Mierda! ¿Qué le había pasado a esta niña? Pensó el detective observándola en silencio.

—*¿Habla de una vez o no tienes voz?* —Seguía reclamándole ella —*¡Oh! eres un secuestrador...* —Sintió un escalofrío, abrió sus ojos de manera desmedida ante sus pensamientos. *¿Un secuestrador? ¿Dónde estaba metida?*

¿En serio? ¿Un secuestrador? Nada más lejos de la realidad pequeña.

—Katia, soy el detective Mauro Lamanna. Tu padre me contrató para cuidarte. *¿Quiénes eran los imbéciles con quienes te pensabas a ir?* —Preguntó con una paz desconocida.

—¿Cómo?! —*Un detective. Mi padre me puso un maldito detective. ¿Desde cuándo? ¿Sabría que nos escapábamos al pub? ¿Sabría lo que pasó... esa noche? ¡Oh... no, no! Por favor...*

El detective observaba atento su reacción. No quería asustarla.

—Dime Mauro, por favor. Solo estoy aquí para cuidarte —Él vio el instante en que la cara de ella se transformó, primero en un miedo insoportable, luego repleta de duda. ¿Qué estaba pasando?

—¡No te acerques a mí! —le gritó Katia enojada, *no lo conoces Katia ¡no lo tutees!*
—¡No! ¡No se acerque a mí! —repitió asustada, miró hacia la mesita de luz al costado de la cama, tenía unos calmantes y un vaso de agua mineral allí. Sin pensarlo dos veces agarró el vaso con la mano como si fuera un arma —No me toque, no me mire. ¿Dónde está mi amiga? ¿¡Dónde la escondió?!

Mauro observaba horrorizado. Katia quería ocultar su miedo, quería sentirse valiente, pero él podía percibir su lenguaje corporal. Estaba aterrorizada. Algo había pasado, se podía dar cuenta.

—Katia, tu amiga salió corriendo cuando tu caíste anoche, seguramente también se debe haber asustado. No sé adónde se fue. Te golpeaste fuerte la cabeza, ¿recuerdas? —Mauro le hablaba en forma clara y pausada, no quería atemorizarla.

Katia se estremeció. Quedó con su mirada clavada en el piso recordando torpemente lo sucedido la noche anterior. Se escapaban del internado, se encontraron con Thor... y Cassio. El golpe, la caída... *El disparo...*

—¡No!... ¿Lo mataste? —Exclamó asustada —¡Le disparaste, yo lo vi! ¡Tú estabas ahí!
—Sin pensar en la reacción, Katia le tiró con el vaso de agua en señal de defensa. Éste lo esquivó eficazmente, aunque en la maniobra resultó mojado. En el mismo movimiento ella retrocedió hasta que la pared la detuvo, tratando de encontrar un refugio que no encontró.

—Katia por favor escúchame. No le hice nada a tu amigo. Solo fue un tranquilizante. No lo maté —Mauro se acercó lentamente a ella —Créeme. No te haré nada a ti, y no le hice nada a tu amigo, solo te traje aquí cuando quedaste inconsciente.

¿Inconsciente? Sí, sí... el golpe. Algo me hizo tropezar, caí. Mi cabeza. Pensaba en silencio rememorando lentamente lo sucedido. Tocó suavemente un bulto en la parte trasera de su cabeza y encontró algo que le dolió.

Katia estaba llorando sin darse cuenta. Sus lágrimas brotaban de sus ojos por impotencia, miedo y rabia. A Mauro le partió el alma verla así, quería saber que le había pasado para estar de esa manera. Quería romper todo por no saberlo.

Suavemente la tomó de los antebrazos mientras se miraba en sus ojos verdes.

—Katia, ya estás a salvo. No tienes nada que temer ahora —le dijo tratando de serenarla.

Al percatarse de su cercanía, se soltó de manera brusca—. ¡No son mis amigos! ¡Esos hijos de puta no son mis amigos! —Gritó mientras seguía llorando desconsolada.

Todo había salido mal.

Mauro trató de arrimarse a ella y traerla a su pecho para darle un poco de calor y consuelo. No sabía porqué pero sentía la necesidad de abrazarla.

Katia lo separó, pero con menos brusquedad que la vez anterior.

—No me toques. Si es de verdad todo lo que me has dicho, no me vuelvas a tocar...
—le dijo mientras secaba sus lágrimas y se volvió a sentar en la cama. Estaba ausente.
¿Qué iba a hacer ahora?

Mauro la miró contrariado, aunque con un aire de empatía emitió un suave suspiro mientras le dijo.

—Te voy a traer más agua para que tomes esos calmantes. Tu cabeza debe doler.

No la compliques Mauro.

Cállate.

Así era como estaba. Sola. En el apartamento de un desconocido que decía protegerla. ¿Por qué debía dudar? ¿Mentiría? ¿Quién era éste chico que la había ayudado, la había traído hasta ese lugar?

Se acercó lentamente a mirar por la ventana, reconoció la ciudad de Córdoba. Aún estaba en la misma ciudad. Su maleta, la que acarreaba a la salida del internado, estaba en un rincón de esa habitación.

Se dirigió sigilosamente al pequeño baño que había en el apartamento. Preocupada observó su cuerpo. Sus manos tenían aún leves raspones de cuando cayó al suelo, las muñecas con pequeños moretones de los forcejeos con Thor. *Maldito puerco*. Su ropa tenía algunas manchas de sangre y estaba sucia. ¿Y su abdomen? No podía ver nada extraño, pero quizás el golpe lo habría afectado. Un suspiro ahogado escapó de sus labios, mientras acariciaba suavemente su vientre. En el fondo deseaba que todo estuviera bien.

“Dios creó el desierto para que el hombre pudiera sonreír al ver las palmeras” Al instante se encontró pensando en la frase de Paulo Coelho y una leve sonrisa escapó de sus labios ante tanta desazón. *Muchas cosas malas, debe estar por venir alguna buena.* Concluyó con un hilo de esperanza.

Por el umbral de la puerta apareció Mauro. No tuvo que buscar demasiado, una vez que fue a la habitación y no la encontró, el primer lugar que se le ocurrió fue el baño. La contempló un momento antes de hablarle.

Es muy hermosa.

—Katia, tómate estas pastillas —Ella lo miró desconfiado —Son calmantes, te ayudarán con el dolor.

No lo había sentido llegar. Ella quedó mirando las píldoras en la mano de Mauro sin moverse.

—No, no pienso tomarlas de ahí —dijo negando con su cabeza —Muéstrame el paquete.

Mierda, ¿Y esa desconfianza?

—Entiendo —replicó Mauro sin juzgarla —espera, te traeré el paquete.

Giró tranquilamente sobre sus pies, así ella no podía notar su bronca. Con esa actitud era muy probable que alguien la hubiera drogado, pero aún no podía asegurar nada. Sus ojos no tenían el brillo que mostraba en las fotos, su piel estaba maltratada y pálida; y ella estaba muy desconfiada; señal de que alguien o algo la habían lastimado no hacía mucho tiempo atrás.

Volvió con el paquete de calmantes que solo le faltaban las dos que ya le había entregado. Se lo ofreció.

Katia lo volvió a mirar vacilante. Se había olvidado por un momento que estaba embarazada. No podía tomar cualquier medicina ya que podía hacer mal al bebé. Hizo un pequeño gesto con su boca. Mauro la observó pacientemente. Algo estaba pasando y estaba muy incómodo al no poder descubrir lo que era.

Antes de que pudiera decir algo, al verla dudar tanto, volvió a irse y trajo otro paquete que contenía solo paracetamol. Le ofreció los dos para que ella pudiera elegir; no sabía mucho de embarazos, pero sí estaba segura de que no podía tomar cualquier calmante. Una pequeña sonrisa apareció en su cara y agarró el paquete de paracetamol.

—Gracias —le dijo en tono suave—. Esos a veces me caen un poco fuerte al estómago —mintió tomando el paracetamol—. Tomaré un par de éstas.

Mauro quedó en el umbral de la puerta del baño admirando su belleza, aún así, machucada y desconfiada, parecía un pequeño ángel herido.

—Puedes tomar una ducha si quieres, pero prométeme que si te mareas o algo me llamarás —le pidió sinceramente.

Ella agradeció eso, quería tomar una ducha refrescante y cambiarse de ropa.

—Lo haré... —dijo suavemente —mmm... gracias —expresó cerrando la puerta del baño, dejándolo parado del otro lado.

Mauro se sentó en el living a tratar de pensar y ordenar sus pensamientos. Aparentaba estar bien pero era obvio que algo había pasado. Obviamente esos tipos no eran sus amigos, pero quería medir su reacción ante sus comentarios. Bronca y odio emanaron por cada poro de ella al nombrarlos. Sus sospechas le decían que ellos tenían algo que ver en lo que la hubiera traumatizado. Eso no hacía más que enfurecerlo, debía esperar a que Katia quisiera compartir algo de información con él. Si ella no hablaba, de seguro su cabeza empezaría a dar vueltas entre pensamientos y posibilidades que algunas no le gustaban y le cabreaban más de la cuenta.

Realmente no entendía por qué le pasaba eso, generalmente él era controlado y prolijo en sus trabajos. No implicaba sentimientos, nunca. Pero no contaba con esta belleza rubia que llegó recientemente en su vida sin permiso. Era como haber encontrado un animal hermoso, indefenso y herido en su camino; lo obligaba a comprometerse y hacer algo. Algo le afectaba, podía sentirlo, pero debía controlarlo. Esa pequeña no podía poner su mundo de cabeza tan fácilmente.

Katia terminó de asearse y cambiarse de ropa. Sabía que Mauro quería respuestas, respuestas que ella aún no podía darle. ¿Sería verdad que trabajaba para su padre? Si su padre había mandado a alguien para cuidarla el problema era mayor de lo que pensaba. ¿Por qué necesitaría ella alguien que la cuidara? ¿Estaría su padre en peligro por eso la había enviado lejos? No le había explicado mucho al momento de enviarla al internado, pero algo supuso que estaba sucediendo que no podía estar en la capital.

Cuando salió del baño se encontró con un Mauro muy sereno en la sala del discreto apartamento, escuchando música. Estaba sentado en un sillón de un cuerpo, mirando hacia el horizonte por la ventana con una botella de Schweppes en su mano. Se veía iluminado por la luz que entraba por el gran ventanal. Parecía una postal. Katia quedó

mirando la escena dubitativa, tenía su rostro serio, sus labios apretados y el ceño fruncido. Estaba pensativo, y podía sentir que la culpable era ella.

—Hola —interrumpió sus pensamientos y se sentó en uno de los sillones grandes.

—Hola, ¿Cómo te sientes? —Preguntó él girando su cuerpo para lograr quedar frente a ella —¿Estás mejor?

—Mmm, si... estoy bien —contestó desviando un poco la mirada hacia la botella que Mauro sostenía.

Mauro notó el detalle enseguida y se levantó a traerle una desde el refrigerador. Se apareció con unas bebidas y unos snacks para compartir, a ver si podía sacarle algo de información. Se veía tan bien y olía tan bien que no podía evitar que sus pensamientos se desviarán.

—Antes que nada... ¿Tienes teléfono celular? —Ella lo miró sorprendida, pero contestó enseguida.

—Sí, ¿Por qué lo preguntas?

Mauro suspiró y sacó de su bolsillo otro celular que ya tenía preparado para ella. No debía utilizar el mismo, era fácilmente rastreable. Debía deshacerse de él.

—Dame el tuyo. Usarás éste otro por seguridad —Le dijo estirando su mano y entregándole el teléfono nuevo—. Solo úsalo en caso de urgencia, no conviene que llames a tus amistades o a tu padre hasta que sepamos que está todo bien, ¿Me entiendes? —Acotó seriamente tratando que ella concibiera el motivo de tal acción. No quería asustarla, pero era vital que no tuviera su antiguo teléfono con ella.

—¿Sucedió algo malo? —Preguntó temerosa, aunque aceptando el celular que él le ofrecía y entregando el suyo.

No puedo decirle la verdad aún. Cuanto menos sepa, mejor es.

—Estoy aquí por protección Katia. Haré lo necesario para estar seguros y una de ellas es deshacerse de ese teléfono—.Expresó seriamente —Es solo precaución. Nada que deba preocuparte —dijo más tranquilo.

—¿Por qué te mandó mi papá? —Se atrevió a preguntar.

—Por protección —contestó secamente. No tenía intenciones de contarle lo que su padre le había confiado.

Ella quedó pensando en la situación, su padre había mandado a alguien para protegerla *¿O vigilarme? ¿Y si mi padre está en problemas graves?*

Algo le decía que era lo correcto, quizás ese sexto sentido que a veces aparecía, le decía que debía confiar en él. *¿Sería acertado? ¿De dónde salía esa certeza?* Había solo una manera de saberlo. Además era una realidad que no tenía a quién recurrir. Él era lo único que tenía en ese momento.

—*¿De verdad no viste hacia donde se fue Lucía?* —Preguntó en un susurro.

—No... te vi en problemas y salí corriendo a socorrerte —contestó Mauro más serio de lo que le hubiera gustado—. Quizás ella, como tú, pensó que yo estaba con ellos y al salir corriendo la perdí de vista. Tu... te golpeaste fuerte en la cabeza —dijo en un tono más dulce —Te podría haber pasado algo... *¿Adónde se dirigían?*

Mierda ¿Qué le digo? —mmm... —Pensó si decirle la verdad. Podía mentirle. *¿Sería bueno contarle todo? Decirle lo mal que la había pasado, quizás lo entendería, o podía contarle a su padre...* —Nos íbamos a escapar —dijo con un suspiro —La vida no nos trató bien ahí adentro... no fue lo que esperábamos —culminó encogiéndose de hombros como si esa razón le fuera a servir como explicación. Quiso restarle importancia al tema para que él no profundizara. Quizás no le hiciera más preguntas, por lo menos por ahora.

Mauro la estudiaba, miraba los gestos de su boca, de sus ojos, de sus manos. Leía su lenguaje corporal. No le mentía, pero no le contaba toda la verdad. Debía ser cuidadoso, no quería presionarla, pero tenía que lograr que hablara de alguna manera.

—*¿Ahí adentro dónde? ¿En el internado? ¿Pasó algo allí?* —Preguntó cauteloso.

Ella dudó, bajó la mirada, sus manos se juntaron y hacían pequeños remolinos con sus dedos, su pecho subía y bajaba más rápido de lo normal mientras Mauro la miraba ansioso.

¿Y ahora qué le digo? Es un detective. Vive haciendo preguntas, es más, debe estar leyendo tu mente. ¡Tonta!

El detective no supo cómo seguir, no era inexperto con las mujeres. Había sido dotado con un buen físico y unos buenos rasgos masculinos. Ojos verdes y una buena sonrisa, siempre se lo habían dicho hasta sus propios compañeros. Todo eso era un combo ideal para que tuviera una buena experiencia en cuanto a mujeres, pero con esta chica parecía un adolescente de quince años. Se podía sentir totalmente perdido y hechizado por esos grandes y llorosos ojos.

Katia quedó sin habla, pensaba en las manos de Thor apretándola y doblegándola. Pensaba en lo sucia y poca cosa que se sintió después. Soledad y desamparo fueron los únicos sentimientos que la habían acompañado unas semanas atrás. Silencio y angustia. Esos sentimientos la fueron invadiendo hasta que nuevamente sintió un sabor salado de las lágrimas en su boca. ¿Cómo haría para borrar todo aquello? ¿Para recuperar su vida normal? ¿Podría volver el tiempo atrás?

Se sintió sollozar sin ser consciente de ello.

La hiciste llorar. ¡Bravo!

Mauro no pudo con esa situación, rápidamente se acercó a ella al verla lagrimear. No quería asustarla, pero no pudo mantenerse inmutable mientras lloraba frente a él.

—¡No! ¡Por favor no llores! —se acercó a ella y se sentó a su lado en el sillón tratando de abrazarla —No llores más. Nadie te hará daño. Nadie más, te lo prometo—. Ella se tensó ante el toque de sus brazos a su alrededor. Conscientemente retiró su cuerpo de su agarre. Necesitaba salir, necesitaba soltarse.

Mauro notó el cambio en su actitud corporal. Se desconocía ampliamente de la manera que estaba actuando con ella, pero esta vez no le importó. Él podía sentir que ella necesitaba su apoyo, ni siquiera entendía por qué.

—Katia mírame... —explicó aflojando levemente su agarre, subió con lentitud una de sus manos hacia su mandíbula y suavemente giró su cara para que pudiera verlo directo a los ojos—. Puedo ver que alguien te hizo daño, no hace falta ser un detective para adivinarlo —ella bajó su mirada y un par de lágrimas volvieron a correr por su mejilla —mírame, es importante—. Subió lentamente su mirada con miedo a que él pudiera leer a través de ella, no podía decirle la verdad, ni él debía saberlo todavía—. Yo jamás, jamás te haré daño. No debes temer de mí —le dijo mirándola a sus ojos profundamente—. Quiero ayudarte, déjame hacerlo. Si no me dejas entrar no puedo hacer nada... y me desespera verte así y no poder ayudarte. Me quiebras con cada lágrima. Por favor te pido... déjame ayudarte a superar esto. Lo lograremos, sé que puedo hacerlo.

Ella continuaba mirando dentro de sus ojos y su boca que se movía al ritmo de una inexistente música. Solo pudo mirarlo, mientras varias lágrimas más siguieron cayendo. Él se animó y limpió una de ellas con su mano. ¿Sería posible que alguien pudiese quererla luego de lo que había pasado? La habían degradado como persona, como mujer. Ensuciaron su orgullo y lo peor de todo, tenía un embarazo fruto de esa horrible experiencia. ¿Cómo podría alguien quererla luego de tal aberración? ¿Cómo podía sentirse digna de cualquier palabra bonita que alguien le dijera? Seguía sintiéndose sucia y un desperdicio de la sociedad. Su alma ya estaba perdida; y su camino, marcado.

Un sollozo salió de sus labios, logró poner su mano sobre la que Mauro tenía

acariciándole suavemente la mejilla y la retiró sin dudar.

—No... No Mauro, tu no entiendes... —logró decir antes de levantarse del sillón en donde estaba y se dirigió a la cama donde había despertado hacía un rato. Allí se tiró a llorar.

Capítulo 4

Mauro quedó desconcertado. Primero consigo mismo. No debió haber dicho lo que dijo, no debió abrirse así. *¿Qué te pasa con esa chica?, por Dios Mauro, ¡Reacciona!*

Quedó perturbado. Se sintió muy bien tenerla entre sus brazos aunque sea por un momento, pero al instante pudo sentir su incomodidad. ¿Sería solo con él? ¿Sería que no se sentía atraída hacia los hombres? ¿Sería que no tenía ningún efecto sobre ella? ¿Por qué habría salido corriendo? ¿Qué tan malo sería lo que le habían hecho?

—No... tienes razón, no entiendo... —dijo para sí mismo mientras se acomodaba en el sillón y volvía a mirar hacia afuera.

Eran muchas preguntas sin respuestas claras y otras que deducía, pero que no podía estar seguro hasta que ella lo confirmara. Su desconfianza y su reacción al tacto le hacían pensar en una agresión física, no quería pensar en algo como un ultraje o violación. ¿Quién podría hacerle eso a ella? Debió ser algún ataque o alguien que la quiso asustar y se salió de las manos. A eso le agregaba la desconfianza con el tema de los analgésicos y podía perfectamente pensar en droga. El podría ayudarla con ese tema, podría hacerlo porque una chica como ella, así lo merecía ¿no?

El sonido de su celular lo sacó de sus pensamientos. El fiscal Bellagio estaba llamando. Seguro quería novedades. Novedades que él no tenía; o sí tenía, pero no le iba a contar hasta que tuviera bien claro qué le iba a decir. Esperó y dejó que atendiera el contestador, luego revisaría los mensajes.

En ese momento un golpe llamó su atención. Se levantó muy despacio tratando de discernir de donde provenían. Procedían de uno de los cuartos, precisamente en el que Katia se encontraba descansando. Con su arma en mano y dispuesto a disparar a quién estuviera irrumpiendo en su apartamento se dirigió al cuarto de la chica.

Dejó la puerta abierta, observó en la ventana y se fijó en los placares. No había nadie allí dentro y ella seguía durmiendo profundamente cuando la escuchó.

—¡No! ¡Suéltame hijo de puta! —Soltó en sus sueños lanzando un puñetazo a la pared. Mauro la miró estupefacto —¡No! ¡Por favor suéltame! —sollozó esta vez.

Mauro se acercó. Quería despertarla y hacerle saber que era una pesadilla, que nadie le estaba haciendo daño; pero a su vez no quería asustarla. Suavemente la tomó de las manos, mientras ella continuaba lanzando golpes al azar. No quería que se lastimara.

Sollozaba y balbuceaba palabras sin sentido, mientras pequeñas lágrimas corrían por sus mejillas. Tenía la mandíbula apretada en señal de rabia. Mauro la tomó de los hombros y la sacudió suavemente.

—Katia, Katia... despierta... —le hablaba suavemente —Katia, despierta. ¡Despierta ya!

Abrió lentamente sus ojos y a través de las lágrimas vio la cara de preocupación de Mauro. Había tenido otra pesadilla seguramente y él la habría escuchado. No tuvo que pensar demasiado, la tomó con fuerza y la arrimó hacia su pecho. La sujetó entre sus brazos sin decir nada mientras ella continuaba llorando y sollozando contra su voluntad.

El pecho de Mauro subía y bajaba rápidamente, tratando inútilmente de calmarse. Esa chica derribaba todas sus murallas y sus defensas.

Ésta vez se dejó abrazar, necesitaba ese calor, esa contención. Estaba de nuevo en la pesadilla con Thor y ésta vez, como un ángel guardián Mauro había llegado para salvarla. ¡Qué diferente hubiese sido todo si él hubiera llegado en realidad esa fatídica noche!

Katia sorbía por la nariz mientras sus lágrimas lentamente comenzaron a mermar. Sentía sus manos, que la sujetaban con fuerza a su alrededor y por primera vez en varios días se sintió segura. Sus brazos la sostuvieron hasta que dejó de llorar. Él no se atrevió a decir una palabra. Cuando ella sintió el valor se desprendió muy suavemente de su agarre y se animó a mirarlo a los ojos. Él aflojó sus brazos, sin soltarla. Sus ojos verdes la miraban con un aire de compasión mientras los llorosos ojos de ella lo estudiaron dulcemente.

—Lo siento —dijo ella bajando la mirada.

—Shhh... ven aquí... —le susurró Mauro y la atrajo nuevamente hacia él. Ella no rehusó su toque y se recostó sobre su pecho. No lo tocó, pero dejó que él la consintiera. Él se acomodó a su lado y comenzó a acariciar sus brazos suavemente. Dejó suaves y pequeños roces en su piel tratando de calmarla. Pequeños trazos que pretendían devolver sensibilidad y vida.

El detective sentía mucha bronca e impotencia. Debía averiguar qué había sucedido con ella o terminaría enloqueciendo. Su mente se dirigía a lugares muy oscuros en cuanto a su ángel se trataba.

¿Mi ángel? ¿Qué estás haciendo Mauro, quieres complicar las cosas?

Pensaba, calculaba y seguía dando vueltas en su cabeza las opciones y no le gustaba ninguna. Tenía que apurarla un poco, tenía que saber qué le había pasado y así poder

reportarse al fiscal de una vez.

Katia no se enteró en el momento en que quedó dormida, pero cuando despertó, estaba en la misma cama acostada al lado de Mauro y aún estaban abrazados. Ella estaba apoyada de costado y él estaba a su lado con una de sus manos encima de ella, levemente sobre su abdomen. Recordaba perfectamente la noche anterior. No había pasado nada, él solo la había calmado cuando ella se sintió mal. Eso hacían los amigos ¿No?

En el instante en que quiso incorporarse sintió su estómago estremecerse y un sabor amargo en su boca. Se zafó rápidamente de su agarre y salió disparada hacia el baño sin dudarle.

Mauro despertó debido al rápido movimiento de su acompañante y quedó inmóvil ante la situación. Se incorporó rápidamente y se dirigió a la puerta del baño preocupado. Desde ese lugar podía escucharla haciendo arcadas y vomitando. *¿Vomitando? ¡Mierda! ¿Qué es esto?* Pensó inseguro.

Abrió la puerta del baño asustado y la encontró de rodillas junto al inodoro. Katia levantó sus ojos y lo miró con timidez. Tenía los ojos llorosos debido al esfuerzo y alguna que otra lágrima que se había escapado. Él se acercó en silencio, la tomó suavemente de sus brazos y la colocó en su pecho como lo había hecho la noche anterior. Sabía que ella aceptaba esa posición, le gustaba y la reconfortaba. Y a él también.

—Nena, ¿debemos ir a un médico? —Le preguntó mientras tomaba su cara suavemente para conectar con sus ojos —¿Qué sucede? Cuéntame por favor... —expresó casi como una súplica.

—Un médico no... por favor —susurró mientras se hundía en el pecho de Mauro a llorar con fuerza.

—Por favor, sabes que necesito respuestas —Volvió a hacer que sus ojos coincidieran —Tu padre llamó, debo reportarme con él... y no sé qué decirle. Necesita respuestas tanto como yo. Dime tú ¿Qué debo decirle? —Ella no pronunció palabra—.Por favor, dime que te tiene tan triste nena.

Triste es un comienzo, pero hay más. Pensó ella para sí misma.

—Él no puede saberlo Mauro, él no... —sollozó con pesar. Si su padre se enteraba que se había escapado del internado, que la habían violado y que estaba embarazada... ¡Oh Dios!... Su estómago se hundió. Sería la oveja negra de la familia, su padre era capaz de llevarla lejos y esconderla para que nadie pudiera percatarse de su hija descarriada. La haría deshacerse de ese niño, la ocultaría y la haría aparecer luego como si hubiera estado en un largo viaje de placer. No era que no la quisiera, pero en el mundo en el cual se movía su padre, las apariencias lo eran todo.

—Cuéntame a mí, y yo veré que le digo a él, pero necesito saber la verdad. No puedo ayudarte si no me dices la verdad. ¿Entiendes eso? —Le decía con sinceridad. Necesitaba que ella confiara en él, que se abriera por completo.

Katia se sintió vulnerable ante la mirada y amabilidad que sentía cuando Mauro estaba junto a ella. Sabía que no lo conocía demasiado, pero su instinto le indicaba que podía confiar en él. Quizás se equivocaba, pero con él sentía esa seguridad que hacía mucho tiempo anhelaba.

—Mauro... Mauro... —susurraba entre sollozos en sus brazos —Mi padre va a matarme... —decía mientras más fuerte lo abrazaba.

Él la sostenía entre sus brazos mientras ella parecía derretirse. Temerosa y despeinada, se aferraba a su pecho como si fuera su única salvación.

Él la sentó con delicadeza en la tapa de inodoro. Abrió el grifo de agua fría de la pileta y comenzó a pasar un poco de agua por su rostro. Limpiaba su frente, la mojaba suavemente mientras ella lo miraba tímidamente. Remojaba con lentitud su nuca, su pelo. Él se estaba comportando muy dulcemente con ella. La miraba con ternura mientras ayudaba a sanar las pequeñas cicatrices de su alma. Con una dulzura infinita llevaba agua hacia sus mejillas, borrando el camino de las lágrimas derramadas. Aún con sus párpados cerrados, ella sintió como él pasó sus húmedos dedos suavemente por sus labios, repasándolos delicadamente como si fuera una caricia. Se permitió disfrutar cada sensación, cada caricia, cada mimo.

Lentamente se animó, abrió sus ojos y se encontró con la cara de Mauro muy cerca de la suya. Su rostro serio y preocupado. Era un momento infinito que ninguno quería romper, pero no pudo contener sus inmensas ganas de besarla, aunque no lo haría sin su permiso. Él acercó sus labios a su sien y le dejó un pequeño beso grabado. Era su sello, su primer contacto íntimo. Ella no se alejó, ni se tensó. Era un avance.

Estás hecho un paloma. ¿Quién lo diría?

¡Cállate!

Katia aceptó que le dejara un sutil y tierno beso en su rostro. Se sintió muy bien al momento que él la tomó en sus brazos para volver a abrazarla y contenerla. La acariciaba dulcemente como queriendo sanar todas sus heridas y reparar todas sus pérdidas solo con sus manos.

—Mauro... —expresó dubitativa mientras buscaba sus ojos —no sé cómo comenzar... —dijo volviendo a bajar la mirada...

Él pensó que quizás en ese momento ella quisiera hablar con él, pero el baño no era el lugar adecuado para que ella se sintiera más cómoda para hacerlo. Agarró una toalla, suavemente la pasó por su cara y cuello para secar el excedente de agua. Katia solo lo observaba, no emitía sonido. Pasó un brazo por detrás de sus rodillas y el otro por detrás de su espalda y la miró en silencio pidiendo permiso para lo que iba a hacer. Katia no creía que él hiciera todo esto por ella, que la mimara, que la lavara y la secara. Se sentía volar con sus roces suaves. ¿Cuánto hacía que nadie la acariciaba de esa manera? *Muchísimo tiempo* pensó.

Él tomó su silencio y su cálida mirada como una aceptación, y la levantó para llevarla en brazos hasta el sillón doble de la sala. La colocó primero en el gran sillón y luego él se acomodó a su lado. La dejó en ese lugar con un ademán de “espera un momento” y apareció enseguida con dos botellitas de Schweppes, una para cada uno.

—Sé que no será fácil nena —le dijo sentándose a su lado y le entregó una —pero puedes intentar desde el principio.

Ella lo miró indecisa.

—Prométeme algo antes... —le pidió bajando la mirada y jugueteando con sus manos.

—Lo que sea nena, lo que sea... —aseguró él.

—¿Me ayudarías a buscar a Lucía? —Preguntó con un dejo de preocupación.

Mauro pareció pensarlo un instante.

—Sí... haremos lo posible por encontrarla —asintió finalmente.

Katia dio un sorbo de la botella, emitió un profundo suspiro y lo miró a los ojos. Él podría entender que ellas no fueron culpables, que solo fueron víctimas de una horrenda situación. Mauro esperaba tranquilo. Sabía que podía decir cualquiera de sus suposiciones, pero había algunas que él no quería oír.

—Mmm... —Susurraba mientras jugaba con los dedos de sus manos —Me... me violaron... —dijo en voz muy baja, pero él llegó a escucharla.

¿Qué? ¿Qué dijo? ¡Mierda!

Mauro sintió el piso hundirse. *¿Qué dijo?* Su corazón dio un vuelco. Había evaluado esa opción pero le pareció la más remota y peor de todas.

¡Mierda! Calma Mauro. Ella debe estar más nerviosa que tú.

Katia vio que él no emitió sonido, ni siquiera pestañeó ante semejante declaración. La quedó mirando inescrutable. Decidió continuar.

—Y... quedé embarazada... —dijo casi en un susurro. Su mayor secreto había sido liberado, ahora debía esperar la reacción de él.

Mauro quedó inmóvil evaluando las dos bombas que le había tirado esa chica. Su cabeza entró a girar a mil por hora. Una violación, de lo peor que se había imaginado, y un niño producto de esa violación. Debió haber sido espantoso por Dios. *¿Estará lastimada?*

Mauro continuaba cual estatua. Mirada fija, vacía que se dirigía directo a sus ojos. Totalmente indescifrable. *¿Qué estaría pasando por su cabeza luego de lo que ella le dijo?* Luego de un par de minutos que parecieron horas sintió su mirada repasando su cuerpo. Miraba su cuello, sus brazos, manos, piernas. Katia se sintió morir, la estaba juzgando y aparte la miraba con cara de asco. Sus dudas y miedos volvieron a aflorar y volvió a sentirse sola, ausente y sucia. Lo había juzgado mal. Y ahora era juzgada por la única persona en la que confió para abrirse de todas sus pesadillas. Sintió sus mejillas ruborizarse y un sabor salado en su boca. Lágrimas. Otra vez; solo pudo hacer una cosa, se giró en el sillón lo más rápido que pudo y salió corriendo hacia la habitación.

Mauro no podía creer lo que había pasado con su ángel. Una violación. La habían ultrajado, maltratado y no solo eso sino que además, llevaba un niño en su vientre. Miró su cara, no estaba golpeada; ni su cuello tenía marcas. Solo algunos raspones en sus brazos y en sus muñecas. *¿Cuándo fue eso? ¿Quién fue el infeliz? ¿Quién fue el hijo de puta que la violó?* Estaba ensimismado en los pensamientos que apenas volvió a la realidad cuando vio una lágrima caer por su mejilla. Su cara lo decía todo. Ella giró rápidamente y se fue. *¡No! ¡Corre tras ella imbécil!*

Katia logró correr unos metros, pero él la alcanzó por detrás y la dio vuelta en un solo tirón.

—¡No! ¡Déjame! —Gritó furiosa y llorando.

—Perdóname. Perdóname Katia —la apretó de manera brusca contra su pecho
—Perdóname, soy un imbécil.

Sí. De las ligas mayores.

—¡Vi como me mirabas Mauro! —Le gritó mientras lo empujaba colocando las dos manos en su pecho —¡Te vi! ¡Te vi! —Él no dejó que se apartara, mientras seguía pidiéndole perdón y ella seguía llorando y forcejeando para liberarse.

—No te voy a soltar nena. Te lo prometí y lo cumpliré. Soy torpe. Perdóname—.Le habló al oído —Lo siento.

Era dulce. La manera en la que le hablaba era dulce, pero sus actos no concordaban con sus palabras. Ella levantó suavemente su cara hasta encontrarse con sus ojos. Estaban algo brillosos, quizás conteniendo alguna lágrima.

—¿Te... Te doy asco? —Preguntó compungida. Se quería morir—. Te vi... te doy asco...

Él la hundió en su pecho. Ella se largó a llorar de una manera desconsolada.

Eres un imbécil Mauro, totalmente profesional.

—Nena, jamás vuelvas a pensar eso. Nunca más —le dijo apoyando sus labios en su frente —¿Cómo puedes pensar eso? Porque soy un imbécil, lo sé, pero no. No me darías asco nunca y menos por ese accidente.

—¡No es un accidente! —Levantó nuevamente sus ojos —¡Nos violaron! ¡A las dos! Primero nos drogaron y luego nos violaron... Dos veces el maldito hijo de put...

Su voz se tensaba a la vez que lo contaba. Su bronca y desesperación brotaba por cada poro de su piel.

Él la apretó aun más hacia su pecho y no la dejó terminar.

—Shhh... Cálmate nena, cálmate por favor —Mauro quería aparentar una frialdad y calma que no tenía. Por dentro explotaba. Era mucha información para una sola frase —¡Perdóname nena! ¡Perdóname! Soy un bruto —continuaba diciendo suavemente al no poder expresar sus verdaderos sentimientos.

—Mauro... me estás apretando—.Le dijo con un aire de vergüenza. La sostenía tan fuerte que se sentía sofocada.

—Oh, lo siento nena. Ven aquí... —Se separó un poco y la llevó nuevamente al sillón donde estaban hacía unos minutos.

Se sentaron juntos. Él se sentó de frente a ella, para poder mirarla a los ojos.

—Por favor, no llores mas —le pidió limpiando sus lágrimas con sus manos—. Déjame ver... Estos chicos que estaban el otro día en la esquina del internado... ¿Tienen algo que ver? ¿Acaso fueron ellos? —Preguntó él incorporándose.

—Sí... —contestó ella bajando la mirada—. No sé qué hacer ahora, mi vida ha cambiado en una sola noche. ¡Una maldita noche! —expresó afectada.

Mauro sentía un brutal calor interno, ganas de agarrar a esos hijos de puta y hacer justicia por mano propia. Nunca había sentido eso. Tuvo una leve corazonada cuando los vio afuera del internado. Una mala. Pero no tenía pruebas para demostrar nada de eso, debía mantener la compostura; inclusive ahora frente a ella.

Al ver que él la miraba con atención, prosiguió.

—Los íbamos a ver seguido al pub cercano al internado—. Comenzó a contar un poco más tranquila —. Una noche nos invitaron con unas bebidas... y bueno... aceptamos... —narraba con pesar los sucesos de aquella nefasta noche mientras él escuchaba atentamente sintiendo emociones que le eran nuevas e inexplicables. Haría pagar de alguna manera estos hijos de puta. Eso lo tenía seguro.

—Obviamente las bebidas contenían algún tipo de droga. Cuando ya no éramos dueñas de nuestras acciones, se aprovecharon de nosotras. No pudimos reaccionar. A mí me agarró Thor... —comenzaba a estremecerse recordando los hechos; bajaba la voz con la mirada perdida en algún punto del piso—. Me arrastró a su auto. No podía gritar, buscaba a Lucía pero ella ya no estaba ahí. Escuchaba su risa, una y otra vez reía irónicamente —levantó la vista para ver la mirada insondable de Mauro —traté varias veces de zafarme, traté... pero no podía, no sé, no tenía fuerzas... no... —y ya no pudo continuar. La angustia le volvió a ganar. ¿Cómo iba a hacer para olvidar todo? ¿Podría alguna vez?

Mauro se acercó y la abrazó de nuevo. No sabía que otra cosa hacer en ese momento. Era un abrazo de apoyo y cariño, él haría todo lo posible por ayudarla. Lo supo en ese momento. Lo que no supo fue el por qué.

—Encontraremos a Lucía. ¿Quieres que hagamos la denuncia nena? Yo te ayudaría... —le preguntó directamente —¿Cuándo pasó Katia?

—Mmm... hace unas tres semanas —contestó mirando sus rodillas que tenían algunas leves marcas aún —¿Denuncia?... No sabemos ni sus nombres reales... —Expresó con pesar.

—Iremos a ver un médico —le aseguró mirándola a los ojos —tú y ese niño deben estar bien. Usaremos otra identidad, yo la conseguiré. Pero te haré revisar por un médico. De la documentación me encargaré yo. Luego veremos qué opciones tenemos.

Ir a ver a un médico era lo menos que quería hacer, pero sabía que de continuar con el embarazo, éste debía ser controlado asiduamente. Además era consciente de que ella misma debía ir al médico y revisar que todo estuviera en orden para tener un embarazo normal.

—Mauro... no le cuentes a mi papá, por favor... aún no —suplicó bajando su rostro mientras lo abrazaba por su pecho.

Se zafó de repente del abrazo, abducida en sus propios pensamientos.

—No tengo mucho dinero Mauro, ¿Cómo voy a hacer? ¡Mierda! —exclamó tomándose la cabeza con ambas manos. No había pensado en ese detalle. Un control de embarazo seguro le consumiría mucho dinero.

—No te preocupes ahora por eso nena, lo resolveremos. Yo te voy a ayudar ¿No te lo dije ya? —Le dijo tomándola de sus manos.

—No es tu responsabilidad. No puedo dejar que hagas eso. No lo aceptaré —dijo compungida. Ni podía dejar que él se hiciera cargo.

La estás apurando, déjala que lo piense.

Cállate, inoportuna.

Te has convertido en un gilipollas.

Su remota conciencia solía burlarse de él en todo momento. La mayoría de las veces con ironías, otras le mostraba un panorama que no era capaz de ver. Era como si su conciencia pudiera tomar distancia y analizar las cosas que él no veía.

Mauro pensó que quizás tenía razón, pero ya no podía dejarla sola.

—Nena, tu tranquila. Ven aquí... —le dijo tirando suavemente de sus manos hacia él—. Lo resolveremos en la marcha.

—Espera —ella se incorporó y lo enfrentó —No lo aceptaré Mauro, no... no es justo para ti.

—Ya calla nena, ven aquí —dijo suavemente mientras volvía a tirar para poder abrazarla. Se sentía tan bien con ella en sus brazos, que lo repetía para ver si ese sentimiento era verdad.

Esta vez Katia se dejó abrazar. Mauro no podía luchar con lo que ella le hacía sentir. Era algo nuevo e irreconocible. Nunca en su vida se sintió más hombre que teniéndola en sus brazos. Se sentía el hombre más poderoso del mundo. Sí. Ella le daba poder. El poder de sentirse un hombre completo. Katia era su complemento. Lo serenaba, lo

controlaba y lo desbordaba como solo ella podía hacerlo y sin percatarse.

Ella volvió a zafarse luego de unos minutos de estar en sus brazos para volver a mirarlo.

—No lo harás Mauro, no...

En ese instante, la silenció colocando dos dedos en su boca.

—Shhh... Calla. Todo saldrá bien. Lo prometo—. Repasó suavemente sus labios con sus dedos y volvió lentamente a llevarla hacia su pecho—. Quédate aquí nena, quédate aquí... —le decía suave en su oído —todo va a salir bien. Tú confía... déjame a mí.

Gilipollas.

Capítulo 5

Buenos Aires

Franco llegó a su despacho temprano esa mañana. Estaba un poco preocupado ya que no había podido comunicarse con el detective Lamanna en varios días. Le había dejado un mensaje, esperando que lo contactara con novedades. Quizás solo estaba ocupado y se pondría en contacto pronto.

Llamó a su secretaria para que le llevara su café descafeinado matutino como de costumbre y el diario del día. Mientras su secretaria no estaba, sonó su línea privada, directo a su despacho. Ya se imaginaba quién estaría del otro lado.

—Bellagio —contestó secamente.

—El lunes próximo llega la segunda tanda. El Jeque quiere que tengas todo pronto. Todos los detalles ésta vez. Ésta tarde recibirás el dinero. Ponte en marcha, tienes una semana —le dijo una voz ya conocida en el teléfono y cortó.

La Banda de Olaf se presentaba de esa manera. Era fugaz, clara y concisa. Ésta vez debía hacer las cosas bien. Por el bien suyo y el de Katia, debía poner sus contactos en movimiento enseguida.

Córdoba, Argentina

Luego de unos días de pensar qué hacer, el detective decidió contactarse con el Fiscal. Ya lo había decidido, no podía mentirle, solo ocultaría parte de los hechos para preservar a Katia. Ya podría revelar todo cuando tuviera más información.

Katia dormía aún, luego de una noche de revelaciones y llanto, ella pareció descansar mejor y no tener pesadillas.

—Bellagio —atendió Franco a su celular.

—Lamanna —contestó el detective —Tengo novedades.

—¿Qué pasó? ¿Pasó algo? Me han llamado del internado... —preguntó el fiscal preocupado.

—Katia está conmigo Fiscal. Había gente rondando el lugar, sospechosa. Fue atacada, pero ahora está sana y salva como usted pidió. No llegaron a hacerle mucho...

—Franco escuchaba atónito —Fiscal, ¿aún está ahí?

—Sí, si... aquí estoy —contestó inseguro. *¿Habrían llegado hasta ella ya, o era algo casual?*

—Creo que fue un hecho aislado, igual estamos alerta. No nos hemos movido de la capital aún, en caso de hacerlo le notificaré. Cuidaré de ella como me pidió. No se preocupe. Ella está en buenas manos y nadie le podrá hacer nada si está conmigo.

—¿Está bien? ¿Seguro detective? —Preguntó dudoso.

—Sí claro Fiscal. Está todo en orden, salvo que ella ya no está en el internado—.El Fiscal escuchaba atento —Volveré a contactarme cuando tenga más novedades. Quédese tranquilo, ella estará bien—.Cortó la comunicación sin mucho más que decir. No quería que profundizara en preguntas que no quería o no podía responder.

Katia se estaba despertando y él quería tener el desayuno pronto. Hoy se dedicaría a conseguir los datos de Lucía y de los hijos de puta que habían maltratado a su ángel.

—Buenos días... —dijo entrando a la habitación con una bandeja de café con leche, jugo de naranja y unas facturas recién horneadas, o mejor dicho, compradas en la panadería de la esquina.

Katia ya estaba casi despierta. La luz de un nuevo día entraba por la ventana. Parecía un amanecer diferente. Mauro terminó de despertarla cuando lo vio entrar por la puerta con una bandeja repleta de cosas.

—¡Wow! ¡que rico se ve! —expresó asombrada —Buenos días...

Sin pensarlo mucho, se acercó y le depositó un beso en el cabello.

—Creo que alguien ha dormido bien y tiene hambre —señaló sonriendo.

—¿Tú hiciste todo esto? —Katia lo miro con cierta incredulidad.

—¿Me creerías si te digo que si? —Preguntó jocoso.

—No creo —contestó riendo.

Ambos sonrieron. Él se sentó con ella en la cama apoyando la bandeja entre los dos.

—¿Todo esto es para mí? —Preguntó mirando hacia las dos tazas que había en la bandeja.

—No pequeña, yo también voy a desayunar. Estaba esperando que despertaras —contestó él orgulloso de su acto.

A Katia le gustó que la hubiera esperado. Seguramente lucía alguna sonrisa tonta en su rostro.

—Anda, come algo... —dijo él —tienes que comer por dos ahora, ya sabes... —expresó divertido.

—Mmm... si claro —hizo un gesto con la boca y comenzaron a desayunar. Mauro aprovechó el momento para explicarle cuáles eran sus planes para el día y lo que había hablado con el Fiscal.

—¿Cómo se lo tomó? —Preguntó intrigada.

—No te preocupes nena, de él me encargo yo. Pero se lo tomó bien. Tú, tranquila.

—¿Le... contaste? —Averiguó insegura.

—No ángel ¿Cómo crees? —Le dijo mientras retiraba un mechón de su cabello de su cara y se lo colocaba tras la oreja —Ya veremos cómo hacemos... tú deja que algo se me va a ocurrir para decírselo de la mejor manera.

La forma en la que Mauro la miraba parecía diferente. Desde que ella se había sincerado con él, sentía una pequeña conexión, como una empatía que la hacía sentir muy cómoda y protegida. Mauro le dijo que ese día iría tras los datos de Lucía, iba a tratar de localizarla. Él la estaba ayudando mucho, la estaba cobijando en su hogar, le había mentido a su padre solo porque ella se lo pidió, la defendió de Thor cuando se quiso escapar del internado. Le debía mucho; sin embargo él no le pedía nada a cambio.

—¿En qué piensas? —Preguntó él cuando vio su mirada perdida hacia la ventana.

Esa frase la sacó de sus pensamientos y lo miró con cariño.

—Gracias Mauro —comentó sincera.

El pareció algo sorprendido.

—¿Por el desayuno? —Preguntó risueño.

Katia sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Por todo. Gracias de verdad—. Contestó encogiéndose de hombros. Si no fuera por su amabilidad no sabía dónde hubiera ido a parar.

Mauro sintió su corazón derretirse ante esos ojos dulces y su expresión sincera.

¿Qué me está pasando con ella?

—No es nada nena... —dijo mientras le guiñaba un ojo. Se levantó de la cama, tomó la bandeja del desayuno y depositó otro beso en su cabello—. Quédate aquí pequeña. Yo me encargaré de todo—. Y sin decir más se retiró de la habitación.

Luego de dejar las cosas en la cocina volvió a saludar a Katia y se despidió para salir a hacer sus diligencias. Tenía varias llamadas que hacer y varias cosas que averiguar, entre ellos el paradero de los dos violadores hijos de puta.

Katia quedó pensando todo lo que le había sucedido en los últimos días. Su vida había cambiado de manera drástica y ella sólo se sentía una espectadora. No sentía placer en lamentar una y otra vez las cosas malas que le habían sucedido, pero habían sido clave para entender el lugar donde se encontraba ahora. Estaba literalmente viviendo

con un desconocido, un desconocido que se portaba con ella mucho mejor que varios de sus amigos. La cuidaba, la mimaba, le preparaba el desayuno con un cariño que no entendía. Con él sentía que su vida podía ser normal otra vez. *¿Podré volver a tener una vida normal?* Pensaba continuamente. Ahora sería mamá. Su primer hijo o hija.

Muchas mujeres eran madres solteras y ninguna moría en el intento. Ella no sería la excepción. Sería una buena madre. No importaba si su hijo no había sido concebido en las condiciones más deseadas, pero había llegado a su vida por alguna razón. Una pequeña luz en su camino, una pequeña esperanza que serviría para que ella no se diera por vencida solo por el hecho de una mala experiencia. Ella sería una mujer diferente, adoraría a ese hijo como si fuera fruto de una relación de amor, como siempre soñó.

Ese día se levantó de la cama con otra actitud. Ya que él tenía tantas atenciones hacia ella pensó que podría cocinar para él. No se le daba muy bien lo de la cocina, pero no podía ser muy difícil. No sabía exactamente la hora en la que Mauro llegaría pero seguro le daba para hacer algo. Comenzó a ordenar y limpiar las cosas del apartamento, cuando revisó los alimentos que tenían en el refrigerador, se dispuso a hacer unas empanadas de carne al horno. *Unas simples empanadas servirán.* En el refrigerador tenía varias botellas de Schweppes, su bebida favorita, y un vino tinto que sería perfecto para acompañar el almuerzo, por lo menos para él.

En su celular nuevo, que no usaba mucho por precaución, buscó la receta para una masa casera y se puso en marcha. Cerca del mediodía ya tenía todo en orden y limpio en el apartamento. Con la comida ya caliente se dispuso a preparar la mesa y dejarla pronta para cuando él llegara. Se sirvió un vaso de Schweppes, que resultó ser muy agradable a su paladar, y se sentó en el living a esperarlo, mientras escuchaba algo de música.

Mauro demoró un poco más de lo pensado. Era un día de mucho calor en la ciudad y quería descansar antes de salir de nuevo. Llegó al apartamento pasadas las dos de la tarde, loco de hambre y con ganas de ducharse. Al entrar se quedó sorprendido de lo que encontró en el lugar. Katia había ordenado toda la sala, estaba todo limpio y con un aroma exquisito en la habitación. Dejó sus pertenencias en la mesa de la entrada y se dirigió hacia la cocina. La mesa estaba puesta, sencilla pero con elegancia. *Esta chiquilla me quiere matar.* Pero aun no la veía. Ella se había tomado su refresco y se había quedado dormida en el sillón frente al ventanal. Cuando la vio, su corazón se derritió de tal manera que tropezó con el sillón frente a él.

Esto se va a complicar, lo sabes ¿no?

Cállate. No te metas.

Se acercó a ella lentamente, se agachó a su lado y le dejó un beso en su sien. Ya casi no resistía la necesidad de besarla cada vez que podía. Katia se removió en el sillón ante el contacto de sus labios y abrió los ojos. Él le sonreía tontamente mientras le retiraba el cabello de la cara.

—Hola Bella Durmiente... —dijo cariñoso.

—Hola... Me quedé dormida... —dijo sonriendo mientras se refregaba los ojos y se incorporaba torpemente.

—Me di cuenta —expresó jocoso —¿Almorzaste ya?

—No... te estaba esperando, pero me dormí.

—Vamos a comer algo y te cuento las novedades. Ven aquí —le ofreció su mano y la ayudó a levantarse. Fueron a la mesa, Katia sirvió las empanadas con el vino y empezaron a comer.

—Encontré a Lucía... —comentó él —si quieres ésta misma tarde te acompaño a la dirección que conseguí.

—¡Qué bueno! Sí, claro... como si de verdad me dejaras ir sola aunque te lo pidiera —contestó sonriendo.

—Obvio que no, pero es mejor que me digas que sí, así no tengo que seguirte.

Ella se rió ante tal ocurrencia, pero sabía que no la iba a dejar ir sola y era mejor ir con él. No sabía con qué se iba a encontrar allí.

Terminaron de comer y Mauro la ayudó a poner en orden la cocina. Ella se encontraba lavando los platos mientras él terminaba de ordenar la mesa. Cuando la observó haciendo los quehaceres de su pequeño hogar no pudo rechazar la necesidad de abrazarla y se acercó lentamente por detrás. La tomó tímidamente por las caderas y se acercó a su oído.

—¿Cómo te encuentras? No te he preguntado —le dijo dulcemente al oído—. ¿Has tenido náuseas nuevamente?

Ella sintió que Mauro se acercaba y pudo leer sus intenciones antes de que sucedieran. No lo rechazó, se venía acostumbrando lentamente a sus mimos. Le gustaban cada vez más. La cuidaba, la protegía y le hacía olvidar las cosas que ella no quería recordar. Cuando dormía en su presencia no tenía pesadillas, funcionaba como un escudo. Su ángel. Mauro llevó una de sus manos a su vientre mientras le preguntaba por las náuseas. Ella no pudo más que sonreír y bajar la mirada a tal demostración de cariño. No se animaba a voltear la cara, Mauro estaba pegado a su cuello y ella podía sentir su calor, su suavidad, su perfume. Era un poco tentador darse vuelta ante tal situación. El se comportaba tan bien con ella, que no quería estropear las cosas. Quizás por algo que solo ella podía sentir.

—Sí, estoy mejor —dijo mirando tiernamente hacia su vientre—. Gracias por preguntar.

Puso su mano sobre la de Mauro a la altura de su vientre y se sostuvieron en esa posición unos segundos, hasta que él comenzó a moverse lentamente.

—Descansa un rato, yo termino aquí —expresó depositando un beso en el hombro descubierto de Katia —saldremos cuando baje un poco el sol, no quiero que te sientas mal.

Ella obedeció agradecida por su actitud. *Creo que nunca me cansaré de esto.*

Mientras ella se dispuso a descansar un rato, él aprovechó para reportarse con el Fiscal Bellagio. Explicó que la situación seguía incambiada. El detective le aseguró que su hija estaba sana y salva con él, lo cual lo dejó más tranquilo. Mauro prometió que ni bien tuviera novedades se reportaría nuevamente.

Al cabo de unas horas Katia se apareció pronta para salir. Él la esperaba en la sala, al verla tan expectante y hermosa se acercó a ella tímidamente.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Espero encontrar a Lucía. Tengo muchas ganas de verla —contestó entusiasmada.

Mauro tomó su cara entre sus manos y se aseguró que ella lo mirara.

—No estés nerviosa nena, Lucía es tu amiga, no va a pasar nada. Aparte yo estaré allí también por si me necesitas.

¿Si lo necesito? ¿Qué me está pasando? ¿Desde cuándo tiene esa boca tan sugerente?

Ella sonrió tontamente y lo abrazó por la cintura. Las manos de Mauro la sujetaron animosamente transmitiendo toda la seguridad que le quería dar.

—¿Mauro? —Preguntó aún entre sus brazos.

—¿Qué pasa ángel? —Preguntó totalmente enternecido por esa mujer.

—Me gusta cuando me dices nena —expresó ella con una sonrisa.

Una sonrisa se esbozó en los labios de él y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Adoraba a ésta chica, de manera incomprensible. Con ella descubría sensaciones que nunca había experimentado. Si lo pensaba de manera racional parecía un adolescente enamorado. Sentía sus hormonas enloquecerse ante su tacto y su olor. Lo enloquecía, lo desestabilizaba, no se sentía dueño de sí mismo.

Todavía con la sonrisa en sus labios, le dejó un beso en su cabello.

—Vamos nena... —le dijo mientras la tomaba de la mano y la llevaba hasta el auto.

Condujeron por casi una hora hasta llegar a una enorme mansión rodeada de grandes muros y abundante vegetación. En el fondo se podía distinguir parte de los viñedos que poseía la familia de Lucía. Era un predio enorme. Ella observaba el paisaje maravillada, el olor a uva fresca era inconfundible.

—La entrada es allí —explicó Mauro señalando una portera con una garita de seguridad a unos veinte metros adelante —¿Quieres que te acompañe adentro?

—No creo Mau. Desde aquí creo que puedo sola —aunque pareció dudarlo un momento, quiso ir sin él.

—Bueno, adelante. Estaré aquí cuando salgas —dijo con un guiño a su ángel. No era que le gustaba mucho que fuera sin compañía, pero confiaba en que esto podría hacerlo sin mayores complicaciones.

Katia se acercó discretamente a la garita en la entrada de la mansión. Dos guardias armados salieron cuando la vieron acercarse.

—Buenas tardes —dijo algo temerosa —Estoy buscando a Lucía Montenegro.

—¿Quién la busca señorita? La anunciaremos —contestó uno de los guardias seriamente.

—Katia Bellagio, por favor. Gracias.

El más veterano de los guardias se dirigió a la garita y levantó un teléfono. Ella esperó afuera con el otro guardia. *Qué extraño que no me hagan pasar.*

—Enseguida la atienden señorita —le dijo el primer guardia saliendo del cubículo.

Al rato ve venir caminando por el largo sendero que conducía a la casa, un señor

mayor, un poco obeso y de baja estatura.

—Buenas tardes señorita —le dijo en tono serio mientras se acercaba a la portera
—Lucía no se encuentra.

—Oh... —exclamó con un tono de decepción —¿Y tiene idea cuándo la puedo encontrar?

El hombre la miró por un momento. Ella no entendió el sentido de su mirada hasta que escuchó las palabras que iban a salir de la boca de ese hombre.

—Si es por mí, usted no la verá nunca más señorita Bellagio —dijo secamente
—Bah...*señorita*... —añadió despectivamente.

Katia lo miraba asombrada. No daba crédito a lo que escuchaba.

—Mi hija no va a volver a encontrarse con una zorra como tú. Tú debes ser la loca con la que escapó del internado, ¿No? —Katia estaba atónita —Mi hija se ha ido de viaje a Nueva York y no va a volver por un largo tiempo, así que ya puedes ir sacándote de la cabeza que tendrás a Lucía de compañera para tus zorrerías. ¿Tú qué te has creído?
—Preguntaba eufórico mientras escupía ordinariamente hacia un lado. Los guardias al ver la situación aguardaron dentro de la garita—.¿Qué mi hija es una puta como tú? Mi hija, ¡oye bien!, mi hija —le gritaba impetuoso mientras se acercaba a la portera —¡Fue ultrajada por culpa tuya! ¡Sí! ¡Por tu culpa! Así puedes irte tú y tus zorrerías a la mierda.

—No... señor... está equivocado... —Katia sollozaba mientras trataba de explicar.

—¡Equivocado una mierda! —Le volvió a gritar —Conozco las de tu tipo. ¡Oh, si... las conozco muy bien! Eres una puta barata, que se visten como zorras buscando que los tipos las manoseen y les hagan cualquier cosa por la calle. ¿Y después qué? ¡¿Y?! ¡Que las violan y no les gusta! ¡Seguro que sí! ¡Perra, zorra y puta! Y tenlo muy por seguro —le gritaba mientras la apuntaba con el dedo —¡a mi hija no la verás nunca más! ¡Mi hija no va a estar involucrada con putas baratas! ¡Vete de aquí, mierda! ¡Vete y no quiero volver a verte!

Katia vio que el hombre se le venía encima y quiso recular, pero se tropezó y cayó al suelo de cola.

—¿Ves? ¡Ese es tu lugar mujerzuela! —Le seguía increpando mientras hacía ademanes con las manos —¡Mi hija no va a estar en boca de todos por una cualquiera! ¡Levántate y vete puta!

Mauro escuchó que alguien levantaba la voz y se bajó del auto en un santiamén. Desde donde estaba aún observaba a Katia que no pasaba la portera. En el momento

que la vio tropezarse y caer, emprendió una rápida corrida hacia ella. Al llegar, observó a un pequeño hombre del otro lado de la valla gritando improperios a más no poder. Indudablemente era quien había levantado la voz.

—¿Qué hace hombre? ¿Qué le pasa? —Preguntaba mientras se agachaba a ayudar a Katia.

—¡Pasa que no quiero ver a esa mujerzuela cerca de mi hija o de mi propiedad! —Le gritó furioso —¡Así que llévesela de aquí! ¡Ya, si no quiere tener problemas!

Mierda.

Katia se sentía derrotada. No tenía fuerzas ni para levantarse del suelo. Lloraba desconsolada, era lo único que podía hacer. Sentirse una mujer miserable. Y todos lo sabían, era una mujerzuela, una puta. Ella era la que había insistido en salir del internado para buscar diversión. Era verdad; era culpa de ella. Mauro se apresuró a levantarla del suelo, pero Katia no respondía. Estaba atrapada en un llanto sordo pero profundo. La levantó en sus brazos y la recostó en su pecho para llevarla al auto. Debía salir de allí si no quería tener problemas con esa bestia que la había maltratado. Ella era más importante para él.

La sostuvo con una mano mientras abrió la puerta del auto y la colocó sobre el asiento del acompañante. Katia continuaba abrazada a sí misma y llorando sumamente angustiada. Mauro entró por el lado del conductor y se puso frente a ella.

—Katia, Katia... Mírame —suplicaba pero ella estaba fuera de sí —Nena, por favor no llores más... —la atrajo hacia su pecho para abrazarla con cariño, lo que hizo que ella liberara aún más su llanto—. Nena, por favor, me estás matando.

—Mi... culpa Mau... mía —logró decir mientras hipaba.

—No, nena. No. Eso no es verdad —le explicaba suavemente mientras dejaba pequeños besos sobre su cabello—. Vamos al apartamento, aquí no podemos seguir por si esa bestia llama a la policía.

—¡No!... No me sueltes... —logró decir ella aferrándose aún más a él.

Se le partía el corazón de ver a su ángel así. Tenía que alejarla de ese lugar, lo antes posible. Ya se encargaría de saber que había pasado allí. Se acomodó de tal manera que ella podía recostarse sobre él y aún así podía manejar. Necesitaba salir de ese lugar de forma inmediata.

—Nena, por favor. Debemos irnos de acá. Déjame ponerte así... —él mismo la acomodó para que pudiera manejar y arrancó.

Ella no paró de llorar en todo el viaje. Él se sentía desolado ante esa situación. No soportaba verla así. No lo había mirado a los ojos ni una vez. No le soltaba su brazo y de vez en cuando lo apretaba cuando lloraba más fuerte.

Eres un imbécil. Prometiste defenderla.

Mauro se sintió inmensamente impotente. Un completo torpe. Se prometió cuidarla y no lo había hecho. Un simple y pequeño hombre desalmado había roto a su ángel con palabras horribles. Vaya a saber qué cosas espantosas le había dicho que él no había llegado a escuchar. Su Katia era un harapo.

Ni bien llegaron Mauro aparcó el auto y cruzó para tomar a Katia entre sus brazos nuevamente. Estaba ida en sus pensamientos, seguía sollozando y tenía los ojos irritados de tanto llorar. La llevó a costas al apartamento y la dejó en el sillón más grande del living. Katia se dejó caer hacia atrás, apoyó su cabeza en la parte superior del sillón y empezó a caer de costado en posición fetal. Se sentía la peor persona del mundo.

—No, nena, no... para por favor —suplicaba él sin surtir efecto.

No sabía qué hacer, se agarró la cabeza y empezó a pensar con rapidez pero no se le ocurría nada. Katia estaba como en un trance y no podía sacarla. Estaba entre un estado de shock y angustia interminable. No soportaba verla así, debía hacer algo y pronto, o él también entraría en pánico.

De pronto una idea llegó a su mente. Tomó a Katia nuevamente en sus brazos y la llevó hacia el baño. Ella ni siquiera oponía resistencia, solo seguía llorando y las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Abrió la ducha con agua fresca y la metió vestida como estaba abajo del agua. El también se metió con ella. Ella pareció reaccionar al contacto de agua helada y pudo conectar con su mirada. Los ojos de Mauro denotaban una infinita desesperación. Ella se abrazó a su pecho mientras él, con una mano la abrazaba por la cintura y con la otra acariciaba deliciosamente su mejilla. El no podía ver a su ángel rota nuevamente, su corazón se partía con cada lágrima derramada por ella. No se contuvo y con delicadeza le dejó varios besos en su cabello mientras la volvía a abrazar. Sus cuerpos se movían bajo en agua en pequeños movimientos.

—Nena, por favor... vuelve a mi —suplicaba mientras la besaba tiernamente—. Katia... Katia...

Ella se separó levemente y lo miró con sus ojos heridos.

—Estoy sucia... —dijo casi en un susurro.

—No nena ¿Ves? —Procuraba mirarla a los ojos mientras le hablaba—. Nos estamos lavando. No pienses nunca más que estás sucia, porque no es así—. Volvió a tomarla en su pecho y con sus labios pegados a su frente murmuraba dulcemente.

—Lo siento nena, perdóname, por favor, perdóname.

Soy un maldito imbécil. No solo no me reconozco, sino que no sé hacer mi trabajo. Idiota.

Fueron segundos o minutos, para ella era lo mismo. Lo separó un momento de su pecho para poder ver mejor sus ojos. Estaba preocupado por ella. Realmente preocupado. La abrazaba como si la vida se le fuera en ello, la cuidaba, mimaba como nunca nadie lo había hecho. Y le estaba pidiendo perdón.

—¿Qué... qué debo perdonarte Mauro? —Preguntó insegura.

—Prometí protegerte y no cumplí. Perdóname por favor —expresó compungido, mientras continuaba con sus caricias.

—No tengo nada que perdonarte Mau... —le dijo mientras sorbía su nariz—. Me has ayudado y me has protegido siempre que has podido. Yo te agradezco muchísimo eso.

—Eres una mujer hermosa Katia —dijo dulcemente. No podía expresar claramente todo lo que esta mujer le hacía sentir, ni siquiera sabía si era correcto.

Ella quedó paralizada ante tal comentario. Mauro la tenía entre sus brazos, el agua seguía cayendo y él seguía acariciándola como queriendo curarla. Ella podía sentirse la peor mujer del mundo pero ante él siempre sería especial. Él tenía el poder de curarla.

—¿En serio piensas que soy hermosa? —Preguntó avergonzada.

—Sí Katia —le aseguró él —para mí eres la mujer más hermosa del mundo.

Ella se contrajo ante tal declaración. Podía sentir una conexión muy grande con él y adoraba sentirse valorada y amada. Él era la única persona que podía hacerle olvidar sus pesares con miradas, caricias y palabras hermosas.

—¿Aún así...? —Preguntó temblorosa.

Mauro la miraba a los ojos dulcemente. Esperaba que ella pudiera leer en su mirada porque no estaba acostumbrado a hablar de lo que sentía. Acercó lentamente sus labios a la mejilla de Katia para sorber las pequeñas lágrimas que caían más lentamente ahora. Ella cerró los ojos ante la cercanía de aquel hombre que la revivió

sentimentalmente. Sintió el calor de los labios de Mauro en su piel, que depositaba suaves toques y se llevaba una a una sus lágrimas, con cada uno de ellos.

—Sí nena, aún así —le dijo al oído mientras seguía depositando pequeños besos sobre su cuerpo. Rozó su cuello, bajó por él hasta llegar a su hombro mimando cada zona descubierta. Se incorporó suavemente para observarla, solo para ver cómo ella disfrutaba de sus mimos con los ojos cerrados. Estaba teniendo el mayor auto control de su vida para no hacerla suya en ese preciso momento. Con una pequeña sonrisa de satisfacción volvió a tomar su cuello con suaves y pequeños toques de sus labios subiendo lentamente por su encendida piel. Las delicadas manos de Mauro subían y bajaban pausadamente por la fina tela que cubría su espalda. El agua parecía caer entre los dos de manera armoniosa, vistiéndolo de sensualidad y pasión el pequeño encuentro. Mauro recorrió su mandíbula con un nuevo y sutil roce de su lengua y culminó depositando un beso en la comisura de sus labios. Él no quería apurarla ni forzarla, quería que ambos disfrutaran. Sus labios se abrieron pidiendo más, pero Mauro se retiró.

Estaba extasiada ante tantos mimos y caricias. Deseaba con locura que la besara en la boca, probar sus besos y dejar que sus lenguas se fundieran por una eternidad. Pero el beso no llegó.

Abrió lentamente los ojos para ver como él la miraba sonriente, a pocos centímetros de su boca.

—¿Por qué te detienes? —Logró decir en un suspiro.

Mauro sonrió aun más. Podía sentir que ella disfrutaba tanto como él. Quería conocer cada centímetro de su cuerpo con su boca, con sus manos, marcarla como suya como si fuera un animal salvaje. Un desconocido instinto parecía florecer en su presencia.

—No quiero aprovecharme de ti ángel... No quiero que pienses... —no pudo decir otra palabra, ya que ella le tapó la boca con un dedo.

—Bésame ahora —demandó con decisión.

Volvió a sonreír. Mauro bebía de su aliento, se llenaba de ella y saciaba su deseo antes de saborearla.

—Por favor... —suplicó sobre su boca.

Mauro sacó su lengua para repasar los labios de Katia que seguían rogando por su atención. Primero se posó en el labio superior, luego el labio inferior en donde se encontró con la tímida lengua de ella que amenazaba con salir a buscarlo. El diminuto choque de sus miembros le provocó una pequeña chispa que terminó por erizar todo su cuerpo.

—Me quieres volver loca... —suspiró Katia mientras se aflojaba en sus brazos.

Mauro emitió una pequeña carcajada contra su boca. Pellizcó su labio inferior suavemente entre sus dientes, tomó su nuca con firmeza y comenzó a entrar en ella como el hombre hambriento que era. Sediento de sus besos y de su piel. Continuó hurgando en su boca, chocando sus lenguas de manera voraz. Con un suave movimiento de caderas la apoyó contra la pared de la ducha y la dejó inmóvil con su propio cuerpo. Se retiró levemente y besó su cuello mientras Katia jadeaba y lo acariciaba ávidamente en todo su cuerpo. El agua oficiaba como conductor del deseo que se filtraba por cada poro de su piel.

Mauro la quería sentir como si fuese la primera y única vez que Katia fuera suya. La besaba de continuo, en todo momento tenía la boca pegada a alguna parte de su cuerpo. Katia inconscientemente comenzó a balancear sus caderas contra la pierna de Mauro, incitándolo a algo más, mientras él la adoraba con ansia y deseo. Estaba excitada como nunca. Solo se separaban para tomar un poco de aire y retomaban la labor de saborearse por completo. Los jadeos continuos de Katia estaban enloqueciéndolo. Se había entregado a él en forma completa. La acariciaba por encima de la ropa. Le sacó la remera que tenía empapada y la besó en el pecho mientras continuaba con su juego de caricias. No desabrochó su sostén, pero la acarició con sus manos y sus labios completamente, volviéndola loca de deseo y desesperación.

Sentía la boca de Mauro en todo su cuerpo a la vez, sus manos dejaban caminos de fuego en su piel, estaba encendida como nunca antes, aún así, con el agua tibia cayendo entre los dos. La invadió una sobredosis de sensaciones que la hacían arder en puro deseo. Él continuaba con una de sus manos en la nuca y con la otra comenzó a tocarla de arriba abajo por encima de la ropa. Acariciaba su nuca, su espalda, su cola. Una violenta sensación de lujuria la abrazó cuando finalmente llegó a rozar su sexo. Aún por sobre la tela sentía el ardor que le producían sus caricias. Desabrochó la camisa de Mauro y la dejó caer al piso de la bañera. No despegaban sus labios en ningún momento, sus bocas parecían el oxígeno necesario para sobrevivir. Katia comenzó a acariciar cada parte de su piel, su pecho fibroso, sus brazos musculosos y su abdomen firme. Tocó y acarició suavemente su sexo por encima del pantalón, llevándolo sin querer a un punto extremo. Un suspiro agudo salió de su boca al sentir que ella lo tocaba en ese lugar. Estaba duro y firme, podía notarlo por encima de su pantalón de jean. Continuaron con el juego de caricias, manos y lenguas desesperadas por varios minutos, hasta que en un inesperado momento, él sintió como ella se desarmó por completo en sus brazos con un gemido extremadamente sensual. Esos tiernos jadeos de ella, hicieron que él no aguantara y se corriera al instante, solo con oírlo en su momento de clímax.

Desde ese momento los gemidos de su ángel pasaron a ser la música más hermosa que había escuchado. Ella continuaba en sus brazos, apoyada en su cuerpo mientras su pecho subía y bajaba con una tremenda agitación.

—¡Cielos! —logró exclamar entre suspiros.

Mauro cerró la ducha y corrió un mechón de pelo de la sonrojada cara de Katia. Quería ver su cara y recordar ese momento para siempre. Su chica desarmándose en sus brazos había sido una experiencia sublime.

La miró a los ojos una vez más para ver como se sonreía y se apretaba a su pecho.

—¡No me mires! —dijo ella riendo, mientras escondía su cara en el pecho de Mauro, avergonzada.

—Eres la chica más rica, dulce y hermosa del mundo... —expresó disfrutando la hermosa cara de satisfacción que tenía.

Ella levantó la mirada y quedó impactada ante la sincera impresión que soltó Mauro de sus labios.

—Y tú eres un perverso... —exclamó ella con una sonrisa tonta.

Capítulo 6

Él la ayudó a desnudarse y sacarse la ropa mojada. Katia pensaba que era el momento en que le iba a pedir para tener relaciones, pero lo veía con una extraña serenidad. Ella lo deseaba, recordaba sus cuerpos juntos, mojados y excitados mientras él le retiraba la ropa. No se lo estaba haciendo fácil y cualquier toque de Mauro la dejaba en llamas y estimulada. Ella le echaba la culpa al embarazo y a los cambios hormonales de los cuales las mujeres mayores hablaban. Inclusive había leído sobre ellos en varias revistas para chicas. Las malditas hormonas. Si no fuera por eso, era inentendible esa conexión tan temprana con él, pero se sentía a salvo y plena en sus brazos.

La tenía solo para él. Dulce, tierna y entregada a sus manos y a sus besos. Mauro se sentía gigante al recordarla en sus brazos.

No le retiró la ropa interior para no tentarse, ya que no tenía intenciones de hacerla suya en ese momento, por más que lo deseaba demasiado. Luego de la horrible experiencia que ella había sufrido quería que fuera tan especial como para hacerle olvidar todo aquello. Quería ser el último, el único que Katia recordara. La envolvió en una toalla mientras ella lo miraba de forma sugerente.

—Ve a cambiarte cielo, no quiero que te enfermes —le dijo mientras dejaba un tierno beso en sus labios.

¿De verdad sucedió todo esto en unas horas? Pensaba Katia mientras iba en silencio a su habitación. Se cambió de ropa rápidamente. Se colocó unos jeans gastados que tenía y una camisa sin mangas color crema que era muy liviana, ya que seguía teniendo calor. No sabía si era realmente la sensación térmica de la ciudad o la propia. En el espejo notó que lucía una sonrisa estúpida que aunque quisiera disimularla no sabía cómo. Tenía sus mejillas coloradas sin necesidad de maquillarse. Trató de taparlas con un poco de polvo compacto pero tampoco pudo.

Se sentía bien a pesar de todo. Por un momento pudo olvidar todo lo que le había gritado el padre de Lucía. Todas esas palabras que solo lograron dañarla. Él fue capaz de recoger sus pedazos y recomponerla para hacerla sentir nuevamente mujer con caricias, palabras bonitas y besos. *¡Oh, si... besos!* ¡Ese chico si sabía besar!

Apareció en el living lentamente para ver a Mauro sentado en el sillón grande ya vestido con unos pantalones cortos azules y una remera blanca de manga corta. Tenía su bebida favorita en la mano. Era de esperarse. La observó un instante y le hizo una seña con la mano para que se sentara a su lado.

No dudó y fue hacia él. Mauro la tomó de la mano y se colocó de frente a ella mirándola con admiración.

—¿Cómo te sientes? —. Preguntó dulcemente.

Ella se sonrojó aún más, si eso era posible.

—Mmm... bien —dijo tímidamente.

—La pizza viene en camino. Debes tener hambre.

Ella le agradeció con otra sonrisa, a decir verdad estaba hambrienta.

—Mañana me confirmarán el trámite de nuestras nuevas identificaciones. Ni bien las consiga te pediré hora con un obstetra... —dijo mientras Katia asentía suavemente—. Quiero que empieces a controlarte el embarazo lo antes posible; tenemos que asegurarnos que todo está bien.

—¿Cómo lo harás?

—Eso déjame a mí. Necesitamos pasar desapercibidos, pero aun así necesitamos documentos. Yo me encargaré de ello.

Ella lo miraba con los ojos grandes mientras lo escuchaba atentamente.

—Vamos a ser una pareja de adolescentes esperando un bebé —acercó su rostro al suyo y le habló suavemente—. Nadie sabrá lo que te pasó. Nadie te hará daño Katia. Yo no lo permitiré ¿entiendes eso?

Ella volvió a asentir sin decir palabra. Confiaba en él, era prematuro, pero lo hacía. La conexión de sus miradas fue interrumpida por el sonido del timbre.

—La comida —depositó un beso en la punta de su nariz y se levantó rápidamente a abrir la puerta.

Mauro apoyó la cena arriba de la pequeña mesa del living. El aroma de la pizza llenó sus fosas nasales y ella pareció reaccionar, salir del trance en que la adentraba la voz de Mauro.

—¡Uy! Qué bien huele. Creo que tengo hambre también —expresó con entusiasmo—. Voy a traer algo para tomar.

Se dirigió a la cocina y trajo la conocida bebida favorita de Mauro para los dos.

Mientras comían la pizzeta, entre miradas y palabras sugerentes terminaron de arreglar los detalles de lo que él debía hacer en los días siguientes. Era importante que ella estuviera al tanto de los próximos planes.

Katia miraba a ese hombre que había sido su salvador y su sanador más veces de las que lograba recordar; observaba su perfil mientras comía su porción de pizza alternando de a ratos con un vistazo a la televisión de la habitación. Era un hombre hermoso de verdad, y no solo externamente. Notaba su mandíbula bien definida, sus labios perfectos que formaban unas pequeñas comisuras hacia los costados al sonreír. Sus ojos claros en los cuales podía verse reflejada. Su cuerpo fuerte y acorde que ella había recorrido lentamente para querer memorizarlo.

Mauro la descubrió mirándolo detenidamente. Sentía el escozor que le provocaban sus ojos recorriéndole el cuerpo. Sus miradas se cruzaron e intercambiaron una pequeña sonrisa. Era inocencia pura. Esta vez fue ella la que desvió la mirada hacia la televisión. Su pelo rubio largo y ondulado, que aún estaba mojado caía a lo largo de sus hombros de forma irregular. Él podía ver su alma a través de sus intensos ojos verdes. Sus finos labios, sus pómulos pequeños y rosados eran la combinación perfecta para esa cara angelical. Sus manos eran suaves y delicadas, como toda su piel.

Katia se dio cuenta de la mirada de Mauro y lo miró expectante.

—¿Qué? —. Lo increpó juguetona.

—Me encanta tu perfume, no sé si te lo dije alguna vez —respondió sonriendo. Era un poco atrevido, pero era la verdad.

Katia rió por lo bajo y continuó mirando la tele. Se sonrojó tímidamente. No podía mantenerle la mirada por mucho tiempo, sin desear besarlo y abrazarlo. Debía controlarse, se empezaba a sentir un poco cachonda.

Cuando terminaron de cenar y ella se dispuso a levantar la mesa, Mauro la detuvo.

—No, no... tú ve al baño a aprontarte —le dijo mientras se levantó y la corrió de la mesa—. De esto me encargo yo.

Katia bufó asombrada.

—No vas a empezar con eso desde tan temprano ¿No? ¡Estoy embarazada, no convaleciente!

El rió mientras se acercaba a ella haciendo muecas extrañas con la cara. Katia no tuvo otra que ir retrocediendo mientras no se aguantaba la risa.

—No me asustas —dijo burlándose mientras él continuaba acercándose divertido.

—¿Ah no? ¿Quieres que te asuste? —Preguntó juguetón—. Espera un momento... —Y la salió a corretear por el living dando alaridos y poniendo caras raras que solo la hicieron reír a carcajadas. La risa y alegría de Katia invadió el lugar. Su sonrisa se había convertido en mágica, un pequeño sedante para él. La agarró por detrás, mientras Katia torpemente intentaba escapar y le plantó un ruidoso beso en su cuello.

—Ve al baño. En un rato voy a darte tu beso de buenas noches —dijo susurrando suavemente sobre su cuello.

Si Katia se pudiera derretir, era esos momentos donde le sucedería. Definitivamente Mauro era hasta ese momento todo lo que una mujer necesitaba.

Si tan solo las circunstancias fueran otras. Pensó melancólica.

Se dirigió al baño a asearse y se fue directo al dormitorio. Desde hacía unas horas la sonrisa de su cara no la quería abandonar. Se sentía ridículamente feliz. No lograba comprender que le estaba pasando, que no podía definir los sentimientos que la venían invadiendo.

De lo único que estaba segura era que ese hombre le gustaba, y ella le gustaba a él.

Luego de terminar en la cocina, se apareció por el umbral de la puerta del dormitorio, pudo ver que ella aún no se había dormido. Se sentó a su lado, mientras la miraba con dulzura. Le acarició suavemente el pelo y bajó su cara para darle su beso mirándola tiernamente.

Katia estaba contenta y excitada. Deslizó su mano por el brazo de Mauro recorriendo suavemente con sus dedos cada centímetro de su piel, deleitando su tacto de tan linda sensación. Su torpe mano llegó hasta la nuca y lo desplazó lentamente hacia abajo, hasta rozar sus labios. Suavemente sus bocas se unieron para saborearse con devoción y lentitud. Katia lo abrazó con su mano libre y lo empujó hacia la cama.

—¿Qué haces nena? —. Preguntó sobre sus labios.

Katia lo alejó levemente mirándolo a los ojos.

—No puedo conciliar el sueño aún. ¿Te quedas conmigo hasta que me duerma? —. Preguntó inocentemente, sabiendo que de inocente esa pregunta no tenía nada.

Indudablemente ya no era dueña de sus acciones frente a él. En lo único que pensaba era en besarlo, tocarlo, lamerlo y hacerle el amor hasta caer rendidos. No sabía en qué momento había aparecido ese sentimiento, pero sentía el deseo correr por su torrente sanguíneo.

Mauro la miró tiernamente y sonrió con complicidad.

—Hazme un lugar cielo —se recostó a su lado sin dudarlo. La rodeó con sus brazos y comenzó a besarla de inmediato. No quería rendirse y hacerla suya esa noche, debía contener sus impulsos, pero eso no impedía que pudiera recorrerla con sus labios por completo. Disfrutarla ampliamente. Acariciando, mimando y lamiendo su boca. Podría hacerle el amor con sus labios.

Katia se separó tímidamente y preguntó.

—¿Por qué lo haces?

El sabía a lo que se refería. A todo. *¿Qué le podría contestar? Porque desde que te vi, quedé prendado de ti. Porque eres mi ángel. Porque desde que te conozco lo único que quiero es cuidarte, besarte y hacerte el amor descontroladamente.*

—Porque quiero —contestó simplemente mientras volvía a tomar sus labios con premura.

Katia se dejó abrazar y sintió como los labios de Mauro comenzaron a recorrer lentamente su piel. Sus bocas se fusionaron a la perfección. Se llenaron de besos, mordiscos y caricias suaves hasta que el sueño la venció y quedó dormida en sus brazos.

La luz de la mañana se colaba suavemente por la ventana de la habitación. Esa mañana se levantó a desayunar decidida a ordenar y limpiar el apartamento mientras esperaba a Mauro que ya había partido a sus diligencias.

Ese hombre la traía loca, la hacía perder totalmente los sentidos. Ya no podía luchar contra lo que le provocaba. Hacía varios días la rutina de mimos y besuqueos se repetía, y cada día lo deseaba con mayor intensidad. Constantemente tenía ganas de abrazarlo, de tocar su piel y recorrer cada milímetro con sus dedos, con su boca, con su lengua.

Estaba desconocida, nunca había estado en ese estado de lujuria que sentía con cada toque, con cada beso. *¿Sería el embarazo?*

Cerca del mediodía ya tenía la comida pronta y estaba todo ordenado y limpio. Había cocinado varias ensaladas, entre ellas una waldorf y una capresse que le encantaban, con unas milanesas de pollo que estaban en el refrigerador. No tenía idea de cuando él encontraba tiempo para hacer las compras, pero siempre había alimentos suficientes para cocinar por varios días. Katia estaba tomando el gusto de cocinarle y esperarlo para comer juntos.

Al rato que ella tenía todo pronto Mauro apareció por la puerta con una gran sonrisa sosteniendo varios sobres en su mano.

—¡Hola cielo! —dijo depositando un pequeño beso en sus labios. Él también se estaba acostumbrando a esas pequeñas muestras de cariño.

Ella lo miró y sonrió al ver la naturalidad con la que se acercaba y la besaba. No podía evitar el color que se asomaba en sus mejillas cada vez que lo observaba.

—Hola... —logró decir algo atontada.

—Tengo nuestros documentos —comentó entusiasmado mientras le mostraba el sobre. Al prestar atención a la habitación, se percató del detalle que ella había preparado. Lo había esperado con la mesa y la comida pronta. No pudo más que mirarla deslumbrado.

—¡Wow! ¡Qué bien se ve! ¿Cocinaste para todos? —Comentó risueño señalando con la vista su pequeño vientre.

Ella no pudo más que reír. Con él sonreía como hacía mucho tiempo no lo hacía. Era fácil olvidar las cosas malas. Mauro la llenaba de energía y alegría.

—Sí... para todos... —dijo tocándose el vientre casi sin darse cuenta.

—¡Perfecto! —Exclamó alegre—. Voy a asearme y estoy pronto enseguida —bajó su rostro y le habló a su pequeño vientre—. No empieces sin mí pequeño —le dejó otro beso en los labios de Katia y se retiró.

Estaba extasiada con éste hombre. Totalmente perdida. ¿Por qué no había aparecido antes?

—Mmm... esto está exquisito nena —Katia lo observaba mientras él saboreaba la comida como si estuviera comiendo en el mejor restaurante de París.

—Gracias.

—El lunes próximo tenemos médico —de repente la conversación se tornó seria. No quería arruinar el momento, pero deseaba asegurarse que todo con ella estuviera bien—.Somos una pareja de adolescentes, has quedado embarazada porque lo estábamos buscando.

—¿Se puede saber cómo me llamo? No me preguntaste que nombre quería... —dijo simulando estar ofendida.

—No, tienes razón. Lo elegí yo... —contestó con una sonrisa sobradora.

Ella lo miró sorprendida. Su frescura y desfachatez la calentaba. Cualquier cosa lo hacía. *¡Qué horror!*

Mauro la observaba haciendo algunas muecas con la boca y los ojos, como era su costumbre cuando la veía rara, haciendo reír a Katia.

—¿Acaso debía consultarte que nombre falso querías usar?

—Podrías haberlo hecho... seguro se te ocurrió un nombre viejo que no me gusta... —comentó en tono bromista.

—¿Acaso no te gusta el nombre Anacleta? —Preguntó él con seriedad.

Katia abrió los ojos sorprendida, movió su boca para decir algo pero al final no dijo nada.

Mauro la miraba con sorna. *¿De verdad podía creer que elegiría un nombre así de extraño?* Le aguantó la mirada prudentemente observando el pequeño sufrimiento de Katia hasta que no aguantó y se echó hacia atrás en la silla a reír a carcajadas.

—¡Eres muy malo! —Le gritó riendo mientras le tiraba una servilleta a su rostro.

—Mi nombre será Nicolás Blanco y tú serás Analía Anchorena. Estamos de novios hace cuatro años, pero nos conocemos hace seis... —explicaba mientras terminaba su comida —Nos mudamos a Córdoba hace unos seis meses debido a que tú querías estudiar Magisterio en la escuela local. Yo trabajo en un taller mecánico de la zona. Y estamos muy, pero muy felices de nuestro pequeño bebé—.Finalizó observando sus reacciones.

No sabía porqué pero el corazón le entró a revolotear apresuradamente en su pecho al oír esas palabras salir de su boca. "*Nuestro pequeño bebe*". No escuchó mal. Era como si el pecho le apretara y las paredes se movieran girando a su alrededor. Lo miró directo a los ojos sin poder decir nada. Era la primera vez que la idea de una familia de tres personas se le venía a la mente. Ni siquiera lo había pensado. *Como una familia de*

verdad.

—¿Qué pasa nena? —Preguntó tomando su mano.

Inhala. Exhala. Inhala.

—Cielo, no me asustes. ¿Qué pasa? —Se acercó. Se colocó en cuclillas ante ella y le dedicó una profunda mirada, quería poder decirle que todo iba a salir bien. Lo deseaba con todo su corazón.

Una lágrima cayó por su mejilla pero no llegó a ir muy lejos ya que él la borró con su mano rápidamente. No soportaba verla llorar.

—¿Estás asustada? —Preguntó preocupado.

Katia asintió levemente. *Es obvio, cualquiera lo estaría. Todo es nuevo para ella, incluso para mí.* Pensó para sí mismo. La tomó de la mano y la llevó lentamente al claro en medio del living.

—Bailemos... —le dijo con cariño, mientras la apoyaba sobre su pecho.

En ese momento sonaba la canción *Mirrors* de Justin Timberlake en la radio. La acercó hacia su cuerpo y la abrazó con ternura mientras comenzaron un suave balanceo. Katia no pronunció palabra, pero se dejó llevar por él y por la música.

*Cause with your hand in my hand and a pocket full of soul
I can tell you there's no place we couldn't go
Just put your hand on the glass,
I'm here tryin' to pull you through
You just gotta be strong*

*Porque con tu mano en mi mano, y un bolsillo lleno de alma
Puedo asegurarte que no existe lugar al que no podamos ir
Sólo pon tu mano en el espejo, yo aquí estaré para ayudarte a pasar a través de él
Sólo tienes que ser fuerte*

La letra de la canción podía significar tantas cosas, los pensamientos perdidos de Katia se volvieron a reencontrar en los brazos de un Mauro dispuesto a brindarle todo, como si de verdad fuera su pareja hacía cuatro años y estuvieran esperando un hijo juntos.

*It's like you're my mirror
My mirror staring back at me
I couldn't get any bigger
With anyone else beside of me*

*Es como si fueses mi espejo
Mi espejo siempre observándome
No podría convertirme en alguien mejor
Con ninguna otra a mi lado.*

Katia se dejó mimar una vez más por su ángel guardián. Descansó su cabeza en el hombro de Mauro, cerró los ojos y se dedicó a disfrutar de la música y de la compañía. Él la serenaba. No era una canción exactamente lenta, pero en sus brazos todo parecía una hermosa melodía. Sentía sus labios rozando suavemente en su cuello, moviéndose al compás de la música. Era increíble la manera en la que ella se entregaba y rendía ante él. Trataba de no ceder ante esos deseos repentinos culpando a las hormonas del embarazo, pero todo parecía inútil.

Se dejó ir de tal manera, que él comenzó a sentir como perdía voluntariamente fuerzas en sus miembros, se dejaba guiar por los movimientos de Mauro. La miró de reojo para ver como sonreía y disfrutaba del momento, la tomó de sus manos a cada lado y comenzó a hacer grandes movimientos con ellas. Subía y bajaba sus brazos a los costados como si fuera una simple marioneta, la alejaba y la atraía hacia él abrazándola y escuchando su sonora sonrisa.

—Amo tu risa nena —le dijo mientras la atraía hacia sus brazos y la abrazaba—. Amo verte sonreír.

Ella se sonrojó. No tenía porqué, confiaba plenamente en ese hombre que estaba en los momentos más difíciles a su lado. Levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—Y yo amo que seas tú quien me haga reír —dijo poniéndose en puntas de pie para besarla. Entrelazó sus manos en su nuca y lo atrajo hacia ella. Mauro la abrazó por la cintura y la besó posesivamente. Quería demostrarle con mimos las cosas que le hacía sentir, los sentimientos que afloraban sin permiso y lo volvían completamente loco.

Capítulo 7

Buenos Aires

Las cosas habían salido mal. Lo podía presentir. Uno de sus contactos en el puerto no se había presentado y todo se había arruinado. Un infiltrado en algún lado delató la posición del barco que contenía más de quinientas toneladas de contrabando de armas traídas desde un puerto clandestino en Somalia. Estaba en más que problemas y eso era muy grave.

Al momento de notar que la operación había salido mal, sabía que la *Banda de Olaflo* vendría a buscar, por eso decidió actuar rápido.

Tomó su teléfono codificado y decidió llamar rápidamente al detective Lamanna. Mauro contestó al segundo timbrado.

El detective pudo intuir que algo andaba mal, ya que habían quedado que él mismo se comunicaría al tener novedades.

—Lamanna.

—Detective, hay problemas... —expresó el fiscal agitado. Mauro se puso de pie para escuchar atentamente—. Debo dejar la ciudad y deshacerme de este teléfono. Depositó dinero en la cuenta, retírelo lo antes posible. Debe ir al internado. Cuide a mi Katia, vendrán por mí—. Y sin decir más cortó la comunicación.

Ya había hecho la transacción de una buena cantidad de dinero a la cuenta del detective esperando que él pudiera retirarlo rápidamente. Pisó el teléfono que le había dado Mauro y tiró sus partes por el retrete. Tomó materiales confidenciales y una suma de dinero en efectivo que guardaba en la caja fuerte de su oficina, puso todo en el maletín y salió con prisa. Se dirigió a la oficina de correos más cercana y envió un sobre con varios de los documentos que tenía con dirección al internado en Córdoba.

Espero que pueda descifrar algo con éstos datos. Pensó para sí mismo.

Estaba asustado, sabía que les había hecho perder mucho dinero e iban a venir por él en cualquier momento. Al llegar a su casa, observó si había algo raro, pero no notó ningún movimiento extraño, así que entró y se dispuso a hacer una pequeña maleta para salir sin rumbo fijo.

Metió unas pocas cosas en la valija, tiró de ellas por las escaleras mirando alerta hacia el vecindario. Metió la maleta en la parte trasera del auto y salió directo a la estación de tren más cercana. Aunque el fracaso del negocio era reciente, sabía que a su alrededor había mucha gente involucrada en la misma red; cualquiera podría “hacer el mandado” si se lo ordenaban desde Arabia Saudita. Abandonó el vehículo detrás de unos arbustos cercanos a la estación y se tomó el primer tren que pasó. Quería ir directo al aeropuerto, pero no le pareció prudente hacerlo en el auto. Una hora después, ya estaba arribando a Ezeiza.

La valija no era muy pesada, pero ya sentía el cansancio en sus piernas. La adrenalina de saber que en cualquier momento podían aparecer a buscarlo lo tenía en marcha y despierto. Al llegar a destino, lo primero que hizo fue comprar un boleto hacia México que era el primer vuelo que salía y se quedó a esperar en la sala al terminar los trámites. Unos minutos antes de embarcar, viendo que el ambiente estaba tranquilo decidió ir al sanitario para no tener que desplazarse de su asiento en el avión.

El sanitario parecía vacío, se dirigió al cubículo y sintió la puerta de la entrada abrirse. Trató de no hacer ruido y quedarse quieto. Cerró su bragueta y se dio vuelta para salir, cuando vio que su puerta estaba abierta. Todo sucedió bastante rápido. Metió su mano en el pantalón tratando de sacar su pequeña pistola de bolsillo, pero no tuvo tiempo. Dos de los hombres se pusieron a cada lado.

—¿A dónde crees que vas? —Le preguntó el sujeto que estaba frente a él. Varios de ellos hablaban español perfectamente. Por lo que él sabía no todos eran árabes, sino que había miembros de varias nacionalidades, incluyendo argentinos entre los altos mandos de la famosa *Banda de Olaf*. Trató de zafarse del agarre de los dos hombres que tenía a su lado, pero fue en vano. Uno le propinó un golpe en la nuca que lo dejó mareado.

—Adugo Shain, espera... —logró decir. Conocía al hombre que le había hablado, era el mano derecha del Jeque y Primer Jefe de la *Banda de Olaf*, no lo había visto muchas veces, pero sabía que era él.

El hombre se acercó y habló en su rostro.

—Es Abugosh Shahin —espetó con asco—. Has causado problemas Bellagio. El Jeque quiere hablarte en persona, irás con nosotros—. Franco cerró sus ojos y tomó la declaración con mucho pesar. Sabía que había fallado, y eso se cobraba caro—. Gandur Aldayuz te espera —dijo el matón riendo con sorna.

Franco sintió un golpe seco en su cabeza y todo quedó negro.

Córdoba, Argentina

Recién habían terminado de almorzar y habían bailado un par de canciones como estrategia para que ella se relajara un poco, ya que la notaba algo nerviosa. Sus deseos eran que ella estuviera bien, que pudiera retomar su vida y sus actividades en forma normal, pero en el fondo sabía que solo eran deseos. Su Katia estaba quebrada aunque por momentos podía disimularlo. Él quería hacerle saber que la iba a ayudar, era lo que más quería ya que esa pequeña se había calado en sus pensamientos y en su corazón. Sin querer, había llegado a revolucionar su mundo y cambiarlo para mejor.

Recibió la llamada del Fiscal con asombro y escuchó atentamente mientras Katia se había retirado al cuarto de baño. Debido a lo que el fiscal le había comunicado agradeció que ella no estuviera presente. Debía moverse y pronto. Cortó la llamada y decidió ponerse en marcha cuando Katia lo encontró aún en el living, pensativo.

Salió del baño y lo encontró concentrado mirando hacia la ventana con su celular en la mano. Tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en el horizonte.

—¿Todo bien? —Preguntó interrumpiendo sus pensamientos. Se acercó y alcanzó su brazo.

Lo que menos quería era que su ángel se enterara que habían surgido más problemas. De seguro su padre estaba en algunos graves y no podía darle ninguna respuesta clara si preguntaba.

Suavizó la mirada y la miró.

—Sí, cielo. ¿Por qué lo preguntas?

—Te vi la cara Mauro, no me mientas... —aseguró ella.

No podía saberlo aún.

—No cielo... —le susurró con suavidad mientras acariciaba su mejilla—. Me acaban de pasar cierta información que había pedido hace unos días. No eran lo que esperaba, nada más—. Trató de tranquilizarla.

Genial Mauro. No sólo estás metido hasta las manos con ella, sino que le mentís. Esto se va a complicar, estúpido. Su subconsciente inoportuno reapareció.

Katia creyó en lo que él le dijo, al fin y al cabo no tenía porqué mentirle. ¿O sí? La pequeña caricia de Mauro la hizo sonreír y desviar un poco la atención. Se sentía tan bien cada vez que Mauro la tocaba, aunque sea una caricia mínima, su cuerpo se encendía aún contra su voluntad.

Recostó su rostro sobre la palma de su mano y cerró los ojos apreciando su toque. Una pequeña sensación de electricidad sintió correr por su cuerpo directo hacia sus pezones y su centro. Mauro acercó su boca y besó sus labios con ternura. La electricidad se sintió más fuerte ante ese arrebató. Las caricias y besos parecían encender su cuerpo como una hoguera. *¡Mierda! ¿Tan necesitada estoy?*

Mauro buscó sus labios una y otra vez, cada vez que sus labios se unían, podía escuchar en su cabeza la voz de José Luis Perales. Era una locura.

*Cada vez que te beso me sabe a poco
cada vez que te tengo me vuelvo loco
Y cada vez,
cuando te miro
cada vez,
encuentro una razón
para seguir viviendo.*

¿Cuándo nació esto? ¿Esto es amor? ¿En qué momento me enamoré? Pensaba una y otra vez.

Nadie le iba a hacer daño, no lo permitiría, esta vez no podía a fallar. Con una de sus manos le tomó la nuca para tener mayor acceso a su boca y a su cuello mientras con la otra comenzó a acariciar su espalda por debajo de su fina camisa, desplazó su mano hacia arriba y abajo por su columna, sabía que era su punto débil.

Deslizó su mano al pequeño vientre con suaves caricias mientras seguía tomando sus labios con dedicación. Sentía su deseo en cada trazo de su piel, y el suyo mismo al ponerse duro con cada pensamiento de hacerla suya.

Katia acariciaba sus brazos, sus hombros y su firme abdomen mientras lo seguía besando encendida. Deseosa de su tacto, de su piel. Nunca se había sentido tan caliente, necesitaba que él la tomara pronto, sino en Córdoba, todos iban a presenciar una combustión espontánea. Las manos de él se deslizaban por su piel dejando un rastro de fuego a cada paso, su espalda, su vientre y sus senos que clamaban por su atención.

Él deslizó su mano hacia uno de sus pechos. Estos se estaban haciendo más grandes con el embarazo, o eso le parecía, llenaban su palma perfectamente. Tomó uno de sus pezones entre sus dedos para masajearlos tiernamente. Un gemido de placer salió de inmediato de sus labios al sentirlo en sus zonas íntimas. Las hormonas realmente la tenían revolucionada. Sí, indudablemente debían ser las hormonas.

Mauro era consciente de que no debía entretenerse demasiado, pero podía sentir la avidez por sus caricias y sus besos; y él estaba más que entusiasmado con tenerla entre sus brazos. La conexión era inevitablemente perfecta. Suavemente la llevó hacia el sillón, la recostó sobre su espalda, mientras continuaba jugando con sus senos. Sus labios seguían recorriendo su boca, su mandíbula, su cuello. Levantó su mirada para verla, recordarla en ese instante, sus ojos cerrados, su boca entreabierta disfrutando plenamente de ese momento. Tomó el pezón entre sus labios mientras con la mano continuaba acariciando su suave piel hacia su abdomen. Tomó el otro pezón con su boca mientras escuchaba los pequeños gemidos que su ángel emitía. Dulce para sus oídos. No podía dejar de tocarla, mimarla o besarla. Sin pensarlo demasiado, deslizó lentamente una de sus manos por dentro de su pantalón, para encontrar allí, su pequeño bikini.

—¡Ah! Mau... —Logró decir entre jadeos ahogados.

Él dejó su pezón para volver a tomar sus labios. Todo lo que añoraba estaba frente a él, deseaba probar su sabor, satisfacerla, cuidarla y mimarla. Al llegar a tocar su centro pudo sentir lo húmeda que estaba, sedienta de su atención. Lo volvía loco saber que era la suya la que necesitaba y lo ponía tan duro que le dolía. Tanteó suavemente con uno de los dedos dentro de la húmeda cavidad de Katia, mientras ella se retorció de placer al ver su calor siendo calmado. Varios sonidos estrangulados salieron de su boca mientras el deslizaba su dedo hacia adentro y afuera de su vagina repetidas veces. Él tomaba cada gemido entre sus labios, como queriendo guardarlos para siempre dentro de su cuerpo.

Ella estaba tan caliente que al mínimo toque en su centro sintió que podía venirse. Podía sentir cerca la anhelada liberación. Mauro dejó su boca para ir bajando por su cuello y su piel mientras sus dedos seguían jugando con su humedad. Volvió a tomar sus pechos mientras ella deliraba de placer en sus brazos. Gemía y musitaba palabras sin sentido. Se separó solo un poco, bajando lentamente, anhelando jugar con su ombligo y lamer su piel.

Enloquecida de placer sentía como la besaba por todo su cuerpo. Un pensamiento de anticipación recorrió su mente. Si llegaba a besarla ahí abajo no iba a durar mucho, en cualquier momento explotaría todo el morbo y calor contenido que sentía por ese hombre. Se estremeció levemente cuando sintió sus labios justo allí, en ese lugar.

—Oh... ¡Dios! —Exclamó lujuriosa retorciendo sus caderas.

Mauro sonrió al escuchar su exclamación. Su sabor era exquisito y enloquecedor. Intercambiaba pequeños lametones, mordidas y soplidos a su excitado centro volviéndola loca de deseo. Adoraba verla así.

—Mauro... por favor... —suplicó ella.

—Nena, no tienes que suplicarme.

Sin dudar lo deslizó otro de sus dedos por el húmedo canal de su chica, mientras con los labios besó su centro desesperadamente. Quería regalarle un orgasmo excepcional. Uno que nunca pudiera olvidar.

Sintió su cuerpo tensarse mientras él la besaba decididamente. Estaba muy cerca de su orgasmo y no podía aguantarse las ganas que tenía de explotar.

—Córrete nena... —suplicó volviendo a tomar su centro.

Sus palabras fueron órdenes. El cuerpo de Katia convulsionó de tal manera gritando su nombre y sacudiéndose mientras él continuó su tortura un poco más.

—Mauro... ¡ahhh!

Sintió la liberación de su éxtasis, hasta casi quedar inconsciente. Él abandonó su sexo y se deslizó hasta llegar a acunar el rostro con sus manos. Mostraba una gran sonrisa en su rostro. El placer que le había dado había sido fabuloso, lo había sentido casi como propio, aunque su miembro no pensaba lo mismo. Estaba duro como una roca.

Ella sabía que había alcanzado un orgasmo grandioso, pero él aún no había logrado nada. Decidida se colocó a horcajadas sobre él, mirándolo con ojos llenos de lujuria y pasión. Mauro la encendía más allá de lo humanamente posible.

—Nena, no... —él pretendió interrumpirla.

—Shhh... —No dejó que hablara más, lo besó con avidez acariciando su cuerpo lentamente —Quédate quieto... —susurró sobre sus labios. Los ojos de Mauro se oscurecieron, su mirada era puro deseo. Sus manos recorrieron ese cuerpo, acariciándole con ternura el cuello y pectorales. Él jadeaba con anticipación mientras ella lo sometía con suaves toques y caricias. Ella desabrochó su camisa para poder trazar un camino de besos por su vientre, bajando por su camino de la felicidad, hasta su parte más íntima. Mirándolo a los ojos, tomó la punta del vaquero entre sus dientes y tiró de ella hasta desabrochar el botón.

Mauro estaba más hambriento que nunca. Era pura lujuria. Ella besaba su piel, mordía sus muslos, lo estaba volviendo loco. Bajó su pantalón con ayuda de sus manos, siempre mirándolo a los ojos. Esa mirada de pecado lo volvía completamente loco.

Al terminar con su ropa, no se aguantó y pasó la lengua por su miembro, caliente y erecto, aún por sobre su ropa interior. Era lo último que los separaba del completo placer. Él apoyó su cabeza hacia el respaldo del sillón con un estrangulado gemido al notar su lengua resbalar por toda su longitud.

Había deseado ese momento desde hacía mucho tiempo, pero nunca quiso apresurarlo. Quería disfrutar el momento plenamente, como ella lo estaba haciendo. Katia jugó y lamió varias veces el duro miembro, antes de liberarlo de su ropa interior. Él volvió a gemir sin control. Primero recorrió su sexo con los ojos, luego continuó con un movimiento de su lengua a lo largo de su gran virilidad, provocando que Mauro removiera sus caderas al instante.

—Uf, nena... me vas a matar —jadeó.

Ella tomó el miembro entre sus manos, las deslizó suavemente a través del mismo observando el rostro de satisfacción que le provocaba, para luego ponerlo entre sus labios. Primero suavemente, luego de forma demandante. Mauro llevó una de sus manos a la cabeza de Katia mientras acompañaba suavemente sus movimientos. Verla dándole placer lo llevaba al séptimo cielo.

—Mierda nena... Me voy a correr —no aguantaba más, podría explotar en cualquier momento. Su lengua lo estaba enloqueciendo.

Mientras ella hacía lo suyo, mantenían sus miradas conectadas, quería saber si lo que estaba haciendo le gustaba. Una sola mirada y pudo notar como él estaba fascinado con su labor allí abajo. Lo estaba llevando al límite, lamiéndolo como si fuera un helado de frutilla y disfrutando muchísimo al hacerlo. Los ojos de ella no mentían, realmente estaba saboreándolo.

—Dios... me voy a correr nena... —jadeó nuevamente cerrando sus ojos y entregándose al placer.

Hizo un movimiento con sus caderas tensando levemente su cuerpo, de forma inconsciente. Si ella no quería que él acabara en su boca, debía alejarse en ese preciso momento. Por el contrario ella succionó su miembro aún más fuerte y rápido, hasta que sintió la tensión en sus caderas y un gruñido ahogado escapar de él. El líquido caliente se esparcía suavemente por su boca, mientras ella seguía lamiendo sin cesar para no derramar una gota. Él mordía su labio para no gritar de placer ante ella, tenía su cabeza hacia atrás y su cuerpo aún rígido al culminar las sacudidas. Ella lo continuaba relamiendo suavemente, quería dejarlo limpio de su propio néctar. Con una gran sonrisa de satisfacción, se deslizó hacia su pecho y se dejó abrazar, mientras él depositaba suaves besos en los cabellos de Katia.

—¿Te gustó? —Preguntó temerosa sin mirarlo a los ojos.

Mauro aún extasiado por el placer que ella le había brindado, se sentía un Dios del Olimpo.

—Uf... Claro nena—.Contestó con un suspiro, aún trataba de normalizar su

respiración—. Plenamente satisfecho. ¿Tú estás bien? —No estaba seguro de si ella se sentiría bien haciéndole sexo oral, aunque no había visto incomodidad en sus ojos, quiso preguntarle igual.

Katia se removió entre sus brazos, mientras sonreía.

—Mmm... sí —expresó con timidez—. Creo que son mis hormonas actuando, no yo... —Se excusó.

Mauro no pudo contener una pequeña carcajada.

—¿Las hormonas, eh? —dijo tiernamente mientras retiraba uno de sus mechones de su rostro para depositar un beso.

Katia también sonrió. Sus hormonas sí se encontraban alborotadas, pero sabía que ella sentía una gran atracción por Mauro. Se entendían como si se conocieran hacía muchos años y se sentía muy cómoda con él. Era inexplicable, pero era así. Algo había crecido de manera repentina y poderosa, y los mantenía unidos.

Al salir de la nebulosa, él recordó que tenía diligencias importantes que hacer, así que se removió de su abrazo lentamente.

—Nena, debo ir a hacer unos trámites —dijo depositando un beso en sus labios—. Quédate aquí, volveré lo antes posible.

Ella recibió el beso y se quedó sentada en el sillón mientras lo veía aprontarse para salir. Desde allí, observaba sonriente mientras rememoraba lo que acababa de hacer. Nunca lo había hecho y a él le había gustado. A ella también, no podía negarlo. Darle placer fue una experiencia grandiosa, le daba una gran sensación de poder sobre él.

—Pórtate bien. Estaré aquí antes de que te des cuenta que me he ido —le dijo sobre sus labios—. Se dio media vuelta y se fue.

Mauro se dirigió directo a la Sucursal del Banco que había en la ciudad, en el cual Bellagio le depositaba el dinero. Se sorprendió sobremanera del monto que había sido transferido ya que era varias veces la suma requerida por él. Era una suma exorbitante. Retiró todo el dinero, ya que supuso que algo grave podría estar pasando. Eso no era lo que se había acordado. Al salir del lugar llamó a sus contactos en Buenos Aires para pedir información sobre la situación del fiscal, alguno de ellos podría averiguar lo sucedido y le podría aclarar la situación.

Pensó que sería pronto para averiguar qué pasaba en el internado, pero igualmente decidió vigilar por si veía algún movimiento extraño.

Luego de unas horas de guardia y sin tener ninguna novedad de sus contactos en Buenos Aires y sin notar nada extraño decidió ir al apartamento. Ya estaba extrañando estar con Katia, sorprendentemente para él, la pensaba constantemente. No sólo añoraba su tacto, sino que ahora estaba seguro que estaba en mayor peligro.

Katia ya había ordenado toda la casa, se había bañado y se recostó en el sillón de los buenos recuerdos, como lo llamaba, a escuchar música mientras admiraba el atardecer desde el ventanal. Sonreía al recordar los besos que Mauro le daba y como era capaz de recorrer cada centímetro de su cuerpo con sus suaves manos. No había nada bueno en la radio, así que se dispuso a mirar algo de televisión mientras se preparaba un té con unas galletitas.

Mauro estaba deseoso de llegar al apartamento, lo habían llamado de Buenos Aires para avisarle que el padre de Katia había desaparecido. Su auto había sido abandonado cerca de una estación de tren, figuraba un pasaje a México a su nombre pero nunca llegó a abordar dicho avión. Un pequeño estremecimiento de temor recorrió su cuerpo. Era un sentimiento nuevo, ya que él no solía sentir temor por nada.

No se asustaba fácilmente, por eso fue tan sobresaliente su actuación en el curso. Tenía una gran dedicación y determinación a la hora de estudiar. Su única meta era convertirse en un detective clase A. ¿Qué había cambiado? Solo una cosa; Katia. Ahora podía perder algo, alguien a quien quería muchísimo. Pese a los intentos que hizo por no involucrarse, ella había llegado para cambiar su vida, y él quería que se quedara. Quería una vida con ella. Podrían hacerlo. Él podría hacerse cargo del niño como si fuera propio. Serían una familia, no porque su ángel hubiera tenido una mala experiencia, su vida tendría que verse truncada. Podría hacerlo. No solo podría, sino que también lo quería. No imaginaba a Katia fuera de su vida, no creía poder soportarlo. Quería que las cosas fueran en serio, así que apresuró el paso hasta llegar a los brazos de su chica.

Al abrir la puerta sonrió al ser ella lo primero que vio. Le sonrió desde el pasillo de la cocina, desde donde venía con otra taza de té. Se detuvo con inseguridad ante la indescifrable mirada de Mauro, entre anhelo y vacilación. Él estaba en el umbral de la puerta observando de reojo el noticiero en la televisión. Estaban pasando la noticia de la desaparición del fiscal, pero ella aún no lo había notado. No quería que lo viera, pero no sabía cómo hacer para distraerla. Eso era una sorpresa. De seguro se había puesto blanco del susto.

Katia lo observaba perpleja.

—¿Qué pasa? —Preguntó ansiosa frunciendo su ceño.

Él no pudo contestar rápidamente, no se le ocurrió qué decir. Ante el silencio y la quietud del lugar, Katia pudo escuchar la televisión.

Sus ojos se abrieron ante la foto de su padre que ocupaba gran parte de la pantalla con

un cartel que decía “Desaparecido”. De repente sintió los brazos de Mauro en su cuerpo, sosteniendo su taza de té, que se estaba resbalando de su mano.

Quedó mirando la televisión, atónita.

—Oh... —emitió un sollozo —Mi padre... —Sentía la presencia de su amor allí, pero no podía despegar la mirada del televisor—.¿Tú lo sabías? —Preguntó mirándolo a los ojos.

Mierda. No quiero mentirle, pero no le va a gustar.

—Algo, aunque no estaba seguro nena—.Le dijo suavemente mientras retiraba un mechón de pelo de su cara —me acaban de llamar hace un rato de Buenos Aires para informarme—. La llevó al sillón para que pudiera calmarse, mientras Katia seguía hipnotizada con lo que escuchaba en las noticias.

—¿Su auto? ¿Encontraron su auto abandonado? —No daba crédito a lo que veía. Claro que pensaba que su padre podía estar en problemas desde hacía un tiempo, por algo la había mandado lejos y le había asignado una persona para que la cuidara, pero, que estuviera desaparecido, no era lo que esperaba.

—Sí, nena... —Le dijo tomándole las mano entre las suyas—.No se sabe mucho aún, pero ya están investigando—. La miró seriamente y se animó a preguntar—.¿Tú tenías alguna idea de en qué negocios estaba tu padre? ¿Alguna vez te comentó algo... o escuchaste algo? —Se imaginaba que Katia no sabría nada, pero necesitaba preguntarle y estar seguro. Ante la mirada de ella pudo ver que no tenía idea.

—No... —sollozó asombrada.

—No te preocupes, averiguaremos que pasó —dijo mientras tomaba su barbilla con su mano —Lo vamos a encontrar, ya tenemos gente en eso. Me crees ¿no?

Él quería calmarla y que no se preocupara, pero la verdad era que las noticias lo habían tomado por sorpresa hasta a él mismo.

Ella miraba con atención el noticiero, aunque lo único que escuchaba confirmaba las palabras de Mauro. Su padre estaba desaparecido, y habían encontrado su auto abandonado. Era lo único que decían.

Mauro se extrañó al no escuchar nada de lo ocurrido en el aeropuerto. Sus contactos en la capital le habían confirmado que había un pasaje comprado, pero que nunca había abordado el avión.¿Será que esa información ya no estaba disponible? ¿Se habrían eliminado las pruebas?

—Hermosa, no llores —expresó limpiando una pequeña lágrima que corría por su mejilla—. El lunes tenemos médico, ¿recuerdas? —Quería cambiar de tema—. No quiero que te preocupes, por favor. Déjame a mí y yo cuando tenga novedades te las voy a decir. ¿De acuerdo?

—¿De verdad me dirás si tienes novedades Mauro? —Preguntó algo incrédula—.¿Aunque sean malas noticias? —Lo miró directo a los ojos mientras le preguntaba. Podía presentir que Mauro no se lo diría, quería protegerla por cualquier medio. Podía imaginarse que si eran malas noticias las que recibía no querría decírselo.

—¿Es eso lo que tú quieres? —Preguntó dubitativo.

Dime que no.

Iluso.

—Sí Mauro, necesito saber la verdad. Estoy segura que algo grave está pasando, es mi padre; y quiero saberlo—. Dijo fallándole la voz—. Por algo te mandó a cuidarme, él sabía que estaba en peligro.

Tenía razón, pero no quería. Mauro contestó tras un largo suspiro.

—Si es lo que quieres ángel, lo haré—. Contestó depositando un beso en su frente. No estaba seguro de poder cumplir esa promesa. No soportaba ver a Katia mal y si las noticias no eran buenas, como se imaginaba, la iban a destrozar. Él no podía volver a permitirlo.

Katia lo abrazó con fuerza. Fue instintivo, ante la vulnerabilidad que sentía, no había mejor lugar que sus brazos. Ahora más que nunca debía ser fuerte, además de haber sufrido una violación y estar esperando un hijo, su padre había desaparecido misteriosamente. Había momentos como en ese instante, en que lo único en lo que quería pensar era que todo era una horrible pesadilla de la que quería despertar. Pero la realidad llegaba a golpear su rostro a cada momento. Y sólo encontraba paz en esos íntimos momentos en que él la abrazaba, la mimaba y sostenía.

Tras unos minutos y largos suspiros él la beso en la frente y se la llevó abrazaba hacia el dormitorio. Se venían días importantes para ella y quería que descansara y estuviera tranquila. Una silenciosa Katia lo recibía siempre con miradas dulces y besos tiernos hasta quedar dormida.

Capítulo 8

A las ocho de la mañana del lunes siguiente, ya estaban entrando a la policlínica local. Tenían un número reservado con el Dr. González, el ginecólogo de guardia de ese día. Para ella era extraño estar viviendo ese momento, en esas circunstancias. Desde adolescente soñaba con una familia ideal, un noviazgo de largos años y repleto de bonitas experiencias. Entrar a una iglesia vestida de blanco, una muy disfrutable luna de miel en alguna playa paradisíaca alejada y luego concebir algunos bebés para completar su perfecta familia. Pero la realidad la golpeaba fuerte, era una utopía. Sus perfectos planes parecían haber empezado al revés.

Ella estaba nerviosa, Mauro podía sentirlo. Sentados en la sala de espera, con sus manos tomadas, mirando a una televisión que repetía sin cesar información de lactancia materna. Ella mordía su labio y apretaba sus manos sin darse cuenta. Él quería demostrarle que no tendría por qué preocuparse, que todo iba a salir bien, pero sabía que él también estaba ansioso por la situación. Algo excitado a decir verdad. Una voz en el pasillo interrumpió sus pensamientos cuando se anunció el nombre Katia, más bien el de Analía Anchorena. Ambos se dirigieron hacia el consultorio del médico tomados de la mano.

Luego de varias preguntas del Dr. González, recibió las órdenes para los estudios de rutina, como ser estudios de sangre, orina y una ecografía de control. Le entregó recetas de vitaminas y ácido fólico necesario para el buen desarrollo del feto.

—¿Tienen alguna duda? —Preguntó el doctor al terminar la consulta.

Ella miró a su compañero de reojo, mordiéndose el labio inferior en señal de nerviosismo. Al final se atrevió a preguntar.

—Yo... doctor... tengo una duda—. Expresó tímidamente.

Mauro giró su cabeza para mirarla, extrañado. El doctor la miró a ella, esperando la pregunta, pero Katia bajó la mirada avergonzada.

—Mmm... —Comenzó a susurrar —¿Nosotros podemos...? —Culminó perdiendo la voz. Era una pregunta tonta.

—Quizás tu pregunta podría dirigirse a si ustedes pueden seguir teniendo relaciones durante el embarazo... ¿estoy en lo correcto? —Preguntó el médico de manera profesional.

Mauro se atragantó internamente, largando un pequeño sonido desde el fondo de su garganta. Una sonrisa apareció en sus labios ante tales pensamientos. *¿Así que no soy el único que anhela hacerla mía?* No podía decir o hacer ningún movimiento extraño, ya que se suponía que si estaban esperando un hijo, se conocían ya íntimamente.

Ella no se animó a levantar la mirada. No debía sentirse avergonzada por la pregunta, prefería estar segura ya que suponía que no pasaría mucho tiempo antes de poder intimar con Mauro. Por lo menos era lo que ella deseaba.

—Es muy buena la pregunta Analía. No es malo para el bebé, al contrario. Lo que siempre comentamos a las parejas es que si bien ya no pueden quedar “embarazados”, siempre está el riesgo de una enfermedad de transmisión sexual. Cosa que no sería problema si son una pareja estable, como me han dicho que lo son—. Expresó el médico seriamente ante la atenta mirada de ambos —A medida que la pancita vaya creciendo, deben tener cuidado de estar en una posición cómoda para Analía—. Dijo mirando a Mauro que continuaba asintiendo.

— Mientras todo vaya bien, no van a tener complicaciones en el tema, pero eso lo iremos viendo más adelante. Cualquier duda me vuelven a consultar sin problemas.

No hubo más preguntas. Saludó a Mauro con un apretón de manos y besó a Katia en el cachete para despedirlos hasta la próxima consulta.

Katia no se animaba a mirar a Mauro a los ojos, se sentía avergonzada. Fue una pregunta muy estúpida. Al fin y al cabo él aún no había querido tener relaciones con ella.

Mauro aún sostenía su sudorosa mano, sabía que ella estaba incómoda con la pregunta que le hizo al médico. Él estaba demasiado feliz ante la demostración de deseo de ella, no podía quitar esa sonrisa tonta de su rostro. Se dirigieron a la farmacia de la policlínica en silencio, compraron la medicación que le mandó el doctor y se retiraron al auto.

Mauro no había dicho una palabra, solo tomaba su mano. No expresó ninguna emoción con respecto al sexo. Katia cada vez se sentía más avergonzada. Una vez dentro del auto, abducida en sus pensamientos no se dio cuenta que Mauro estaba sentado a su lado y no prendía el motor del automóvil.

Al girar su rostro observó que estaba de frente a ella con una gran sonrisa en su cara.

—¿De qué te ríes? —Preguntó ella con todo su mal humor.

Mauro emitió una pequeña carcajada. No acreditaba lo que estaba viendo. Katia sí tenía carácter, su cambio de humor al notar la tranquilidad de él en el tema lo regocijaba cada vez más. Katia lo deseaba, tanto como él a ella. Eso era muy bueno. Las hormonas hacían también su parte.

—Eres un tonto... —expresó enojada retirándole la mirada. *Yo pregunto las cosas por los dos y a él le importa un rábano.* Pensó mientras sus ojos se tornaban vidriosos.

No lo mires, no lo mires.

Mauro tomó suavemente su mentón y giró suavemente su cara para asegurarse que lo mirara a los ojos.

—¿Piensas que no quiero hacerte el amor? —Preguntó clavándole la mirada. Una lágrima estaba por caer.

—¿Qué comes que adivinas? —Contestó ella con ironía. *¿Se está burlando de mí?*

Mauro se acercó a su rostro, pegó sus labios con los de ella. Katia cerró los ojos dejando escapar una lágrima fugaz y un profundo sollozo escapó de sus labios.

—Entonces la tonta eres tú —Soltó Mauro sobre su boca. La tomó por la nuca con una de sus manos, la atrajo hacia él y buscó su lengua ansiosa por sus besos. Hurgó en su boca hasta saciarse de ella, la abrazó con fuerza, la acarició con ternura. Luego de varios minutos de mimos, se separó para tomar una bocanada de aire.

—En este momento no hay nada que quiera más que hacerte mía Katia —Le dijo con su frente pegada a la de ella. No se quería separar, no podía—. Mía. Mía y de nadie más. Deseo hacerte el amor con locura, deseo perderme en tus brazos y ver cómo te desarmas en los míos una y otra vez—. Continuaba ante su atenta mirada —¿Acaso no ves lo que has hecho conmigo? —Preguntó sonriendo. Lo había cambiado completamente, esperaba que ella lo notara.

Ella lo quedó mirando atónita ante tal declaración. Él podía dejarla sin palabras solamente con cálidos besos y tiernas miradas.

Mauro volvió a tomar sus labios, esta vez más suavemente. Un beso tierno, lento que expresaba todos los sentimientos que guardaba en su corazón. Movía su lengua de un lado al otro, de forma lenta, disfrutando de su sabor, recorría cada hueco con ella, besaba su boca queriendo dejar caminos de fuego en su mujer.

—Voy a hacerte el amor... tengo muchas ganas de estar dentro de ti... —susurró en su oído al tomar su cuello. Sintió su estremecimiento ante sus palabras—. Quiero que seas mía completamente, pero no lo voy a hacer en el auto—. Expresó con una sonrisa. Se separó de ella dejándola deseosa y estupefacta. Con los labios hinchados y rojos de sus besos, y sus ojos grandes ante el atrevimiento.

Sí, quería hacerle el amor, pero quería que fuera algo especial para ella, quería hacerle olvidar las malas experiencias pasadas y para eso debía esmerarse. Depositó otro dulce beso en su nariz y se acomodó frente al volante con una sonrisa.

—Vayamos por algo de comer y vamos a casa—. Le dijo más tranquilo.

Katia se acomodó en su asiento sin decir palabra y se colocó el cinturón de seguridad. Tenía muchas ganas de que Mauro le hiciera el amor, pero tenía razón, no quería que

fuera en el auto. Aún así un par de lágrimas habían escapado; ésta vez creía que eran de emoción. No estaba segura, se sentía una bipolar recibida.

Al llegar al apartamento, se sentaron en el pequeño living a almorzar, mientras observaban las noticias en busca de novedades sobre Franco Bellagio. No había ninguna, parecía que se lo había tragado la tierra. Tampoco las tenían en Buenos Aires dónde Mauro se había comunicado anteriormente.

Ella adoraba la comida china, comió con gusto. Al terminar él arregló lo que quedaba en la mesa y preparó un café para los dos.

—Te compré un chocolate para el café. Pensé que querías algo dulce... —dijo serenamente depositando un bombón en su mano y los cafés en la mesa.

Ella le sonrió ante tal detalle y tomó su regalo.

—¡Gracias! Quiero muchas cosas últimamente... —*Mierda, ¿Dije eso en voz alta?*—Mmm... lo siento —expresó avergonzada.

Él sonrió ante la ocurrencia de su ángel. El embarazo la estaba cambiando y ella ni siquiera estaba al tanto. Él disfrutaba al verla de esa manera, no estaba en control de sí misma, decía cosas sin pensar, actuaba de forma impulsiva, estaba con los sentimientos a flor de piel. Era hermoso verla así. Por más que deseaba muchísimo hacerle el amor, no podía negar que se sentía poderoso en esta etapa preliminar. La observaba y miraba por horas, cuando ella estaba distraída, solo deleitándose de su aroma, de su perfume, de la perfección en su piel, de la suavidad de su cabello, y de la redondeada forma de sus labios. Pretendía saberse todo su cuerpo de memoria, y en ello pasaba gran parte del día.

Katia terminó su café y su bombón ante la cálida mirada de Mauro. Ese misterioso hombre que llegó para volverla loca de placer. Ella percibía que él la miraba continuamente, pero no la tocaba. Y eso la estaba matando, se mojaba solo con pensar en sus manos sobre su piel. El solo hecho de pensarlo dentro de ella, le ponía los pezones duros y le provocaba cosquilleos en su zona baja.*Mierda, estoy hecha una zorra.* Nunca había sido así. Se desconocía en su forma de sentir y actuar.

Mauro se levantó y se sentó a su lado en el sillón.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —Preguntó con picardía. Los ojos de ella se agrandaron de deseo y sorpresa—.Tú y este hermoso bebé, van a ir a descansar. Yo tengo que hacer varias llamadas y trabajar. Prepararé algo especial para nosotros ésta noche—.Le dijo depositando un suave beso sobre sus labios.

—¿Vas a cocinar para mí? —Preguntó extrañada.

Él sonrió.

—Voy a hacer algo especial nena... para ti, para mí y para él... —dijo suavemente sobre sus labios.

Ella se enterneció. Él siempre pensaba en su hijo como si fuera propio. Lo tenía presente y lo incluía en cada una de sus palabras y sus actos.

—Estás muy seguro de que es un varón... —expresó con una sonrisa.

Él se acercó lentamente a su rostro y la besó con dulzura. Sin tocarla con sus manos, solo existió el contacto con sus labios. Era algo muy íntimo y fuerte lo que tenían. Ninguno de los dos tenía idea de en qué momento se había profundizado ese sentimiento, pero ambos lo percibían. No sabían cómo había ocurrido ni si tenía que ser de esa manera, pero esa gran conexión entre ellos siempre estaba presente y cada día aumentaba más.

—Sí, amor. Estoy seguro que es un hermoso varón —contestó con una sonrisa—. Ve a descansar. No se vale espiar, ¿Ok?

Katia ya no podía decirle que no. Adoraba cuando Mauro tenía atenciones con ella, ya sea un pequeño regalo, cuando le cocinaba, un abrazo, un simple mimo le bastaba para calmarse mientras él fuera el responsable.

—Bueno, iré a descansar pero antes necesito algo —dijo levantándose suavemente del

sillón. Él la miró extrañado.

¿Y ahora con qué saldrá?

—¿Qué necesitas nena? —Preguntó preocupado.

Katia se sonrojó y sonrió de manera cómplice.

—Necesito un beso de esos que no me hagan extrañarte. Al fin y al cabo no te voy a ver por un montón de horas—. Expresó atrevida.

—¿Un montón de horas? —Preguntó extasiado por sus maneras. Adoraba a esa chica. No pudo más que sonreír. En un paso rápido la tomó por su cintura y la acercó a su boca, pegándose a ella.

—Mmm... ¿así que necesitas un beso mío? —Preguntó rozando sus labios con los suyos.

Katia sentía su boca tan cerca, quería poder lamerlo y devorarlo completamente mientras lo sentía resbalar dentro suyo una y otra vez hasta quebrarse de placer en sus brazos. Sí, estaba teniendo pensamientos muy sucios. Constantemente.

Me estoy convirtiendo en una ninfómana.

Él la atrajo hacia su pecho con un brazo y con su mano libre la tomó por la nuca. Ella se dejó llevar. Deslizó sus labios por su piel hasta sentir a Katia estremecerse. Depositó un beso en su cuello y con una sonrisa celestial en su boca se apartó para poder mirarla a los ojos. Tenía los ojos cerrados y estaba completamente entregada a él.

—Mi boca... —suspiró totalmente excitada.

—¿Qué le pasa a tu boca mi amor? —Preguntó inocentemente mientras iba dejando pequeños toques en sus labios. Sabía lo que hacía. Volverla loca era su mayor pasatiempo. La disfrutaba completamente.

—¿Quieres que me vaya y me besas así? —Le dijo lujuriosa mientras él sonreía.

La giró suavemente y apoyado en su hombro la acompañó al dormitorio. Si no la ayudaba no creía que se fuera. No podía esconder el rostro de satisfacción que quedaba cada vez que la besaba.

—Tú te quedas aquí... no espíes, porque lo sabré... —dijo contento.

Katia estaba ansiosa y feliz a la misma vez, esa noche podría darse lo que tanto quería. Deseaba muchísimo hacer el amor con él, quería sentirlo dentro de ella. Se dispuso a distraerse ya que tenía un largo rato por delante, así que ordenó su ropa, su cama y sus pocos pares de zapatos tres veces cada uno. Separó la ropa interior que usaría en la noche y un pequeño vestido color azul que adoraba. Como se cansó rápidamente y sentía que la hora de su reloj estaba estancada, se recostó sobre la cama hasta que quedó dormida.

Mauro se dispuso a hacer llamadas y averiguaciones con respecto al fiscal. Nadie tenía muchas novedades y en la televisión, al no haber avances, ya no había información. Aprovechó que Katia debía estar descansando y en una escapada fue hasta el internado. Recordaba lo último que le había dicho el fiscal "Ve al internado". Algo debía haber allí para él.

Al llegar al lugar, el detective se encontró con que las monjas retenían un maletín a ser retirado a nombre de Mauro Lamanna. Un maletín sencillo pero cerrado. No se animó a abrirlo allí mismo. Dio las gracias y se retiró al apartamento. Seguramente era información vital, así que ni bien llegó se dispuso a estudiarla.

Dentro del maletín encontró varios mapas, posiciones y rutas de lo que supuso sería "el negocio" que tenía desaparecido al fiscal. Dentro de las hipótesis que manejaba estaban el tráfico de drogas; tráfico de personas o tráfico de armas, eran las que veía más probables. Tenía a varias de sus fuentes investigando en Buenos Aires todas esas posibilidades.

Datos de personas de descendencia árabe, algunos impresos por computadora, la mayoría con apuntes hechos a mano. También encontró unos miles de dólares en

efectivo. Se concentró de tal manera que cuando quiso acordar ya era hora de comenzar a aprontar su velada especial. Puso todos los documentos de nuevo en el maletín, ya que pronto los retomaría y se dirigió a la cocina. No era un experto cocinero, pero se defendía. Quería esmerarse para deleitar a su compañera. Se veía tan extraño, parecía estar en el limbo. Toda su vida había cambiado repentinamente, su manera de ver la vida y claramente su futuro. Toda su percepción de la realidad había cambiado y todo por ella.

Katia despertó de su siesta jadeante y mojada culpa de un sueño erótico que se sintió más que real. Riendo ante tales pensamientos decidió provocarlo levemente, tratando de adelantar en lo que pensaba que iba a pasar en su velada. Se sentía sexy y atrevida.

Debe ser culpa de las hormonas.

Ya había separado la ropa que se iba a poner. Quería hacer algo osado, algo que nunca había hecho para avivar la situación. Decidió desnudarse en el dormitorio, se enrolló en una toalla y con la ropa en la mano se dirigió al pasillo.

Con una sonrisa traviesa pasó por la arcada que daba hacia el comedor, se detuvo y le habló desde allí.

—Amor, me voy a dar una ducha —expresó en tono tierno.

Él estaba en plena faena en la cocina. Al escucharla salió enseguida.

—¡No puedes mirar Katia! ¡No hagas trampa! —advertía saliendo de la cocina hacia el pasillo.

—¡Oh, lo olvidé! —respondió ella con una sonrisa. En ese momento soltó la toalla que la envolvía y se tapó los ojos con ambas manos, quedando completamente desnuda ante Mauro, que aparecía por el umbral de la cocina. Claro que no iba a ver, era él quien debía prestar atención.

—¡Kat...! —No llegó a terminar ni una palabra. El monumental cuerpo de Katia estaba frente a él como Dios la trajo al mundo.

—Lo siento. Solo quería avisarte —dijo ella de forma pícaro, girando su hermoso cuerpo frente a sus ojos y dirigiéndose al baño sin nada de ropa. Él quedó boquiabierto ante tal situación. Esa chica era imposible. Ya estaba duro.

Riendo y sorprendido ante la nueva faceta de su chica, se dirigió a la cocina, revisó que todo estuviera en orden, apagó el horno y fue directo hacia el baño.

No vas a jugar con fuego si no quieres quemarte pequeña.

Katia se sintió feliz y audaz con lo que hizo, pero ya había pasado un rato y Mauro no aparecía. No entendía por qué no le había hecho el amor aún y no entendía por qué lo deseaba tanto. *¿Es que estoy tan desesperada? ¡Basta!*

Estaba tan sensible que sus ojos se llenaron de lágrimas ante tal pensamiento. *Quizás ya me veo gorda, por eso no me quiere.* Se sentía tan inestable, podía pasar de una tremenda lujuria a una profunda tristeza en segundos. Pensaba bajo el agua como había cambiado su vida, en tan poco tiempo tantas cosas habían pasado. Su pancita no era grande, pero ya se notaba levemente; o era ella sola que lo percibía.

Mauro abrió sigilosamente la puerta del baño para encontrarla bajo el agua acariciando su pequeño vientre. *¡Ay Dios, esta mujer me va a matar!* Se acercó, abrió lentamente la mampara de la ducha para encontrarse con los ojos verdes de su amada y una mirada totalmente incomprensible.

Sin decir una palabra, sacó rápidamente su remera por encima de su cabeza y se metió con ella a la ducha como estaba.

—¿Qué haces? —preguntó ella tímidamente.

—Lo he tomado como una invitación —expresó cuidadoso. Ella estaba triste. No entendía porqué. *¿Acaso se pensaba que él no vendría?*

Ella bajó la mirada.

—Pensé que...

—Shhh...

Se acercó sin romper la conexión con sus ojos y con dos pasos decididos, ya bebía de su aliento. Tomó su rostro con ambas manos y saboreó ansiosamente su boca, juntaron sus labios como si fueran uno solo. Katia lo abrazó y lo atrajo hacia su cuerpo de un fuerte tirón demostrando lo deseosa que se sentía de tenerlo cerca.

Él prosiguió con su insaciable búsqueda dentro de ella, sus lenguas bailaban con la ansiedad de mil hombres. También la abrazó y la atrajo contra su pecho hasta que no quedó un centímetro entre ellos. Ella gemía en su boca ante su arrebató. Ninguno de ellos podía contenerse. Sus manos recorrieron sus cuerpos, sus bocas, sus labios y cuellos volviéndose locos de pasión.

Él tomó su trasero entre sus manos y con un leve empujón la subió sobre sus caderas.

—Enrolla tus piernas detrás de mí —le susurró él entre jadeos.

Katia obedeció. Subió a caballito sobre Mauro y lo atrapó entre sus piernas mientras él continuaba besándola de manera voraz. Cerró la ducha una vez que la tuvo totalmente entregada a su merced.

—Sujétate fuerte amor —susurró contra sus labios mientras salía de la ducha. Tomó rápidamente una toalla, con la cual envolvió sus cuerpos y entre risas y besos se dirigieron al dormitorio.

La depositó de espalda sobre la cama lentamente, sin romper el contacto de sus labios. Las lenguas seguían jugando y danzando mientras sus manos continuaban encendiéndose. Entre besos y caricias él se colocó sobre ella apoyado sobre sus codos. Observaba su rostro, sus labios rojos e hinchados y sus ojos lujuriosos.

—Me... haces... perder... la... cabeza... —expresó jadeante Katia sobre sus labios, tomando aire cuando podía.

Mauro la miraba con devoción y deseo. De su cabello desordenado y mojado caían aun pequeñas gotas del agua. La había secado a ella, pero él aún estaba empapado. Ella tomó una punta de la toalla y secó lentamente su frente y sus mejillas. Recorrió lentamente sus labios con la toalla como si fuera una caricia más.

Él gozaba con su toque como un adolescente perdido. Cerraba los ojos para poder disfrutar la sensación de sus manos en su piel. Su ángel estaba desnuda, pero él aún seguía vestido. Se incorporó lentamente para sacarse su pantalón ante la deseosa mirada de su chica, sumida en un profundo deseo, perdida en la lujuria; era una experiencia mágica y maravillosa de observar.

Dejó caer sus pantalones y rápidamente se deshizo de ellos para solo quedar en ropa interior. Volvió a colocarse sobre ella, pero ella ya no lo miraba a los ojos. Miraba su duro miembro a través de su bóxer impresionada por su tamaño y su dureza.

Él repasaba con la yema de sus dedos la piel de su amada mientras la miraba a los ojos. Rendida ante su toque, lo tomó por detrás de su cuello y lo acercó para poder hablarle al oído.

—Quiero que me hagas el amor... —susurró desbordada de deseo.

Mauro se las arregló para sacarse la ropa interior sin romper el contacto con su boca. Se colocó entre las piernas de Katia y colocó su miembro en la entrada de su caliente cavidad. Ella lo sintió al instante. Él la besaba suavemente, la acariciaba dulcemente moviendo las caderas sobre su centro sin entrar en ella. Requería de una gran fuerza de voluntad, pero necesitaba hacerlo a su manera, por lo menos esa vez. Recorría su cuerpo con suaves caricias al mismo tiempo que jugaba con su boca, marcaba cada parte de su cuerpo como si a partir de ese momento fuese de su pertenencia. Jugó con sus pezones que estaban deseosos de su atención, y finalmente llegó a rozar su sexo. Necesitaba tocarla, mimarla en sus zonas más íntimas. Acarició suavemente su húmedo e hinchado clítoris, apretando y haciendo presión con sus dedos antes de penetrarla. Cada toque, roce o cambio de ritmo, provocaba ahogados gemidos de su ángel, que él mismo se encargaba de tomar entre sus labios.

Katia estaba completamente encendida. Era pura desesperación por sentirlo dentro suyo y poder explotar. Cada beso la transportaba, cada caricia le quemaba, su miembro haciendo fricción constante sobre su entrada, afloraba su zorra interior. Él estaba haciendo lo de siempre, la estaba volviendo loca. En un arrebató de lujuria, ella levantó las caderas para tomar parte de su miembro en su interior. No podía aguantar más.

Su canal estaba tan lubricado por lo que entró sin hacer esfuerzo. La lujuria se escapaba por sus poros.

Mauro separó levemente sus labios.

—Espacio cielo... —Él pudo notar que al momento de tomar parte de su miembro, ella se tensó. *¿Se habrá asustado? ¿O recordado algo malo?*

Mantuvo su posición ligera, mientras la volvió a besar, a repasar su lengua, a disfrutar de sus labios hasta sentir que ella volvía a relajarse. Tomó suavemente su cadera con una de las manos, mientras con la otra tomó su rostro.

—Me moveré lentamente amor... relájate... —le dijo suavemente.

Comenzó a mover su cadera poco a poco dentro de su cuerpo, estaba resbaladizo y no tenía gran dificultad, pero igual quería hacerlo con suavidad. Continuó con suaves besos y caricias hasta que notó que ella pudo tomar bien la longitud de su miembro en su interior. Sus gemidos y su acelerada respiración lo estaban volviendo loco. Todo lo que había deseado desde el momento que la conoció, se estaba plasmando en un intenso acto de amor.

Comenzó a bombear cada vez más rápido, ante la visible comodidad de ella. Eran un manojo de deseo y pasión. Se sintió completamente desbordado ante los insistentes jadeos, apretones y arañazos de Katia.

¡Cielos! ¡Debo pensar en otra cosa, no voy a aguantar ni cinco minutos! ¿Qué era? ¿Cuántos goles metió Racing el fin de semana?

—Mauro... No aguanto... No... —ella interrumpió sus lejanos pensamientos y lo trajo de nuevo a la lujuria.

—Ya estoy amor, espérame... —dijo sobre sus labios, volviendo a la tarea. No le alcanzaba el tiempo para amarla como él quería. Caricias suaves, besos intensos, no podía saciarse de ella. La quería toda, de ahora en adelante, solo para él.

Siguió empujando sobre ella un poco más. No le iba a costar llegar, la veía tan hermosa debajo de su cuerpo, estaba realmente extasiado. Todavía no había acabado y ya deseaba hacérselo de nuevo.

—Mauro... no... no... —gimió ella llevando su cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Su cuerpo se tensó de forma instantánea.

Inmediatamente se perdió al sentir el comienzo del orgasmo de su chica, vivía las contracciones de su vagina en forma voraz, que succionaban su miembro como una invitación a acabar también. Continuó y con unos pocos movimientos más de su cuerpo, logró correrse dentro de ella, sumido en un éxtasis total. Un sonido ahogado escapó de sus labios, mientras escuchaba los jadeos que emanaban de la boca de ella. Placer, liberación. Estaba dejando su marca. Era su chica. Ya no había vuelta atrás, estaba totalmente perdido en esta rubia que había robado su corazón.

Ella lo miró a los ojos. Quería ver su cara cuando se corriera en su interior. Observó sus músculos tensos, sus labios apretados. Ella también quería grabar a fuego ese momento. Mauro disfrutaba volviéndola loca de deseo, ella sabía que le gustaba su cara al disfrutar de las cosas que él mismo provocaba. Era como un sentimiento de orgullo de hombre. La había hecho gozar, vaya que lo había hecho. Le había dado un orgasmo soñado, como el que él había tenido.

Se separó suavemente hacia un lado de la cama, no quería aplastarla, ni a ella, ni a su pancita. Continuó acariciando su rostro, mirándola con devoción.

?Por más que quiera quedarme en tus brazos arriba tuyo, me da miedo por el bebé...

?expresó sonriendo.

?Es una pancita pequeña aún... ?contestó mirando su pequeño abdomen.

Mauro la besó tiernamente en su hombro, colocó una mano en su vientre, todo parecía irreal. Ella unió su mano a la de él sin dudar.

?Seré su papá... —expresó decidido. Ella lo miró sorprendida. ¿Hablabas en serio? —Si tú quieres, claro.

A ella le pareció un sueño. Nunca se imaginó que él quisiera hacerse cargo, la tomó por sorpresa. Giró su cuerpo despacio, para quedar frente a él. Quería ver su rostro.

—Mauro... —susurró compungida—. Mereces una familia mejor. No una mujer que fue violada y lleva un niño adentro para recordártelo toda la vida. Creo que sería injusto para ti—. Varias lágrimas amenazaban con escaparse. No quería volver a llorar, menos después del maravilloso momento que habían pasado. Se incorporó en la cama, pero él la sujetó desde atrás con dulzura.

La tomó por la espalda para no dejarla ir. Ella se sentó pensativa al borde de la cama. Era una locura, ¿O no? Él se puso detrás de ella y besó su cuello mientras le susurraba al oído.

—Kat, ¿es que no lo ves? Me tienes nena —decía mientras depositaba suaves besos en su piel—. Me tienes para toda la vida si me aceptas. Te haré feliz, te haré olvidar. Comenzaremos de nuevo, crearemos nuevas experiencias, nuevos recuerdos amor. Solo déjame intentarlo...

Ella sollozaba. ¿Sería algo real? ¿Existiría esa posibilidad? No era que no lo quisiera, era lo que más quería. Tener una familia normal, olvidar, renacer, revivir.

—No puedo dejar que lo hagas Mauro... No puedo —expresó entre sollozos. Trató de levantarse de la cama, pero Mauro la interrumpió. Rápidamente se incorporó y de un salto se colocó frente a ella.

—No llores amor... —le decía mientras limpiaba sus lágrimas—. ¡Mírame! —le pidió sentándose a su lado y tomándola de la mano—. Nunca voy a dejarte nena, nunca. Lo acabo de confirmar—. Ella lo miraba con los ojos llorosos. Le costaba creer lo que escuchaba. Lo que siempre quiso toda su vida, una pareja, un compañero que la amara y adorara. Que estuviera dispuesto a darle todo por ella. Se dejó caer al pecho de Mauro, que la abrazó y la contuvo mientras seguía sollozando.

—No pienses ahora en lo que te dije amor. Yo me acabo de convencer que mi vida sin ti no vale nada. Te quiero Katia, a ti y a ese bebé que será mi hijo. Llevará mi apellido, seré su papá y no les faltará nada. A ninguno de los dos. Podemos ser una familia y yo te lo voy a demostrar... —aseguró depositando suaves besos en su cabello.

¡Te estás olvidando de algo! Gritó su subconsciente inoportuno.

Ella lo vale.

No va a funcionar.

Ya no importaba. No había nada que Katia quisiera más. Se dejó mimar por él, como siempre lo hacía. Cuidado, cariño y comprensión. Cosas que la hacían sentirse cómoda y protegida en sus brazos.

¿Sería posible? Una vida normal, comenzar de nuevo. Quizás pudiera hacerlo si era con él, no era eso lo que la hacía dudar. ¿Qué la hacía dudar?

—Has hecho trampa. Me has provocado—interrumpió su silencio.

—¿Eh? ¿Yo? —Preguntó risueña.

—Sí, ¡tú! —Acusó depositando un suave beso en la punta de su nariz —Te estás convirtiendo en una mujer peligrosa —expresó entre risas.

Katia sonrió ampliamente, gozando de su pequeña batalla ganada. Gozarlo en su plenitud, entregado completamente a su placer, sentirlo desplazarse dentro suyo, besarlo y acariciarlo con sus manos y con su lengua podían convertirse en su nuevo deporte favorito. Sí, seguro podría adaptarse a ello.

—Vayamos a cenar—. Dijo él mientras se levantaba y buscaba algo de ropa que

ponerse—. Vístete o la comida se va a enfriar... y tú también.

Ella se levantó sigilosa y lo abrazó por la cintura.

—No creo que me enfríe tan fácilmente—. Dijo deslizado sus dedos sobre su abdomen sudoroso—. Creo que debemos repetirlo... —Continuó riendo en forma seductora.

Mauro rio en voz alta. Giró para quedar de frente a su fogosa mujer. Sí que estaba cambiada.

—Oye, nena —expresó tomándola en sus brazos —Obviamente lo vamos a repetir, tenlo por seguro. Hoy mismo si quieres —susurró dejando un beso sobre sus labios —Pero... me pasé toda la tarde en la cocina, pelando papas y cebollas, que odio su olor. No voy a dejar que vuelvas a embaucarme, así que... —otro beso—. Ponte ropa, vamos a comer. Tú serás mi postre de ahora en adelante. Todos los días, a cualquier hora del día.

Se dirigió a la cocina dejándola asombrada, con la boca abierta y ojos lujuriosos, no sin antes dedicarle un guiño por sobre su hombro.

—¡lujuu!! —exclamó emocionada con un salto. Estaba desconocida, pero feliz.

Ella se apresuró a vestirse, entusiasmada y contenta. Mauro la escuchaba hablar sola o cantar desde la cocina.

Cuando la mesa ya estuvo preparada, ella se apareció por la puerta con una diminuta pollera blanca y una remera de tirantes celeste. Lo más impactante era la gran sonrisa en su cara y el brillo adquirido en los ojos.

—¿Qué hay para comer? Huele delicioso—. Expresó encantada.

Mauro la observó acercarse a su lado de manera angelical y con cara de “yo nunca rompí un plato”. Tomó torpemente su cintura, asomando su cabeza a la gran fuente que él tenía en sus brazos. Aprovechó que tenía sus manos ocupadas para tomar un trozo de comida con los dedos y llevarlo sugestivamente a su boca. Lo saboreó lamiendo sus dedos y gimiendo atrevida.

—Tortilla española, cielo. Espero te guste... —dijo mirándola a los ojos con picardía.

—Todo lo que viene de ti me gusta —expresó traviesa.

—Katia...

—¿Qué...? —Preguntó fingiendo inocencia.

—No me provoques... —Mauro fingió ofenderse, pero no pudo contener la carcajada. Dejó la fuente sobre la mesa, se volvió hacia ella y la atrajo desde su cintura. Katia sonreía mientras lo miraba con ojos inocentes. Se sentía sexy.

—Sabes que me puedes ¿No pequeña? —Dijo depositando un tierno beso sobre sus labios.

—Mmm... no lo sabía —expresó riendo.

—Siéntate de una vez así puedo servirte —ordenó divertido.

Ambos se sentaron a la mesa una vez que él sirvió los platos para los dos y tuvo las copas llenas de su bebida favorita.

—Me encanta la tortilla española. ¿Lo sabías? —Expresó asombrada.

—No, pero pensemos una cosa. ¿A quién no le gusta?

Ambos rieron y comieron tranquilos intercambiando palabras, miradas y sonrisas cómplices. La relación había pasado a otro nivel y ambos lo disfrutaban. Un nuevo nivel de conexión flotaba en el aire, ya casi irrompible.

Al terminar de cenar él se hizo cargo de la limpieza de la cocina y la envió a asearse y acostarse.

—¡Pero yo quiero postre! —Protestaba Katia desde el cuarto.

—Ya te voy a dar tu postre —comentaba jocoso.

—Te hablo en serio Mauro.

—Yo también te hablo en serio —sonreía mientras le contestaba.

—Quiero dulce de leche. Tengo un antojo... —Intentó hacer uno de las facultades que

el embarazo le daba, pero él no aguanto y lazó una sonora carcajada mientras volvía a la cocina.

—¡No te rías! —Le gritaba ofendida —Si tu no me traes dulce de leche yo me voy a tocar la pancita y nuestro bebé va a salir con una enorme mancha marrón en el ojo. ¡Y será tu culpa! ¡Toda tuya Mauro! —Continuaba gritando con cierto tono de broma —No te atrevas a venir al cuarto sin dulce de leche. ¡Vas a dormir en el sillón!

En el momento que levanta su vista ve que Mauro se encontraba en el umbral de la puerta solamente usando ropa interior.

Primera vez que dijo nuestro bebé y ni siquiera se dio cuenta. Pensó al instante.

—Pareces una niña chica... —expresó divertido mientras se acercaba a su chica.

—¿Trajiste el dulce de leche? —Preguntó ansiosa.

Al verlo con su torso descubierto y tan expuesto ya había olvidado de su antojo, que no era un antojo real, pero no se lo iba a reconocer nunca.

—Traje tu dulce de leche... Pero antes... —Se acercaba a medida que le hablaba.

—¿Antes que? —Preguntó poniendo sus manos en sus caderas en forma de jarra.

—Antes vas a bailar conmigo—. Llegó a ella en dos ágiles pasos, la atrajo hacia él desde la cintura y comenzó a besarla como si fuera la primera vez. Ella se dejó. Lamió sus labios, exploró su boca. Rozaba su lengua con ansiedad. Acariciaba su piel. Disfrutaba de ella. Se enredaron en un fuego de besos y caricias mientras de fondo sonaba “Just the way you are” de Bruno Mars.

*When I see your face
There's not a thing that I would change
Because you're amazing
Just the way you are
Cuando veo tu cara,
no hay una sola cosa que quisiera cambiar.
Porque eres asombrosa,
así como eres.*

No le costaba nada rendirse a su toque. Lo saboreó por completo. Ese hombre era suyo y ella era de él. Completa y definitivamente de él. Los dos juntos se complementaban, se pertenecían como si hubieran nacido el uno para el otro. Volvieron a tomarse con amor y locura, con pasión y deseo mientras Bruno Mars seguía cantando.

*Oh you know you know you know
I'd never ask you to change
If perfect's what your searching for
Then just stay the same
So don't even bother asking if you look ok
You know I'll say
Oh sabes, sabes, sabes,
que nunca te pediría que cambiaras.
Si la perfección es lo que buscas
entonces simplemente no cambies
Así que ni te molestes en preguntar cómo te ves
Sabes lo que voy a decir*

Capítulo 9

Puerto Sudán, Arabia Saudita

Franco no sabía dónde estaba. Tenía una bolsa de un grueso material en su cabeza que le impedía ver. Las manos atadas a la espalda y la boca cubierta con una cinta.

Sentía una puntada muy fuerte en la cabeza, así que supuso que lo habían golpeado. Eso debió desmayarlo. Sospechaba que lo llevarían a la base central en Arabia Saudita. Lo torturarían y lo matarían. No había nada que él pudiera hacer para mejorar su destino. Los árabes no eran condescendientes y mucho menos compasivos. Esto iba a ser feo y con mucha suerte rápido.

Se encontraban viajando en algún auto o camioneta. Estaban en movimiento ya hacía unos veinte minutos, desde que habían bajado del avión.

Sintió frenar el automóvil luego de una hora aproximadamente de un silencioso viaje. Estaba nervioso. Previendo lo que se le avecinaba, comenzó con un sudor frío, aunque en el lugar se notaba que podía haber más de cuarenta grados.

—¡Bájate! —escuchó mientras lo golpearon en la espalda para salir del vehículo. Tropezó y cayó de rodillas. Una mano lo levantó en peso desde su transpirada camisa por la espalda—. ¡Levántate!

Las muñecas le dolían debido al roce de una gruesa cuerda que lo limitaba, la cabeza le punzaba. El calor se hacía insoportable.

Lo llevaron dentro de lo que supuso era una gran casa o galpón. Lo acompañaron a través de un largo pasillo, por unas escaleras hacia abajo, un sótano. Lo suponía ya que el aire se hacía más frío, pero a la vez más pesado.

—Bueno... mira lo que tenemos aquí... —Sintió la grave voz del jefe en la sala.

El propio Gandur Aldayuz lo estaba esperando como temía. Éste hizo un gesto con su cabeza a sus secuaces para liberar el rostro del fiscal y lo miró a los ojos. Su rostro, duro e inescrutable lo observó en silencio.

Abugosh Shahin, el mano derecha del Jeque, propinó una patada a sus piernas,

dejándolo de rodillas ante el jefe. Franco temblaba presintiendo lo que sería su duro final.

El jefe se acercó y sin mediar palabra, de un duro tirón desprendió la cinta de su boca, obligándolo a un agudo grito reprimido.

Gandur Aldayuz rio abruptamente ante tal acto. Imaginó como se iba a divertir con todo lo que tenía planeado para él.

—Me hiciste perder mucho dinero Bellagio—. Espetó en su cara con asco—. No pienses que no me lo voy a cobrar.

Propinó una patada al pecho de Franco, empujándolo y provocando que éste cayera hacia atrás. Una vez en el piso, descargó un golpe en su estómago, logrando que el fiscal quedara enrollado de dolor mientras él seguía riendo de forma maliciosa.

—¡Al calabozo! —Ordenó a sus secuaces —Me voy a preparar para ir a divertirme contigo. Más tarde te visitaré—. Expresó mientras escupía en el piso en forma despectiva.

Franco fue dejado en una oscura y maloliente celda en el mismo sótano. Las ratas pululaban en todas partes emitiendo sonidos espantosos, había manchas de sangre vieja en las paredes. No había ventana y ciertamente no había ni una silla, ni lugar para sentarse.

El lugar era espantoso, tanto como el destino que le esperaba.

Córdoba, Argentina

Habían pasado varias semanas y seguían sin novedades claras. Nada parecía avanzar hacia ningún lado.

El sábado era el cumpleaños de Katia. Ella no había comentado nada, pero él lo sabía perfectamente. Varias veces había repasado la información que el fiscal le había entregado al comenzar el caso.

Pretendía sorprenderla con alguna velada especial.

Ese día el sorprendido había sido él. Temprano a la mañana, recibió una llamada de sus colegas en Buenos Aires que lo habían dejado asombrado.

Desde hacía tiempo venían siguiendo pistas de los datos que Franco le había pasado antes de desaparecer; era mucha información, demasiado entreverada. Datos tirados al azar, sin ninguna conexión aparente. Varios de sus compañeros, que lo ayudaban discretamente en el caso habían estado trabajando mucho en ello. Se podían deducir varias hipótesis, pero hasta ese momento, ninguna estaba confirmada.

Del padre de Katia no había rastro alguno, parecía habérselo tragado la tierra. En el auto abandonado, solo había huellas de Franco, como era de esperarse; pero cuando fueron a revisar las cintas de seguridad del aeropuerto, ésta había sido robada. Estaba desaparecida.

Pero no era lo único que estaba desaparecido. La misma mañana de la desaparición del fiscal, un buque carguero que debía llegar con varios barriles de crudo al país, fue descubierto transportando en su interior varias toneladas de armas de última generación en su lugar.

Al día siguiente todo el cargamento había desaparecido también.

En los medios no manejaban la posibilidad de que ambos hechos estuvieran conectados, pero Mauro poseía un peculiar sentido de desconfianza, por lo que pidió a sus compañeros que indagaran a fondo en el tema, suponiendo que hubiera una conexión entre ambos.

Efectivamente el carguero era de procedencia Somalí. La mitad de la tripulación había desaparecido y la otra mitad no tenían ni idea lo que estaban trasportando. Más bien, se pensaban que eran los barriles de crudo prometidos. Aún restaba verificar la hipótesis de que el carguero viniera originalmente desde Arabia Saudita, pero había registros de que había parado en un puerto en Somalia para recoger tripulación y parte

del cargamento.

Eso no era bueno, los grupos árabes se manejaban rápidamente y de manera atroz. No tenían escrúpulos ni límites. Si los implicados eran ellos, como todo parecía ser, el tema era más grave de lo que pensaba.

Katia estaba insegura. No sabía si decirle o no de su cumpleaños a Mauro. Ella pensaba que él se acordaría, pero no le comentó nada. Ni una palabra.

Pensó en hacer un pastel para festejar y si él no se acordaba se lo podía zampar en la cara.

—Mmm, no... es un poco borde—.Habló para sí misma.

Todavía quedan un par de días, capaz se da cuenta.

Lloró un rato de rabia, capaz era tristeza o algún sentimiento que no podía identificar. Al rato se le pasó. Ella se encontraba haciendo los quehaceres de la casa, mientras él había salido a hacer unas diligencias y traer algo para cenar. Le gustaba tener todo limpio y ordenado, aparte de que la distraía. Encontraba muy placentero el pensar que hacía las cosas para él, e indirectamente para su bebé.

Al rato de que terminara y estuviera en el living escuchando un poco de música, escuchó el cerrojo de la puerta de calle. Mauro había llegado. Estaba detrás de un gran ramo de rosas blancas que casi no pasaba por la puerta.

—Hola amor ¿Cómo estás? —Preguntó acercándose a ella y depositando un beso en sus labios. Le costó entrar y no dejar parte de su ramo en el piso.

—Yo bien. ¿Tú? —Contestó desconfiada.

Katia lo observó detenidamente. Se veía como siempre, pero lo sentía extraño. No identificaba por qué. Tenía su pelo alborotado, como si lo hubiera estado tocando toda la tarde. Sus movimientos eran más lentos y calculados, con un dejo poco natural. Parecía que hubiera estudiado lo que hacer al llegar a la casa. Además su rostro denotaba cansancio y preocupación. Indudablemente pretendió esconderlo detrás de un ramo de rosas.

Lo recibió como de costumbre, aceptó sus labios como siempre lo hacía. Agradeció el ramo, lo tomó y colocó en agua en un bonito jarrón que estaba en el living.

Mauro la miró sin saber bien que contestarle, no se había movido un centímetro. Indudablemente estaba pensando demasiado.

—Tienes novedades. ¿Verdad?

—¿Por qué lo dices nena? No sucede nada, de verdad—. Trató de disuadirla inútilmente, no quería ponerla nerviosa.

—¿Sabes? —dijo Katia acercándose a él con cautela —Me impresiona—. Comentó con una extraña seguridad—. Me impresiona mucho saber que en el poco tiempo que estamos juntos te conozco lo suficiente.

Ella lo miraba directo a los ojos, mientras él intentó disimular su incomodidad tratando de sentarse en el sillón. Ahora que no tenía el ramo, no sabía qué hacer con sus manos. Era verdad, se conocían. Las miradas, los gestos, las caricias. Se entendían sin palabras. Lo había descubierto.

—¿Sabes lo suficiente para qué? —volvía de la cocina con una Schweppes en cada mano. Se paró frente a él y se la entregó. Estaba experimentando una serenidad desconocida.

—Suficiente para saber que esta arruga en tu frente —expresó rozando su piel, —significa que hay problemas. También que estás preocupado por mí, tus ojos no me mienten —comentó seria pero sin ser realmente un reproche. Ella quería que él confiara plenamente en ella y sabía que le iba a ser difícil abrirse en el tema de su papá, pero ella necesitaba saberlo todo.

—Katia... —Las palabras de Mauro sonaron como una súplica. Estaba tan expuesto ante ella, desvanecía todas sus barreras.

—También sé que las flores son para distraerme, pero quiero saber qué sucede. Prometiste no dejarme afuera—.Eso sí sonó como un reproche.

—Solo te traje flores... —expresó inseguro.

—Y me encantan. Pero nunca me has traído flores. Hoy tienen ese propósito. ¿Me equivoco? —Lo miró con seriedad mientras hablaba, Mauro parecía hacerse cada vez más chiquito.

Él la miraba entre asustado y maravillado. Era increíble. ¿Cuándo esta niña se había convertido en esa hermosa y fuerte mujer?

—Solo que han surgido algunas pistas amor y no parecen ser alentadoras —soltó en un suspiro.

Se sentó sobre sus rodillas de frente a él mirando dentro de sus ojos con dulzura, mientras le acariciaba la pequeña arruga que se le formaba en la frente cuando algo le

preocupaba.

Mauro no podía resistir su toque. La deseaba tanto. No entendía que podía estar pasando, pero sentía una melancolía importante cuando pensaba que algo podía pasarle, a ella o al bebé.

—¿Cómo puedo ayudarte si no confías en mí? —Preguntó suavizando su voz. De verdad quería que Mauro contara con ella, que no le ocultara nada.

—¿Cómo podré protegerte? —Preguntó sonriendo, tratando de mejorar su ánimo. Se preocupaba, y no podía detener ese sentimiento.

Mauro volvió a suspirar y emitió una leve sonrisa.

—Yo tengo que protegerte... —musitó mientras acariciaba suavemente su pelo.

Ella continuaba mimando su pequeña arruga en la frente, le depositó un suave beso sobre ella. Tenía miedo, podía sentirlo. Conocía su mirada.

—Cuéntame... —pidió mientras lo abrazaba y dejaba tiernos besos sobre su rostro.

Mauro sopesó las consecuencias. De verdad no quería contarle, pero era injusto para ella. Era su papá. Además se lo había prometido, tenía razón.

—Todo nos lleva a un grupo árabe ángel —expresó con pesar. Katia lo miró confusa, como no entendiendo lo que esas palabras significaban—. Nena, si eso es verdad, esto se va a poner difícil. No se andan con chiquitas, son implacables y malvados. Y por primera vez en mi vida, tengo miedo a perder algo; a ti o a mi hijo. No podría soportarlo—. A medida que hablaba sentía como su pesar se aminoraba. Miraba dentro de ojos de su chica con la esperanza de que ella pudiera entender por lo que estaba pasando, lo que estaba sintiendo. Quizás hasta podría explicárselo.

Los ojos de Katia se tornaron vidriosos, como los suyos. Nunca lo había visto llorar, nunca lo había visto quebrarse.

—No podría soportar que algo les pase... a ninguno de los dos amor. No. Los quiero matar ahora, antes que lleguen a ti—. Le dijo estrujándola en sus brazos—. No podría, siento bronca y miedo. Y los quiero matar Katia—. Le tomó su rostro para que sus miradas se cruzaran—. Si alguien te toca lo voy a matar... —expresó con toda su angustia contenida.

Ella tomó su boca con desesperación. Eso se asemejaba mucho a una declaración de amor. Poco convencional, pero adoraba a ese hombre y era sumamente correspondida. Lo besó, lo acarició pretendiendo demostrar las emociones que le

produjeron tales palabras. Fue un beso fuerte, rápido y voraz. Al separar sus labios Mauro la tomó suavemente de sus caderas y la colocó a su lado en el sillón. Ella lo miraba, respirando agitadamente, con ojos lujuriosos y los labios rojos por el apasionado beso. Sus ojos expresaban mil palabras que Mauro no se animaba a pronunciar, muchos sentimientos que eran muy nuevos para él. Nunca se había sentido tan vulnerable en su vida.

Katia se obligó a calmarse, lo tomó de la nuca y suavemente lo atrajo hacia su boca. Podía notar que estaba afectado por la situación. Él quería seguir su propio ritmo, se acercó muy despacio y rozó sus labios muy lentamente. Sus ojos cerrados, su respiración entrecortada, sus manos recorriendo suavemente la pierna de Katia.

—Te amo Katia... —expresó sin más. Sin pensarlo, sin ninguna barrera, sin ningún reparo.

Tenía los ojos cerrados, no quería pensar si algo les pasaba a ellos cómo reaccionaría. No se imaginaba tal panorama. No podía explicar claramente cómo o cuándo había cambiado su forma de pensar, pero había sucedido. La sola posibilidad de que algo malo pudiera ocurrirle a ella o a ese bebé lo desarmaba por completo.

Sintió una suave mano sobre su rostro en una tierna caricia, lo llamaba a la realidad. Se había entregado por completo, se había liberado. Al abrir los ojos, se encontró con la suave mirada de su chica inundada en lágrimas.

—También te amo Mauro —susurró sobre su boca.

Mauro no pudo contener una involuntaria sonrisa. Se sintió inmensamente feliz al escuchar esas palabras. Su dulzura y la suavidad de sus caricias lo convirtieron en un hombre invencible. Tenía que hacerlo por su familia. Ahora tenía una razón muy grande por la cual proseguir. Su mujer. Suya. Adoraba la forma en que ella se entregaba a él. Adoraba a esta mujer; y a su hijo.

Se acercó a ella lenta y suavemente. Quería saborearla, disfrutarla y amarla por completo. La besó en todo su cuerpo mientras le brindaba suaves caricias en su delicada piel. Ya era suya, de eso no había dudas; pero esa noche se convirtieron en uno. Le hizo el amor disfrutando cada momento, cada beso. Le hizo el amor como nunca lo habían hecho. Lento y suave. Tierno y pausado. Se amaron toda la noche, hasta quedar exhaustos y satisfechos. Completos y unidos.

Puerto Sudán, Arabia Saudita

Hacía dos días que el fiscal no recibía absolutamente nada para comer. Durante el día era sometido a torturas físicas y psicológicas que ya lo tenían consumido. No pudo descansar, estaba agotado. Esperaba que por lo menos lo dejaran en paz por un momento esa noche; ya no entendía lo que le decían. Le pedían explicaciones sobre las armas y el dinero.

Había girado gran parte del dinero al detective Lamanna, pero no iba a decirles nada. Le asombraba que le preguntaban por las armas, aparentemente también habían desaparecido y desconfiaban de él. Aseguraba que no tenía nada que ver con la desaparición de las mismas, pero obviamente no le creían.

Ya tenía tres uñas menos y había sido golpeado en varias zonas muy dolorosas de su cuerpo, pero él continuaba repitiendo lo mismo. No tenía idea de lo que había pasado con el armamento.

Se estaba quedando dormido o inconsciente, no podía diferenciarlo, cuando la puerta del calabozo se abrió de golpe y dos hombres enormes aparecieron.

Sin decir una palabra le dieron un fuerte golpe en la cabeza. Franco se desmayó al instante.

—¡Despierta! —Le gritó una voz ya conocida.

Estaba en otro lugar, lo habían sacado de su celda. Gandur Aldayuz se encontraba frente a él con cara de pocos amigos.

Franco se sentía confundido. Entre el calor, la falta de agua, alimento y los golpes se sentía horrible. Lo tenían encadenado a un muro con la cabeza hacia el piso, agarrado desde las manos y los pies a través de unas gruesas cadenas. El lugar era demasiado oscuro, no podía ver nada.

—Hace más de una hora que estás en esa posición. Te hemos inyectado una sustancia que en cualquier momento te hará alucinar Franco. Hablarás quieras o no —espetó el Jeque con asco.

—Pero... ya les he dicho la verdad —suplicó casi llorando —no tengo idea dónde están las armas. No sé. ¡No lo sé!

—Me interesa una mierda lo que me digas. ¡Quiero la verdad! —gritó en su cara. Estaba furioso. Tenía que saber algo. ¡Él debía saber!

—Es... es la verdad Gandur. Te juro que es la verdad.

—¡Mientes! —Espetó mientras chocaba una picana eléctrica en la desnuda piel de Franco.

—¡Ahhh...! —Gritó al sentir la corriente correr sobre su cuerpo.

Los secuaces del Jeque también estaban allí. Algunos participaban y otros solo miraban el gran evento. No pasó mucho tiempo hasta que Franco comenzó a delirar. Decía cosas sin sentido, aún así no habían podido sacar información nueva. Era muy probable que él no estuviera involucrado en la desaparición de las armas, pero debían asegurarse.

Franco seguía lamentándose y gimiendo, nada tenía sentido. En ese momento lo único que atinó a hacer fue pedir por su hija, por Katia.

—Franco... —Dijo Gandur Aldayuz suavizando un poco la voz. Era rápido para pensar—. Puede... existe una posibilidad de que no tengas nada que ver.

El fiscal no estaba demasiado consciente, estaba drogado, pero lo escuchó con claridad. Sentía su cuerpo prenderse fuego del dolor, entre los golpes y la corriente eléctrica que le habían propinado.

Luego de un momento, el Jeque interrumpió el silencio.

—Solo por esa razón, te voy a conceder una última oferta Franco...

—¿Qué...? —Preguntó soñoliento. El dolor en el cuerpo ya casi le impedía hablar.

—Si aprecias tu vida... verás que puede ser un buen negocio—.Expresó con sorna mientras se sentaba en un banco cercano.

Se le había ocurrido algo. Hizo señas a sus matones para que lo bajaran. Lo arrojaron al suelo, y lo dejaron sentado, apoyado contra la pared mientras el Jeque lo miraba pensativo.

—Verás Franco... —dijo con superioridad mientras le hizo rodar una botella con agua sobre el piso. El fiscal no perdió tiempo y la agarró con desesperación, estaba sediento. No entendía qué podía estar pasando por su cabeza que haya provocado ese cambio en su actitud—. Espero entiendas nuestras reglas. Nuestro mundo, nuestros negocios.

Me hiciste perder mucho dinero y eso solo se cobra con la vida.

Franco continuaba gimiendo y llorando para que lo perdonara, insistía que no estaba involucrado, una y otra vez. Pero Gandur Aldayuz tenía otros planes.

—¿Sabes que soy un Jeque? —Preguntó sonriendo mientras Franco lo miraba extrañado —¿Uno grande e importante en mi país? —Preguntaba retóricamente como adulándose a sí mismo.

Franco sabía que su origen no era árabe, y era un jeque impuesto debido a los turbios negocios y a su alma despiadada. No le temblaba la mano a la hora de eliminar lo que no le servía y le molestaba para lograr su meta.

—¿Y sabes que nos sobran a los Jeques? —Continuaba mientras Franco lo miraba más confuso aún. No entendía a donde quería llegar—. ¡Mujeres inútil, mujeres! —Le gritó viendo que no comprendía la idea.

El Jeque emitió un ronco suspiro antes de continuar. El fiscal estaba estupefacto.

—Te voy a dar a elegir. Soy muy bueno. Podrás elegir...—. Le dijo irónico y confianzudo.

—No entiendo... —expresó Franco desconfiado. ¿Qué quiere? Ya me arrebató a mi mujer.

—Tu vida Franco. Te ofrezco tu vida de nuevo—aclaró sabiéndose ganador —Sabes que la tengo, y ya estaba acabada. Pero... te la ofrezco de nuevo...

¿A dónde va esto? Pensó el fiscal. Los ojos de Franco brillaron. No era posible, era un milagro si podía seguir con vida. No podía estar pasando. Toda esta tortura podría terminar. Podría sanar, volver a recuperar el dinero perdido, podría trabajar duro para ello. Pero eso seguro tenía un precio... un precio que no estaba calculando.

—Tu vida... a cambio de Katia, tu hija. Es mi oferta. ¿La tomas o la dejas?

Capítulo 10

Córdoba, Argentina

Mauro no había mencionado nada del cumpleaños de su ángel, pero ya tenía todo preparado. Esperaba poder mantener la sorpresa y que ella no descubriera nada. Eran tantas cosas las que compartían y pasaban juntos que ella ya podía leer en su mirada. Era tan transparente que a veces se asombraba de sí mismo. Mañana sería una velada especial, muy especial para los dos.

Ya se acercaba el día esperado y Mauro no había hecho ni una insinuación ni había expresado una palabra con respecto a su cumpleaños. Ese tema estaba irritándola demasiado. Más bien a veces tenía ganas de gritarle o tirarle con algo, o sino atarlo a la cama y hacerle el amor hasta que no pudieran más. Era una ninfómana recibida, Mauro se descuidaba y ella lo acorralaba para hacerle las cosas más calientes que se le ocurrían. Se sentía irritada, le dolían los pechos y se veía fea. Lloraba o reía con una facilidad increíble. Nada la convencía, estaba en uno de esos momentos en los que no podía ni desenredarse el pelo cuando Mauro entró por la puerta con su usual tranquilidad.

—Hola amor, llegué... —dijo él con todo su amor. Ansiaba llegar a su apartamento. La extrañaba.

Katia salió del baño a recibirlo con cara de pocos amigos. Si no podía decirle que no estaba contenta, por lo menos haría que se diera cuenta con sus actos. Estaba con los ojos desorbitados y rojos de llorar, su pelo aún desordenado y su cepillo en la mano.

Mauro venía de terminar de preparar todo para su cumpleaños, pero no podía decírselo. Llevaba unos pantalones vaqueros casuales, una holgada camisa y un tarro de dulce de leche en la mano. No tuvo que usar sus grandes habilidades para adivinar que Katia estaba molesta. Enseguida notó su cara contrariada y sus ojos irritados, lloraba bastante seguido sin tener un motivo aparente.

Cuando él le preguntaba por qué lloraba, solo le contestaba que no sabía. Sí, había estado todo el día afuera sin darle muchas explicaciones, algo que no era usual que hiciera.

Ella lo miró confundida. Su estilo casual, su pobre barba de dos días, sus ojos alegres y ansiosos por verla la descolocaron. Se veía cansado y ella se veía horrible, panzona, tetona y con el pelo hecho un asco.

—¿Dónde estabas? —Inquirió molesta.

Mauro entendía el motivo de su enojo. Tenía razón. Además él entendía que ella estaba sensible debido a la cantidad de cambios que venían surgiendo en su cuerpo, e indudablemente en su mente.

Lentamente fue acercándose a ella sosteniendo sus miradas. Llevaba su pote de dulce de leche en la mano, sabía que ella lo adoraba. También había comprado un alfajor de maicena para cada uno, que también eran de su agrado.

—Te traje un alfajor de maicena amor... —entregó como una ofrenda de paz.

—No me gustan —contestó secamente.

—¿Desde cuándo? —Preguntó extrañado. Le había traído varias veces y se los devoraba. A veces le daba ganas de reír de las locas reacciones que tenía su chica, pero luego de un par de veces en la cual ella se enojó mucho, trataba de contenerse.

—Ya no los tolero... —comentó enojada—. El último que me trajiste me dio asco y lo vomité.

Wow! eso era nuevo. Nunca le había comentado, pero él sabía que en su estado eso podía pasar.

Katia lo veía acercarse, pero ella quería estar molesta. Lo merecía. Pero teniendo a Mauro cerca nunca duraba mucho, él se las ingeniaba para calmarla, siempre.

Se sintió una estúpida. No se aguantaba ni ella ese mal humor y esa ansiedad. Sin poder sostenerle la mirada, dio un giro repentino y quedó de espaldas a Mauro. No tenía sentido las cosas que estaba pensando. Estaba fuera de sí, incontrolable. Un pequeño gemido salió de sus labios cuando sintió unos fuertes brazos que la rodearon por detrás. Él depositó un tierno beso en su nuca mientras le decía.

—También te traje dulce de leche amor... —susurró tiernamente.

—No quiero... —contestó encaprichada.

Sí quería, pero le costaba ceder. Mauro sonrió sobre su piel. Amaba a Katia, pero más la amaba embarazada. Quizás para cualquier persona, una mujer embarazada se podía tornar en insoportable y molesta, pero eso a él no le pasaba. El amaba a esa Katia, toda ella. La rodeó lentamente, tratando de conectar con sus ojos, pero ella no quería. Cada vez se sentía más tonta. *¿Desde cuándo te niegas al dulce de leche?*

La miró sonriente, tomándole la barbilla para encontrar sus miradas.

—¿No quieres dulce de leche?

Los ojitos de Katia resplandecieron, quisieron sonreír. Él siempre encontraba la manera de ver las cosas diferentes, de hacerla sentir bien. Por eso lo adoraba tanto.

—¡Me dejaste sola todo el día Mauro! —expresó entre acusadora y compungida.

—¿Me extrañaste? —Preguntó con una gran sonrisa.

—Sí. Pero ahora quiero estar enojada contigo, así que suéltame—. Dijo más calmada tratando de zafarse de sus brazos. Pero no pudo. Mauro tomó su boca en un beso suave y tierno, largo y profundo que la hizo olvidar todo. El mundo podía girar y derrumbarse, pero cuando sus labios se chocaban no existía nada más.

—No puedes hacer eso cada vez que estoy molesta —Le recriminó, al separarse un poco afectada.

—¿Por qué no? Si me encanta... y a ti también —dijo con una gran sonrisa en sus labios. De esas que bajan bragas y producen amnesia.

Ambos terminaron riendo. Ella le arrebató el dulce de leche de la mano y se fue corriendo al sillón a destaparlo y comerlo a cucharadas.

Un sol radiante se colaba por las rendijas de la persiana de la habitación de ese sábado. Katia se sentía descansada y contenta tras una sesión de masajes con aceite y otra de fabuloso sexo con Mauro. Había recibido su cumpleaños con él dentro de su cuerpo, aún lo recordaba. Era la mejor forma de recibir el día. ¡Sí, señor!

Ni bien abrió sus ojos, encontró a su chico mirándola concentrado, sentado en la punta de la cama. Tenía una gran sonrisa en sus labios y un brillo en los ojos demoledor. Se acercó a ella de forma lenta y seductora. Llevaba una rosa roja en su mano que pasó suavemente por su rostro, por sus mejillas, por sus labios, bajó por su cuello deleitándose de la tierna mirada de su ángel, en silencio. Al llegar a sus manos, recorriendo suavemente su piel con sus pétalos, se la regaló. Se acercó a sus labios y depositó un tierno beso en ellos.

—Feliz cumpleaños mi amor... —dijo sobre su boca.

—¡Gracias! —expresó con sorpresa—. No sabía si te acordarías.

No me lo perdería por nada del mundo. Pensó ilusionado.

—Quédate aquí, traeré el desayuno...

Giró sobre sus pies y recogió una bandeja que ya tenía pronta en una de las pequeñas mesas de la habitación. En ella había café con leche, jugo de naranja, algunas frutas y rosquillas. Siempre lograba confortarla, comprenderla y sorprenderla cualquiera fuera la situación. Ella era la parte ansiosa y Mauro el sedante perfecto.

La conexión no solo era palpable, a esa altura ya debía ser visible. Eran uno, complementados perfectamente.

—¿Preparaste todo eso para mí?

—Para los dos —contestó orgulloso —los tres en realidad.

Tomó su café con leche con una gran sonrisa, mientras comía algunas rosquillas. Él tomó algo más ligero mientras la acompañaba. Estaba seguro de que ella pensaba que lo había olvidado. Ni se imaginaba todo lo que tenía preparado.

—Apúrate y vístete que tengo planes para hoy —Katia lo miró extrañada —¿Qué? ¿Acaso imaginaste que lo habría olvidado?

Katia asintió tímidamente, siempre manteniendo su mirada. Lo había pensado, incluso se había puesto triste especulando que Mauro no recordaría esa fecha. Ahora le parecía una tontería. Con lo atento que era él con ella, era realmente imposible que lo olvidara. Con una gran sonrisa en su boca, terminó de desayunar y se dispuso a disfrutar de los planes que su chico había preparado para los dos.

No había demasiados lugares especiales en la ciudad, pero él se las había arreglado para planear un día inolvidable. En la mañana fueron a un shopping local donde les compró a Katia y al bebé, todo lo que ella nunca imaginó. Desde el bolso maternal, paquetes de pañales para recién nacidos, batitas y esarpines, todo en colores neutros: blanco, amarillo y verde. Ella se sintió realmente contenta al pensar en lo presente que él tenía al bebé.

A la hora del almuerzo ella pensó que la llevaría a alguno de los lujosos restaurantes que había en la ciudad, pero se encontró en la entrada de un gran y hermoso rosedal que daba a un pequeño e íntimo restorán en una plaza local. El lugar era hermoso. La entrada estaba adornada con rosas rojas, blancas, rosadas y amarillas a discreción. El aroma la abrazaba mientras llegaba a la hermosa cabaña de piedra y madera localizada al final del camino. Estaba ubicada al lado de un pequeño lago artificial con

algunos animales. Desde la entrada se podían divisar algunas aves pequeñas y otros más grandes que lo recorrían sin prisa. Quizás eran cisnes.

Era un lugar soñado, parecían entrar a un cuento de hadas. Al entrar a la cabaña, se dio cuenta de que adentro era aún más hermoso de lo que aparentaba. Era sencilla, en un contorno moderno, decorado con mucha madera y adornos exóticos. La música de Evanescence amenizaba el lugar. Enseguida se les arrimó un mozo, quien los guió hacia la parte exterior de la gran cabaña. Katia experimentó una vorágine de sensaciones, paz, belleza, esplendor.

El lugar era perfecto, completamente mágico. Su corazón palpitaba descontrolado al ver donde se encontraba. Si su mandíbula no se encontraba en el piso, al momento de salir al exterior lo estaría. Sus ojos no creían lo que estaban viendo. Unos centímetros por encima del suelo, a un par de escalones arriba de donde estaban, había una plataforma, a modo de escenario, que contenía una mesa y dos sillas perfectamente preparadas para una velada especial. Platos, cubiertos y copas de varios tamaños estaban colocados en armonía. La mesa se encontraba sobre un puente de madera cuyos bordes estaban delimitados por pequeños candelabros a cada lado. La mesa y sillas estaban revestidas en un suave color natural. En el centro de la mesa había un farol en cuyo interior se encontraba una pequeña vela y algunas piedras como decoración. Debajo del puente y de la mesa había un lago artificial por el cual pasaban peces de varios colores. Era algo extraordinariamente hermoso.

Hacia uno de los lados de la mesa se podía divisar el lago más grande; la vegetación que los rodeaba, algunos árboles medianos y muchísimas plantas con flores. Divisó una especie de camino que supuso sería un paseo por el gran rosedal adyacente. El camino estaba delimitado por troncos caídos, grandes piedras y más flores. Entre ellas podía ver plantas de jazmines, peonías, rosas y camelias. Despedían un aroma envolvente y maravilloso, acorde al lugar. Tuvo ganas de tener su cámara de fotos para poder retratar tanta belleza. Al girar la cabeza y ver hacia el otro lado del paisaje quedó aun más deslumbrada, si eso era posible.

En la otra punta del puente de madera, una especie de deck contenía un gran piano. Detrás del mismo, un biombo repleto de esplendorosas lilas. Esas hermosas flores que ella tanto adoraba. El piano estaba en perfectas condiciones, pero lo que le llamó la atención, era que a un costado del mismo emanaba un pequeño chorro de agua a modo de cascada, que desembocaba en el lago debajo de la mesa. Sin lugar a dudas era un detalle fantástico.

Mauro la observaba maravillado mientras ella admiraba cada parte del restorán. Quería cumplir un sueño. Hacerla su princesa, que se sintiera como una. Cuando encontró sus ojos, vio el asombro en ellos junto con un par de lágrimas de emoción. Había visitado varios lugares para traerla en ese día tan especial, pero nada comparado a ese paraíso. Al verlo no dudó, sabía que le iba a encantar y estaba en lo cierto.

—Esto es... hermoso Mau... —Susurró ahogada por la emoción.

—Me alegro que te guste—. Le dijo depositando un beso en su mejilla—.Esto es solo el comienzo.

La tomó de la cintura, la llevó hacia su silla, la que corrió gentilmente para que se sentara. Arriba de la mesa había un paquete con el nombre de ella.

—Es para ti amor. Ábrelo.

Ella deslizó lentamente sus manos al envoltorio y lo abrió. Se asombró al ver una brillante esmeralda que apareció frente a sus ojos en forma de colgante. Una única piedra en forma de lágrima.

—Oh... ¡Es... hermosa! —exclamó afectada. Había pensado en todo, y ella pensando que lo había olvidado. ¡Qué tonta!

No pudo hacer nada más que mirarla y admirarla. Mauro tomó con delicadeza el colgante de sus manos, se colocó detrás de ella y la ayudó a colocárselo.

—También me alegro que te guste. Hace juego con tus ojos... —dijo dejando un beso en sus cabellos.

Volvió a su lugar con una gran sonrisa en su rostro, disfrutando del asombro de su amada. Todo estaba saliendo acorde a lo planeado. De repente el mozo se acercó a la mesa con platos para ambos.

—¿No vamos a elegir?

—No. Ya he elegido por los dos —contestó sonriendo.

Trajeron un licuado frutal sin alcohol para ella, mientras que a Mauro su clásico Schweppes de pomelo. Era lo único usual que había en esa velada.

Katia se sentía flotar, era un sueño hecho realidad. Cuando el mozo sirvió su plato y lo destapó no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Qué es esto? —Preguntó mirando el plato con desconfianza.

—Bombones de jamón, señorita—. Contestó el mozo sin reparos.

Aún indecisa se animó a probarlo, solo para darse cuenta lo exquisito que era. Comió sus bombones de jamón rellenos de queso y nueces picadas ante la atenta mirada de su chico, que la admiraba con devoción, mientras degustaba los suyos.

Al terminar con la entrada les sirvieron el plato principal. Un salmón marinado a la naranja que estaba exquisito. Los dos comieron casi en silencio, degustando la deliciosa comida y la excelente compañía. Era un sueño para los dos y un paso sumamente importante que Mauro quería dar. Ese era el momento ideal y la mejor manera que encontró para demostrarlo. Quería hacerlo especial, quería que ese momento quedara guardado en la memoria de los dos para siempre como el mejor momento de sus vidas.

En ese momento un señor vestido de manera formal irrumpe la maravillosa nube de amor en la que se encontraban. Se dirigió directamente al piano ante la atenta mirada de ambos.

—Disculpa, esto no debía pasar... —explicó Mauro mirando al músico—. Déjame hablar con él. Ya regreso.

—No... pero...

Ni siquiera pudo terminar la frase. Se levantó de la mesa y se dirigió hacia el hombre, mientras ella lo seguía con la mirada. No levantaron la voz, no podía escuchar nada, pero estaban discutiendo amablemente. Katia comenzaba a ponerse nerviosa.

No puede ser que termine así.

En un segundo, Mauro se retiró del lado del sujeto y por detrás del piano apareció con una guitarra colgada en su pecho. Se sentó en un banco, con una enorme sonrisa en su rostro mientras Katia lo miraba sorprendida.

¿Qué está haciendo? ¿Va a cantar? Oh, mierda...

Comenzaron con suaves acordes, el hombre en el piano, su chico en la guitarra.

¿De dónde salió ese micrófono? ¿Y esa voz de dónde salió?

*Your hand fits in mine
Like it's made just for me
But bear this in mind
It was meant to be
And I'm joining up the dots
With the freckles on your cheeks
And it all makes sense to me*

*Tu mano se ajusta a la mía
como si estuviera hecha para mí
Pero, ten en cuenta que,
era algo que debía suceder
Y estoy uniendo los puntos,
con las pecas en tus mejillas
Y todo tiene sentido para mí..*

Ella se sintió desfallecer de la alegría, las lágrimas se derraman sin querer por sus mejillas. Su corazón rebotaba de emoción. El corazón comenzó a revolotear en su pecho gritando por salir a celebrar, parecía explotar.

*I won't let these little things
Slip out of my mouth
But if I do
It's you
Oh it's you
They add up to
I'm in love with you
And all these little things*

*No dejaré que estas pequeñas cosas
se escurran de mi boca
Pero si lo hago,
eres tú, oh eres tú
A quien se suman ellas,
estoy enamorado de ti
Y de todas estas pequeñas cosas.*

No terminaba de dar crédito a lo que estaba viendo. Estaba cantando para ella. Se veía tan hermoso. *¿Cuándo había aprendido a tocar la guitarra?*

*You'll never love yourself
Half as much as I love you
You'll never treat yourself right darling
But I want you to
If I let you know
I'm here for you
Maybe you'll love yourself like I love you
Oh...*

*Nunca te amarás ni la mitad
de lo que yo te amo,
Nunca te tratarás bien,
cariño pero yo quiero que lo hagas
Si te hago saber que estoy aquí para ti
Quizá, te ames como yo te amo, oh.*

Al terminar la canción se levantó emocionada y se dirigió efusivamente hacia donde estaba él. Fue una reacción inmediata. Se fundieron en un fuerte abrazo mientras ella sollozaba tratando de contener la gran emoción que sentía. Se besaron ante la atenta mirada y vítores del personal del lugar. Todos estaban deleitados con ellos.

—Fue hermoso Mau, de verdad hermoso —susurró sobre sus labios.

—¿En serio te gustó? —Preguntó limpiando una lágrima de su mejilla. Había ido toda la semana a ensayar con Don Julio, el hombre del piano, para que saliera perfecto.

—Si... —Expresó sorbiéndose la nariz—. Hermoso...

—Me encanta entonces —Expresó contento, dando un salto en el banco donde estaba—. Vamos por el postre.

Se sentaron nuevamente a la mesa, mientras les servían sus respectivos platos. Dos platillos cubiertos con una campana plateada. El mozo destapó ambos platos a la vez, para encontrarse con un pequeño cheesecake de dulce de leche en cada plato. Se veía realmente delicioso. Con lo que a ella le gustaba el dulce de leche seguro le encantaría. De verdad lo tenía todo preparado. Le sonreía ampliamente mientras él comenzó a contarle una historia.

—¿Sabes amor? Quiero contarte algo—. La miró a los ojos mientras comenzaban a degustar el postre—. No sé si conoces una leyenda irlandesa que habla del arco iris y de un gran tesoro que hay al final del mismo.

—Aja... —Asintió ella, sin dejar de mirarlo. *¿A dónde vamos ahora?*

—Hay personas que no creen en eso, creen que el arco iris es más bien un círculo con su centro en algún punto frente al sol. Los otros que sí creemos, que es un milagro que nos regala la naturaleza, sabemos que al final del arco iris nos espera un cuenco lleno

de oro custodiado por un duende. Éste lo cuida muy bien, no es muy fácil ganarse el tesoro al final del arco iris.

—Ah, ¿Si? —No entendía mucho hacia dónde iba la conversación, pero escuchaba mientras degustaba su postre.

—Sí. Pues yo ya me convencí. Existe. Lo tengo—explicó convencido.

—¿Eh? ¿Dónde? —Preguntó extrañada. En ese momento sintió una consistencia rara en su postre. No estaba mirando al plato sino a su chico mientras hablaba, por eso no se había dado cuenta—. ¡Qué asco! No sé qué es esto... —exclamó mirando como un pedazo de papel asomaba de su postre. Más bien un pedazo de cinta.

Mauro se situó a su lado tratando de ver qué pasaba. Se agachó y observó el postre. Efectivamente había algo allí. Con el tenedor de Katia, que ya lo había soltado, intentó separar la cinta que salía de adentro del mismo.

—¿Qué es eso? —Preguntó ella mirando el plato con asco.

—No sé. Tira de allí a ver... que yo no puedo con el tenedor.

—¿Con la mano?

—Sí amor, es dulce de leche nada más—. Intentó tratando de convencerla.

Katia se animó y tomó un extremo de la cinta entre sus dedos para tirar de ella. Al tirar salió un bulto. Era un anillo atado a la punta de la cinta de papel, con un delicado brillante verde en el centro. Otra esmeralda.

—¡Oh... mierda! —soltó ella al ver la joya.

Mauro se apresuró a tomarla ya que estaba en la mano de su amada, inmóvil, como ella. Tomó el anillo, sacó la cinta. La metió suavemente en su boca para limpiarla, sosteniendo la conmovida mirada de Katia que otra vez estaba llorosa. Él ya se encontraba arrodillado a su lado.

Ella lo miraba incrédula. *¿Esto está pasando de verdad? ¿Ahora?*

—Yo sí fui al final del arco iris amor. Encontré mi tesoro, y lo quiero conmigo para siempre—. Tomó suavemente su mano para que ella lo mirara directo a los ojos. Depositó un beso en ella y volvió a hablar emocionado —Mi tesoro eres tú, mi alegría. Eres mi todo, mi complemento, lo mejor que tengo. Eres lo mejor de mí... —ella escuchaba mientras lloraba emocionada —Quiero hacerte una pregunta importante

amor.

Un leve gemido salió de su boca mientras asentía con la cabeza. No le salían las palabras.

—¿Quieres casarte conmigo Katia?

Otro gemido ahogado salió de sus labios. De todas las veces que había soñado con este momento, nunca lo había imaginado así. Mauro lo había superado ampliamente.

¡Uy! Está esperando mi respuesta. ¡Sí! ¡Sí! ¡Dile!

Se acercó a su boca lentamente mientras pensaba cómo contestar. Ese momento soñado por cada mujer, ese momento era tan especial que cada mujer desea. El que nunca pensó que le iba a pasar a ella, estaba sucediendo finalmente. Tomó su rostro con ambas manos y buscó dentro de sus ojos. La gran agitación que sentía no le permitía encontrar las palabras, pero su subconsciente las encontró por ella.

—¡Sí! —dijo con un tierno beso en sus labios —Si me caso. Sí. ¡Sí!

Lo besó con delicadeza, pero tenía ganas de saltar y llorar de alegría. Se besaron, se abrazaron mientras los comensales y trabajadores del lugar aplaudían nuevamente. En ese beso se prometieron el mundo, se jugaron un futuro juntos.

Luego de terminar el postre, aplausos y sesión de fotos incluida, hicieron un paseo por el “sendero de las flores”, como lo conocían, hacia los bancos al costado del lago. Desde ahí podían divisar los patos y cisnes que revoloteaban y se mojaban en ese hermoso día de calor.

—Amor... ¿Tienes algún nombre pensado ya?

Mauro sostenía su brazo por encima de sus hombros, mientras Katia retozaba sobre su pecho anonadada con su nuevo anillo. Lo miraba y lo tocaba constantemente cerciorándose que fuera real.

—Mmm... la verdad que no... —Comentó ella mirándolo a los ojos —¿Tú has pensado en alguno ya?

—Sí... —comentó risueño.

—A ver...

—Pensé que si es varón, podría llamarse Máximo.

A ella le gustó el nombre. *Máximo Lamanna. Suena bien.*

—Imagínatelo. Máximo Lamanna. ¿No suena perfecto? —Preguntó entusiasmado.

Le encantó. Definitivamente.

—¡Me gusta! —expresó con una sonrisa—. Hagamos un trato. Si es varón, le ponemos ese nombre; y yo pienso otro nombre por si es una nena.

—Genial.

Ella sonrió. Estaba enamorada de ese hombre. Después de lo que le había sucedido no tenía esperanzas de una vida normal, de una familia. Nunca pensó que nadie la podía amar como la amaba Mauro. Ni que ella fuera capaz de amar de esa manera. Pensaba que había quedado rota, inútil para siempre. Pero él fue capaz de curarla, con caricias, palabras suaves, mimos y mucho amor, él la curó. Por eso se sentía extremadamente feliz.

Al entrar el anochecer, después de una tarde especial repleta de mimos, besos y palabras hermosas se dirigieron a su hogar completamente satisfechos. Katia por la gran sorpresa que había recibido todo el día y Mauro porque el día había salido aún mejor de lo planeado. Simplemente perfecto.

Capítulo 11

Después de unos días de no tener noticias de sus compañeros en Buenos Aires, decidió averiguar si había alguna novedad. Tenía una línea segura por la cual hacer sus llamadas sin ser rastreado.

—Hola. Habla Lamanna.

—Hola, hombre. ¿Cómo estás?

—Demasiado tranquilo por estos lados. ¿Hubo alguna novedad?

—No, aún nada. De la información que nos mandaste tenemos todo monitoreado. Si alguno llega a aparecer por acá, lo sabremos. Eso seguro.

—¿De Lucía qué han averiguado?

Mauro quería encontrar a Lucía. Sabía que para que los hijos de puta que las habían violado pagaran, necesitaban la confesión y denuncia de ambas. Pero era imprescindible encontrarla.

—No está en Estados Unidos como te dijo el padre Mauro. Su última fecha de entrada a ese país fue hace más de un año.

—Mierda ¿Y dónde está? —*No puede ser. Tiene que aparecer.*

—No en Nueva York, ni ninguna parte de América del Norte hermano. Con el pasaporte de ella no aparece nada.

—¿Probaron con el de la madre? ¿Con el del padre? Deben haber usado uno falso.

—Del padre no hay novedades, no se ha movido. Pero la madre hizo un viaje. No muy lejos de acá. A Brasil. La madre entró a Brasil unos pocos días después que contactaste con Katia.

—¿Por qué no me habías comentado nada Sebastián? —Preguntó comenzando a irritarse.

—Calma hombre. Estamos buscando el nombre con el que pudo haber entrado Lucía. Aparentemente la madre llegó sola, no hay registro de nadie de las características de ella que la haya acompañado. Claudio está en eso ahora. Se conectó al satélite para buscar reconocimiento facial. Esto es bastante reciente Mauro.

—¿Hacia dónde fueron?

—Aparentemente llegaron a Salvador de Bahía. Pero ahí perdemos la pista de la madre. Se ve que no usa tarjetas, usa efectivo. No rentaron auto. No se hospedaron en ningún lado, por lo menos no con sus nombres.

—Bueno. Quiero que partas mañana mismo para allá. Que Claudio quede a cargo ahí. Ambos me van a reportar diariamente las novedades, haya o no haya Seba, ¿entendido?

—Sí, Mauro. Ya mismo hablo con el Comandante Luna para arreglar todo.

—Otra cosa... ¿De los hijos de puta del bar se supo algo?

—Tenemos todo. Sus datos y dirección. Están vigilados. Si quieres te puedo pasar hasta sus números de obra social.

—Nada de obra social. Mándame un informe con todo lo que tengas por email antes de irte. Estos dos van a pagar, como que me llamo Mauro Lamanna —manifestó con asco.

—Bien hombre. Te mando todo ni bien lo tenga.

—Seba...

—¿Qué?

—Mantén los ojos abiertos. El mismo consejo para Claudio. No quiero sorpresas.

De verdad no quería sorpresas. Intuía que algo podía estar pasando y que no se dieran cuenta. Algo debían estar pasando por alto. Si ya tenían vigilados a los dos hijos de puta era una menos. Ni bien pudieran hacer la denuncia, no se les escaparían. La primera meta ahora era encontrar a Lucía.

Poco tiempo después tuvieron nuevamente control con el Dr. Gonzáles. La pancita ya se notaba más redondita y prominente. Los exámenes de rutina que les había mandado, tanto los de laboratorio y la ecografía, le había salido todo normal. La cita de la primera ecografía había sido toda una locura. Él estaba más ansioso que ella. Deseaba saber el sexo en ese momento, aunque el médico ya les había dicho que era muy pronto para eso, él estaba entusiasmado por ver si notaban algo. Obviamente no fue así. Katia ya estaba rondando las doce semanas de embarazo. El médico comentó que clínicamente ya el feto se denominaba embrión. Lo que suponía un gran cambio a la hora de verlo en la pequeña pantallita de la ecografía. Ya no parecía una alubia. Se parecía a una pequeña personita en miniatura, medía alrededor de unos cinco o seis centímetros. *¡Cinco o Seis!*

Era muy chiquitito, pero parecía impresionante como con aquel aparato podía perfectamente verse hasta la separación entre los deditos de sus pies. Lo grabó con su celular, por supuesto, alternando entre risas y sonidos de asombro. Preguntando si esa era su manito, si ese era su piecito. Parecía un niño chico con un juguete nuevo.

Estaba muy emocionado, no se cansaba de mirar en la pantalla y pensar que tendría un hijo. Aunque no fuera de su sangre, detalle que recordaba muy poco, ese niño había entrado en él de la misma manera que lo hizo ella. Como un torbellino, como un huracán. Adhiriéndose a su piel de manera inseparable. Esa era su familia. Nunca la buscó, o mejor dicho, nunca lo había buscado; pero para sí mismo fue capaz de pensar. *Tengo la mejor familia del mundo.*

Al final de la consulta el médico ya programó su próxima visita y le recordó control con un dentista. Al parecer era importante que todas las embarazadas recurrieran al odontólogo regularmente durante el embarazo. También les coordinó la Ecografía de Translucencia Nucal, que es la que descarta posibles anomalías fetales. Explicó que era de control hacerla, que por lo que veía parecía todo normal, pero igual los controles debían hacerse todos.

Mauro la ayudaba mucho con su cambiante humor, a veces no se aguantaba ni ella misma y últimamente le dolían por demás los pechos y los pies. No eran por los mordiscos y chupetones que diariamente le propinaba su amor, sino que era sumamente consciente de los cambios que venía sufriendo su cuerpo.

Según la información que había encontrado, había muchas creencias con respecto a la posición de su vientre. Si estaba con tendencia hacia arriba era una niña, en cambio si estaba hacia abajo ya podía empezar a comprar zapatos azules. Sin embargo, si ella comenzaba a tener acné o el pelo feo o a “ponerse fea” en general le decían que la niña estaba “robando” su belleza. Ni siquiera podía ver que su pancita era muy pequeña aún para esas cosas.

Últimamente se sentía un poco molesta. No podía encontrar un nombre si era una niña, mientras que a Mauro le fue muy fácil encontrar uno. ¿Cómo era posible que no pudiera elegir un nombre para su hija? ¿Qué clase de madre era que no podía decidirse? Ninguno le gustaba. Y eso la ponía de mal humor. Aparte de las otras cosas que ya la hacían ponerse insoportable, y lo sabía.

Al llegar a su hogar luego de un día agotador el teléfono celular de Mauro comenzó a sonar.

—Lamanna.

—Mauro. Hay novedades—. Dijo Claudio al otro lado de la línea—. Uno de los secuaces de Gandur Aldayuz fue retenido intentando entrar al país desde Brasil. Está siendo interrogado y custodiado, pero sabes que no tenemos cargos contra él... lo que significa que pronto saldrá en libertad.

—Mierda. ¿Seguro que es él? —Exclamó nervioso —¿Ha dicho algo?

—Hubo reconocimiento facial confirmado—carraspeó —No ha dicho demasiado Mauro, pero es necesario que estén atentos. No sé que estarán planeando. Estará acá por un buen rato más. Te aviso si pasa algo.

—Nos vamos a mover. Nos contactamos luego.

Ella lo miró asustada ante la repentina conversación que tuvo frente a sus ojos. Mauro cortó el teléfono y se dirigió hacia ella.

—Nos vamos amor, prepara tus cosas. Salimos ésta misma noche.

—¿Cómo? ¿Adónde nos vamos? ¿Qué pasó?

—Ya te contaré. Prepara tus maletas.

No quería perder tiempo.

—¡No! —Contestó molesta. No quería que la dejara de lado—. ¡Quiero saber qué pasa!

—Precaución amor —Le dijo acercándose a ella mientras suavizaba la voz —Ha entrado uno de los ayudantes del Jeque al país. Lo han retenido, pero no soltará prenda. Nos vamos a ir de acá.

Ella se asombró y luego se asustó. ¿Sabrían donde estaban? ¿Los habían encontrado?

—Muévete amor, por favor... —Le suplicó con un beso en los labios mientras se apuró a aprontar sus propias cosas. No iba a permitir que nada le pasara, no podía. Solo por

sobre su cadáver. Quizás era solo una coincidencia, pero no se iba a arriesgar. Tenía dos juegos más de identidades falsas para ambos, las iba a utilizar para volver a instalarse en otro lugar. Por el dinero no tenía que preocuparse, tenía bastante en efectivo y tenía otro tanto depositado en su cuenta personal.

Al cabo de dos horas, tenían sus maletas prontas y ya estaban en el automóvil. Lo primero que hicieron fue ir a devolverlo ya que era alquilado. Mauro no quería tener nada a su nombre por las dudas, así que se movía con los documentos falsos. Se dirigieron a la terminal de autobuses en un taxi y tomaron uno directo a Entre Ríos, que era el primer destino disponible.

¡Genial! En caso de que la cosa se complique nos cruzamos el charco a Uruguay.

Durante el viaje, Katia se mantuvo silenciosa y pensativa. No era justo que ella siendo una víctima de toda esa situación, tuviera que andar escondiéndose como si fuera una delincuente. ¿Quiénes eran estas personas que habían secuestrado a su padre? ¿Estaría vivo? Lo poco que ya había en las noticias sobre el caso era siempre lo mismo. Había desaparecido sin dejar rastro alguno. Los únicos que pudieron averiguar algo eran los compañeros de Mauro por la información que le había mandado su padre mismo. ¿Y si esa información llegara a los medios? ¿Ayudaría a tener alguna pista más sobre el paradero de su padre? ¿Podrían encontrarlo? ¿Aunque estuviera en otro país?

—¿En qué piensas amor? —Mauro interrumpió sus pensamientos. Menos mal, porque ya se estaba deprimiendo con ellos.

—Mmm... —balbuceó —en la injusticia creo... —Mantuvo su mirada en el horizonte mientras continuaba pensando.

Él la abrazó por encima de sus hombros y la atrajo hacia su pecho. Podía notar que estaba triste. Su mirada se perdía en el horizonte, mientras rozaba suavemente los dedos entrelazados de Mauro. Estaba sumida en un silencio temeroso, y él quería que se sintiera lo más segura posible. Se prometió a sí mismo en ese momento que iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para protegerla.

¡Qué iluso! ¡Al final estás haciendo lo que te pagaron para hacer!

¡Cállate imbécil!

A veces le sorprendía su voz interior, se divertía con él. Vaya si había cambiado, y no perdía oportunidad de recordárselo. Sí, había cambiado por ella, por ella y su hijo. Y por la promesa de un futuro juntos.

Depositó varios besos en el pelo de Katia mientras continuaba acariciándola. Deseando que ella entendiera, que comprendiera a través de su roce todo lo que con palabras ahora era incapaz de expresar.

Despertó en sus brazos cuando llegaron a destino. En la misma terminal de autobuses vieron varios locales de rentadoras de autos y remises. Mauro rentó enseguida un Volkswagen Bora, color azul que fue el auto que ella eligió. Le encantaban los coches Volkswagen desde muy pequeña y nunca se había subido a uno de esos. Tenía una valija bastante grande en el cual guardar su equipaje y dirigirse esa noche a algún motel, para al otro día comenzar a buscar algún departamento o decidir que iban a hacer.

Encontraron varios moteles en la ciudad. Eligieron uno algo apartado de la ruta principal por mayor precaución. Se registraron bajo los nombres de Daniel San Martín y Mariana Peluffo. Tomaron una habitación en la planta baja. Era una especie de apartamentos, continuos entre ellos, cada cual con un espacio al frente y fondo para dejar un vehículo y un pequeño parrillero en el patio trasero. Era sencillo pero serviría para pasar la noche tranquilos.

Katia se dirigió derecho a darse una ducha mientras Mauro se hizo cargo del equipaje de ambos. No tenían intenciones de quedarse mucho tiempo en ese lugar, pero quería que ella estuviera cómoda. Si lo que temía era verdad, se iban a venir tiempos difíciles. No era bueno ocultarse y huir como culpables, pero era extremadamente necesario para la sobrevivencia de ambos, más bien de los tres. Cuanto más lejos estuvieran de la capital, mejor.

El teléfono interrumpió sus pensamientos.

—Lamanna.

—Mauro. Hemos soltado al sospechoso. Pero lo hemos hecho seguir.

—Bien. ¿Ha hecho algún movimiento? ¿Ha contactado a alguien?

—No, aún nada. No es tonto, debe intuir que lo tenemos bajo vigilancia. Creo que se va a aguantar un poco antes de moverse.

—¿Dónde está?

—En un hotel de mala muerte en capital. Solo.

—Manténganlo bajo vigilancia. Si se reúne o contacta con alguien me avisan.

—Claro, Mauro. ¿Ustedes dónde están?

—Ahora estamos en Entre Ríos. Pero no sé si nos vamos a quedar acá todavía.

Mañana con la cabeza más clara estudiaré el panorama. ¿De Lucía hay alguna novedad?

—No. Aún no se ha reportado, pero recién salió esta mañana para Brasil, no sé si ya se habrá instalado.

—Claudio, ni bien tengas novedades las quiero. Me contactas enseguida. ¿Está claro?

—Clarito Mauro. Tenlo por seguro.

Cortó la llamada al momento que Katia salía de la ducha. Ambos estaban cansados y algo nerviosos por la manera en la que tuvieron que salir de Córdoba. Una ducha era como una necesidad de “sacarse” la situación de arriba y renovar, aunque no fuera real. Revitalizante y refrescante.

Tomó su ropa que ya tenía pronta mientras ella se dirigió al dormitorio.

—Amor, me doy una ducha y estoy contigo—.Le dijo guiñándole un ojo.

Ella asintió levemente. Él ya había bajado las maletas del auto, estaba todo en el dormitorio. Era bastante amplio, tenían una gran cama de dos plazas, mesitas de luz y estantes en forma armónica. Los armarios incrustados en la pared, con bastante espacio para albergar la ropa de toda una familia. *Toda una familia*. Qué oportuno pensamiento.

A un lado de la cama divisó un gran espejo colocado en la pared. Se colocó frente a frente al gran enemigo, temerosa de la imagen que podía devolverle. Solo había sacado un pequeño camión de seda rosa con su bikini a juego. Observándose detenidamente se percató que aún le gustaba la imagen que el espejo le devolvía. Tenía el pelo más largo, un poco desordenado y despuntado. Su mirada más brillante y llena de vida. Sus senos habían cambiado, eran más puntiagudos y prominentes, y estaban mucho más sensibles. Al colocarse de costado pudo ver que ambas protuberancias eran mayores. Y no era lo único que destacaba en esa posición. Su abultado y redondeado vientre ya tenía forma. ¡Y vaya forma! ¡Si parecía que se hubiera tragado una pequeña pelota! Se rió ante sus ocurrencias, descubrió que adoraba su nueva imagen.

—A mí también me encanta como te ves así —No se había dado cuenta que Mauro se encontraba detrás de ella, envuelto con una toalla mirándola embelesado y con una enorme sonrisa en sus labios.

—¿Así cómo? ¿Así vestida o...? —Preguntó inocente girando sobre sus pies para quedar frente a él.

Mauro sonrió y se acercó a ella. Todavía tenía el cabello mojado y varias gotas de la ducha aún corrían por su pecho y espalda. Pero no sentía frío, el ambiente estaba tomando temperatura rápidamente.

Mauro se colocó a su espalda. La abrazó por detrás y se movió junto con ella, para que ambos quedaran como estaba hacía un momento, de costado.

—Así... —Expresó masajeando tiernamente su vientre mientras ambos se observaban a través del espejo. Sus manos entrelazadas acariciando su futuro bebé. ¿Dónde estaba la cámara de fotos para tomar esa instantánea espectacular?

Ella sonrió mientras apreciaba como él acariciaba su vientre. Sus manos no solo se deleitaron en ese lugar, sino que suave y lentamente se ocuparon de sus manos, de sus pechos, de recorrer sus brazos con ternura. Katia levantó sus brazos para acariciar la cara de Mauro, aún seguía de espaldas a él, apoyada tiernamente sobre su pecho. Él depositaba suaves besos en sus hombros y en su cuello sin dejar de atenderla. Ella no pudo con su lujuria y se giró sobre sus pies para tomar rápidamente su boca. Mordió tiernamente sus labios provocándolo. De las cosas que más disfrutaba hacer era besarlos, saborear esos labios, recorrerlos con su lengua y permitir que él jugara con la suya mientras recorría su cuerpo con ambas manos. Se fundieron en besos, se enredaron en abrazos, volvieron a ser uno nuevamente.

Los labios de Katia lo volvían loco, cada beso era un viaje al paraíso. Se besaban como si fuese la primera vez que lo hacían o la última. Nunca dejaban nada, nunca desperdiciaban un momento que pudieran dedicarse a besos, caricias o mimos. A la hora de amarse se entregaban completamente al placer del otro, brindando alma y corazón en cada movimiento, en cada fusión. Cada entrega brindaba orgasmos increíbles y sensaciones maravillosas. Palabras y promesas de amor flotaban en el aire impregnando cada habitación de alegría.

La tenue luz del amanecer se filtraba por la ventana. Se encontraban abrazados, durmiendo “cucharita” cuando Mauro sintió la luz en sus ojos. Se movió lentamente para no despertarla. Quería conseguir algo para desayunar. Fue hasta un almacén cercano para conseguir algo de comida y ya aprovechó para revisar en los alrededores y su celular. Ninguna novedad aún. Sólo habían pasado unas ocho horas desde que había hablado con Claudio en Capital.

Se dirigió a la habitación con unos capuchinos y unas facturas recién horneadas. Katia seguía durmiendo, así que dejó todo pronto para cuando ella despertara y se dedicó a leer el informe que le había mandado Sebastián de la situación.

El hombre que habían retenido era apodado “Baltazar”, como uno de los nombres asignados por el ángel de la muerte. Fiel colaborador y uno de los mano derecha de Gandur Aldayuz. Generalmente se movían de a dos o más personas. Él era compañero de Abugosh Shahin en casi todas sus misiones, pero a él nadie lo había visto. ¿Habría venido solo?

Sintió ruidos provenientes del dormitorio, como si fueran voces. Sonaban más bien como gemidos. Se acercó lentamente y al ver lo que era, quedó impávido en el marco de la puerta. Katia estaba dormida, probablemente soñando y por la manera en la que se estaba moviendo y gimiendo, era un buen sueño. Observarla en ese estado enseguida lo puso en alerta y no dudó en entrar al juego.

Suavemente levantó la sábana superior, por un costado, que ya estaba bastante desordenada y se metió entre sus piernas recorriendo con una leve caricia la piel de su chica. Al llegar a su centro, ni siquiera tuvo que buscar la bombacha, ya que se habían dormido completamente desnudos después de su usual sesión de sexo. Se apoyó sobre sus codos, quedando en una posición cómoda y suavemente comenzó a respirar sobre su sensible clítoris, a sentir su aroma, a soplar delicadamente sobre él. Escuchando como ella se retorció dulcemente con cada gemido que salía de su boca. En algún momento de su tórrido sueño, no pudo aguantar más y llevó una mano inconscientemente a su mágico botón para darse placer a sí misma.

Ah no... ni lo sueñes pequeña, acá el que te da placer soy yo. Pensó perverso.

Se acercó a su sexo tomándolo con dedicación, buscó con su lengua y tomó su centro entre sus labios al momento en el que ella expresó un sonoro jadeo al notarlo allí abajo.

—Ah...

Mauro la poseyó de forma voraz. Ella ya estaba mojada desde su sueño erótico y al sentirlo allí abajo su volcán interior despertó. Ella tomó su cabello con una mano mientras lo guiaba a que la siguiera penetrando con lengua y acariciando con sus labios. Sus jadeos iban en aumento conjuntamente con el ritmo de su pecho, acompañando el ritmo de sus caderas. Mientras besaba y mordía su sexo, tomó uno de sus rosados pezones entre sus dedos y jugaba con él, para aumentar su placer. La sintió estremecerse cuando Mauro la penetró con uno de sus dedos mientras continuaba con la boca pegada a su clítoris. Se sentía a punto de ebullición. Al sentir otro dedo adentro suyo moviéndose apasionadamente, no pudo contener el gran torbellino de sensaciones en que se tornó su cuerpo. Explotó en un orgasmo furioso y lleno de deseo acumulado. Un grito eufórico. Tembló y se sacudió bajo sus labios hasta que él disminuyó el ritmo de su boca. Rió sobre su sexo al observar la lujuria de su mujer, adoraba su sabor. Quedó casi desvanecida sobre el colchón respirando agitadamente. Él se colocó a su lado, la mimó y acarició con ternura hasta que ella retomara su respiración y ritmo habitual.

—Wow... —suspiró ella casi sin palabras.

—Eso fue intenso —musitó él sobre sus labios.

Ella rió tontamente y se colocó de frente a él.

—No me canso... —dijo soñadora mientras normalizaba lentamente su respiración.

—¿De qué amor?

—De ti... —expresó mientras volvía a buscar sus labios —de hacer el amor contigo. De esto. Siento como si fuera lo que siempre busqué.

—La verdad es que creo que estamos destinados a estar juntos. Ahora creo en el destino —expresó él seriamente—. Esto... —Rozó su brazo con sus dedos—. Tu hermosa piel, tus hermosos ojos, toda tú, me complementas. No es únicamente que me pertenezcas, porque no es solo un sentimiento de pertenencia. Sé que soy tuyo y tú eres mía, pero aún mas grande que eso es que nos complementamos perfectamente. Como dos piezas de un rompecabezas. Cada día me convengo más de que somos almas gemelas.

Los ojos de Katia eran una mezcla de fuego y agua. Sus palabras eran capaces de emocionarla hasta la médula. Ella también podía sentir esa necesidad y conexión con él. Ya no tenía miedo al amor, ni a la vida. Inclusive sus ganas de ser mamá y de formar una familia se veían diariamente reforzadas por el amor y el apoyo que Mauro le brindaba. Se fundieron en un abrazo largo y silencioso, que terminó por aplacar las más mínimas dudas en caso de que aún existieran.

—Vamos a desayunar pequeña. Debo calentar el capuchino de nuevo, seguramente se ha enfriado... —comentó después de unos minutos de mimos y tiernas caricias.

—¿Desayuno?

—Sí. Traje unas facturas. Vístete mientras lo caliento. Te espero en la cocina.

—¡Si, Señor! —Contestó graciosa mientras saltaba de la cama y se dirigía a la ducha. A él le gustaba tener todo bajo control, pero no le importaba demasiado mientras la mantuviera contenta.

Ya en la mesa desayunando junto a su amor se dispusieron a pensar que iban a hacer.

—¿Y si nos vamos a Uruguay? —Preguntó Katia como una posibilidad.

—¿Uruguay? —expresó extrañado.

—Sí, nosotros solíamos ir con mi familia, antes de que mi madre desapareciera... —explicó con un dejo de tristeza —Íbamos a Las Cañas. También solíamos ir a San Gregorio de Polanco, pero el primero siempre me gustó más. Es un balneario en el departamento de Río Negro, que es muy lindo.

Mauro pensó en la idea para sí mismo. No era mala. Cuanto más lejos estuvieran seguro era mejor. No quería que los encontraran.

—Es una buena idea me parece. Vamos a terminar de desayunar y vamos a por ello.

Eso hicieron. Devolvieron el coche a la rentadora y fueron por sus pasajes hacia Las Cañas. También se irían en autobús y buscarían en el lugar un vehículo para movilizarse. Mauro no conocía el balneario, pero la idea de cabaña y el río le pareció muy buena para distenderse un poco; aunque aún debían mantenerse alertas ante cualquier eventualidad.

Tampoco se imaginó lo que encontró al llegar. Calles antiguas rodeadas por puestos de artesanos y pequeños productores locales. La gente tranquila reunida en cada esquina con un termo y mate abajo del brazo.

No les costó encontrar información; debido a que era un balneario, había varios puestos de información turística disponibles. Los dirigieron hacia unas cabañas medianas que se encontraban frente al río Uruguay. La vista era absolutamente hermosa, aunque el agua era marrón, porque era agua de río, no dejaba de ser un paisaje espectacular.

La cabaña era pequeña pero acogedora. Tenía dos pisos, en la parte de abajo un pequeño recibidor con sillones y una estufa a leña, la cocina y el baño; mientras que en la parte superior tenía los dormitorios. Katia había llegado agotada del viaje, lo primero que hizo fue acostarse mientras Mauro salía a hacer las compras para la cena.

No solo consiguió comida, algo de fruta y bebidas varias; entre ellas su amada Schweppes, sino que le compró varias artesanías como ser algunas pulseras y collares de varios colores. Quedó enamorado de la alegría y energía que sentía en el lugar. Deseó que pudieran quedarse varios días allí, simplemente era un lugar maravilloso.

Cuando llegó a la cabaña, ella aún estaba dormida así que aprovechó para revisar su correo, y leer los informes y papeles tratando de descubrir algo nuevo. Algo debía filtrarse con respecto al padre de Katia. No podía simplemente desaparecer, había mucha gente trabajando en el tema, todos los últimos avances tecnológicos estaban abocados al asunto. Confiaba en que en cualquier momento alguna novedad podía surgir. Tenían que cometer un solo error, nada más, y alguna cosa podría filtrarse.

Katia se despertó por el aroma de las tostadas que su chico estaba haciendo en la cocina.

—Mmm... que rico huele... —se acercó por detrás abrazándolo por la espalda. Estaba hambrienta.

—¿Sí? Será mejor que comamos algo antes de salir.

—¿Vamos a salir?

—Sí, he recorrido un poco ésta tarde, pero quiero que veamos el atardecer desde el río. Es un lugar hermoso.

—¿Podemos? —Preguntó ilusionada. Ella amaba ese lugar, le traía buenos recuerdos. Un atardecer romántico, en un lugar alejado, con el amor de su vida, no podía ser más perfecto.

—He visto que en la rambla, al costado del río, hay varios bancos para sentarse a disfrutar. De verdad me gustaría ver el atardecer contigo, me parece que puede ser muy bonito.

—¡Sí! —Expresó emocionada—. Que bueno. Comamos algo que ya quiero salir.

Merendaron juntos las tostadas que Mauro había hecho recién, con una mermelada de tomate casera que compró en uno de los puestos de artesanos. Le pareció extraño, pero pudo degustarla en el puesto antes de comprarla y le pareció exquisita. También había conseguido leche y yogur. Sabía que ella aun necesitaba alimentarse adecuadamente y consumir calcio y vitaminas en forma diaria.

Capítulo 12

Luego de la merienda, tomaron un abrigo y se dirigieron a la rambla. Había gente por todos lados. Desde parejas, niños, ancianos; familias completas estaban dispuestas a disfrutar del lugar. Le pareció extraño que la mayoría de ellos llevaban consigo mate y termo.

—¿Será que tienen que tomar eso todos los días? —Preguntó ella con una sonrisa.

—No sé. Nunca probé. Nunca me atrajo esa bebida.

—Yo sí, hace mucho. Pero es como pasto.

—¿Pasto? ¿Tiene sabor a pasto? —Contestó riendo.

—Sí, la yerba es verde. Pero tiene palitos. Es raro. No me gustó, prefiero un té —comentó ella entre risas.

—No entiendo cómo pueden tomar eso. Nunca lo hice... —expuso riendo.

Entre sonrisas y palabras se dirigieron a uno de los bancos que estaban libres.

—Te compré algo... —Le dijo Mauro una vez sentados. Del bolsillo sacó una pequeña pulsera que había comprado esa tarde. Tenía pequeñas piedras de colores sostenidas sobre una cadenita de plata. Era delicada y hermosa.

—Oh... ¡que bella es amor! —comentó emocionada. Dejó que él la enganchara en su muñeca. Lo hizo delicadamente ya que no quería que se rompiera. Contento depositó un beso en sus labios. Internamente deseó que la situación fuera diferente, que las circunstancias hubieran sido otras. Conocerla había sido hasta ahora, lo mejor que había pasado en su vida. Su camino había cambiado, sus metas, sus convicciones. Todo por ella.

—Amor, nunca me contaste de tu papá. ¿Lo tienes todavía?

Él suspiró. Había estado evitando el tema de su familia durante mucho tiempo, pero no quería contarle. No aún.

—No lo conozco.

Miró el gesto compungido de Katia ante esa respuesta.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años. Fui criado por mi abuela.

—Oh —eso era triste.

Él no quería pensar en ello, ni que ella se preocupara. Al contarle sobre su pasado podía meter la pata y no quería estropear nada. Demasiado tenían con la situación tensa que manejaban ahora. No quería añadir tristeza al asunto, así que se dispuso a cambiar de tema.

—¿Ya se te ocurrió algún nombre si es nena? —Le preguntó tomando un rebelde mechón de pelo de su cara, llevándolo hacia atrás de su oreja.

—Mmm, bueno... se me ocurrió uno, pero todavía no estoy segura si te va a gustar —expresó acercándose a su pecho. Quería abrazarlo. Que él la abrazara también. Quería sentirlo siempre cerca.

—A ver dime—. Pasó su mano por encima de sus hombros mientras la acariciaba suavemente.

—Me gusta el nombre María Pía. María por mi mamá, y Pía porque me gusta como suena.

—María Pía Lamanna... —Pensó él en voz alta.

—Es muy lindo.

—Lo es, pero lamento decirte que es Máximo ésta vez —expuso risueño—. Máximo Lamanna.

—¿Esta vez? —Lo miró extrañada —¿Y te piensas que voy a pasar por este estado muchas veces más? ¿Calenturienta e insoportable? —Expresó ella entre risas.

—“Obvio mi querido Watson” —Le dijo con una gran sonrisa citando la famosa frase de sus libros favoritos—. Sabes que me gustas mucho en este estado... y corres el gran riesgo de estar embarazada varias veces más.

—¿Varias veces? —Preguntó abriendo grande sus ojos. Ni pensarlo.

—Si... somos jóvenes... yo diría que hasta la media docena no paremos. Después... recién ahí puede haber un descanso... —terminó jocoso.

—¿Media docena?! —Expresó con cara de espanto—. Ni lo sueñes.

Mauro no pudo más que reírse de su cara. Ella siguió después con una risa nerviosa.

No puede estar hablando en serio.

Entre risas y mimos disfrutaron del atardecer maravilloso en el Río Uruguay. La gente aplaudió cuando el sol se ocultó. La energía que desprendían los habitantes era increíble. El lugar era perfecto.

Al llegar a la cabaña luego de recorrer varios puestos de artesanos, como era costumbre, el teléfono de Mauro sonó.

—Lamanna.

—Mau, soy Claudio.

—Dime.

Se acomodaron frente a la estufa, mientras Katia le ponía algunos leños para mantener la llama. No estaba muy frío, pero al estar cerca del río a la noche refrescaba. Aparte la idea de los sillones frente a la estufa a leña era muy romántica y hoy estaba decidida a hacer el amor frente al fuego.

—Encontramos a Lucía.

—¡Buenísimo! —Exclamó él. Katia ante su exabrupto de emoción, prestó atención a la conversación.

—¿Dónde está?

—En un internado en Salvador de Bahía. Con la madre.

—¿La madre sigue ahí también?

—Por ahora sí. Sebastián ya habló con ellas. Con las dos.

—¿Eh? —No podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, como te digo. Seba le contó todo lo que había pasado con Katia y la situación que se encontraba debido a lo de su papá.

—¿Y qué dijo?

—Va a hacer la denuncia y a testificar. Estaba muy consternada. Quedó en hablar con Seba ésta misma noche, es más, deben estar hablando ahora mismo.

—Es muy bueno eso. ¡Muy bueno! Vamos a encerrar a esos hijos de puta.

—También dijo que tenía información para el tema, algo como pruebas. Aunque no me creas. Por eso no pudo entregarlas en el momento que Seba se las cruzó.

—¿Cómo? —Mauro no daba crédito. *¿Pruebas? ¿A qué se refería?*

—Sí, algo de eso me comento Sebastián. Ni bien llame te confirmo bien, pero era un notición. Quería contártelo cuanto antes.

—Tienes razón. Estaré atento. Ni bien tengas algo me llamas.

—Claro Mau. Estate tranquilo.

Cuando cortó vio los ojos expectantes de ella que estaba pendiente de la conversación.

—¿Y, que pasó? —Preguntó ansiosa.

—Apareció Lucía amor.

Oh, mierda.

Lucía. Lucía. Hacía tanto tiempo había pasado todo eso. ¿O había sido ese mismo año? Ya casi ni recordaba y eso era culpa de Mauro que la hacía olvidar. O mejor dicho, la hacía vivir nuevas experiencias, dejando de lado las malas situaciones pasadas y la propia angustia. Lucía había sido violada también, por ese par de imbéciles en un pub de mala muerte cercano al internado de Córdoba. Trataron de seguir adelante con ese hecho acarreado a su espalda, pero no pudieron. El miedo, la angustia y el dolor emocional fueron más fuertes y decidieron escaparse. Desde ese momento no sabía mas nada de Lucía. La oportunidad en la que su protector había conseguido la dirección de la casa de la familia y habían ido hasta allí a verla había resultado nefasta. Gracias al padre de Lucía se sintió la peor persona del mundo, el ser más miserable de toda la tierra. Mauro se había transformado en una persona vital para

salir de las situaciones de angustia y tristeza. Encontrar a Lucía pasó a ser una utopía. Ya ni siquiera imaginaba la posibilidad de volver a verla. ¿Sería real?

Mauro observó en silencio como la cara de Katia pasó de alegría a una expresión incierta. ¿Sería miedo?

—¿Lu... Lucía? —Balbuceó insegura.

—Sí, amor—.Le dijo acercándose lentamente hacia ella —La encontramos. Va a testificar—.La atrajo contra su pecho y la abrazó con fuerza —Los vamos a meter presos cielo. Van a pasar unos cuantos años en la cárcel.

—Pero... si no sabemos ni quienes son en realidad —expresó acongojada.

—Eso ya está solucionado cielo—. Ella se separó de golpe para mirarlo a los ojos—. Están vigilados también.

Los ojos de Katia parecían salirse de sus órbitas. No esperaba todas estas noticias de un sopetón. *¿Por qué no se lo había comentado? ¿Desde cuándo los tenían vigilados?*

—¿Cómo?

—Eso, amor. Todo está empezando a acomodarse—. La volvió a tomar entre sus brazos, mientras le susurraba al oído—. Todo va a salir bien amor. Todo va a salir bien.

Mauro comenzó lentamente a balancearse, como adoraba hacer, mientras la acariciaba y continuaba susurrándole suaves palabras al oído. Le encantaba bailar con ella aunque no hubiera música. Siempre disfrutaba de tenerla entre sus brazos. La amaba, cielos, sí, la amaba con locura.

Lentamente ella fue aflojando la tensión de su cuerpo, la noticia la había puesto un poco ansiosa. *¿Y si podían meter presos a estos mal nacidos? ¿Y si encontraban a su papá? ¿Y si no los perseguían mas y podían quedarse en ese lugar maravilloso?* Eran muchas incertidumbres, un montón de preguntas que se hacía que no tenían una respuesta clara. Lo único que sabía era que en ese momento los brazos de Mauro, eran el único lugar que anhelaba estar.

Adoraba como él la mimaba, la acariciaba con sus manos y la besaba con sus labios. Recorría cada parte de su cuerpo con su boca, marcándola a fuego lento, como si nunca lo hubiera hecho. La amaba en cada beso, en cada roce y cada caricia, como si fuera la primera vez. Lentamente la llevaba a un estado de excitación casi irracional, anhelando cada vez más su boca, sus dedos y su cuerpo dentro suyo. Se amaron, lo hicieron como sabían hacerlo, entregándose el uno al otro, de manera completa y sincera.

Recién amanecía cuando Katia se removió de entre sus brazos. Habían traído el colchón enfrente de la estufa a leña, se habían amado de mil maneras hasta quedar exhaustos. Allí mismo durmieron.

La tenue luz que entraba por la ventana la despertó. No tenía sueño como para volver a dormirse así que lentamente se liberó del agarre de Mauro y se dispuso a preparar un rico desayuno para los dos. Así podía sorprenderlo. Había café, leche y jugo de naranja. Como no sabía lo que él iba a tomar preparó todo. El día anterior habían comprado varias galletitas y pancitos para untar las mermeladas caseras que Mauro había comprado en los pequeños puestos. No le entraba todo en una bandeja, así que se dispuso a poner la mesa para un desayuno decente. Quería sorprenderlo.

La mesa estaba repleta de papeles. La computadora estaba en pausa, no la había apagado. Nunca le había revisado nada, pero; ¿y si podía ayudar? Capaz podía ver alguna cara o foto de alguien que pudiera identificar. No pensó que fuera una mala idea.

Lo miró indecisa, aún estaba dormido así que pensó que podía ver algo sin que él se enterase. Al tocar la computadora lo primero apareció fue una pantalla para poner la contraseña.

Probó Mauro.*No.*

Probó Katia.*No.*

*¿Cuál sería?*No quería bloquearla y que él se diera cuenta que estuvo husmeando entre sus cosas. Pensó un momento y se decidió probar una vez más, si no acertaba, no intentaría ninguna más.

Máximo.

¡Voilà!

El fondo de pantalla era una foto de ellos tomada cuando se comprometieron. Era hermosa, estaban abrazados y dándose un beso en el momento en que ella le decía que sí quería casarse con él, se veía tan especial como la velada que pasaron. Aparecieron en el escritorio varios íconos que no sabía para qué eran y varias carpetas. Comenzó a divagar entre los diferentes íconos hasta llegar a una llamada "*Fatum*" -destino en latín-

No sabía porqué, pero ese nombre le llamó la atención. La abrió. Adentro encontró documentos de Word, imágenes de mapas y fotos varias. Entre ellas había cientos de fotos de ella, de su padre, inclusive de su madre. Mapas, documentos, más fotos y

otros archivos se dispersaron por la pantalla.

¡Qué carajos!

No entendía por qué Mauro podía tener todo eso. ¿Se lo habría dado su padre? ¿De dónde habría sacado todas esas fotos? Había fotos viejas de su familia, de vacaciones, en la playa. Muchísimas fotos de su padre, en el trabajo, en su casa, entrando a saliendo de algún vehículo. Encontró imágenes de reportes digitales de noticias que tuvieran que ver con su padre. Y muchas de las noticias actuales. Su sospechosa participación en la desaparición de toneladas de armamento de contrabando. Más fotos, de árabes. Mapas de un puerto en Arabia Saudita. Rutas, diagramas, apuntes varios. Nombres y mas nombres raros, en el mismo organigrama con su padre.

¿Esto es parte de la investigación? ¿Qué es todo esto?

Mauro se movió lentamente en la cama y se dio cuenta que estaba solo. Levantó la cabeza para ver dónde se encontraba. *Cierto, dormimos frente a le estufa.*

Lo primero que observó con sus ojos aún perezosos, es que Katia estaba sentada en la mesa. Con su computadora abierta, rodeada de fotos y papeles. Al acomodar la vista a la claridad que ya los rodeaba observó el ceniciento rostro de su chica, sus labios apretados y su mirada fija en el monitor.

¡Mierda!

Lo vio incorporarse de reojo y enfocar la mirada hacia su silueta. Tenía los ojos llorosos de la bronca que sentía. En cualquier momento iba a llorar.

—¿Qué mierda es todo esto Mauro? —Preguntó furiosa.

Se levantó, más rápido que un rayo de donde estaba.

—Amor, no sé que estás mirando. ¿A qué te refieres?

—Amor, un cuerno. Quiero saber porque tienes todas estas fotos, mapas y toda esta mierda acá. ¡Tienes fotos de mi familia!

—Cielo, soy detective. ¿Lo olvidaste? —Contestó nervioso.

—¡No me mientas! —Gritó mientras le arrojó un puñado de fotos que cayeron al piso —¿Qué significa este organigrama? ¿Qué hace mi papá acá? ¿Y quién carajo es Gandur Aldayuz? —repetió el nombre revisando en la computadora. Quería decirlo bien. No entendía si todo eso era parte de la investigación.

Mauro se acercó y se puso frente a ella. Estaba nervioso. Ella no debía haber encontrado eso. ¿Cómo se lo iba a explicar para que entendiera? Ella no era ninguna tonta, no podía inventar nada, se iba a dar cuenta. Pero tampoco podía contarle la verdad, eso lo lapidaría.

—Amor, déjame explicarte. No es lo que piensas.

—¿Y qué estoy pensando Mauro? ¿Acaso tienes idea? —Estaba muy enojada, realmente furiosa. Lágrimas corrían por su mejilla. ¿Cómo podía estar pasando eso?

—No, amor... espera... ¡déjame explicarte! —suplicaba mientras trataba de agarrar alguna de las manos que Katia movía sin cesar.

—Me mentiste Mauro. ¡No puedo creer esto! Tienes hasta fotos de mi madre allí—. Decía ella mientras se acongojaba cada vez más—. ¡No puede ser verdad esto! —Mientras más pensaba, más se hundía en un futuro incierto y amargo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Adónde podía ocultarse?

—Katia, por favor hablemos. No llores amor, le va a hacer mal al bebé. Por favor—. Su otra mitad se estaba desvaneciendo. Lo podía sentir.

—¿Por qué me mentiste Mauro? —Lo miró directo a los ojos y preguntó sin levantar la voz. Estaba perdida. Empezó a sentirse mal. La habitación comenzó a girar, sintió náuseas. Se tomó del borde de la mesa para tener algún punto de apoyo, pero sentía que su cabeza bombeaba frenéticamente. Sus manos sudaban.

—Amor, no te mentí. Por favor. Es mejor así. Hay cosas que es mejor que no sepas, por favor. Déjame acercarme a ti—. Suplicó viendo la palidez en su rostro y las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Me prometiste Mau. ¡Lo prometiste!

Mauro se acercó y la tomó suavemente de los brazos. Necesitaba hacerla reaccionar. Estaba pálida y lloraba como un bebé. Casi estaba hipando cuando repetía una y otra vez que él le había fallado. Era verdad. Él le había fallado, más de una vez. No la había protegido del padre de Lucía, que la había lastimado sin piedad. No, pero no era verdad que le había mentido. ¿Acaso no decir toda la verdad era mentir? Pero ella no podía saber todo, no entendería.

—No. Déjame... —ella se apartó de su pecho con un rápido movimiento. Necesitaba pensar, entender porqué él le había hecho esto. ¿Entendería ahora si lo dejaba explicarse? No quería escucharlo ahora, quería liberarse, pensar.

—Amor... no te puedes ir así. Quédate acá, estás muy blanca. ¿Estás bien?
—Suplicaba él tratando de calmarla.

—No Mauro. No quiero. No quiero. Me mentiste. Déjame pensar. Déjame estar sola. Déjame salir—. Decía consternada tratando de zafar de su agarre.

No. No podía irse en ese estado. No podía permitirlo, tenía que explicarle, hacerle entender que todo era por el bien de ellos.

—No. Katia. No puedes irte. ¡Perdóname! —La volvió a tomar de las manos y la arrastró al colchón donde habían pasado la noche amándose.

Que irónico.

Ella forcejeó con él. No quería hablar ahora. No quería.

—No. No Mauro. ¡Déjame!

—No puedo dejarte ir así Katia. Debes escucharme primero. No puedo perderte.

Ella no quería escuchar, no podía.

—No quiero. No. Por favor. ¡Suéltame! —Lloraba, gritaba y pataleaba. Forcejeó con él. Mentalmente retrocedió varios meses atrás cuando fue obligada a tener relaciones sexuales con un desconocido. Pero esas no eran las intenciones de Mauro. Él quería retenerla, no pensó muy bien cómo, se colocó sobre ella en el duro colchón y comenzó a besarla despacio mientras comenzó a recitar palabras sin sentido. Ella se asustó. Se paralizó. Sintió sus labios sobre su piel diciéndole “te quiero”, “te amo”, “perdóname” pero ella ya no lo escuchaba. Estaba bloqueada, retraída. Se sentía aprisionada, detenida. Solo quería zafarse.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

No paraba de preguntarse.

No quería que la besara en la boca, giraba constantemente su cara evitando sus labios. Lloraba. Sus lágrimas recorrían su rostro mezclándose con las de Mauro. *¿Estaba llorando él también? ¿Por qué está llorando este cabrón?* Un tirón en su muñeca, las piedras de la hermosa pulsera nueva volaron por el aire. Estaba aterrorizada. A su izquierda divisó los leños de la estufa. Cuatro rolos perfectamente ordenados. *Necesito zafarme.* Podría alcanzar uno. *Ayuda. Un poco más.* Estiró la mano que tenía libre, pero aún no llegaba. Le faltaba tan poco. *¡Oh, por Dios! Sal de arriba mío. Por favor.* Aprovechó los movimientos que estaba haciendo debajo del cuerpo de Mauro, para deslizarse sobre el colchón. *Me está aplastando. Necesito salir.* Llegó a agarrar

uno, sin pensarlo dos veces lo tomó fuertemente y le dio un golpe seco en la cabeza.

Éste se apartó rápidamente por el golpe. Inmediatamente sintió algo cálido corriendo por su rostro. Esta vez no eran sus lágrimas, era sangre. Sintió el sabor a hierro en sus labios. Se tocó la herida y sus dedos salieron manchados de rojo.

Mierda ¿Qué está haciendo? Me partió una ceja.

Ante el aturdimiento y confusión de Mauro, ella aprovechó para zafarse. Primero se deslizó en cuatro patas, quería salir de su alcance. Logró pararse trastabillando mientras hacía arcadas provocadas por la opresión sufrida en su pecho. Parecía que un camión se hubiera apoyado sobre su corazón. Lo sentía latir fuertemente en sus oídos. Bombeaba con rapidez. Sus respiraciones se hicieron más fuertes. Hiperventilaba agónicamente. Estaba sudando.

Mierda. Tenemos que salir de acá.

Se sostuvo de pie como pudo. Mauro aún seguía en un estado de confusión intenso debido al fuerte golpe en la cabeza. Abrió la puerta para tomar una gran bocanada de aire. No lo pensó dos veces, abrazó fuertemente su abdomen y comenzó a correr hacia afuera de la casa. Tenía que salir de ahí.

Todo saldrá bien, bebé. Vamos a estar bien.

Mauro no veía bien. Entre los ojos llorosos y la sangre no tenía buena visión de nada. El golpe había impactado cerca del oído, estaba desconcertado. Lo poco que pudo ver fue a Katia abriendo la puerta y salir corriendo.

No amor. No te vayas.

Idiota, es por tu culpa. Eres un completo imbécil.

La vio salir corriendo despavorida. Debía salir tras ella, no podía dejarla sola. Se incorporó torpemente apoyándose en el sillón y comenzó a correr.

—¡Katia! —Gritó desde la puerta —Perdóname. ¡Espera!

Ella lo vio a lo lejos. Lo había lastimado, vio la sangre en su cara, pero ahora no podía arrepentirse. Iría al río, a la arena, a algún lado donde estuviera sola para poder pensar tranquila. Trotaba con ambas manos sosteniendo su vientre, como si tuviera nueve meses. Lloraba de manera incontrolable. ¿Qué había pasado allí? He perdido mi bonita pulsera.

Mauro salió tras ella. Corría de manera torpe pero ágil. No iba derecho ya que sus sentidos aún no estaban completamente recuperados, pero no podía dejar que se fuera. No podía. Moriría. Lo sabía.

—Katia... ¡Katia! —Gritaba desgarrando su garganta. Sangre y lágrimas corrían por su cara mientras él continuaba su marcha.

El paso de Katia fue abruptamente interrumpido por una camioneta Mercedes Viano negra. Era una minivan. Se apareció de la nada, cortándole el paso a tan solo unos metros. Ella ante su desesperación por correr, no los vio hasta que los tuvo encima. Frenó frente a ellos con la respiración agitada y aún aferrada a su vientre. Al abrirse la puerta lateral, reconoció los rostros. Los había visto hacía menos de diez minutos en la computadora de él. Eran los malos. Éstos eran los malos. Giró rápidamente sobre sus pies para correr hacia atrás. Hacia Mauro nuevamente, debía avisarle, prevenirlo. Algo no estaba bien. Cuatro brazos la tomaron y levantaron en el aire en el momento que él aparecía en su visión.

—¡Mauro! —Gritó como posesa—. ¡Mauro! —Volvió a gritar en el aire. Pataleaba y forcejeaba pero no servía de nada. No podía estar sucediendo esto. No en ese momento. No podía perderlo. No podía terminar así.

Si algo le faltaba a él para volver completamente en sí era lo que tenía ante sus ojos. La tomaron entre dos. Comenzó a correr rápidamente hacia la camioneta. No podía permitir que se la llevaran. No podía fallarle otra vez. Escuchaba sus gritos una y otra vez.

—¡Mauro! ¡Mauro!

Repetía sin cesar hasta fallarle la voz. Él le respondió.

—¡Katia! ¡Estoy aquí! —Se paró en seco y sacó su arma. Tenía buena puntería, debía impedir que se la llevaran. Confiaba en que podía tirar sin rozarle un pelo.

Todo sucedió muy rápido. Otra camioneta igual a la que ella estaba, apareció sin previo aviso de la nada y se llevó puesto el cuerpo de Mauro en un santiamén. Lo chocó de costado mientras intentaba disparar. El cuerpo salió expulsado unos quince metros desde la camioneta.

—¡Nooooo! —Gritó hasta que su voz se perdió en la nada. No podía ser posible. Los secuestradores rompieron en grandes risas mientras ella se hundió en una gran angustia y dolor.

—Mau... Mau...— sollozó apenas audible para ella.

Su ángel. Su ángel guardián no estaba más. Lo vio volar por el aire. Le pareció escuchar el sonido del cuerpo al rebotar. Se la estaban llevando. Nuevamente desconocidos. Todo lo que habían luchado y escapado había sido en vano. La habían capturado igual. Y su ángel; *¡Oh Dios Mauro!*

Se acurrucó en uno de los caros sillones dentro de la minivan en posición fetal. Solo lloraba. Lloraba mientras los hombres reían, hablaban en un idioma que ella no entendía y fumaban. No importaba. Ya no se daba cuenta, quedó anestesiada. La última imagen de su amor en su cabeza se repetía una y otra vez. La tortura era infinita. Su dolor incalculable, tanto como su angustia. Sin él no podía vivir. ¿Cómo iba a lograrlo?

Escuchó la radio, cuando la encendieron por primera vez. El viaje era largo. Ya no le importaba.

*When the days are cold
And the cards all fold
And the saints we see
Are all made of gold*

*When your dreams all fail
And the ones we hail
Are the worst of all
And the blood's run stale*

*Cuando los días son fríos
Y las cartas se retiran
Y los santos que vemos
Está todo hecho de oro*

*Cuando todos tus sueños fallan
Y los que nos saludan
Es el peor de todos
Y la sangre de carrera rancio*

Ya no importaba nada. Eran solo ella y su bebé. Se aferró a su vientre y así quedó. Estática. Inmutable.

*When you feel my heat
Look into my eyes
It's where my demons hide
It's where my demons hide
Don't get to close*

It's dark inside
It's where my demons hide
It's where my demons hide

Cuando te sientes mi calor
Mírame a los ojos
Es el lugar donde esconder mis demonios
Es el lugar donde esconder mis demonios
Evite el contacto para cerrar
Está oscuro en el interior
Es el lugar donde esconder mis demonios
Es el lugar donde esconder mis demonios.

Capítulo 13

Hospital Interdepartamental de Río Negro. Uruguay

Diez días habían pasado. Mauro había llegado en un estado crítico al Centro Departamental de Salud de la ciudad. Los enfermeros y médicos del hospital se dijeron que era un milagro que no hubiera muerto, y que ninguno de los órganos vitales hubiera estado comprometido debido al gran golpe sufrido. Solo un par de costillas fisuradas y golpes varios fueron el resultado de tal accidente. Llevaba su identificación consigo al momento del accidente; esa fue la única causa de que Mauro Lamanna no fuera un completo desconocido a la hora de ingresar. Nadie apareció hasta un par de días después.

Blanco. Brillante. Demasiado blanco.

Los ojos de Mauro comenzaban a detectar un destello de luz que se filtraba dolorosamente por la rendija de sus párpados. Lentamente se fue acostumbrando al gran resplandor que emitían y su vista fue enfocándose para reconocer el lugar donde se encontraba. No tenía idea.

Realizó pequeños movimientos con su cabeza tratando de localizar alguna persona. Todo era demasiado blanco. Tubuladuras, monitores y sueros lo rodeaban hacia donde mirara.

—¿Qué...? ¿Dónde...? —comenzó a balbucear tirando de sus muñecas que aún estaban conectadas a diferentes cables.

En ese momento una enfermera, se asomó por la puerta de la habitación.

—Buenos días.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy? —preguntó confundido.

—Señor Lamanna, se encuentra en el Hospital de Río Negro. Tuvo un accidente... —explicaba la enfermera mientras revisaba los líquidos y monitores—. En unos minutos vendrá el médico para hablar con usted.

—Pero... —No le salían las palabras. Tocó su frente en signo de confusión. Un pequeño vendaje cubría una zona cercana a su ceja cubriendo un bulto doloroso. Trataba de recordar que había pasado, pero estaba todo en la nebulosa.

Río Negro... Río Negro...

Resonaba en su cabeza como un eco. Revivió algunos flashes que fugazmente comenzaron a golpearlo. Fotos, llamadas por teléfono, el Internado. Era como si la película estuviera pasando de forma muy rápida por su cabeza, pero lograba captar cada detalle. Katia, la violación, el embarazo.

—¡Mierda! —gritó y quiso saltar de la camilla, pero en ese momento el médico que recién estaba ingresando se lo impidió.

—Necesito encontrar a Katia. Necesito salir...

—No señor, me temo que aún no será posible.

—No me entiende —trataba de decir mientras el médico comenzó a explicarle, sin dejarlo hablar demasiado.

—Recién acaba de despertar de estar diez días en coma. Aún no puede retirarse, Sr. Lamanna.

—¿Cuántos? ¿Diez días? ¿Cómo...? —No podía ser. Cualquier cosa podría haberle pasado a ella. A su chica.

—¿Dónde está mi teléfono? —Preguntó nervioso.

—Su teléfono está en el cajón a su lado; cuando usted llegó ya estaba sin batería —explicó el médico pacientemente.

—¿Cuándo puedo irme?

—Necesitamos hacerle unos exámenes más y si todo va bien mañana podrá retirarse.

—¿No puede ser hoy? —Preguntó ansioso.

—No Señor Lamanna, recuerde que estuvo diez días en coma. Es un milagro que no le hayan quedado secuelas importantes. No puede retirarse hasta que sepamos que todo va a estar bien.

—¿Puede prestarme un teléfono? Necesito comunicarme con alguien.

—Haré lo posible porque la nurse le traiga uno. Ahora descanse. Tiene varios exámenes por delante.

¡Increíble! Diez días en coma. Eso era demasiado. Demasiado para él, demasiado para Katia.

Había recordado todo. La computadora, la discusión, Katia, el secuestro.

No le quedaba otra cosa más que esperar. Lo único que podía hacer era rezar porque todo estuviera bien y pudiera retirarse lo más pronto posible.

—Dos personas han estado en la sala de espera. Llegaron hace unos días —comentó la enfermera que aún estaba a su lado.

—¿Quiénes son? —Preguntó intrigado.

—No sabría decirle. Dicen que son amigos suyos. Si quiere puedo hacer que pasen a verlo.

—Sí, claro... —Habían dos opciones, una buena; otra mala. O eran sus amigos que al fin lo habían localizado, o era alguno de los del otro bando. Aunque pensándolo bien, sabía que si alguno lo quisiera muerto, no se anunciaría en la recepción del hospital, así que accedió rápidamente a sus visitas.

Por la puerta enseguida aparecieron Claudio y Sebastián. De repente lo invadió un alivio inmenso dentro de tanto dolor.

—¡Hola Mauro! —se acercaron nerviosos a la camilla—. ¿Cómo estás? Pensamos que no contabas el cuento.

—Estoy bien chicos, pero tienen que sacarme de acá. Katia...

—Creo que no se puede aún. Acabas de despertar de un coma. ¿Cómo te sentís?

—Preguntó Sebastián preocupado.

—Un poco dolorido, pero la medicación ayuda. Necesito encontrar a Katia. Se la llevaron... —expresó compungido.

—Sí. Lo sabemos. Es un pueblo chico, los rumores corren rápido. Tenemos a los chicos en Buenos Aires trabajando en ello.

—¿Su celular?

—El rastro se pierde en un pequeño aeropuerto local. Se ve que lo encontraron y se deshicieron de él de inmediato.

—¿No hay nada en él? —Quizás le dio el tiempo de escribir alguna pista o algo.

—No, nada.

Mierda.

—Necesito salir de aquí chicos. Lo antes posible.

Se lo veía desahuciado. Aún pálido y flaco. Expresión de pena inundaba su mirada. Recordaba la discusión y un inmenso dolor afloraba en su pecho.

¿Por qué no le dije la verdad? ¿Por qué no le expliqué? Se lamentaba sin cesar.

—Hasta que los médicos no te den el alta definitiva, no nos vamos Mauro. ¡Te llevó puesto una camioneta, no te caíste de una bicicleta! —comentó Claudio seriamente.

—¡Búsquenla! Sigán la línea que veníamos siguiendo... ¡Hagan algo, por favor!

—Estamos en eso Mau. No hay mucha más información de la que manejábamos antes, pero seguimos en la línea árabe. Todo apunta hacia allá.

—Estoy seguro... —acotó Mauro—Aún recuerdo sus gritos... —culminó apenado
—¡Me llamaba! ¡Me llamaba a mí! Debemos encontrarla.

—Sí, claro. ¡La vamos a encontrar! —aseguró Sebastián —pero primero tienes que ponerte bien. Algo me dice que vamos a tener mucho trabajo por delante.

Oscuridad.

Soledad.

Tristeza.

Miles de pensamientos cruzaron la entorpecida y perdida mente de Katia. Ni se percató del largo viaje en avión hacia una tierra desconocida, menos aún del tortuoso ajetreo que la inducía la enorme minivan. Estaba inerte, inmóvil, sumida en su propia desazón y tristeza.

Se encontraba recostada sobre el piso de la misma, en la parte trasera. Su cuerpo ya era insensible a pequeños golpes producidos por el rápido andar de la camioneta.

No tenía idea de donde estaba. En el momento en que cerró sus ojos y se sumió en la oscuridad, lo único que le importó fue el niño que llevaba en su vientre. Si lo que temía se hacía realidad, ahora era la única responsable de esa pequeña vida.

Él lo había dado todo, la había ayudado cuando no tenía nadie a quien recurrir, con la finalidad de salvaguardarlos a los dos; a ella y a su pequeño hijo. Si él no estaba más, esa sería su única tarea, su prioridad de ahora en adelante. Su hijo era su propia vida.

Luego de segundos, minutos, horas, ya no identificaba cuanto, la minivan se detuvo. Estaba haciendo mucho calor. Sedienta y sudorosa se incorporó lentamente ante los gritos de dos de los hombres que la acompañaban. Hacían gestos con las manos y con la cabeza, sabiendo que no era capaz de entender el idioma; pero por lo grotescos que eran, ella los podía entender fácilmente.

El sol brilló exageradamente sobre su claro cabello, sintió el calor abrasar su cuerpo y su rostro quedó completamente encandilado por el brillo reinante en el lugar.

Cuando se hubo acostumbrado al resplandor del sol, pudo darse cuenta en donde se encontraba. Parecía un palacio. Lujoso por demás y eso que solo lo había visto por fuera. Grandes puertas, elegantes columnas, plantas en hermosas macetas adornaban la vista como si no se dirigiese a una prisión.

Sus manos estaban atadas, sus captores tiraban de una gruesa soga que las sujetaba y la dirigieron dentro de la lujosa casa mientras ella continuaba anonadada con el lugar.

¿Qué significa esto? Pensaba para sí misma mientras observaba ese palacio.

La dejaron a un costado de la gran sala, la hicieron sentarse sobre unos mullidos sillones y grandes almohadones, casi sobre el piso.

Todo eso era irracional. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué la habían llevado a ese lugar? No estaba entendiendo el propósito de tal viaje. Uno de sus captos quedó con ella, mientras los otros desaparecieron detrás de una puerta al final del salón.

Tanto lujo, belleza y luminosidad, casi la hacían olvidar de su incómoda situación. No era viaje de negocios, ni de lujo, ni siquiera se debía permitir disfrutar del lugar. Estaba allí en contra de su voluntad.

De un momento a otro el aire se enrareció, un hombre extraño apareció secundado por varios hombres más. Tenía una especie de vestido largo color blanco impecable que distraía su atención. No tenía cara de buenos amigos.

—Buenos días pequeña... —comentó divertido en un perfecto español.

Ella era muy bella. Las fotos que había visto no le hacían justicia a su profunda belleza. Un pensamiento remoto apareció y lo removió. Quizás todo eso había sido una buena idea. Podría perdonar finalmente la vida del fiscal y podía desposar a su hija como forma de pago. Aprovecharía la situación y ponerla a su favor, como era su costumbre.

Ella lo miró asombrada. ¿Quién era éste hombre? No era buena su intención. La miraba de forma perversa. Instintivamente se llevó las manos a su vientre en forma de protección.

Con un leve movimiento de cabeza, sus cómplices le tomaron de la cuerda que sobresalía de sus manos y la levantaron de golpe.

Se sintió expuesta. Como si estuviera siendo subastada. Quiso vomitar.

Sus bellos ojos lo miraban con miedo e incertidumbre. De seguro no tenía la más remota idea por qué estaba aquí. Pronto lo descubriría. Otro suave ademán con su rostro y pidió que la giraran ante sus ojos.

—*¡Por Alá misericordioso!*

Katia fue llevada a una sencilla habitación por dos ayudantes del Jeque. Hablaban entre ellos, pero no entendía el idioma. Sentía el intenso calor pegado en su piel. Estaba sedienta y confusa. Claramente la persona que la había recibido no tenía presente que estaba embarazada. Su prominente pancita ya era notoria.

El Jeque estaba ofuscado. Se sintió burlado por el fiscal de la manera más estúpida. ¿Cómo podía haber sido engañado de esa manera? ¿Por quién lo había tomado? Eso era una broma tamaño monumental, y no se iba a quedar así.

El fiscal hacía varios días estaba en una pequeña habitación, un poco más cómoda que la celda donde lo llevaron en primera instancia. Ésta por lo menos no hedía a orín y tenía una cama de material donde descansar. Algo era algo, por lo menos no tenía que estar en el piso. Una pequeña y alta ventana, cubierta por una cortina mugrienta, era lo único que lo separaba del mundo exterior. La horrible y pesada puerta pasaba la mayor parte del día cerrada. Estaba solo. Pensaba y pensaba el momento en el que había aceptado tener negocios con los árabes. No lo embaucaron, ni le mintieron, eso era cierto. El comienzo de tal alianza se remontaba a la Argentina, varios años atrás.

El mismo Jeque, que en ese momento era un miembro de la mafia de poca monta, se encontraba en Buenos Aires buscando opciones para aumentar el caudal de tráfico que se tenía en el momento, fue quien lo contactó. Su sospecha era que él mismo era Argentino, no originario de ese país. Habían empezado con cosas sencillas, pero la avaricia era tanta, que en poco tiempo se vio envuelto en una red impresionantemente grande de colegas y conocidos que estaban implicados en el mismo negocio. Muchos en el plano legal, abogados, policías, aduaneros. Tenían todo calculado, todos los flancos comprados. En un momento de lucidez quiso salirse del negocio, pero no le fue posible.

Debido a la intención primaria de querer salirse de la llamada “banda de Olaf” en Argentina, su esposa María Julia había desaparecido. Casi enloqueció. La buscó por donde pudo, trató de rastrearla con conocidos, pero había tantos implicados en la banda que mucho no pudo hacer. La dio por muerta. Lo lamentó. Lamentó profundamente primero haberse involucrado en el negocio, luego lamentó querer retractarse. Tarde se dio cuenta de lo comprometido que estaba. Le costó la vida de su esposa.

Sintió pasos por el pasillo. No eran comunes. Ya le habían traído algo para comer y generalmente volvían con alguna cosa en la noche. Según sus cálculos sería cerca del mediodía. Eso no era bueno.

—Bellagio.

Primero apareció un ayudante que dio paso a un Gandur Aldayuz pausado y sereno, pero con rostro poco amigable. Entre sus ayudantes se encontraba su captor; Abugosh Shahin. No dijo palabra. Con un gesto limpio y claro, uno de ellos cerró la puerta y quedaron solos en la habitación. Franco se encontraba sentado en su banco de material, con la espalda apoyada en la pared. Lo más lejos que podía. No podía leer sus intenciones, pero seguro no era bueno.

El Jeque se acercó a Franco serenamente ante su atenta mirada y le propinó un golpe en su cara que resonó en toda la habitación.

—¿Por quién crees que me tomas? —Gritó furioso.

—No... No sé...—No terminó la frase, que otro puñetazo voló a su rostro.

Gandur estaba enfurecido. Tenía ganas de matarlo por burlarse de él. Ya había tomado una de sus mujeres por una de sus rebeldías. La otra la tenía en sus manos, pero estaba embarazada. No podía tocarla con un niño adentro. Estaba creciendo una vida dentro de ella. Con todo lo que tuvo que movilizar para encontrarla y resultaba embarazada. ¡Qué jugada del fiscal!

Debía calmarse. Él no era el que se ensuciaba las manos, siempre tenía gente para eso. Podía ver la gran incertidumbre en el rostro de Franco.

—¿Lo sabías? —Preguntó intentando serenarse. Debía serenarse o lo mataría en ese momento.

—No sé de qué hablas Gandur... Te lo juro —suplicaba el fiscal.

No sabía si creerle o no. Necesitaba pensar claramente. Hacía mucho tiempo que ya no actuaba sin pensar. Eso lo llevó hacia donde estaba hoy en día. Siempre podía encontrar algo positivo y sacar provecho de las peores situaciones.

—Hemos encontrado a tu hija... —explicó serenamente como si nada hubiera pasado.

¡Mi hija! Pensó Franco para sí mismo. Las ganas que tenía de verla. Como la había extrañado. A veces pensaba que era un cínico. Al fin y al cabo la había vendido por su vida. No dejaba de ser una mierda de padre, pero por lo menos estaba vivo. Después ya vería como podía arreglar el problema con su hija, pero para eso era imprescindible estar vivo.

—Katia... —exhaló en sus labios.

El Jeque seguía mirándolo indiferente. Como no sabiendo si matarlo o invitarlo a cenar. Era tan extraño.

—Por cierto. Tu hija tiene un regalo para ti... —soltó malicioso y se dirigió a la puerta.

—¿Puedo verla? —Se animó a preguntar.

—¡Oh! ¡Claro que la vas a ver! —Le espetó—. Y luego revisaremos nuestro acuerdo Bellagio. Me estás debiendo más que la vida.

Tras esas palabras cerró la puerta de un portazo y se fue.

¿Qué habrá querido decir? ¿Qué habrá pasado? Quedó especulando el fiscal en solitario.

A los dos días de haber despertado del coma y estar ya en sala, Mauro fue dado de alta. Con sus cosas ya prontas y empacadas emprendió viaje rumbo a Buenos Aires junto a Claudio y Sebastián. Se mortificaba una y otra vez pensando en Katia y su paradero. Necesitaba volver urgentemente a Buenos Aires y estudiar todo para pronto poder ir tras ella. Le pidieron hacer reposo, pero sabía que no lo iba a hacer en absoluto. En el viaje aprovechó a descansar y pensar. Los momentos que estaba despierto estaba mentalmente ausente. Recordaba y revivía las horrorosas imágenes de Katia siendo tomada y arrojada al interior de una camioneta. Una similar a la que lo chocó a él. No la vio venir, lo tomó de sorpresa.

Eran musulmanes, por lo poco que pudo ver, pudo deducirlo. Estaba furioso. Todo por no contarle toda la verdad. No era que le hubiera mentido, pero al ocultarle cierta parte de información se había equivocado. La había puesto en peligro al dejarla en la oscuridad.

—Mau, Lucía está en Buenos Aires. No se si te lo habíamos dicho con todo esto...
—comentó Claudio tratando de sacarlo de su mutismo absoluto.

—¿Lucía Montenegro?

—¿Conoces muchas Lucías?

Estaba tan lejano al lugar donde se encontraba que al mencionarle a Lucía se sintió perdido.

—Claro que Lucía Montenegro... —continuó Claudio—. La madre se enteró lo que sucedió con Katia y se vinieron enseguida a colaborar.

—¿El viejo sabe?

—Al principio no, pero ahora ya sabe... —acotó Sebastián —El asunto es que la madre es muy buena persona y sí quería venir a colaborar con nosotros. Entendió la importancia de denunciar el asunto. Cuando él se enteró, claramente se opuso. Armó tremendo escándalo.

—¿Y cómo lo convencieron?

—Nosotros no hicimos nada. La mujer se ocupó de todo. ¿A que no sabes de quién son el setenta y cinco por ciento de las acciones del viñedo?

—¿De la mujer? —Preguntó Mauro sorprendido.

—Efectivamente...

—Bueno, al fin... Por lo menos algo se pone en marcha.

—Sí. Quedaron con los chicos allá preparando la declaración de Lucía. Tiene fotos Mau. Antes de bañarse después de lo sucedido se sacaron fotos, las dos. Tenemos las pruebas del ataque.

Mauro quedó paralizado, y a la vez sorprendido. Claramente era necesario que tanto Lucía como Katia hicieran su declaración formal para poder meter presos a los hijos de puta del pub; pero ¿estaba mentalmente preparado para ver fotos de su amor recién violada? ¿Al momento de ser drogada, maltratada y embarazada?

De momento lo único que sintió fue un sabor amargo subiendo por su garganta y corrió al primer baño del avión a vomitar lo poco que había ingerido.

Se largó a llorar como un niño chico que le acaban de quitar su juguete favorito. No entendía bien porqué. Nadie lo hacía. Sus amigos lo siguieron preocupados. Indudablemente éste no era el Mauro Lamanna que había partido hacía meses de Buenos Aires en una misión secreta. Lo encontraron arrodillado y recostado sobre el pequeño retrete, haciendo arcadas para seguir vomitando contenido inexistente en su estómago.

Lloraba de desesperación, de angustia. Semanas de angustia contenida por su amada lo ahogaban en ese instante. No había olvidado un puto detalle de todo lo sucedido con ella. Si sólo hubiera actuado diferente y le hubiera contado sus planes la historia hubiera sido otra.

—Mau, amigo. ¿Estás bien? —Preguntó Sebastián preocupado.

—¡Claro que no, estúpido! Ayúdame a levantarlo... —acotó Claudio ante un Mauro que parecía no percatar la presencia de sus amigos.

Mauro se aferraba al inodoro para no caer al piso. Estaba destrozado. Las imágenes se sucedían en su cabeza como una película y no la podía parar.

—¡Ah! —Gritó de dolor cuando Claudio lo tomó por la espalda.

—Las costillas. ¡Perdón! Me olvidé—. Explicó su amigo—.Ayúdame Seba. Dale Mau, vamos a lavarte y volver al asiento que ya falta poco.

Entre los dos lo levantaron y asearon un poco. Una azafata se ofreció a ayudarlos y trajo un refresco para todos. Mauro no aceptó nada para comer.

—No te preocupes, nosotros nos vamos a encargar de todo amigo...

—Yo quiero estar... —dijo compungido.

—Sí, nene. Claro que vas a estar, pero tenés en claro que somos compañeros, ¿no?

—Le explicó suavemente tratando que hacerlo entender—. Vamos a estar ahí, y podemos hacerlo. Somos un equipo. No lo olvides.

—Gracias chicos. Voy a estar bien.

Respondió tranquilo. Lo dejaron pasar. Nadie dijo más nada y Mauro se volvió a dormir hasta llegar a Ezeiza.

Capítulo 14

—Por favor necesito agua —suplicaba Katia pegada a la puerta. Sabía que había alguien ahí cuidándola, podía escuchar sus oraciones.

La puerta se abrió de golpe, un guardia de aspecto poco agradable la miró fijamente.

—Agua... —logró decir asustada—. *Water, please...*—probó en inglés a ver si podía hacerse entender.

El guardia sin decir palabra giró sobre sus pies y cerró la puerta de un ruidoso portazo.

¿Pero acaso nadie le iba a traer ni un poco de agua? ¿Quién cuernos era esta gente?

Katia pensaba y trataba de atar los cabos de las pocas cosas que intuía. Esta gente estaba vinculada a su padre seguramente, aún no lo había visto, no sabía si él se encontraba en el mismo lugar que ella.

El calor del lugar era insoportable, la ropa se le pegaba al cuerpo por la transpiración. La sed que tenía no ayudaba a que se sintiera mejor. Se recostó sobre unos almohadones que se encontraban a un lado de la pequeña pieza y mientras su cabeza continuaba girando sobre ideas y pensamientos se quedó dormida.

El aroma a pan recién horneado la despertó. Estaba hambrienta y sedienta. Se refregó los ojos ya que no sabía si lo que estaba viendo era real o producto de su imaginación. Una bandeja se encontraba en el piso, la cual contenía varias rodajas de pan y algunas galletas, una taza con leche y una jarra con agua fresca. Sin pensarlo dos veces comenzó a alimentarse y tomar abundante líquido.

—Mmm... Que bueno—. Susurraba degustando la comida.

Estaba hambrienta. Disfrutó de la comida y la leche. No era de vaca; lo pudo notar, pero no le importó, estaba deliciosa. Hacía varias horas que no probaba bocado, y eso no era bueno para el bebé. Decidió guardar algunas galletas entre los almohadones en caso en que tuviera hambre más tarde. No sabía quién habría dejado eso para ella pero le agradecía internamente.

Al rato de haber comido y quedar satisfecha, la puerta volvió a abrirse. El guardia continuó apostado en la puerta y por detrás de él aparecieron dos pequeñas mujeres.

Más ayudantes. Portaban unos largos vestidos casi hasta el piso, color negro, y solo se veía parte de su rostro.

Una de ellas se acercó lentamente y la ayudó a levantarse.

—Venga con nosotras... —pronunció en un escaso español y con mala pronunciación.

—¿Adónde me llevan? —Preguntó temerosa.

La otra muchacha que había quedado atrás mostró otro vestido negro que colgaba de su brazo.

—Baño—. Dijo en otro pobre español —*Abaya*.

*Al fin...*suspiró Katia para sí misma. Necesitaba una ducha fresca con urgencia. Ni siquiera creyó que podría ser una trampa o algo, ansiaba tanto refrescarse que siguió a las ayudantes sin pensarlo. La llevaron a través de unos pasillos hacia una habitación que contenía una gran pileta en el piso. El lugar era agradable, había algunas plantas y telares que decoraban el lugar. La ayudaron a desprenderse de la ropa que poseía y la llevaron hacia la pequeña escalera que adentraba hacia el agua. En ella había pétalos de varias flores que decoraban y perfumaban el lugar. El agua estaba fresca, apenas tibia. En ese momento no sintió miedo. Lo dejó de lado para disfrutar de tan anhelado baño. La bañaron con jabones de colores y la perfumaron con inciensos. Se sintió extraña cuando le colocaron el vestido que tenían preparado para ella. Era un largo vestido llamado localmente *abayay elhijab*; un pequeño turbante que usan las mujeres en ese país. En su pálida piel no se veía tan mal y se notaba perfectamente la pequeña protuberancia que mostraba su incipiente pancita. Se sintió cómoda con las ayudantes del Jeque, pero sabía que era una ilusión. La estaban preparando. Lo podía sentir. Algo importante estaba por suceder, solo cabía esperar.

La aparición repentina de los dos ayudantes del Jeque en la pequeña habitación del fiscal lo despertó abruptamente. Se había quedado dormido dando vueltas al asunto, tratando de pensar que podía haber pasado y como podía salirse de ésta sin ningún daño.

Entre los dos lo acompañaron hasta una de las habitaciones del gran palacio en el cual vivía el Jeque. Lo sentaron a un lado del salón y uno de ellos se acomodó a cada lado. Sabía que debía quedarse quieto y esperar, algo iba a pasar.

Al rato de estar esperando, por una de las grandes puertas laterales del salón aparece Gandur Aldayuz con varios de sus ayudantes. Tomó asiento en una gran silla frente al salón, como si fuera el aposento de un rey. Sus hombres se colocaron a su lado como si fueran sus guardaespaldas personales.

Más bien deben serlo... pensó el fiscal para sí mismo.

Ni siquiera lo miró. Miraba al frente con una serenidad inconmensurable. Lo ponía un poco nervioso no saber con qué se iba a encontrar. Conociendo perfectamente la inhumanidad del Jeque éste podía mostrarle a su hija en un ataúd de madera. Era muy capaz.

Por la otra puerta lateral aparecen al instante dos ayudantes femeninas; entre medio de ellas resurge una pequeña niña; su Katia.

El corazón casi se le salió del pecho, lucía la misma vestimenta que todas las mujeres en la casa. Pudo reconocerla debido a que su rostro se encontraba descubierto, como las otras mujeres del lugar. Ya de por sí era hermosa. Quizás no era una mala decisión la suya de hacerla una mujer árabe. Podía acostumbrarse y él volver a su vida normal.

Aún no entraban. Quedaron bajo el umbral de la puerta. Suponía que debían tener autorización para entrar a la gran sala.

Esperaron y esperaron. Katia no lo había visto aún, él continuaba recostado sobre uno de los laterales custodiado por dos de los guardias del Jeque. Su pecho se contrajo al volver a pensar en el paradero de su hija. ¿Y si el Jeque no la trataba bien? ¿Y si la vendía a otra persona y no era capaz de estar con ella nunca más?

Por otra puerta seguían apareciendo personas.

¿Qué es todo esto? ¿Será siempre así? Se preguntaba Franco sin emitir sonido.

—Papá, *assalamu aleikom*—saludó uno de sus hijos.

—*Alaikom assalam*, Amir —respondió el Jeque —siéntate con nosotros por favor.

Amir entró seguido de algunos ayudantes, se saludaron y tranquilamente se acomodó cerca de su padre. Estudiaba la habitación lentamente cuando otra persona se apareció.

—*Assalamu aleikom* Hassan —saludó el Jeque a su otro hijo.

El fiscal no sabía que el Jeque tenía dos hijos. Si sabía de la existencia de uno de ellos, el segundo que apareció, Hassan.

Pudo escuchar como intercambiaban palabras en árabe, haciendo algunas señas y ademanes con las manos. Amir observaba hacia la puerta dónde estaba Katia en forma disimulada.

Amir era el hijo menor de Gandur Aldayuz; era el más correcto y sencillo. Vivía en un palacio a las afueras de la ciudad. Debido a que había realizado sus estudios sobre comercio exterior en España, no solo conocía perfectamente el español, sino que tenía varios negocios establecidos en Europa. Importación y exportación de varios productos. Sus negocios eran completamente legales. Nunca tuvo intenciones de unirse a los negocios de su padre, ya que los conocía perfectamente. Por eso el fiscal no lo reconocía.

Por otro lado, Hassan sí formaba parte; era buena persona, pero más derrochador. Solía gastar dinero en juego y amantes. Era más despreocupado, y generalmente pedía préstamos ya que el dinero se le esfumaba rápidamente. Su padre trató de que sea un buen musulmán y dejara el vicio del juego, pero no había logrado nada.

Ambos se sentaron a su lado luego de intercambiar palabras por un buen rato. Todo estaba por comenzar, solo restaba un momento.

Al gesto de cabeza del Jeque, las ayudantes acompañaron a Katia frente a él. Ella apenas se animaba a levantar la mirada. Por más que la habían bañado, vestido con ropas similares a la de ellos no dejaba de ser una intrusa. Se sentía subastada. No solo estaba la persona que la había recibido, sino que había más gente. Todos vestidos con lujosas túnicas blancas, y observándola como una mercancía. Era una venta. Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su futuro. ¿Cómo iba Mauro a encontrarla si estaba perdida en el desierto? Ni siquiera sabía dónde estaba realmente. ¿Cómo iba a protegerse ella y su hijo? ¿Cómo iba a hacer los controles de su pequeño? ¿Cómo iba a salir de ésta?

Instintivamente llevó sus manos a su pequeño vientre en forma de protección. Su hijo era su fuerza, su luz.

Amir prestaba atención a todo lo que estaba sucediendo. Era muy perspicaz y observador. Podía ver la belleza de la hija del fiscal a través de la vestimenta. En pocas palabras, su padre le había explicado la situación. Lo primero que le vino a la mente fue que el fiscal ni siquiera debía estar enterado que su hija estaba embarazada, su vientre aún era pequeño. Su padre lo desestimó en un minuto, no quiso entrar en razones; pero no quería que ella estuviera en su recinto. La quería vender o intercambiar con algún otro Jeque, pero mientras, quería que alguno de sus hijos le diera asilo.

El Jeque no podía destratar una mujer embarazada, pero si podía hacer que su padre viera como alguien más se la llevaba ante sus propios ojos. No iba a dejar ni siquiera que cruzaran palabra. El fiscal se lo merecía por haberlo engañado. Luego le sacaría el mejor provecho a Katia, pero por ahora, uno de sus dos hijos sería el ganador.

Amir vio los ojos hambrientos de su hermano, ante la belleza de Katia. La misma que él había notado. Aunque ella no se animaba a levantar la mirada pudo notar que estaba llorando. Tomaba su vientre con ambas manos. Un dejo de humanidad se presentó ante él. Ella estaría mejor con él. No había forma en que ella no sufriera si se iba con Hassan o se quedaba con su padre. Sabía que con solo mirarla representaba la traición

del fiscal. Debía llevarla con él.

Franco estaba nervioso. Necesitaba hablar con Katia, pero no creía que lo dejaran.

¿Qué estaba pasando ahí? ¿Qué hablaban tanto?

—¡Katia! —se le escapó cuando la vio frente a los tres poderosos hombres. No le gustaba lo que estaba viendo.

Ella lo escuchó. Giró la cabeza rápidamente hacia el rincón donde estaba su padre y se ahogó en un profundo gemido. Su padre estaba allí. Lo vio levantarse rápidamente, pero a su vez fue tomado de los hombros por dos guardias que le impidieron avanzar. Una de las ayudantes que estaba con ella también la tomó por el brazo y no la dejó moverse. Conectó la mirada con su padre. Sollozó y comenzó a gritar haciendo que varios de los guardias que estaban en el salón tuvieran que retenerla bruscamente.

—¡Papá! ¡Papá! —Gritaba sin cesar. Forcejeaba para liberarse pero no conseguía zafarse, eran muy grandes.

—¡Katia! —Clamaba el fiscal.

Amir miró a su padre. Estaba disfrutando de la situación. Indudablemente era esto lo que buscaba. Gandur se levantó lentamente de su silla y se dirigió hacia Katia que continuaba con pequeños forcejeos y cada vez más lágrimas. Ella se asustó al verlo. Observó la frialdad en sus ojos, la superioridad de su actitud la hizo querer retroceder, correr hacia algún lado. Tampoco pudo.

Gandur se paró frente a ella, serio y calmado. Ella tragó. Estaba atormentada. ¿Hacia dónde podría correr? ¿Qué iba a hacer?

El Jeque levantó su mano y tomó su rostro abruptamente. Trató de limpiar una de sus lágrimas, pero Katia le corrió la cara. Este rio irónicamente, levantó su mano y le propinó una bofetada en su delicado rostro. Quería provocar a Franco, y eso lo logró.

—¡Hijo de puta! ¡Déjala! —Gritaba el fiscal desaforado.

Amir no aguantó la situación y se levantó de su silla de inmediato. Quería irse, pero no podía. De un salto Hassan se acercó a Katia.

—¡Se va conmigo! —expresó Hassan secamente.

Al escuchar esas palabras Amir no se contuvo.

—¡De ninguna manera hermano! Se va conmigo padre...

—¡Dijiste que no la querías! —comenzaron a discutir en árabe frente a los presentes.

—No interesa. ¡Ahora sí la quiero! —Se dirigió a su padre—Es mía padre. ¡La compraré!

—¡Yo la compraré también! —refutó Hassan ofuscado.

—¿Con qué? ¿Pedirás otro préstamo? No seas necio—. Volvió a dirigirse a su padre —Pon el precio. Es mía hasta que tu decidas que hacer con ella.

Su padre los miraba inescrutable. Le daba lo mismo donde estuviera mientras no tuviera que verle la cara a la mocosa. Pero bueno, sacar un provecho de la situación adversa también le venía bien. La tomó fuertemente de su brazo y la empujó hacia Amir. Su hijo no estaba de acuerdo con sus negocios, pero le era leal. Esa no iba a ser la excepción.

—Hasta que yo decida qué hacer con ella Amir —aclaró en modo advertencia.

—Shukran, Padre—. Respondió su hijo, sujetando a Katia y llevándosela consigo hacia la puerta. Quería irse de allí lo antes posible.

El fiscal se enfureció. Lo trajo solo para ver como vendía a su hija. Era un hijo de puta.

—¡Hijo de Puta! ¡Devuélvemela! ¡La estás vendiendo! —Gritó el fiscal enojado.

El Jeque lo miró indiferente.

—No. ¡Tú la has vendido! —Espetó seriamente.

Katia salió desconsolada. Había escuchado lo que el Jeque había dicho al final. ¿Su padre la había vendido? ¿Qué significaba eso? Trató de mirar hacia atrás, hacia donde estaba él pero ya no lo pudo ver.

Amir la tomó del brazo y la sacó de allí al instante. No quería que estuviera más en ese lugar. Su padre sabía que no se entrometía aunque no estuviera a favor. Nunca sería capaz de traicionarlo, pero había cosas que se le hacía difícil soportar. Una era ella. La vio tan frágil y delicada que pensó que tanto en las manos de su padre como en las de Hassan no iba a estar bien; ni ella, ni el niño que llevaba en su vientre.

Él poseía una mansión a las afueras de la ciudad así que estaría cómoda dentro de la misma. La cuidaría hasta esperar la decisión de su padre de qué hacer con ella. Él era soltero así que tampoco tendría problemas con ninguna de sus ayudantes ya que le eran muy leales. Siempre había sido muy buen patrón.

La subió a su auto, un poco a la fuerza, ya que ella estaba negada y confusa. De seguro pensaría que Amir era igual a Hassan y tenía miedo. Era entendible. Tenía bien en claro las acciones de su padre. El viaje transcurrió en silencio, lo único que podía escuchar era algún sollozo tímido por parte de ella. No se animaba a hablar, no quería explicarle nada en ese momento, ya que ella no estaba en condiciones de entenderlo aún. ¿Cómo podría hacerle entender en ese estado, que él era su mejor opción? No era tonto, iba a esperar.

Por el recorrido del viaje, Amir notó que Katia quedó absorta mirando una mezquita que se encontraba cerca de la casa. Hicieron una parada allí, dónde Amir bajó a orar un momento. Ella esperó en el enorme auto unos minutos hasta que él volvió con su pequeña alfombra y retomaron rumbo hacia su mansión. Esa mezquita era dónde él hacía sus oraciones generalmente. Era enorme y hermosa. Unos diez minutos después de un reservado viaje, llegaron a su mansión.

Otro hermoso lugar. Parecía otro pequeño palacio. Desde el gran portón a lo lejos se podía divisar la gran estructura. Amplia, de dos pisos. Un sendero conducía a la entrada principal, con grandes puertas y ventanas al estilo oriental. Redondeadas o con formas artísticas. Hermosos jardines estaban al costado del sendero, donde se podían divisar varias plantas, flores, árboles y una gran piscina al costado de la casa. Tenía dos patios a cada lado de semejante mansión con varias fuentes en cada uno de ellos. Era increíblemente hermosa. Una cosa pudo diferenciar, se veía más acogedora que la de Jeque, no sentía el vacío que reinaba en cada habitación de su antigua morada.

Amir observaba de reojo las reacciones de Katia al llegar al lugar. Sabía que su casa era bonita, pero ni se acercaba a la más hermosa del lugar. La inmutable y ausente chica pasó a ser una asombrada mujer del lugar a donde estaba llegando.

Él quería que ella se sintiera bien, más allá de las circunstancias en las cuales estaba. Tenía que convencerla de que él era su mejor opción, no solo decírselo. Varias ayudantes mujeres de Amir se presentaron ante él apenas bajaron del coche. Vestían de la misma manera que en la mansión de Jeque. Él cruzó algunas palabras con ellas en árabe, le dirigió a Katia una suave mirada y bajó su cabeza en señal de saludo. Las ayudantas se acercaron a ella y con pequeñas señas hicieron que las siguiera hacia adentro de la mansión.

¿Y ahora adónde me llevan? ¿Quién es éste hombre? Pensaba para sí misma. Estaba confundida.

Ella las siguió lentamente y la llevaron hacia una de las habitaciones de la primera

planta. Una enorme habitación repleta de grandes cojines, sedas brillantes y vistosas alfombras por todo el salón apareció frente a ella. Hacia uno de los grandes ventanales del dormitorio se encontraba una gran cama con dosel. Sedas y rasos de varios colores la adornaban. Era hermosa y se veía confortable. Indudablemente había sido vendida a una persona que tenía mucho dinero. Por lo menos el lugar era cómodo. La dejaron allí, pero pudo escuchar claramente cuando un guardia se apostó cerca de su puerta al momento que las ayudantes se iban. También iba a estar custodiada, eso no cambiaba.

¿Qué está pasando acá por Dios? ¿Alguien me va a explicar algo? Pensaba mientras se dejaba caer en la gran cama. ¿Cómo iba a hacerse entender si no conocía un cuerno del idioma?

Dentro de la habitación no se notaba el calor que había afuera, debían de tener alguna especie de refrigeración. El calor por esos lados era insoportable. *¿Cómo hacían para aguantarlo?*

El golpeteo en la puerta la despertó. Se había quedado dormida. Apareció por ella una de las ayudantes que se dirigió suavemente hacia ella.

—Señorita Katia, la cena estará en unos minutos —explicó en un perfecto español. Katia se sorprendió.

—¿Hablas español? —Preguntó ansiosa.

—Sí. Señorita. Soy musulmana, pero entiendo perfectamente su lengua. El señor Amir desea que usted baje a comer y hablar con usted.

Indudablemente esto era muy diferente a donde estaba antes. Ya tenía en cuenta que si una de las ayudantes hablaba algo de español quizás podían ayudarla o por lo menos tratar de descifrar lo que estaba pasando con ella.

—Muy bien. Enseguida bajo... —acotó decidida.

—La esperaré—. Comentó dulcemente la mujer.

Sí, claro. No iba a estar sola por mucho tiempo. Se acomodó *sukandora*, se lavó la cara, recogió un poco su cabello debajo de *suhijaby* salió con su ayudante hacia donde su "amo" la había llamado.

La llevó hacia una bonita y enorme sala de comedor. No sabía si era correcto mirarlo o sentarse junto a él, así que solo se dejó guiar. Él la observó detenidamente, cada uno de sus tímidos movimientos.

—Siéntate por favor Katia. Supongo que querrás saber qué está pasando.

Otro más que hablaba español. Ella suspiró aliviada. Por lo menos eso era bueno, y explicaba por qué la ayudante también entendía el idioma.

—Sí, la verdad me gustaría... —explicó ella con cautela, mientras tomaba asiento donde la ayudante le indicó.

—Mi nombre es Amir —comenzó a explicar lentamente —uno de los hijos de Gandur Aldayuz, Hassan es mi hermano. Él era la otra persona que estaba en la reunión con mi padre.

En la venta. Pensó de inmediato.

Katia escuchaba atenta, trataba de no hacer ningún comentario o movimiento extraño, aunque estaba un poco sorprendida con lo que empezó a escuchar.

—Mi padre... —escapó de sus labios suavemente.

—Tu padre trabaja con el mío. No puedo darte muchos datos. Lo que sí puedo garantizarte, es que tú estarás a salvo aquí. Por él no puedo velar, ya que algo salió mal en su último negocio, por eso él está aquí.

—Lo secuestraron...

—Sí.

—Y a mí también. ¿Qué tengo que ver en esto? —Trataba de no pasarse de la raya pero quería comprender un poco mejor, y él parecía querer explicarse.

—Tu padre ha llegado a un acuerdo con el mío. No puedo comentarte mucho más, pero en principio tú te quedarás aquí conmigo hasta que mi padre decida.

—¿Qué decida qué?

—Qué hacer contigo.

—Pero ¿Y yo que tengo que ver? —Volvió a preguntar ansiosa.

—Tú eres un efecto colateral de un negocio que salió mal. Créeme que estás en el mejor lugar en donde podrías estar.

—Estoy embarazada... —explicó secamente. Estaba un poco molesta con la respuesta, pero admitió que quizás tenía razón.

—Lo sé. Por eso te digo lo que te digo —contestó Amir de forma gentil—. Haré que el médico de la casa venga a verte regularmente. Me encargaré de eso.

Bueno, algo es algo. Pensó para sí misma.

Este hombre no parecía ninguno de los que se había cruzado. Sentía que de verdad quisiera ayudarla, pero no podía dejarse engañar de nuevo. No podía confiar plenamente. Ni su cara agradable, ni su bonita sonrisa podían desviarla de su causa; cuidar a su hijo.

La mesa estaba repleta de comida, desde diferentes carnes, verduras, pan y fruta. En ese momento se percató que estaba hambrienta.

—Puedes comer Katia... —expresó Amir al verla observar la comida.

Ella lo miró insegura al principio, pero él también empezó a comer, así que ella se animó y también lo hizo.

Capítulo 15

De vuelta en Buenos Aires, Mauro no quiso ni siquiera ir a su apartamento. Claudio y Sebastián ya habían traído las pertenencias que él tenía en Las Cañas.

Todo era importante, papeles, anotaciones y su propio ordenador portátil. En el viaje pudo pensar, descansar y aclarar un poco su mente. No quería perder más tiempo y ya exponer ante sus compañeros la información que había recolectado para juntarla con la de ellos y trazar una ruta a seguir. No se iba a quedar por mucho tiempo allí, según suponía, debía viajar a Arabia Saudita ni bien tuviera una pista más clara.

Obviamente el Comandante Álvaro Luna, estaba esperando por él.

—Detective Lamanna, ¿Cómo está? —Preguntó algo preocupado —me enteré lo sucedido.

—Comandante... estoy bien ahora—. Explicó dudoso—. Se la llevaron —acotó compungido.

—Lo sabemos —dijo pesaroso —pero no se preocupe que venimos trabajando en ello.

—¿Del fiscal hay alguna novedad?

—No, ninguna.

Mauro se lamentó para sí mismo. Era como si se los hubiera tragado la tierra. A ambos.

—No se adelante. Las malas noticias corren muy rápido, así que por ahora suponemos que está con vida.

Sí, eso era generalmente así. Generalmente.

—Necesito una Schweppes... —expresó agotado. Mentalmente saturado—. Dame mi ordenador portátil —se dirigió a Claudio —déjame ver mis últimos apuntes.

—Ya te traigo tu refresco y acá está tu ordenador portátil. Te repito, tómatelo con calma. No estás solo.

—¿Cómo va lo de Lucía? —Preguntó ignorando lo que había escuchado.

—Ya está la declaración firmada... —acotó Sebastián. En el salón tenían una gran pizarra, donde tenían varias notas y recortes pegados en ella.

—También están las fotos, tenemos copias de ellas. Mañana vamos a ir a hacer la denuncia formalmente con todas las pruebas. La madre de Lucía también nos va a acompañar.

Mauro escuchaba mientras se acomodaba en un escritorio con sus notas.

—Los susodichos Martín Rodríguez y Augusto Pais, como son sus nombres verdaderos, se van a tener que enfrentar con un buen juicio penal.

Un hondo suspiro escapó de sus labios. Por lo menos esa parte estaba encaminada, aunque no negaba que si en ese momento se cruzaba con el padre de Lucía podría decirle unas cuantas cosas que tenía atragantadas hacía rato.

—Ésta es la persona que debemos seguir —expresó Mauro seguro, dando vuelta su pequeño computador y mostrando una imagen de Abugosh Shanin.

—Es el que estuvo acá, antes de que Katia fuera secuestrada —acotó Claudio sorprendido.

—Sí. Estoy seguro que nos siguió. Debía de tener alguien que lo informara y apoyara acá. Me juego que él tiene algo o mucho que ver en todo esto.

—Según nuestro organigrama, es de los puestos más altos en la organización de Gandur Aldayuz.

—Debe serlo. Para algo tan importante no puedes enviar a cualquiera. Esas cosas se hacen acá. La gente que tiene redes importantes de corrupción sabe que si hay que hacer un trabajo sucio de gran importancia, tienen que mandar a alguien que haga las cosas bien y sea de su entera confianza. Y así fue... de seguro el tipo nos seguía y yo ni me percaté—. Terminó la frase algo apenado, pero en el momento decidido a hacer algo al respecto.

—Voy a tener que salir de viaje... —terminó dirigiéndose al Comandante.

—Es claro —respondió tranquilo—. Vamos a continuar así, pero tengo que hacer que aprueben los fondos para esto. Saldrá cuando haya algo seguro, ya sabe el procedimiento detective.

Podía tomar unos días. Sabía la burocracia que implicaba una misión de este tipo, pero cuanto antes se empezara con el papeleo, más rápido partiría.

Luego de comer en silencio y quedar satisfecha, consultó si podía ir a descansar, Amir asintió suavemente y Katia fue conducida a su habitación.

Amir estaba maravillado y asustado a la vez. La belleza angelical era envidiable a cualquier mujer occidental. Él no tendría jamás la frialdad de su padre de ser capaz de secuestrar a una mujer, por más dinero que hubiera perdido. Si una persona era inteligente y usaba bien los recursos, podría recuperar el dinero en poco tiempo; el problema era que su padre era más ambicioso que inteligente. Cualquier persona que mirara realmente a los ojos de esa chica no tendría el valor de hacerle algo malo.

Eso era malo. La situación, el secuestro, todo. Él podía por lo menos, subsanar a medias el asunto dándole un hospedaje decente, buena comida y cuidados para ella y su niño.

Antes de llegar a su habitación pudo notar que los guardias estaban orando, así que procuró entrar haciendo el menor ruido posible.

Se sentó en un cómodo sillón en la habitación y se sumió en varios pensamientos que la consumían desde hacía días. ¿Estaría bien Mauro? ¿Podría ella escaparse de ese lugar? ¿Huir? No tenía dinero y recién empezaba a alimentarse mejor. Habían pasado varios días y ella apenas si los había notado. Podría ganarse la confianza de Amir y ver si podía huir hacia algún lado. Otra opción que cruzó por su cabeza era seducir a Amir. Hacer la gran de películas famosa; utilizarlo.

La idea le revolvió el estómago. Era una locura. Todo lo era. Sintió un sabor amargo en su boca y salió disparada hacia el baño en suite que poseía en la habitación.

¡Qué asco! Se dio asco a sí misma por pensar así. ¿Cómo podría estar con otro hombre que no fuera Mauro? Si a Mauro le hubiera pasado algo grave sería el final de su vida amorosa. No se veía con nadie más que con él.

Rápidamente una de las ayudantes de Amir, apareció por la puerta del baño y la encontró sentada en el piso, abrazada al inodoro. Lloraba desconsolada y había vomitado gran parte de su cena. Otra de las ayudantes apareció por detrás, la primera le dijo unas palabras en árabe y enseguida se retiró del lugar. Se quedó quien podía intercambiar algunas palabras con ella en español.

—Niña, ¿Qué ha sucedido? —Preguntó preocupada. Katia ni siquiera la miró, estaba

sumida en pensamientos de oscuridad y culpa.

¿Cómo podía haber pensado así?

La ayudante la ayudó a levantarse y asearla. Lavó su cara repleta de lágrimas y sus manos que estaban sucias.

En ese momento Amir entró a la pieza con aire de preocupación. La segunda ayudante fue a avisarle enseguida y él se apareció en la habitación de inmediato.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —Preguntaba consternado —¿Estás bien? —se dirigía a Katia que recién estaba retomando color, aunque continuaba ausente.

Karima, la ayudante que hablaba español, la ayudó a incorporarse y la llevó hacia el dormitorio de nuevo.

Amir no se animaba ni a tocarla, solo la miraba preocupado. Eso estaba muy mal.

—Katia, ¿Estás bien?

Intentó acercarse, pero ella se apartó enseguida sobre su cama, tratando de alejarse de la situación. Se asustó. Era una locura, un sueño.

Por favor que sea un mal sueño, y mañana despierte en los brazos de Mauro, por favor.

Susurraba, pensaba para sí misma, como en trance. Pero ambos pudieron escucharla. Tanto Karima como Amir escucharon su plegaria. Ella se recostó sobre un lado de la cama de su dormitorio, orando para sí misma la misma frase una y otra vez, acariciando su vientre.

Por favor, quiero despertar en los brazos de Mauro. Es un mal sueño.

Karima no se animó a decir palabra, mientras observaba cómo el corazón de Amir se partía en mil pedazos.

Luego de un rato de recitar su propia plegaria, Katia se durmió. Karima no se alejó de ella por orden de Amir, que se retiró enseguida. Él no tenía el corazón frío de su padre, ya lo sabía; pero lo acababa de corroborar.

A la mañana cuando despertó, Katia encontró a Karima a su lado con un succulento desayuno para ella. Se sentía cansada, aún no se acostumbraba al calor del lugar; y

con su pancita que cada vez iba creciendo más y más le resultaba incómodo. Tenía la cara y los ojos hinchados de tanto llorar. Se durmió llorando, y su guardiana se percató que no fue allí donde dejó de llorar; sino que suplicaba y pedía por “Mauro” aún en sus sueños.

Karima también estaba conmovida con la situación; no era común ver a su amo tan vulnerable. Lo consideraba un hombre justo y correcto; y lo era. Estaba segura que él trataría por todos los medios de hacer lo mejor para ella. Esa misma noche le había ordenado que no se despegara de Katia ni un minuto, que ante cualquier cosa que ella necesitara se lo comunicara inmediatamente.

Esa mañana hizo que el médico de la familia fuera a revisarla y controlarla. Karima ofició de traductora en la reunión. Aunque ya se sentía mejor, agradeció el gesto. Sabía que su embarazo necesitaba controlarse asiduamente, así que el médico mismo se ofreció a concurrir cada vez que ella lo necesitara, aparte de un control mensual.

Antes de que el médico se retirara, Amir habló con él para asegurarse de que todo estuviera bien. Quería quedarse tranquilo y hacer todo lo posible para hacerla sentir cómoda. Varias cosas habían pasado por su cabeza desde la noche anterior, gran parte de la madrugada no pudo sacarse de la mente la visión de Katia suplicando por otra persona.

—¿Te sientes mejor niña? —Preguntó su única amiga en el lugar cuando el médico se hubo retirado.

Ella asintió suavemente. Se sentía mejor, se había desahogado. Extrañaba tanto a Mauro, su tierra, su gente, los besos, los abrazos. ¿Hacía cuánto tiempo que alguien no la abrazaba? ¿Cuánto tiempo desde el último “te quiero”? Ya había perdido la cuenta, pero su alma y su bebé añoraban las palabras y la presencia de su padre. Mauro sería siempre su padre, allí logró entenderlo.

—El médico dijo que no debes estar mucho rato sin comer algo... así que Amir ha dispuesto que compráramos un montón de cosas para ti.

—Mmm... no era necesario. Creo que aquí no hace falta la comida... —expresó inocentemente. Con ella se sentía cómoda.

—No, seguro que no. Pero ahora menos que nunca —comentó Karima contenta.

Ella ya tenía pronta para Katia algunas frutas frescas en un plato y se las arrimó mientras hablaban. Entre las cosas que Amir le había pedido, estaba el ganarse la confianza de Katia, que la sintiera su amiga real en este lugar. Aunque eso, ella ya se lo había propuesto sin que nadie se lo hubiera pedido.

—Niña, lamento todo lo que te está pasando —expresó su amiga con pesar... —pero

debes saber que Amir hará todo para que tú te sientas bien.

Le hablaba con cariño. Ella ya lo sabía. Veía en los ojos de Amir que él era diferente.

—No dejo de ser una prisionera Karima... —dejó escapar entre suspiros.

—Sí, niña lo sé. Trataremos de hacerte olvidar eso.

—Aprecio mucho lo que han hecho —dijo un poco más segura —no me malinterpreten. Sé que con el Jeque las cosas serían diferentes.

—Sí niña. Muy diferentes.

—Pero no dejo de ser una extraña en éste mundo que no es lo mío... —dijo más decidida aún—. No soy así, ésta no es mi ropa. Extraño mi tierra. Quiero saber del padre de mi hijo. No soy una cualquiera, soy una madre... y quiero ser una buena.

Karima escuchaba atenta. Observaba el crecimiento de Katia en silencio. No era cualquier persona, eso era verdad.

—Y yo no le hice absolutamente nada a esta gente para que me maltraten. Al fin y al cabo, soy un daño colateral de un negocio mal hecho, ¿no?

Su amiga suspiró. No dejaba de tener razón, pero entre Amir y ella podían hacer que las cosas fueran de otra manera.

—¿Cómo les fue? —Preguntó Mauro a Claudio, que era el que se estaba encargando de la denuncia de Lucía. La ansiedad lo dominaba.

—Perfecto. Ya presentamos todo, con las pruebas que ella nos brindó.

—¿Las fotos?

—Sí. Ya está todo encaminado. En cualquier momento los van a ir a notificar, y a meter para adentro. Deja eso en nuestras manos que nos vamos a encargar que esos tipos no hagan más daño.

Mauro estaba molesto. Las cosas con la denuncia iban "viento en popa", pero volvieron a negarle el subsidio para irse a Arabia Saudita ya que seguían sin tener ninguna pista

fehaciente. Tanto el fiscal como Katia, estaban completamente desaparecidos de la faz de la tierra. Se ofuscaba con facilidad ya que necesitaba tener novedades de ella, y de su hijo.

Él seguía convencido de que era un niño. Y lo quería ver nacer, criarlo, elegir su colegio y todas esas cosas que las familias hacen. Quería todo eso con locura. Lo único claro que había los llevaba hasta Somalia. Lo demás eran solo suposiciones; y sus jefes no basaban misiones internacionales en suposiciones. Aún no podía asegurar que ambas cosas estaban conectadas. Desde ese lugar no había nada claro de que el tráfico de armas y la desaparición de Katia y su padre estuvieran conectadas.

—Necesito ir a Somalia... —explicó al Comandante de manera demandante.

—Lamanna, entiendo su posición... —comenzó a explicar pero fue abruptamente interrumpido.

—No. Nadie de los acá presente entiende mi posición —replicó molesto—. Siendo una red de tráfico importante, debe haber mucha gente involucrada. No podemos confiar plenamente en lo que nos digan las empresas internacionales, puede haber gente involucrada. ¡Y la hay! Estoy seguro de ello. ¡Alguien está mintiendo!

Todos en el centro de investigación escucharon atentos el descargo de Mauro, que hacía varios días venía aguantando las negativas.

—Sé que si voy puedo conectarlo, pero necesito estar ahí e infiltrarme en sus redes. Ver las cámaras, entrar en su sistema.

—Es una pista... —agregó Claudio dubitativo.

—No. Es seguro. El buque con el cargamento salió de ahí. Y estoy seguro que no deben ser tan pulcros de no dejar huellas en ningún lado.

El Comandante no pudo refutar ni una de las cosas que Mauro escupió. Ante su silencio, el detective continuó.

—Consígame esa autorización para ir a Somalia—. Suplicó al Comandante—. Es mucho tiempo sin novedades claras y estoy seguro que allí las encontraré. Póngame un tiempo límite, el que quiera, pero le aseguro que allí encontraré la conexión.

Todos lo miraban absortos, el silencio quemaba. Nadie se animaba a decir palabra.

—Veré que lo estudien Lamanna. Eso es más posible. Creo que puede salir —expresó casi convencido —me pondré en ello lo antes posible.

Hacía más de un mes que no tenían novedades y ya se estaba volviendo loco.

Katia se sentía mejor. Este último tiempo había establecido una buena relación con Karima e inconscientemente con Amir. Trataban desmedidamente que ella estuviera de buen ánimo, bien alimentada y descansada. Por momentos hasta lograba disfrutar el hermoso lugar que se encontraba. Del hermoso parque repleto de flores y de la piscina al aire libre. No había vuelto a ver al Jeque, ni al hermano de Amir, por suerte.

Amir era un hombre muy bondadoso. A veces pensaba cómo era posible que no tuviera una mujer aún. Sí era verdad que viajaba mucho de acuerdo a los negocios que mantenía en Europa, pero nunca lo hacía por muchos días. Siempre procuraba que quedara bien acompañada y cuidada. El médico la visitaba regularmente y le hacía los controles pertinentes de su embarazo. Él mismo conseguía en Europa vitaminas y otros suplementos que el médico le ordenó conseguir para ella. Vivía comiendo frutas frescas y exóticas que las otras ayudantes preparaban especialmente para ella. A veces se sentía agasajada. No olvidaba donde y en qué situación estaba pero se permitía disfrutar de vez en cuando. La buena voluntad la obligaba.

Un atardecer, mientras Amir se encontraba de viaje fue a pasear con Karima por el gran jardín de la casa, la parte más lejana, donde un gran parque de flores de varios colores esperaba. La belleza del lugar la transportó inmediatamente al hermoso lugar donde se comprometió con Mauro. Ese ángel protector que la había curado y cuidado cuando nadie más pudo. La quiso, la amó y adoró rota como la encontró. Ese hombre era especial. Cada día tenía más fe en que volvería a verlo de alguna manera. El destino debía ayudarla y hacer que ambos, que eran el uno para el otro, volvieran a encontrarse.

El ambiente la envolvió y se retrajo levemente, lo cual fue notorio para Karima que empezaba a conocerla muy bien. Tomaron asiento en un banco rodeado de pequeñas flores y arbustos y comenzaron a hablar. Fue cuando Katia se sinceró con ella. Como una persona lo hace con su mejor amiga de toda la vida, ella se abrió.

Le contó de su padre, del internado, de la violación. Le contó de Mauro, del amor que creció entre ellos inconscientemente. De la creciente idea de una familia que surgió sin pensarlo. Expresó emocionada, todo lo que su amiga escuchó atentamente y en silencio. Se extrañó a sí misma la manera en que lo contó. Estaba tranquila, un par de lágrimas corrieron por su mejilla, pero se encontraba en una desconocida calma.

Luego de un rato de hablar y disfrutar del atardecer, Katia le pidió permiso para llevar algunas flores que le gustaron del jardín a su habitación. Ella por supuesto accedió. Se dirigieron a su habitación y la dejó allí contenta mientras ordenaba las flores que recién había recogido. Los guardias estaban orando, como era costumbre a esa hora.

—Te traeré algo para cenar niña. Descansa un momento.

Era la hora de llegada de Amir, Karima abducida por la hermosa tarde, no lo recordaba. Llegó contento luego de un exitoso y largo viaje de negocios, cansado y sediento, lo primero que hizo fue a ir a la cocina por un refresco. Allí encontró a Karima, sobre la mesa que reposaba en el centro de la habitación, doblada cual niña pequeña y llorando de forma desconsolada. Y otra vez su recién repuesto corazón volvió a partirse en mil pedazos.

Se asustó. Esta vez no sabía por qué.

—¡Karima! —se exaltó Amir—. ¿Qué ha pasado? —Preguntó acercándose a ella.

Karima se asustó. No recordaba la llegada de su amo y como si eso fuera poco la encontró en su cocina hecha un trapo de piso y llorando a mares. Debía recomponerse.

—Oh Señor... Disculpe... —se levantó nerviosa de la silla, trató de limpiar alguna de sus lágrimas pero Amir la interrumpió enseguida.

—¿Qué ha pasado Karima? Por Alá, dime...

No le salían las palabras. La angustia raspaba su garganta digiriendo lo que Katia le había contado. ¿Cómo era posible que una niña tuviera que pasar por todo eso? Cada vez que pensaba en ello se angustiaba más.

—¿Katia? —Preguntó Amir temiendo que algo le hubiera sucedido.

Karima negó con su cabeza y obligó algunas palabras a salir.

—Ella está bien Señor. Discúlpeme. Es solo que... estaba por llevarle su cena... —hablaba entrecortadamente —y así no puedo ir... y... mire como estoy. Disculpe.

—Shh... —la tranquilizó Amir, viendo su estado —deja que yo le voy a llevar esto —expresó tranquilo tomando la bandeja que Karima ya había preparado —yo voy a ir a ver cómo está ella y luego me explicas que ha pasado. ¿Sí?

Ni siquiera se animaba a mirarlo a los ojos. Asintió levemente poco convencida. Eso bastó para él, y se dirigió hacia la habitación de Katia. Quedó pensando una y otra vez si debía o no contarle lo sucedido y de qué manera hacerlo.

Katia estaba recostada esperando a Karima cuando vio entrar a Amir, con su bandeja de alimentos.

—Hola, buenas noches Katia.

—Hola —contestó tímidamente—. No recordaba que llegabas hoy.

—Acabo de llegar —comentó tranquilo viendo que Katia estaba en perfectas condiciones —solo quería saludarte y ver como estabas.

Karima le había preparado algunas verduras con carne de cordero y también le había mandado algunas frutas.

—Estoy bien —comentó Katia contenta de que Amir se hubiera tomado el trabajo de ir a ver como se encontraba—. Hoy de tarde paseamos con Karima por el jardín posterior. Es aún más hermoso que los de había visto —continuó contenta mientras comía algo de lo que él había traído.

Amir quedó extasiado con su pasión por la naturaleza. Observó que en su habitación había flores frescas, seguramente que ella o Karima habrían cortado ese mismo día. Estaba radiante y llena de vida; hasta podía decir que, en su mundo, estaba feliz. Eso lo alegró. Era tan joven y bella; y había tenido que pasar por tantas cosas que se alegró que se viera tan bien en ese momento. Lo que lo dejó pensando en qué podía haber sucedido con Karima para dejarla tan angustiada.

—Me alegro que estés bien Katia. Come tranquila, enviaré a alguien por los restos en un rato. Descansa.

Pensaba retirarse cuando ella preguntó.

—¿Karima?

—Estaba cansada y se recostó. No te preocupes, mañana estará aquí a tu lado.

Ella se sintió satisfecha con esa respuesta, aunque no estaba segura que fuera verdad. No dudaba que al día siguiente ella iba a estar a su lado, como cada día.

Capítulo 16

—Lamanna, tengo novedades.

Mauro estaba ansioso esperando las novedades sobre el viaje a Somalia. Pensaba que ésta vez sí se lo autorizarían, dado las pasadas averiguaciones.

—Tengo los pasajes, para ambos. Vas a ir con Suarez. Llevarán el equipo necesario. Parten mañana a primera hora, así que les sugiero que se apuren.

El Comandante habló ante la gran expectación que había entre todos los integrantes. Mauro sintió ganas de saltar y abrazarlo de alegría. Al fin podría moverse en dirección a Katia. Estaba seguro que podía encontrarla.

—¡Bien! —Expresó Claudio con júbilo.

Ya tenían casi todo pronto, ya que tenían fe en que el Comandante iba a lograr esta misión. De seguro iban a necesitar llevar su equipo para poder entrar a las computadoras y cámaras tanto del puerto donde estaban seguros que había zarpado el barco con el cargamento ilegal, sino también en aeropuertos cercanos o lugares de interés.

—Necesitaré novedades diarias. El tiempo es limitado, diez días en principio dependiendo de los resultados que encuentren.

—Bien. Es todo lo que necesitamos... —acotó Mauro con seguridad.

El Jeque estaba ansioso y decidido a recuperar el dinero perdido. Aún mantenía cautivo al fiscal que día a día pedía ver a su hija, pero nunca se lo otorgaba. Al fin y al cabo él mismo la había vendido, debía acostumbrarse al hecho de perderla. Ya ni siquiera iba a verlo regularmente, no estaba seguro qué debía hacer con él; algo le decía que debía mantenerlo con vida. Gozaba amenazándolo de que el destino de su hija iba a ser otro Jeque en Omán. Conocido por ser despiadado con todas sus mujeres. Lo volvía loco con eso, aunque la verdad, aún no tenía idea qué hacer con ella, sabía que estando con Amir, no le iba a dar problemas.

Mantén otros tipos de negocios en la zona, algunos legales, otros no tanto. Su hijo

insistió en que tuviera otro tipo de negocios, aseguraba que el petróleo en algún momento se iba a terminar y que las armas eran un negocio demasiado peligroso para dedicarse solo a ello. Él no lo entendía de esa manera.

Sus hijos lo visitaban a diario, salvo cuando alguno estaba fuera del país por negocios, y recibía noticias de Katia, por parte de Amir cada vez que lo veía. Estaba plenamente consciente de que su hijo no estaba a favor de lo que estaba haciendo, siempre se lo había hecho saber; pero al secuestrar una mujer embarazada había caído muy bajo. Él no sabía que estaba embarazada, y por lo poco que pudo sonsacarle al fiscal, éste tampoco estaba consciente de ello.

Desde hacía días venía pensando la mejor manera de sacarle provecho al fiscal, muchas veces dudaba si matarlo o dejarlo con vida; pero nunca actuaba en caliente, siempre pensaba varias veces las cosas. Sabía que los impulsos no eran buenos consejeros.

El fiscal estaba desahuciado. El Jeque ya no venía a verlo, pasaba la mayor parte del tiempo solo y eso hacía que su cabeza no parara de girar. Era un mal padre, corrupto y mala persona. Estaba totalmente convencido de que no merecía una hija como Katia. Y para colmo de males su hija había sido secuestrada por su culpa, y estaba embarazada. Una mierda total.

¿Cómo iba a salir de ésta? ¿Merecía él salir o su hija lo merecía más? Pensaba continuamente una forma de volver a negociar o zafar de la situación en la que estaba; por lo menos aún lo mantenían con vida; y eso no era un detalle menor. Algo debían tener pensado para él.

Estaba siempre custodiado por uno o dos guardias. Ni siquiera se retiraban para orar, ya que lo hacían en el mismo lugar donde se encontraban; al lado de su puerta.

—¡Oiga! —intentó comunicarse con uno de ellos a través de la puerta, una vez que hubo terminado su oración.

—Señor —continuó suplicando al no recibir respuesta. Así podía pasar rato antes de que alguien lo notara.

En un momento de lucidez, la puerta se abrió y el guardia dio paso al Jeque.

—Gandur... —expresó tristemente el fiscal —necesito hablar con mi hija, por favor.

—Sabes que eso no es posible.

—Por favor... —suplicó —déjame explicarle, aunque sea una vez.

—No abuse de mi buena voluntad Bellagio. El único motivo por el que sigue usted con vida es que ninguna de las opciones que se me ocurren me trae ningún beneficio.

—Una última vez...

—Lo pensaré, quizás... —agregó el Jeque despectivamente —me voy de la ciudad por negocios unos días, cuando vuelva veremos.

El fiscal aceptó esa respuesta, aunque pensaba que la respuesta sería negativa. Quería saber qué había pasado con su hija, por lo menos una vez más necesitaba hablar con ella.

¿Será del detective el hijo que espera? Se preguntó una vez más.

Como Amir predijo, Karima estaba a su lado cuando Katia despertó. La miraba con ternura mientras ella despertaba, como la mirada de una madre. Cada vez que la veía a su lado se alegraba, le gustaba la presencia de aquella mujer. De alguna manera le brindaba paz. Como siempre la esperaba con su desayuno; pan, leche de cabra y algunas frutas.

—Gracias Karima, se ve rico.

—Traje para mí también... —repuso dudosa —así desayunamos juntas, si tú quieres, por supuesto.

—¡Claro! —se alegró Katia.

Ambas estaban desayunando mientras charlaban y reían cómodamente, cuando Amir apareció.

—Veo que el desayuno está rico.

—Sí, claro. Todo lo que prepara Karima es riquísimo —acotó Katia —¿Quieres desayunar con nosotras?

Karima se sorprendió por la pregunta, su cara lo dijo todo.

—Muchas gracias, ya he desayunado —respondió—. Karima, necesito que me acompañes a hacer unas diligencias —le dijo a su ayudante.

Ella asintió silenciosamente.

—Si está bien para ti... —preguntó hacia Katia como si estuviera pidiendo permiso. Eso la sorprendió.

—Oh... por mí está perfecto —exclamó sorprendida.

—Te espero abajo. Será solo un par de horas. Continuó Amir. Será devuelta sana y salva —culminó bromeando.

Una vez terminado el desayuno, Katia quedó sola en la habitación cuando su nueva amiga se retiró. Un guardia quedó cerca de su puerta, escuchó que la ayudante le hablaba algo en árabe y se fue.

Amir rara vez iba con alguien a hacer sus diligencias, pero luego de pensarlo toda la noche se decidió. Necesitaba estar a solas con su ayudante y saber que era lo que la mantenía tan deprimida. Necesitaba saber qué había pasado el día anterior y esa era su oportunidad.

Karima no dudó. Nunca dudaba de su amo, le debía la vida. Amir la había rescatado ocho años atrás en medio de una guerrilla en medio oriente. Había perdido su familia en ese atentado, ambos padres y un hermano. En el medio del bombardeo entró en shock al ver que se había quedado sola y se escondió en el primer hueco que encontró. Estuvo veintisiete horas escondida en una oscura guarida dentro de una destrozada choza de la zona más afectada de la ciudad. Amir la encontró, sucia y asustada y la llevó con él.

Cuando bajó, Amir ya la estaba esperando. Sin decir una palabra la hizo subir a su auto y arrancaron hacia la ciudad en silencio. Ella no se animaba a decir palabra, no era común que él la llevara consigo a hacer sus diligencias; por eso actuaba con cautela.

Se dirigieron al mercado a comprar frutas y algunas verduras frescas. Amir hizo de Karima eligiera varios *abayas* nuevos para Katia. Algunos que no apretaran su abdomen y no fueran solo de color negro, sino que tuvieran otros colores como rojo, verde o marrón.

Al terminar de hacer las compras y las diligencias pendientes de Amir, volvieron a subir al auto; pero ésta vez él no prendió el motor del auto enseguida.

—Karima, sabes lo que quiero, ¿no?

Ella lo intuía, pero no sabía cómo empezar.

—Sí, Señor.

Él se acomodó en el asiento y se dirigió directamente hacia ella.

—Cuéntame.

—Señor... —no era algo de ella, no sonaba correcto contar un secreto de Katia.

—Karima. ¿Qué pasó?

—Señor, es que no es algo mío.

¡Peor aún!

Amir continuaba esperando, tenía la sensación de que no se iban a ir de ese lugar hasta que ella se explicara.

—¡Por Alá! —se resignó Karima y empezó a hablar.

Explicó lentamente los hechos que Katia le había contado el día anterior. Trató de justificarse diciendo que le había tomado mucho cariño a la niña y le había afectado demasiado. Prometió que no iba a volver a pasar. Habló sin parar como si las palabras le estuvieran apretando la garganta; pero era al revés. Una vez que soltó todo su pesar pudo sentir que su cuerpo se aliviaba notoriamente. Se emocionó al terminar de explicar el proyecto de familia en el que la niña aún creía; y debido a la situación en la que estaba ella, pensaba sería utópico. Un gran suspiro culminó su desahogo. Al fin podía respirar mejor, se había quitado un gran peso de encima.

El ahogo volvió en el momento en el que vio la palidez en la cara de Amir, con sus ojos llenos de rabia y tristeza a la vez. Apretaba el volante con sus manos, sus manos estaban rojas por la presión ejercida, toda la sangre parecía encontrarse en ese lugar.

—¿Señor? —Preguntó asustada.

Amir no podía perder la cordura, nunca lo hacía; y mucho menos frente a una de sus ayudantes. Respiró hondo, varias veces, implorando a Alá por serenidad. Podía sentir la mirada de Karima mientras el recobraba su compostura.

Eso estaba mal, por donde se mirara estaba horrible, y él podía hacer un poco más para mejorarla. Así que lo haría.

Karima y Amir llegaron directo a la mansión, luego de un silencioso viaje. Mientras ella se preguntaba si habría hecho bien en contarle, él parecía perdido y distraído.

Amir no terminaba de dar crédito a lo que acababa de escuchar. No creía o prefería no creer. O simplemente se arrepintió de haber buscado la verdad.

Él también le había tomado cariño a Katia. No solo era una joven hermosa, luchadora e inocente; sino que había tenido que pasar por todo eso por culpa de los malos negocios de ambas familias. Era un iluso al mirar para el costado y pensar que no le afectaba. Tarde o temprano lo haría. Y era el momento de hacer algo bueno, aunque fuera indirectamente.

—Karima —pronunció suavemente una vez que llegaron al hogar —mañana mismo haremos algo por esta situación. No te preocupes.

Ella lo miró asustada. Sabía que él no podía revelarse ante su padre y dudaba mucho que lo hiciera. Y sería muy malo para ella, que ella misma fuera la culpable de tal rebelión.

—No te preocupes. Mañana a primera hora lleva a Katia al jardín trasero. Las encontraré allí.

—Sí, Señor.

Karima fue enseguida a la habitación de su amiga a llevarle sus regalos, mientras se hacía la hora de orar. Amir se retiró a su dormitorio, donde estuvo toda la tarde ideando un plan para el día siguiente.

—Hola niña, buenos días... —su amiga la despertó como todas las mañanas, con un suculento desayuno.

—Hola —expresó Katia recién despertándose. Era una mañana hermosa, el sol brillaba en el cielo más fuerte que de costumbre. Nunca hacía frío en ese lugar, ya se había acostumbrado.

Estaba asombrada de lo mucho que había crecido su pancita en ese tiempo. Se veía redondeada y en punta. Ella solía cantarle y hablarle cuando estaba sola, le cantaba canciones de cuna que recordaba y le hablaba de lo maravilloso que era su papá. Seguramente si le hacían alguna ecografía en esos días ya le podrían decir el sexo de su bebé. Solía contarle sobre su papá y lo valiente que siempre había sido. Estaba convencida de que estaba vivo, lo sentía en su corazón. Y tenía la certeza de que en algún momento se iban a reencontrar.

—Niña, vamos a desayunar y luego daremos un paseo por el jardín, ¿te parece bien?
—preguntó obedeciendo las órdenes de Amir.

—¡Claro! —exclamó ella sin tener idea de lo que iba a pasar. Igualmente le encantaba observar las flores, así que ni siquiera lo dudó. Le encantaba estar rodeada de tanta naturaleza.

Hacia allí se dirigieron ambas, luego de desayunar. Katia aprovechó para usar uno de los *abayas* nuevos que Amir le había regalado. Eran mucho más vistosos que los negros lisos que poseía.

Volvieron a sentarse en el banco que generalmente lo hacían, debajo de un gran árbol que las proveía de sombra, mientras podían observar tranquilamente la variedad de flores que ofrecía el lugar.

Amir se dirigió convencido al jardín sabiendo que Karima cumpliría con lo que él le había pedido sin dudarlo. Se acercó lentamente observando sigilosamente el perfil de Katia. Se veía tan hermosa, tan radiante con su nueva ropa. Eran tan inocente y cálida que cada vez lamentaba más la situación por la que estaba pasando.

—Hola, buenos días... —apareció sin más interrumpiendo la conversación.

—Buen día Señor.

—Buen día —contestaron al unísono.

—¿Cómo te encuentras Katia? —preguntó obviando la presencia de Karima.

—Bien —contestó segura.

Amir miró seriamente a Karima, y ella entendió que tenía que retirarse. Cedió su lugar al lado de Katia, cosa que nunca había sucedido. Tras un rato de silencio y un gran suspiro comenzó a hablar.

—¿Segura que estás bien? —Preguntó nuevamente.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? —Inquirió insegura. No se imaginaba hacia dónde iba con tanta pregunta.

—Es que tengo una sorpresa para ti.

—Ya no me gustan las sorpresas —expresó a la defensiva. Ni quería saber qué cosa tendría él preparado para ella.

—Ésta te va a gustar... —aseguró él seriamente.

Ella lo miró dudosa. De verdad ni siquiera quería saber qué era. Quizás le decía que tenía que volver con el Jeque o que éste la había vendido a alguna persona en la otra punta del planeta.

—No te asustes... —expresó Amir con delicadeza, apenas rozando su mano con la de ella —quiero que conozcas a alguien.

Mierda. Me vendió. Fue lo primero que cruzó por su mente. *Se cansó de mí y me ha vendido.* Ella bajó la mirada en señal de resignación y tristeza, no podía creerlo, nunca lo hubiera esperado de él.

—Deja de pensar mal Katia —replicó él ya conociéndola.

Miró hacia la entrada del gran jardín, donde Karima estaba con otra persona a su lado. Otra mujer. Exuberante y hermosa, vestida con un hermoso *abaya*. Ante un gesto de Amir, la extraña comenzó a avanzar hacia ellos. Apenas si se veía su rostro.

Katia la miró fijamente, le parecía familiar. Pero ¿quién podría parecer familiar en ese recóndito lugar del planeta?

La extraña se acercó lentamente, con la cabeza baja hacia donde estaban ellos, miró a Amir pidiendo un permiso que no necesitaba más palabras.

Sus ojos brillaban de emoción y agradecimiento a la vez y fue cuando conectó su mirada con una absorta Katia.

Katia no creía lo que estaba viendo, aseguró que alucinaba. Su piel palideció, el tiempo se detuvo al mismo tiempo que su corazón. Sus manos temblaron, sus labios se secaron y sus ojos se nublaron de forma instantánea.

—Ma...

Las palabras no le salían. Su pecho subía y bajaba, no estaba segura de qué hacer en ese momento.

—¿Mamá? —Se animó a preguntar.

La extraña asintió en el mismo momento que un sollozo escapó de sus labios. Lágrimas corrían por sus mejillas al volver a ver a su hija.

Katia se abalanzó sobre ella y la abrazó fuertemente, casi colgando de sus hombros

mientras lloraba.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Soy yo pequeña... —expresó María Julia entre sollozos.

—¡Mamá! —continuaba gritando sin darse cuenta, como si otra palabra no pudiera salir de su boca. Lloró hasta que se ahogó y tuvo que separarse obligadamente de los brazos de su madre.

—Por favor niña... tenga cuidado... —suplicaba Karima que también estaba sollozando. Tenía miedo que algo pudiera pasarle a ella o al bebé.

—¡Es mi mamá! ¡Es mi mamá! —repetía emocionada como si ellos no supieran la novedad.

María Julia estaba más tranquila, aunque también estaba emocionada. Amir le había explicado la situación, parte de la que ella ya estaba al tanto, pero no podía interferir por la propia seguridad de Katia. Le explicó que estaba embarazada y que iba a ser una emoción fuerte, pero que tratara de contenerla en beneficio del bebé.

—Amor, tranquila. Estoy aquí... —decía dulcemente a su hija tratando de calmarla de su estado de excitación.

—Mamá... —Katia seguía repitiendo esa palabra por todos los años que había estado ausente. Era increíble. ¿Cómo podía ser que su mamá estuviera viva? ¿Por qué su papá había dicho que estaba muerta?

—Siéntate amor, hay tanto de qué hablar.

—No me sueltes... —dijo Katia a su madre una vez que se hubieron sentado tomadas de sus manos.

—No, amor. Aquí estoy.

Katia logró tranquilizarse. Ni Amir, ni Karima se retiraron completamente, ambos quedaron en el parque en una zona cercana a donde se encontraban ellas.

Katia lo observó y lo vio emocionado. Expresó un silencioso “gracias” hacia él, el cual aceptó con un movimiento de cabeza.

—Ha hecho bien —comentó Karima de forma atrevida a un Amir totalmente

acongojado. Él la miró en silencio, esa mujer podía leerlo correctamente cada vez. Era una mujer muy correcta y sencilla. Con un gesto de su boca agradeció el comentario, mientras quedaron observando un verdadero amor de madre e hija.

—No entiendo... —expresó Katia una vez recompuesta de tal emoción.

María Julia la miraba con emoción. Después de tantos años de no verla, de renunciar a ella, el destino las volvía a juntar, obviamente ayudado por el buen Amir.

Ella se enteró de cuando Gandur Aldayuz la secuestró. No podía intervenir, obviamente, ni dejarse ver; pero se aseguró que tuviera todos los días agua fresca y algo decente para comer. Hacía muchos años que trabajaba para él de alguna manera en una de las primeras veces que su esposo se equivocó con ellos. Ella también era un efecto colateral de un negocio mal hecho. Gandur primero la escondió, luego en un acto de humanidad se apiadó de ella y la dejó con vida, pero a su servicio, renunciando a su vida anterior. El fiscal nunca se enteró que ella estaba viva, la dio por muerta y eso le sirvió al Jeque. Nadie más la buscó. Se acostumbró a la presencia de ella, ya que estaba agradecida de que le había perdonado la vida, siempre fue una fiel servidora del mismo.

Habló con Katia calmadamente, le comentó su situación y todo lo que había sucedido. Ella también pudo explicarle lo que le sucedió a ella, de la misma manera que se lo explicó a Karima. El internado, la violación, el embarazo, Mauro; todo escapó de sus labios de forma incontrolable. Lágrimas continuaban corriendo por las mejillas de ambas; de emoción, de dolor o de ausencia.

Karima les llevó algo fresco para beber, por orden de Amir. Ellos se habían retirado al ver que todo estaba bien y que ni Katia ni su bebé corrían peligro. Se sintió satisfecho de hacer una obra de bien por ella, aunque tenía la sensación de que nunca sería suficiente para reparar todo el daño que ella había sufrido. Extrañamente no sentía que había traicionado a su padre.

María Julia no sabía toda la historia. Amir contó lo suficiente como para convencerla de ir a encontrarse a su hija. No se imaginaba ni la cuarta parte de lo que ella le contó. Sintió angustia e indignación instantánea. Lágrimas, abrazos y llanto colmaron el jardín; pero al final entendió.

Amir no podía traicionar a su padre, ella sí. Ella tenía la posibilidad de hacer algo, tenía dos cosas importantes por hacer.

Capítulo 17

María Julia debía volver al palacio de Gandur Aldayuz. Por más que quisiera quedarse con Katia, no podía. Debía aprovechar esos días que el Jeque estaba en un viaje de negocios para hacer varios movimientos si quería que alguien rescatara a su hija.

Amir en persona la llevó de vuelta al palacio, el viaje fue silencioso mientras María Julia pensaba las mil maneras para ayudar a su hija sin comprometer la integridad de Amir.

—*Shukran*—Agradeció suavemente al bajar del coche. Amir se había jugado por completo por esa chica. No dejaba de ser una traición a su familia.

Se dirigió directamente a su dormitorio, estuvo alrededor de una hora calmando su ansiedad y cambiándose para hacer lo que tenía pensado, hasta que se animó. Se dirigió a la cocina, tomó una bandeja con agua fresca y partió hacia la celda de Franco Bellagio.

—Abra —ordenó al guardia en árabe.

El guardia la miró dubitativo. Ella nunca había venido a servirle nada, pero el Jeque justamente no se encontraba en la ciudad para consultarle la visita.

—Abra —repitió María Julia al verlo dudar —traigo agua al prisionero.

El guardia al ver su insistencia, accedió y abrió la puerta de la celda. Se sentía en las puertas del infierno. Sabía a lo que venía, así que entró decidida.

Franco estaba en su oscura celda, apoyado en una de las tristes paredes, cuando sintió la puerta abrirse de golpe.

Una figura femenina apareció frente a la puerta, sosteniendo una bandeja con una jarra de agua. Una vez adentro de la celda, el guardia cerró la puerta y los dejó solos.

—Hola Franco —expresó mientras retiraba su *hijab* y dejaba su rostro al descubierto.

El fiscal palideció. Su boca se abrió exageradamente mientras trataba de hablar.

—María ...—exclamó sorprendido.

—No te muevas —dijo ella secamente.

Franco quería levantarse, no acreditaba lo que estaba viendo.

—¿Eres tú? —Preguntó incrédulo elevando una mano para intentar tocarla.

—Te dije que no te levantes—.Repitió elevando el tono de voz—. Fallaste otra vez Franco. ¡Otra vez!

Franco no sabía si estaba soñando o si lo que estaba viviendo era real.

—¡Vendiste a tu hija! —espetó con bronca en la cara de su ex marido—. ¿Cómo pudiste Franco? ¡¿Cómo pudiste?!

Él se avergonzó. Entre la sorpresa y el susto no sabía cómo actuar. Parecía que su mujer había vuelto del más allá para reprocharle lo mal padre que había sido. La había hecho enojar y volvió de entre los muertos para llevárselo.

—No me lleses... —imploró el fiscal temeroso.

—¿De qué estás hablando?

—Eres la muerte... No me lleses por favor... —suplicó arrastrándose hacia ella.

—¡Serás idiota! —Se acercó a él y le dio un cachetazo que sonó en toda la habitación
—¡No estoy muerta estúpido! ¡Estoy viva!

El fiscal se paralizó, su corazón iba a explotar en cualquier momento. Su mujer no estaba muerta, ¡estaba viva!

—Oh... María... —sollozó casi a sus pies.

—No me toques Franco—. Se alejó ella como un resorte—. Estoy aquí para ver si puedo salvar aM/hija del tremendo lío que la metiste. Eres una mierda Franco.

—No... María... no entiendes.

—¡Tú no entiendes! ¿Sabes lo que le has hecho a tu hija? ¿Lo sabes? —espetó con todo su asco.

Tenía razón. Tanto tiempo solo había servido para auto convencerse de ser el peor padre del mundo. Una mierda era poco.

—No estoy acá por ti, estoy por ella.

—¿Por ella? ¿Está acá?

—Claro que no. La vendiste.

—Pero...

—Calla tu asquerosa boca.

No podía creer que ella era real, estaba allí y no podía tocarla.

—No me toques. Gritaré, el guardia vendrá y estarás en problemas.

—María... —emitió una súplica bochornosa.

—No te acerques a mí. Me das asco—. Continuó ella... —En una hora quiero que hagas algo que distraiga a los guardias de la casa.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé. Inventa algo.

—¿Qué vas a hacer María? —Preguntó asustado.

—Todo lo que tuve que renunciar para salvaguardar tu vida y la de Katia ha sido en vano. ¡Lo has estropeado todo! Voy a sacar a mi hija de tu mierda. Y me vas a ayudar—. Trataba de no levantar demasiado la voz para no alertar al guardia.

Franco le prestó atención. María Julia estaba irreconocible. El desprecio que desprendía hacia él era notorio. Era lógico. ¿Qué madre no lo sentiría? Pensó en silencio.

—Escúchame bien Franco. ¡Una hora! —replicó haciendo una seña con su dedo índice.

—No tengo reloj... —se quejó él.

—¡Entonces empieza a contar! —le contestó, mientras se giró sobre su cuerpo y se retiró, dejándolo nuevamente en su tortuosa penumbra.

Franco cada vez se convencía más de que había sido un padre espantoso, y ahora no sólo eso, que como esposo también había fallado. Su esposa estaba viva y no había sido capaz de localizarla. La había dado por muerta. No se sentía más mierda porque no podía. Merecía morir así, solo y abandonado en el fin del mundo.

De seguro algo tenía pensado María Julia que había venido con esa propuesta. Parecía haber estado con Katia, eso significaba que ella estaba viva. No conocía demasiado a Amir, pero parecía una persona coherente, no creía que le hiciera daño. No le pasaba lo mismo con Hassan, él era más desprolijo. Si su hija se hubiera ido con él, todo hubiera sido muy diferente. De eso estaba seguro.

Trataba de contar, por momentos se perdía en pensamientos de auto compasión, pero ésta vez no podía fallar. Necesitaba crear una distracción, María Julia de seguro se aparecería con algún plan. Buscó entre las pocas cosas que tenía en la habitación, nada. No tenía más que telas que oficiaban de cortinas, un par de almohadones, una banqueta de madera. De repente divisó la bandeja que le había traído su desaparecida esposa. Una jarra con agua fresca y un par de servilletas, era lo único que había. Se acercó tímidamente y tanteó a ver si había algo más. Efectivamente, entre las servilletas encontró un paquete de cerillas. Seguro, ella ya tenía todo planeado.

Disponía de telas, como sus cortinas, sus gastadas sábanas y las propias servilletas, y se dispuso a iniciar un pequeño fuego cerca de la puerta. Ni bien vieran que salía humo por debajo de la misma, todos los guardias se pondrían en alerta.

María Julia esperaba pacientemente en el primer piso a que los dos guardias que vigilaban sin demasiada atención el dormitorio de Gandur Aldayuz se movieran. Al no estar el jefe máximo entre ellos se permitían cierta libertad inusual en la casa. No importaba, ella era paciente; esperaría tras la escalera hasta que el inútil de su marido no solo descubriera la caja de cerillas, sino que le surgiera el coraje necesario para prender fuego la misma habitación donde se encontraba.

Veinte minutos pasaron, cuando escuchó la voz de uno de los guardias en el piso de abajo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Gritaba en árabe como un desquiciado.

Los guardias que se encontraban arriba, salieron disparados sin pensarlo dos veces. El olor a humo ya se podía sentir de forma clara. Al verlos pasar delante de ella; que estaba escondida en un hueco; sin notarla, decidió moverse.

Se dirigió al dormitorio del Jeque sabiendo que él allí conservaba varios teléfonos

prepagos que utilizaba en sus negocios. La mayoría los usaba una vez y los desechaba. Revisó varios cajones, debajo de su cama, entre su ropa. Arriba del guardarropa, encontró una gran caja. Tenía la respiración agitada, las manos le sudaban y estaba muy nerviosa. Sabía que si alguien descubría lo que estaba haciendo, sería mujer muerta en segundos.

¡Bingo! Dentro de la caja encontró decenas de ellos, algunos tenían su chip correspondiente. Otros estaban sin el mismo, pero en la caja había varios de ellos. Tomó un par y dos chips. Uno de ellos parecía ser un Smartphone, si lograba que funcionase, podía recurrir al GPS.

Salió cuidadosamente de la habitación. No había nadie arriba, pero podía escuchar que aún tenían un barullo importante en el primer piso. Aprovechó el gran revuelo y se escapó por una de las puertas laterales al jardín posterior. Revisó que no hubiera nadie cerca y enseguida se puso manos a la obra con los teléfonos que había conseguido.

Mauro y Claudio llegaron a Somalia, luego de hacer varias paradas antes. El viaje fue largo y cansador; pero ni bien llegaron se dispusieron a buscar un lugar donde quedarse y contactar a las personas que los ayudarían localmente con la investigación.

Los contactos eran los mínimos necesarios para hacer la misión lo más secreta posible. Entendían que podía haber gente involucrada en la enorme red de corrupción que se manejaba, así que había partido lo más sigilosamente posible.

En Buenos Aires, el centro de comando, ahora con Sebastián al mando seguía atento a las noticias y a los posibles datos que surgieran de esta nueva misión. Claudio era muy bueno con las computadoras, así que estaban seguros que ni bien pudieran acercarse a algún centro importante, como puertos, aeropuertos y demás que tuvieran sistema centralizado de cámaras podía ingresar a ellas sin sudar siquiera.

Contactaron con dos investigadores locales. Esa misma noche iban a ir de recorrida por el puerto, que estaba cercano al lugar donde se habían instalado.

Se instalaron rápidamente y se encontraron con ellos de inmediato. La ansiedad de Mauro gobernaba el ambiente, quería hacer todo ya, pero estaban agotados. Claudio tomó parte de su computadora y el equipo, y partieron rápidamente hacia el puerto.

Al llegar al lugar, divisaron miles de containers explayados por todo el parque de almacenamiento.

—¿Desde cuándo está todo esto acá? —Preguntó Claudio asombrado.

—Siempre está lleno este lado. Por más que hay movimiento, siempre cargan, se llevan varios y traen más. Nunca está vacío—. Contestó uno de los que estaba con ellos.

—¿Saben de dónde provienen?

—Al parecer de Arabia, pero nunca pudimos hackear su sistema de seguridad para asegurarlo—. Prosiguió explicando —tienen varias barreras que aún no pudimos romper. De día no tienen demasiado movimiento. Pero sí pudimos ver que acá hacen el cambio de los container que traen.

—¿Cómo? —preguntó Mauro con curiosidad.

—Sí. No sucede todos los días. Pero seguro dos veces por semana, llega un buque carguero con varios container que dejan acá, y se llevan parte del cargamento que hay en los que están ya apilados previamente en éste lugar.

—¿Pudieron ver que contienen?

—No. Vienen en grandes camiones y descargan grandes cajas de madera.

—¿No saben que hay adentro de esas cajas?

El otro hombre, que estaba en silencio, hizo un ademán de mirar hacia arriba del gran tejido que los separaba de la zona de carga. La zona estaba monitoreada por pequeñas cámaras que pasaban desapercibidas al ojo humano. Si no estaban atentos, serían fácilmente detectables.

—Está todo monitorizado —acotó el primero —pero intuimos que allí es donde guardan las armas. Las transportan dentro de esas cajas y las ingresan como si fueran cualquier otra cosa.

—Creo que sé cuáles son. Ese tipo de cámaras son muy modernas, pero estoy seguro de que voy a poder entrar sin problemas—. Exclamó Claudio —Mauro, dame tu celular. Déjame tomarle unas fotos.

Mauro buscó dentro de su ropa. Al salir apurado ni se había acordado del celular.

—¡Mierda! Lo dejé en la habitación.

María Julia tenía dos teléfonos de contacto para llamar. Katia le había pasado el de Mauro y el del Centro de Comando que él le había pasado alguna vez ante cualquier eventualidad.

Colocó el primer chip en el primer celular, no funcionó. Revisaba constantemente que nadie la viera, ya que todavía estaban corriendo con baldes de agua hacia la casa.

Agarró el otro, probó con el mismo chip. Prendió, por suerte tenía batería y aceptó el chip sin problemas. Buscó el papel donde tenía anotados los teléfonos que Katia le había dado y se dispuso a llamar.

A la primera persona que llamó fue a Mauro. Katia le había especificado que primero que nada tratara de contactar con él. No sabía en qué condiciones estaría pero confiaba en que se encontraba bien.

Llamó, llamó y llamó. Nadie contestó. Probó tres veces más con el mismo número sin tener suerte. Trató con el otro. No podía tener tanta mala suerte. Afortunadamente seguían entretenidos en la casa.

—Hola —contestó una dudosa voz del otro lado.

—Hola. ¿Quién habla? —Preguntó ella.

—¿Quién habla allí? —Preguntó Sebastián del otro lado. Había visto el número desconocido, luego de pensarlo por un momento decidió atender usando el rastreador.

—Soy María Julia. La madre de Katia Bellagio.

Sebastián se congeló. Sabía que la madre de Katia había muerto años atrás. Pensó que podía ser una trampa. Todos escucharon atentamente ya que la conversación ya estaba en altavoz.

—La madre de Katia murió hace tiempo —aseguró Sebastián mientras hacía señas al Comandante y compañeros para que prestaran atención a la conversación.

—No estoy muerta. Fui secuestrada, al igual que mi hija. La misma gente.

Todos se miraron con desconfianza, pero decidieron prestar atención a lo que esta persona tenía que decir.

—Katia me dio el celular del detective Lamanna, pero no me ha contestado; por eso llamé ahí.

El Comandante no dudó y tomó la llamada personalmente.

—Señora son el Comandante Álvaro Luna, por favor explíquese.

—Soy María Julia Almagro, esposa de Franco Bellagio y madre de Katia Bellagio. Ella se encuentra en Arabia Saudita y quiero hablar con alguno que sea capaz de rescatarla.

Eso no dejaba demasiado lugar a dudas. La llamada había sido rastreada y mostraba un punto en Arabia Saudita.

—¿Dónde se encuentra señora?

—Antes que nada necesito hablar con el detective Lamanna.

—No se encuentra aquí. Está en busca de Katia.

—Pues no va a llegar a ella, si ellos no quieren, así que les aconsejo que se pongan en contacto con él y que me llame a este teléfono de manera urgente—. Explicó María Julia con seguridad—. Hay una sola opción para que mi hija salga con vida de acá, y yo le voy a explicar a él cuál es.

—Nos pondremos en contacto con él —aseguró el Comandante.

—Debe ser de forma inmediata. No puedo mantener este teléfono mucho tiempo.

—Será lo antes posible. Ya nos vamos a poner en contacto con él.

—Se agradece —culminó ella y cortó la conversación. Esperaba que muy pronto pudieran contactarse con el detective, ya que si la descubrían con el celular podía ser muy peligroso para ella.

El revuelo en la casa ya era menor, el incendio ya estaba bastante controlado, había llegado a esparcirse bastante debido al gran calor reinante en el lugar. Suponía que moverían a Franco de habitación, en el caso en el que aún estuviera con vida. Eso no le importaba demasiado, lo que estaba haciendo lo hacía por su hija y por su futuro nieto. Solo por ellos valía la pena.

Mauro y Claudio volvieron a la habitación rápidamente ni bien se dieron cuenta de que el primero no tenía su celular. No entendía cómo lo podía haber olvidado. Entre la

ansiedad y el cansancio del viaje se le pasó, pero un detalle así no podía suceder.

Claudio llegó directo a buscar información de las cámaras en el perímetro de la zona de embarque de los diferentes containers. Sabía que podría hackear la red de seguridad y entrar en el sistema de vigilancia del lugar. Una vez adentro podría buscar en videos o registros personales de la información local. Estaba tan ansioso como Mauro de ponerse a trabajar.

Mauro entró directo a buscar su celular en su bolso. Seguía reprochándose lo estúpido que había sido al olvidarlo. Al encontrarlo se percató que tenía cuatro llamadas perdidas de un número desconocido, y tenía tres más del Centro de Comando.

—¡Mierda! —exclamó sabiendo que algo importante debía haber pasado.

—¿Qué pasó? —Preguntó Claudio ya acomodado para ponerse en acción.

—Llamadas perdidas. Voy a llamar a Buenos Aires.

El teléfono llegó a sonar una vez cuando la voz de su propio Comandante retumbó en su oído.

—¿Dónde mierda tenía el celular Lamanna?

—Perdón Comandante, fue un descuido, lo olvidé ¿qué pasó?

—Algo muy importante. ¿Escuchó mis mensajes de voz?

—No. Ni bien vi las llamadas perdidas he llamado.

—Recibimos una llamada de la madre de Katia.

Mauro casi se cae. Se tuvo que sentar en la cama de su pequeña habitación ante tal noticia.

—La madre de Katia... está... —balbuceó desarticulado.

—Al parecer no Lamanna. Debe llamarla ya.

—¿Eh? ¿Ya? —le costaba creer, podía ser una trampa. Katia le había dicho que su madre no vivía.

—Sí, ya Lamanna.

El Comandante le cortó bruscamente. No daba crédito. ¿Sería posible que fuera verdad?

—¿Qué pasó? —preguntó Claudio viendo la cara que tenía su amigo.

—No lo sé... —expresó confundido—. Pero voy a averiguarlo.

María Julia seguía esperando en el jardín mientras observaba de lejos el movimiento en la mansión.

No habían pasado diez minutos de la llamada a Buenos Aires que su teléfono comenzó a vibrar. Lo tenía sin sonido por cualquier cosa, pero por suerte la llamada que esperaba no demoró en llegar.

—Hola—. Contestó insegura.

—Hola. Habla Mauro Lamanna —respondió Mauro aún más inseguro.

—Me alegro que me haya llamado enseguida.

—¿Quién habla?

—María Julia Almagro, madre de Katia.

—La madre de Katia murió—. Aseguró él, aún dudando de quién llamaba.

—¡Pero otra vez con lo mismo! No me morí, estoy vivita y coleando; y si usted quiere que Katia salga con vida de toda la mierda en que la metió su padre me tiene que escuchar.

La necesidad interna de saber algo de su ángel lo hizo reaccionar en el momento.

—¿Por qué Katia me dijo que usted había muerto?

—Porque el inútil de mi marido no me pudo encontrar, entonces simplemente le pareció más sencillo darme por muerta.

—¿La ha visto?

—Sí. Ella me dio su número.

—¿Cómo está ella?

—Ella está bien ahora, pero ésta no es la vida que quiero para ella. Su futuro aún es incierto aquí, tiene que venir por ella.

—Dígame dónde está. La voy a buscar.

—No es tan simple Lamanna. Hay una sola forma de sacar a Katia con vida de acá.

—La voy a ir a buscar de todas maneras.

—No. Yo le voy a pasar un número de teléfono al que usted tiene que llamar para arreglar su salida del país.

—Yo no tengo porqué llamar a nadie—. Instó Mauro desconfiado—. Ni siquiera tengo la seguridad de que usted es quien dice ser.

—Mire joven ...— suspiró María Julia ya agotada —usted no puede venir aquí y hacer su propia guerra personal porque la única persona que va a salir lastimada va a ser ella, y todas las personas que vengan con usted—. Mauro escuchaba atentamente—. Franco ha vendido su vida por la de su hija, y si usted realmente la ama, como ella piensa que lo hace, va a hacer lo que yo le diga.

—¿Qué Franco hizo qué? —preguntó el detective azorado ante la revelación.

—Yo le voy a pasar el número de teléfono, como ella me pidió; luego me desharé de este teléfono. Usted haga lo que quiera. Yo ya no puedo hacer más.

Mauro quedó atónito mirando la pantalla. *Llamada finalizada*. Le costaba creer, estaba reacio a ello, pero su gran intuición decía que debía confiar.

¿Qué carajos?

Decidió llamar directamente al Comandante.

—Lamanna.

—Comandante, ¿qué veracidad tenemos acá? —preguntó nervioso —¿Sabemos que es ella?

—Hemos rastreado la llamada. Proviene de Puerto Sudán en Arabia Saudita.

—¿Puerto Sudán?

—Sí. No tenemos la certeza de que sea la madre de Katia, no hay registro vocal de ella con qué comprobar.

En ese momento Mauro sintió el sonido de un mensaje entrante en su celular.

—Espere, me acaba de entrar un mensaje—. Comentó al Comandante, fijándose en su celular. Le estaban llegando dos archivos al mismo tiempo con el mensaje—. Un minuto... —comentó para poder fijarse en los archivos. Uno de ellos era un mapa de ubicación, el otro era una fotografía. Abrió ambas cosas y se asombró del parecido que tenía Katia con la persona de la fotografía. Debía ser una foto de su madre, tomada en ese mismo momento.

—Tengo una fotografía... —aseguró Mauro al Comandante —debe ser la madre de Katia, es muy notorio el parecido.

—Mándeme todo Lamanna. Le daremos prioridad.

—Debo ponerme en contacto con alguien antes de ir. Me mandó un mapa de ubicación también.

—¿Concuerda con el nuestro?

—Creo que sí... —respondió atónito—. Es increíble.

—¿Cómo les fue allí?

—Tenemos la zona de carga y descarga asegurada. Claudio está trabajando para entrar al sistema de vigilancia—. Comentó aún consternado por las últimas novedades.

—Bien. Les conviene descansar un poco. Te enviaré refuerzos a primera hora de la mañana, no se marchen solos. Muchos menos meterse en las fauces del lobo sin estar debidamente preparados. Llegarán lo antes posible. Me encargaré de esto Lamanna.

—Sí, señor —respondió correctamente el detective.

—Me informa antes de cualquier movimiento. No quiero locuras.

—No se preocupe señor. Soy el primer interesado en que todo salga bien.

—Bien. Ocúpate.

Mauro cortó la comunicación. La cara de Claudio denotaba el asombro reinante en el lugar.

—La madre de Katia me pasó el teléfono de alguien para llamar primero.

En ese momento sintió otro mensaje llegar. Esta vez provenía desde Sebastián en Buenos Aires. *“Afirmativo. Es María Julia Almagro”*

—Debo hacer ésta llamada—.Expresó decidido. No tenía idea de con quién se iba a encontrar del otro lado de la línea.

Capítulo 18

Amir había mandado llamar al médico ya que quería que controlaran a Katia. Había sufrido muchas emociones juntas y quería asegurarse de que todo estuviera bien. También le pidió traer un ecógrafo portátil ya que sabía que a éstas alturas del embarazo ya podían saber bien el sexo del bebé, según ella le había preguntado.

El médico la revisó y constató que ella estaba perfectamente. La examinó como siempre lo hizo, con esmero y profesionalidad. Al momento de estar haciéndole la ecografía, preguntó en árabe a Amir, que ofreció de traductor.

—Pregunta si quieres saber el sexo del bebé —expresó contento como si de su hijo se tratase.

—¿Lo puede ver? —Se entusiasmó Katia.

—Sí... —contestó sereno Amir —ya lo sabe, solo me pregunta si tú lo quieres saber.

—¡Claro que sí! —Expresó ella con júbilo.

Al contrario de lo que se podía pensar, reencontrarse con su madre le había levantado el ánimo y la había llenado de vitalidad. Amir comunicó la decisión de la madre al médico que rápidamente se expresó.

—Es un varón... —aseguró Amir con ternura—. Es grande y fuerte. Está en perfectas condiciones—recalcó tiernamente—. Felicidades madre.

—¡Un varón! —volvió a exclamar hacia Karima que también estaba presente—. Será Máximo... Máximo Lamanna —expresó con aire soñador.

Como su padre eligió.

La sesión terminó con una alegría desconocida.

Amir no sabía cómo, pero sentía la alegría de un padre. Su lastimado corazón se reponía al saber que estaba haciendo algo para sopesar los males que Katia había tenido que vivir.

Estaba consciente de que muchos de ellos no eran por su culpa, pero entendía en el fondo de su corazón que él tenía el poder de repararlo, y ya su plan estaba encaminado.

En ese momento, sintió vibrar su celular en su bolsillo. Estaba esperando esa llamada, así que se retiró de la habitación para poder tomarla.

—Hola —respondió en español sabiendo de quién se trataba.

—Hola —se escuchó una voz dudosa del otro lado.

—¿Con quién hablo?

—Habla Mauro Lamanna. Me dijeron que lo debía llamar.

Amir se dirigió a su despacho, su lugar íntimo dentro de la casa, para poder hablar claramente con él. Había ideado un plan en el cual no debería salir nadie herido y todos ganarían algo. Era arriesgado, demasiado; sobre todo para él; pero necesitaba hacerse a su manera para que saliera bien. Si los que querían rescatar a Katia venían por su cuenta buscando una guerra la situación se iba a poner peor de lo que cualquiera imaginase.

—Sí. Yo lo pedí—. Explicó Amir serenamente—. Mi nombre es Amir Aldayuz.

A Mauro se le revolvió el estómago del otro lado del audífono. Vivía pensando en ese apellido, soñaba con él, más bien tenía pesadillas. Se recompuso inmediatamente y escuchó con atención.

—¿Usted tiene a mi mujer? —inquirió simulando una calma que no tenía.

—Exactamente. Ella se encuentra en mi casa —respondió con serenidad —pero aún no puede venir por ella.

—No es muy lógico lo que me está pidiendo señor. ¿Para qué me hace llamarlo entonces?

La repulsión continuaba aumentando dentro de Mauro, sabiendo que era miembro de la familia que más odiaba en el mundo.

—Entiendo levemente su posición Señor Lamanna, pero hay una sola manera de hacer esto sin que ella o su bebé sufran las consecuencias. Necesitamos hacerlo bien.

—¿Y yo debo creer que usted me va a ayudar? —preguntó con la incredulidad a flor de piel.

—Usted crea lo que quiera, pero sepa una cosa; si usted viene y trata de llevársela por la fuerza; ella pagará las consecuencias. No podré defenderla. Mi padre no es una persona que tenga piedad Señor Lamanna.

—¿Ella está bien? —preguntó con cierto aire conciliador.

—Ella está en perfectas condiciones, y su bebé también.

¿Por qué carajo su voz interior no hablaba en los momentos que necesitaba una idea clara?

Un suspiro escapó de sus labios. Su instinto natural le imploraba que no confiara en una persona que tuviera apellido Aldayuz. *¿Por qué su corazón le decía lo contrario?*

—En éste momento acaban de hacer su control de rutina, con mi médico personal. Está todo en perfectas condiciones, créame... —Amir sentía una calma desconocida. Sabía perfectamente que iba a ser difícil que Mauro confiara en él de buenas a primeras, pero necesitaba hacerlo a su manera para preservar el bien de todos.

—¿Qué propone? —preguntó Mauro comenzando a resignarse.

—Primero que nada que nos encontremos para contarle mi plan.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —No estaba convencido, pero... ¿qué más podía perder?

—Le voy a enviar los datos necesarios a su celular. ¿Cuándo llega a Arabia?

—Aún me tienen que confirmar, pero supongo que mañana mismo.

—Me confirma a éste celular cuando llega, y arreglaremos un lugar para la reunión.

¿Debía confiar? ¿Y si era una trampa?

—Ok... —dijo pensativo —¿Ella está bien? —volvió a preguntar. No sabía qué pensar.

—Sí —respondió Amir con paciencia—. No puedo pasarle el teléfono, pero lo haría. Es mejor que ella esté al margen de lo que va a suceder, y aparte como habrá notado, ha habido noticias muy importante para ella en los últimos días. No quiero que tenga más

emociones fuertes.

Mauro sabía que se refería a la aparición de su madre, obviamente había sido una emoción fuerte que había tenido que pasar en su condición. Estaba en él; podía creer o no. Aún no lo tenía claro.

—Nos pondremos en contacto ni bien usted tenga novedades de su arribo al país.

—Bien, estaré en contacto.

Cortaron la comunicación y enseguida el detective pasó sus novedades a su centro de comando. No tenía idea qué podía salir de todo eso, pero por Katia y su bebé, debía intentarlo.

A primera hora del día siguiente tenía la autorización para partir a Arabia Saudita con Claudio. Se reuniría con el resto del equipo allá mismo. La ansiedad lo gobernaba, el cansancio parecía esfumarse ante la posibilidad de encontrar a su mujer. Necesitaba a Katia y a su bebé de forma irreconocible. Nunca imaginó que podía sentir esa necesidad por alguien. Ni bien supo los datos de su arribo mandó un mensaje de texto a Amir confirmando la hora de llegada.

Él le había respondido enseguida con otra locación y hora para su secreta reunión. No entendía qué podía llevar a Amir a ayudarlo. No dejaba de ser familiar de Gandur, el hombre que más odiaba en la tierra.

Se reunieron con todo el equipo que provenía de Buenos Aires y se alojaron en un apartamento a las afueras de la ciudad, alquiló un vehículo para encontrarse con Amir esa misma tarde. El lugar que había preparado era discreto y alejado del centro.

En horas del mediodía debía encontrarse con él. Seguía demasiado ansioso como para pensar con claridad. Claudio insistió en acompañarlo y quedarse alejado por si era una trampa. Repetía que no debía ser tan confiado; y aunque Mauro podía tener ese mismo presentimiento, no sabía por qué confiaba.

Se dirigieron al encuentro en forma discreta, el cual se daría en un lugar alejado donde vivieron antiguos habitantes de la zona, algunas ruinas de casas se podían divisar a lo lejos. No eran demasiadas, pero aguardaron en lo que sería la pequeña entrada del pequeño pueblo.

No pasaron diez minutos cuando vieron acercarse un auto negro de alta gama que se dirigía solitariamente al punto donde se encontraban.

Se bajaron del cacharro alquilado y aguardaron allí, hasta que el elegante auto paró frente a ellos. Ambos estaban armados ante cualquier eventualidad, pero pudieron divisar que solo un hombre bajó del mismo.

—Buenas tardes... —expresó Amir en tono cordial —Amir Aldayuz —se presentó y estiró su mano amablemente para saludar a los visitantes. No le sorprendió que Mauro estuviera acompañado.

—Mauro Lamanna —saludó primero el detective.

Claudio estaba un poco retrasado, pero estaba atento a lo que sucedía.

—Él es mi compañero... —señaló el detective hacia donde su amigo se encontraba.

—Está bien, me imaginé que no iba a concurrir solo.

—¿Usted vino solo? —preguntó Mauro dudoso.

—Sí. Es muy peligroso si alguien me ve aquí—. Comentó tranquilo—. Vamos a alguna de las casas, tengo varias cosas para mostrarle.

Se dirigieron al interior de una de las casuchas arruinadas del lugar, se ubicaron sobre unos bancos de material y comenzaron a hablar.

—Mi padre es un hombre muy difícil, pero aún así es mi padre; así que quiero protegerlo de alguna manera.

—Su padre casi me mata a mí y a mi mujer. No es una persona de mi agrado.

—Lo sé. Y es por eso que tomé la decisión de hacer lo que voy a hacer.

Mauro observaba la calma que tenía ese hombre. Tenían la foto de él, como miembro de la familia del Jeque, pero no aparecía como miembro de la corrupta e infranqueable red de corrupción. No dejaba de ser extraño, aunque fuera más cercano de lo que pensaba.

—Yo soy quien va a negociar con él... —recalcó Amir con seguridad.

—Negativo—. Acotó Mauro —Tengo que verlo. En persona... y hablar con él.

—No puede ser así... —Amir continuaba con una calma desconocida. Por el bien de

todos no podía descontrolarse, y debía convencer al detective de que su plan era el mejor.

—No entiende. Es algo personal.

—Dejemos eso para después. Ya entenderás. ¿Puedo tutearlo?

Ni siquiera se molestó, al fin y al cabo eran más cercanos de lo que pensaban.

—Sí, no hay problema, pero me temo que el que va a entender después es usted.

—Mi padre es una persona bastante inteligente, pero yo encontré la manera para que su única opción sea dejar a Katia en libertad.

—¿Y su familia?

—No sé si va funcionar con todos, pero quizás pueda intentar incluirlos.

—¿Por qué la fueron a buscar... si ya tenían al padre?

—Su propio padre la vendió por su vida.

La cara de Mauro lo dijo todo, se sorprendió. Tanto había insistido en salvaguardar la vida de su hija, en la protección, que al final había sido él mismo quien la había entregado. Frunció sus labios de bronca contenida. ¡Qué ruin!

—Ella fue una víctima, no debió haber pasado por esto. Por eso quiero ayudarte a remediarlo—. Agregó Amir serenamente.

—Bueno, cuéntame tu plan... —dijo Mauro ansioso de saber lo que había planeado.

No estaba completamente seguro de si podía o no confiar en él, pero por lo menos decidió escucharlo.

Un par de días después de la reunión con Mauro, Amir recibió una llamada urgente de su padre. Necesitaba verlo a él y a su otro hijo de forma urgente. En parte, él estaba esperando esa reunión.

—Necesito que vengan urgente.

Fueron las pocas palabras que su padre, Gandur Aldayuz, pudo expresar.

—Voy para ahí.

Tomó su maletín, el que tenía todo lo necesario y se subió a su Chevrolet Camaro SS que era uno de sus favoritos y se dirigió a la mansión de su padre con decisión.

Al llegar notó que Hassan, su hermano ya estaba allí y su cara no era la mejor.

—*Assalam aleykom*—saludó al llegar.

—*Aleikom assalam*—contestaron al unísono.

—¿Qué sucede padre? —Preguntó de forma inocente.

—Algo muy malo hijo. Ven —expresó el Jeque consternado.

—Nos han trancado todas las cuentas —explicó Hassan casi en un ataque.

—Todas nuestras cuentas hijo. No sé qué ha pasado, pero está todo trancado.

Bueno, eso era esperable. Era una parte del plan.

—Algo ha pasado, algo tuvo que haber pasado—. Expresaba una y otra vez su padre que estaba descolocado.

—Padre, cálmate. Siéntate. Tengo que hablar contigo... —expresó Amir con calma.

—¿Cómo puedes tener esa calma hijo? ¿Acaso no ves en qué lío estamos?

—Siéntate y déjame hablar... —ordenó decidido.

—¿Tú qué sabes? —Preguntó Hassan desconfiado.

—Han dado conmigo.

—¿Cómo es eso? ¿Quién? —Preguntó el Jeque sorprendido.

¿Cómo sería posible que hubieran contactado a Amir?

Amir calmado apoyó su portafolio sobre la mesa, lo abrió y comenzó a sacar un montón de documentos, fotos y papeles para que su familia los viera. Oraba internamente porque su padre y Hassan entendieran lo que estaba por pasar.

—Han llegado a mí con todas las pruebas irrefutables de sus negocios ilegales—. Explicó sereno ante la absorta mirada de ambos—. Tienen las fotos, declaraciones, grabaciones de cámaras del puerto de Somalia. Tienen todo para que ambos vayan de por vida a la cárcel—. Culminó y esperó por las reacciones de su familia.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —expresaba Hassan una y otra vez, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación exaltado.

—¿Cómo tienes tú esto? ¿Quién te ha contactado? —inquirió Gandur desconfiado.

—Interpol.

—Mentira. ¡Interpol no se mete con nosotros!

—Pues yo no estaría tan seguro padre—. Amir continuaba explicando—. ¿Dónde crees que conseguí todo esto? Agencias Argentinas han llegado hasta nosotros siguiendo la pista del fiscal y su hija. Como ustedes no estaban en la ciudad, recurrieron a mí para hacer una negociación pacífica.

—¿Pacífica? ¿¡Pacífica!?! —Gritaba el Jeque furioso —¡Una mierda!

—Lo creas o no padre, están dispuestos a negociar.

—¡No voy a negociar una mierda! —Gritó rabioso.

Amir mostró claramente y con detenimiento los datos de llamadas telefónicas, de rutas y fotos que los comprometían a ambos. Explicó con pocas palabras lo involucrados que estaban y que no iban a parar hasta que consiguieran lo que habían venido a buscar.

—¿Qué quieren? —preguntó Gandur ofuscado.

—Dos cosas. La primera es Katia y su familia de forma ilesa.

—¡De ninguna manera! —Exclamó Hassan como un poseso—. ¡Ni hablar!

—¡Bellagio no se moverá de acá! —Gritó—. Es más... hoy mismo me voy a ocupar de él—. Incepó Aldayuz con ira contenida.

—Quieren a la madre... —comentó Amir como si no fuera gran cosa.

—¿Cómo? —exclamó Gandur exaltado—. Para ellos la madre está muerta. ¿Cómo saben que está viva? —volvió a gritar cada vez mas alucinado.

Amir sacó más fotos satelitales, donde claramente se observaba a la madre de Katia en su propiedad. Ninguno de ellos entendía como habían obtenido tanta información. Siempre habían sido muy cuidadosos. El único que los comprometía era Franco Bellagio, y ya estaba fuera de foco.

—Además hay alguien que quiere hablar contigo en persona... —Agregó Amir a todo el embrollo emocional reinante en la sala. Sabía que si su padre se sentía arrinconado, no era capaz de hacer nada impulsivo, pero sería capaz de escucharlo; y él ya tenía una oferta que difícilmente rechazaría.

—¿Quién mierda quiere hablar conmigo?

Amir se levantó de su asiento y fue directo hacia la puerta lateral donde Mauro lo esperaba preso de una extraña serenidad. Era un movimiento peligroso, pero el detective insistió que debía enfrentarse personalmente a él, sabiendo a lo que se exponía. Era una necesidad interna que debía ser saciada.

La ansiedad ya no lo gobernaba, estaba a punto de culminar la gran meta de su vida, había soñado con ese momento tantas veces que no tenía ni siquiera que imaginarse su cara. Se dirigió al salón, acompañado por un calmado Amir, que confiaba en que todo podía salir de acuerdo a lo planeado.

Gandur Aldayuz estaba en una encrucijada como jamás la había estado, molesto, ofuscado y trancado en sus negocios más lucrativos. No entendía cómo lo habían logrado. Las cosas no le cerraban. Abstraído observó cómo su hijo se levantó a buscar a alguien para hablar. Lo menos que tenía ganas era de hablar con alguien. Cada vez entendía menos.

Su hijo apareció con una persona que no reconoció al instante. Su cabeza estaba en otra parte, que no tuvo la claridad suficiente para darse cuenta de quién se trataba.

Mauro se paró frente a ese hombre que había deseado enfrentar toda su vida, serio y confiado, acompañado por su mejor cara de repulsión.

—¿Y usted quién es? —Preguntó el Jeque con desprecio. Era argentino. Hablaba un perfecto español. No necesitó traductores para hablar.

Un Mauro inmutable abrió su maletín y sacó una de las carpetas que allí adentro tenía. No se sentía intimidado, por el contrario, la bronca interior que sentía y había acumulado desde pequeño, no dejaba lugar a otro sentimiento. Tiró la carpeta abierta sobre la mesa y aparecieron ante sus ojos decenas de fotos, artículos de prensa y otros recortes digitales. Todas tenían fotos de Claudia Lamanna; su madre.

La cara del Jeque paso de la furia a la incredulidad completa. Sabía perfectamente quién era esa mujer, pero no pudo comprender al instante la conexión.

Amir pasó a un segundo plano, dejando que el detective hiciera su parte. Mauro ya le había contado todo, necesitaba hacerlo a su manera.

—¿Quién...? —Comenzó a preguntar Gandur, pero su boca reseca impidió terminar la frase.

—Mauro Lamanna —espetó seriamente sin siquiera estirar su mano—No sé si me recuerda.

La tensión en el ambiente era palpable. Tanto el Jeque como Hassan estaban en modo alerta ante lo que tenían enfrente. No volaba una mosca, todos los movimientos eran extremadamente lentos y calculados. El tiempo parecía haberse detenido.

—Déjeme explicarle... —comenzó Mauro observando la inmutabilidad de su mayor enemigo —Empecemos por el principio. Hace veinticuatro años, usted viajó a Buenos Aires; más bien... pasaba varios meses allí haciendo las conexiones que hoy le son tan fieles—. La mirada de Hassan era de completo desconcierto, mientras que Gandur Aldayuz lentamente empezaba a conectar hechos con realidades.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —se animó a preguntar, aunque se imaginaba la respuesta.

—Pues verá, ella era mi madre—.Expresó Mauro —La mujer que usted tan caballerosamente abandonó cuando se enteró que estaba embarazada. Cuando no era nadie y se sentía solo, recurría a ella como compañía. ¿No era así?

Amir sabía la historia ya que Mauro se la había contado. Su padre tenía un pasado, una doble vida entre Arabia y Argentina, que quiso olvidar y dejar atrás al momento de lograr su gran meta. Ser la cabeza de la organización.

Le costó mucho aquel camino, debió dedicarse por completo a su actividad; pero el pasado no lo dejó a él. Su pasado era un boomerang, y aquí estaba. Hassan quedó perplejo, parecía que estuviera participando en una película de terror.

—Al poco tiempo de que usted la abandonó y ella me tuvo, murió... —explicó el detective seriamente.

Quería hacerle daño, hacerlo sentir culpable, verlo suplicar por no perder todo lo que había conseguido—. Yo lo culpo a usted, he hecho de esa culpa mi venganza personal, mi historia de vida.

Parecía el monólogo de un loco, parecía no importarle un comino la reacción de los demás. Hablaba, escupía palabras de odio que había guardado desde que pudo dilucidar lo que había pasado con su familia. Todo estaba allí, guardado en algún recóndito lugar de su corazón para ser expulsado en el momento justo.

—Niño, yo no tengo nada que ver. Era ella quien quería un hijo, yo nunca lo quise... —expresó con soberbia el Jeque.

—Shhh... —lo calló con un simple ademán de su mano—. Usted lo ha hecho aún más personal, al secuestrar a mi mujer... —hablaba ante la atenta mirada de los presentes —a su intento de asesinato. El que usted ordenó.

—Yo no ordené nada chiquillo... —quiso continuar, pero fue nuevamente interrumpido.

—Le conviene escucharme y no perder tiempo.

—¿Y eso por qué? —Preguntó Gandur intrigado.

—En éste momento... —comentó mirando su reloj de forma inocente —mientras estamos “negociando”, Porque estamos “Negociando”, ¿no es verdad? —preguntó retóricamente —la mayor de sus plantas petrolíferas está siendo desmantelada por mi gente.

Un rostro de hielo inundó la cara del Jeque. Estaba acorralado y sorprendido como hacía mucho no lo lograba nadie.

¿Qué? ¿Cómo podía ser?

—¡Mentira! —espetó furioso. ¿Quién se cree que es este chiquillo? —¡Imposible!

—No me importa lo que crea... —dijo Mauro con seguridad—. No sólo eso, sino que sus cuentas están siendo vaciadas completamente hacia una cuenta fantasma en las Islas Caimán.

—¿Pero estás loco? —Le gritó Hassan desde atrás de su padre.

—No, “hermanito”... mi locura ha desaparecido; ahora es una obsesión. En el caso —expresó despreocupado viendo que Hassan se estaba poniendo violento y tenía un arma en su espalda —en el que decidan matarme en éste preciso momento, siete misiles están destinados a cada uno de sus otros pozos petroleros locales... —acotó dejando fotos satelitales sobre la mesa con las exactas localizaciones de cada uno de ellos —Si no me comunico con una respuesta favorable en aproximadamente... —miró su reloj —quince minutos, el suelo empezará a temblar.

—No puedes hacer esto... —expresó el Jeque con cierta incertidumbre.

¿Y si era verdad? No podía permitirse quedarse sin ninguno de los pozos, siete misiles en cada uno, no quedaría nada.

—Sí, puedo. Y sucederá si no salgo de acá con vida y con mi familia. Tenlo por seguro—. Afirmó Mauro con una decisión desconocida.

El Jeque estaba dudando, realmente pensaba en la posibilidad de quedarse sin dinero y sin sus pozos. Adiós a la vida que tanto había logrado construir en los últimos años. Era un desastre.

¿Cómo fue que pasó todo esto? Siempre había sido cuidadoso, ¿Cómo pudo filtrarse todo esa información? Era una locura.

—Eres muy osado... —expresó el Jeque con altanería.

—Viene de familia... —aseguró Mauro con cierta burla.

Parecía un loco. Sabía que era muy riesgoso y que se exponía demasiado con todo lo que estaba haciendo, pero actuaba como si no le importara. Estaba ganando, era el turno de Amir.

—Tengo la forma de recuperar parte de tu dinero padre. De una forma legal—. Expresó Amir desde atrás de Mauro.

—¿Qué dices? —El Jeque estaba tan perdido que casi había olvidado su presencia.

—He hecho mis contactos en Argentina. Voy a abrir una fábrica allí... —explicó con la intención de convencerlo—. Exportaré carne y soja en un principio, luego ampliaremos los productos.

—¿Y yo que tengo que ver con eso? —Preguntó entre furioso e incrédulo.

—Usaré tu dinero, el que está “perdido” en las Islas Caimán—.Replicó Amir sin más.

Habían grandes chances de que todo saliera bien.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso tú tienes acceso a mi dinero? —inquirió el Jeque levantando temperatura.

—No es así... —acotó Mauro, salvándolo de las sospechas—. La cosa es así. Tienes dos opciones. La primera; su dinero se pierde en las Islas Caimán y nunca serás capaz de recuperarlo...

—¿Ó...?

—O con ese dinero puedes abrir un negocio legal en Argentina, que manejará mi mujer y su madre. Será para beneficio de tu nieto; el que casi matas —respondió el detective de manera hiriente.

Ver la cara del Jeque era un gran regocijo. Se veía acorralado y nervioso, un placer a sus sentidos.

—¿Quién va a manejar ese maldito negocio?—indagó Gandur. Desde su poca perspectiva y claridad entendía que no tenía demasiadas opciones, ni tiempo.

—Yo lo haré padre. Podrás recuperar el dinero. He hecho estudio de mercadeo en la zona, será un buen negocio. Y es legal... —agregó Amir.

—Tic Tac... —articuló Mauro anunciando que el tiempo seguía pasando.

—¿Y si digo que no? —preguntó el Jeque con rebeldía. No podía ser que éste chiquillo lo hubiera encerrado así. No conseguía entender cómo pudo haber puesto su mundo de cabeza de tal manera que tuviera que ceder. No era que estuviera manejando seriamente esa posibilidad, pero quería saber si a él le importaba.

—No me importa... —dijo tomando asiento en uno de los mullidos sillones de la sala—. Me sentaré y esperaré a que el suelo empiece a moverse.

Y así lo hizo. Tomó asiento tranquilamente ante la atenta mirada de todos los presentes.

—¿Realmente has hecho todo esto por una mujer? —preguntó el Jeque atónito.

—Te invito a tomar asiento y esperar a ver lo que soy capaz de hacer por MI mujer... —replicó Mauro con una seguridad ingobernable.

—Padre... —expresó Amir —¡reacciona! Es tu mejor opción. De ninguna de las otras maneras podrás recuperar un céntimo.

—¿Quién me lo garantiza hijo? ¡Debe ser una trampa! ¡Malditos!—. Contestó refunfuñando por lo bajo un montón de improperios. La furia y la impotencia eran notorias a lo lejos.

—Yo voy a estar a cargo padre. ¿En qué negocio me he metido que sea un fracaso? Sabes muy bien que yo hago estudios, y éste no es la excepción. Tiene un buen futuro.

—¿Cuál es la condición? —preguntó casi resignado.

—Katia y su familia —expresó Mauro tranquilo aún acomodado en su mullido sillón.

—No puedo darte a todos. Este inútil de Bellagio me ha hecho perder mucho, me ha costado todo lo que he construido. Estoy a punto de perderlo todo por su culpa, ¿y quieres que lo libere como si nada? ¡De ninguna manera! —gritó el Jeque con rabia.

—Katia y su madre entonces... —replicó Amir rápidamente. La idea era poder sacarlos a todos, pero él estaba convencido de que su padre no los liberaría a todos.

El Jeque pareció pensarlo, cuando en ese momento el celular de Hassan cortó el tenso ambiente reinante en el salón.

—Padre... —expresó Hassan con preocupación—Me llaman de la planta doce, los malditos misiles son visibles en el radar.

—¡Por Alá misericordioso, detén esto! —suplicó Gandur Aldayuz desesperado.

El maldito hablaba en serio. Pensó para sí mismo de forma instantánea.

—Ya sabes lo que quiero... —expresó Mauro con tranquilidad.

—Está bien. Katia y la madre. Franco es mío—. cedió con cierta reticencia, pero de seguro se iba a desquitar con el inútil del fiscal.

¡Qué mala jugada! ¿Cuántas veces Amir le había advertido que en algún momento se iba a ir todo al cuerno?

—Es todo lo que necesitaba saber... —Mauro se levantó rápidamente, tomó su

teléfono que estaba dentro de su maletín y llamó a Claudio. Pronunció una clara señal para terminar la “Operación”.

—Arreglaré con Amir nuestra salida del país, no tengo interés de volver a ver tu cara.

—Pues sí es verdad que llevas mi sangre en algún lado... —expresó el Jeque con cierto tono de orgullo. Se notaba que tenía agallas, y eso lo hacía un Aldayuz de verdad.

—La familia no se elige... —comentó el detective mientras se dirigía hacia la puerta.

—Iré por María Julia padre... —Gandur no había quedado para nada contento, pero lo habían acorralado de tal manera que no había tenido chance ni siquiera de pensar en lo que se había metido—. Se va conmigo...

—Me contactaré contigo cuando tenga todo en marcha. Iré con ellos a Argentina para empezar con el papeleo de la fábrica.

—Aún no me convence... —expresó secamente el Jeque.

—Te va a convencer cuando empieces a recuperar parte de tu dinero... tampoco nos dieron muchas opciones —explicó Amir serenamente—. Creo que has obrado sabiamente.

Se retiró del lugar dejando a su padre todavía poco convencido y a su hermano Hassan, hecho una furia. Sabía que su padre tenía en cuenta sus opiniones, lo respetaba y siempre quiso que se retirara de los negocios ilegales. No entendía cómo no le habían descubierto hasta ahora. Estaba convencido que lo que acababa de pasar era lo mejor para todos.

Fue directo a donde estaba María Julia, que estaba al tanto de que iban a tratar de negociar, e incluirla a ella. Ella estaba orando por una buena fortuna, ya estaba pronta para irse.

Amir, María Julia y Mauro subieron rápidamente al Camaro y se dirigieron a darle la noticia a Katia.

—Nunca me imaginé que podía tener otro hermano... —comentó Amir, contento por el resultado de la negociación.

—Yo no estoy tan contento. Si de mí dependiera no llevaría esa sangre en mi cuerpo... —opinó Mauro seriamente—. No es por ti, pero no estoy orgulloso de eso.

—Lo entiendo, pero aún así... —Amir parecía un niño chico. Después de la tensión y del susto pasó a un entusiasmo inentendible.

—¡Me muero por verla! —expresó refiriéndose a Katia. Tanto había esperado por ese momento. Todo lo que había arriesgado por ella y en ese momento se sentía a punto de llegar al final; al final de su arco iris.

—¡Katia va a estar tan contenta de verte! —expresó María Julia desde el asiento trasero. No creía todavía que fuera capaz de volver a su antigua vida. Ni siquiera recordaba cómo era.

Capítulo 19

Mauro estaba nervioso y a la vez ansioso por verla. No se imaginaba como podía ser ese reencuentro. Sentía un remolino en su estómago y un huracán en su pecho. No sabía si sorprenderla y hacerle el amor en ese momento o ir lentamente, como le habían pedido. La necesidad de ella escapaba por cada poro de su piel. Quería hablarle a su hijo, cantarle y amarlo como tantas veces a la distancia había imaginado. No sabía si podía contener sus ganas de volver a hacerla suya.

Obviamente Amir sentía un cariño muy especial por ella, lo pudo notar al instante que lo conoció. Tanto cariño y dedicación se le da solo a una persona que se le tiene aprecio. Uno no arriesga todo lo que tiene ante un padre terrorista por nada.

Llegaron a la mansión rápidamente, aunque para Mauro el viaje fue eterno. Katia no tenía idea de lo que había pasado, luego de proporcionarle los números de teléfono a su madre, no supo más nada. Ni se imaginaba que Mauro se encontraba a tan pocos metros de ella.

La primera persona que los recibió fue Karima. Ella sí era consciente de lo que había pasado, así que también utilizó el poder de la oración para pedir que todo hubiera salido bien para todos. Suspiró al verlos llegar sanos y salvos, inclusive un joven que se imaginó que sería la pareja de Katia.

—Primero entraremos nosotros y te prepararemos el camino. No queremos ocasionarle un sobresalto ¿Verdad? —preguntó Amir con delicadeza.

Aunque las ganas que tenía Mauro de verla eran más grande que toda Arabia, tenían razón. No podía aparecerse por la puerta como si hubiera ido por unas facturas, así que asintió.

—Iremos primero... —explicó Karima suavemente—. Luego yo misma vendré a buscarlos.

Amir y Karima subieron enseguida y se dirigieron a la habitación de Katia. Ella estaba leyendo un libro que le había conseguido su amiga, sobre la vida de tres chicas en la ciudad de Riyadh, el cual le había parecido muy interesante para entender aún más las costumbres del lugar donde estaba viviendo hacía meses.

Ella estaba tan sumida en la lectura que apenas notó la entrada de ambos a la habitación.

—Hola pequeña... —se acercó Karima a saludarla.

—¡Hola! —exclamó ella al verlos a ambos en la habitación.

—¿Cómo estás? —preguntó Amir desde atrás de Karima.

—Bien. Estaba entusiasmada leyendo el libro que me consiguió Kari —expresó contenta —¿A ustedes cómo les fue?

Amir se acercó un poco más a ella, miró a Karima que le dejó más espacio y se retiró dejándolos solos por un momento.

—¿Segura que estás bien?

Katia abrió los ojos en señal de alerta.

—La última vez que me hiciste esa pregunta dos veces me trajiste a mi mamá... —Dijo ella con dulzura.

—Cómo me conoces... —expresó Amir suavemente.

—¿Porqué? ¿Qué pasó?

Un suspiro escapó de los labios de Amir, antes de comenzar a hablar.

—Tu madre está aquí... —susurró él de forma pausada.

Ella se sorprendió, estaba sensible y ansiosa. No esperaba que tan rápido su madre pudiera volver a la mansión. Sabía que había algún plan en marcha para poder cambiar algo de lo que estaba pasando, pero se imaginaba que los resultados podían demorar un poco. No debía ser fácil negociar con el Jeque.

—¡Qué bueno! Ya tenía ganas de volver a verla —expresó con alegría.

—También tengo otra sorpresa para ti—. Comentó Amir con suma ternura.

—¿Otra? —preguntó con entusiasmo.

—Alguien más te quiere ver... —explicó suavemente.

Miró hacia la puerta donde ya se encontraba Karima, atrás de ella se podía ver la figura de su madre. Podía notar que alguien más estaba allí, pero aun no lo veía.

—Con calma Katia, por favor... —suplicó Amir al ver la ansiedad que se apoderaba de ella.

—¿Quién...? —comenzó a preguntar, pero sin poder terminar la frase.

Ella se levantó lentamente con la ayuda de Amir, se dirigió lentamente hacia la puerta de su habitación.

Karima se corrió, dejando la vista libre y ahí los vio a los dos.

Su madre y Mauro estaban allí.

—Mau... —escapó de sus labios al divisarlo. Llevó sus manos a su rostro en forma de sorpresa. Él estaba allí, su amor la había ido a buscar.

Él estaba bajo el marco de la puerta, sus brazos tensos, sus ojos llorosos. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no saltar arriba de esa hermosa mujer que lo estaba mirando sorprendida. La panza parecía saludarlo primero; prominente y puntiaguda.

—¡Oh... Dios! —susurró al verla tan hermosa y radiante.

En tres enormes pasos llegó frente a ella, cayó de rodillas de forma instantánea y la abrazó con energía por su vientre. Susurraba hacia ella y hacia su hijo. Katia lo abrazó mientras lágrimas se le escapaban de emoción. No podía creer, volver a ver a Mauro y menos en ese lugar. Lágrimas, sollozos, abrazos y besos cubrieron la habitación.

Mauro no quería apretarla, ya que la panza era mucho más notoria de lo que recordaba, y estaba grande, pero no podía con las ambiciones que su cuerpo le demostraba. Se levantó tímidamente para poder observar su hermoso rostro.

¿Cuánto tiempo había pasado? Ya ni recordaba.

—Mi amor... no puedo creer... —susurraba ella entre sollozos—. Mis plegarias se han hecho realidad...

—Ángel... —susurraba en su oído. Después de tanto tiempo buscándola, de un camino plagado de vacíos y malentendidos no creía poder tenerla nuevamente en sus brazos.

—Lo sabía... lo sabía... Mauro... —suspiró ella en su pecho. Se despegó levemente para poder ver a sus ojos, recorrió su cara con dulzura, acariciando suavemente su barba prominente y su piel que tanto añoraba.

—Qué feliz me hace verte —susurró ella sobre sus labios. Lo abrazaba, lo tocaba queriendo cerciorarse de que lo que estaba viviendo era real.

Karima lloraba, Amir por más que trató de manejar su conmoción, no pudo con algunas lágrimas que también se le escaparon, la emoción no solo era visible sino que a esa altura era uno de ellos.

Se fundieron en un beso cálido y tierno que mostraba todo lo que se habían extrañado. En él se podía vislumbrar el amor y el deseo aun existente en ese sentimiento que nada pudo romper, ni siquiera la lejanía o la desgracia. Un amor más vivo que nunca, una llama inextinguible de real y verdadero cariño.

—Perdóname amor... —susurraba Mauro sobre sus labios.

—Shhh... —lo callaba, mientras continuaba entretenida con su boca.

De repente un bajo carraspeo de María Julia, interrumpió su demostración de amor.

—Ángel, nos vamos a casa —susurró al separarse tímidamente de ella.

Katia continuaba llorando de emoción. Le costaba creer lo que estaba viviendo. Tantas veces había soñado con que Mauro la viniera a buscar que le parecía mentira que estuviera sucediendo realmente.

—¿Nos vamos todos? —preguntó inocentemente observando también a Amir y Karima que continuaban en la habitación.

—Ha sido una negociación difícil... —comentó Amir discretamente.

—¿El Jeque? —preguntó imaginando con quién habían tenido que negociar. Ni se imaginaba remotamente lo que había pasado, pero si alguien tenía la decisión final, ese podía ser solo Gandur Aldayuz.

—Te explicaré en el camino ángel. Debemos partir.

Había alguien que no estaba, no figuraba dentro de su ideal de familia, pero igual se animó a preguntar.

—¿Papá?

Hubo un desvío general de miradas. ¿Quién iba a decirle la verdad?

—Tu padre ayudó en la negociación... —mintió María Julia —pero él no puede irse con nosotros.

Katia suspiró. Por más que él hubiera actuado mal, no dejaba de ser su padre.

—Créeme ángel, hicimos lo posible. No hubo manera... —explicó Mauro con cierta desazón.

Una cosa era segura, si él no hubiera iniciado el incendio nada de eso hubiera prosperado. En cierta forma sí había sido importante para el plan, pero era seguro que Gandur Aldayuz no iba a dejar pasar semejante obra de rebeldía.

Mauro no quería que ella supiera los términos de la negociación de su padre, de común acuerdo con Amir, lo dejaron como un efecto colateral que ella tanto conocía. Sería mejor para ella de esa manera.

—Karima, ayuda a Katia con sus cosas, el vuelo parte en dos horas.

—Sí, Señor... —respondió inmediatamente.

—¿Qué vuelo? ¿Ya nos vamos? —preguntó Katia sorprendida.

—Tengo un avión privado... —acotó Amir —estará pronto para nosotros a tiempo, pero debemos apurarnos.

—Debo recoger a Claudio—. Recordó Mauro en voz alta—. El resto del equipo está avisado. Estarán retornando lo antes posible.

Amir tomó las llaves de su auto del bolsillo y tiró por el aire el llavero de su Chevrolet Camaro SS rojo hacia Mauro. Éste las atrapó, no sin antes abrir los ojos en forma desorbitada hacia él.

—Ve a buscarlo. Nos prepararemos.

—¿Me estás dando las llaves de tu auto? ¿Del Camaro? —No se lo creía.

—Sí, apúrate hermano. Tenemos cosas que hacer —lo dijo en doble sentido, pero le estaba tomando el gusto a tener otra familia.

La única que no captó la indirecta fue Katia que aún estaba asombrada con la situación.

—Sí ¡Claro! —exclamó el detective. Le faltó dar un salto como un niño pequeño. Besó rápidamente a su ángel en los labios y salió corriendo a buscar a Claudio, que se encontraba en algún lugar cercano a la ciudad.

—Ten cuidado... —le gritó Katia desde la habitación, pero ya no la escuchó.

—Tu rostro se ha iluminado pequeña —expresó Karima con una mezcla de alegría y pesar—. Te voy a extrañar tanto... —sollozó sabiendo que no volvería a verla en un largo tiempo.

La abrazó como si fuera su hija, estaba tan feliz de que pudiera salirse de todo el embrollo en el que se encontraba y a la vez tan triste de que no la vería más. Podía reír y llorar al mismo tiempo y por la misma situación. Era tan ambiguo.

—Karima —Amir interrumpió su abrazo con una simple palabra.

—Señor... disculpe... —se excusó Karima ante su amo, limpiando una lágrima que corría por su mejilla.

—No te pongas triste. Ve por tu valija.

—¿Cómo? —preguntaron las dos al unísono.

—Yo no voy a poder estar siempre en Argentina, así que voy a necesitar a alguien de mi confianza que me ayude—. Explicó con una sonrisa en sus labios.

—¿De verdad? —preguntó Katia incrédula. Había recuperado todo en un mismo momento, parecía un sueño.

—Sí. ¡Ya! ¡Ve por tus cosas!

—¡Oh bendito sea Alá! —exclamó totalmente emocionada y sin pensarlo dos veces se acercó a Amir, lo abrazó con efusividad y le dejó un beso en el cachete.

—*¡Shukran! ¡Shukran!*—repetía constantemente mientras se retiraba de la habitación emocionada.

Katia le siguió con un apretado abrazo. Ambas lo tomaron por sorpresa.

—Muchas gracias. *¡Shukran!*—exclamó mientras lo abrazaba. No era muy común ese contacto entre ellos, pero no aguantó y su dicha la dominó—. Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí Amir... —agregó una vez que lo liberó de su inesperado abrazo.

—No es nada... —replicó él un poco avergonzado.

Sentía una gran conexión con Katia. Sabía que la extrañaría y que su casa no sería lo mismo sin ella. Sin ella y sin Karima, que pasaría la mayor parte de su tiempo en Argentina. Él sería el responsable de entrenarla como su secretaria personal y que fuera su nexo continuo entre los dos países.

Por más que su corazoncito recién repuesto le dijera que no las dejara ir a ninguna de las dos, sabía con certeza que era lo mejor que le podía pasar a todos.

Ya en el viaje, junto a Mauro, Karima, su madre y Amir; Katia se puso al día de todo lo sucedido. Se sorprendió gratamente de saber todo lo que Mauro tramó para que ella pudiera salir de esa situación. Era un plan peligroso, pero por suerte había salido todo bien.

Mauro le explicó con culpa por qué le había ocultado cierta información a ella. Le pidió perdón de mil maneras posibles, pero ella ya lo había perdonado.

—En todo lo que pensaba era en que estuvieras bien... —explicó ella tranquilamente—. Cuando no estabas conmigo, mis pensamientos sólo lo ocupabas tú, amor. No quería otra cosa que volver a estar en tus brazos.

Las sensaciones habían cambiado completamente, en cuestión de pocas horas. En pocas palabras explicaron la dura reunión que habían tenido con el Jeque.

—Todo fue con ayuda de Amir, sin él no hubiera podido hacer nada —explicó Mauro agradecido.

—¿De verdad tenías los misiles preparados? —preguntó Amir con cierta incredulidad. Esa parte no era algo que tuviera muy claro a la hora de la reunión, pero no se imaginó que esa parte fuera real.

Mauro sonrió ante tal desfachatez, la verdad había sido una jugada muy peligrosa, pero realmente Claudio era un genio con la informática. No hubo contestación, pero ya se la imaginaba. Fue un gran riesgo el que tomó, pero tampoco tenían cómo comprobar si los misiles habían sido reales o no; solo que “mágicamente” aparecieron en el radar de cada una de las plantas pertenecientes al Jeque. De la misma manera, desaparecieron al terminar la negociación.

Entre todos le explicaron a Katia que Amir se había propuesto hacer un negocio legal en Argentina en el cual involucrar a su padre. Luego del estudio de mercado dedujo que podría plantar soja e importarla y que sería un muy buen negocio. Una vez que estuviera bien asentado también podría dedicarse al ganado, pero en principio con la soja bastaba para comenzar. Katia se sorprendió ante la confianza depositada en ella y en su madre. Sabía que tenía varias cosas que afrontar una vez en Argentina. Mauro la había puesto al día con la denuncia de ella y de Lucía. Sebastián se había encargado de ese tema en persona, inclusive tenían su denuncia ya redactada, una vez en suelo argentino debía leerla, firmarla y se presentaría en el momento. No había forma de que esos bastardos pudieran salir de esa situación sin ningún cargo, ni siquiera bajo fianza.

El viaje fue ameno, entre charlas, algún bocadillo y alguna bebida se dieron cuenta de que conformaban un buen equipo. Amir estaba seguro de que este nuevo proyecto iba a ser muy beneficioso para todos.

Katia estaba recostada cómodamente sobre uno de los asientos del jet privado de Amir, Mauro estaba a su lado. Se besaban, se acariciaban tiernamente como queriendo asegurarse de que el otro estuviera allí realmente.

—Amor, me encanta como está tu pancita —le susurró al oído mientras algunos dormitaban en el avión.

—Mi pancita y yo te hemos extrañado muchísimo —suspiró ella abrazándolo y atrayéndolo hacia ella.

—Hola bonitote... —murmuró dirigiéndose al vientre de su chica.

—Es un varón... —soltó ella sin reparos mirándolo a los ojos—.Será Máximo Lamanna —expresó con una sonrisa en sus labios. El nombre lo había decidido hacía tanto tiempo, lo había visualizado de tal manera que no lo había olvidado.

La sonrisa en su rostro no se hizo esperar, sus labios se curvaron sin poder evitarlo y comenzó a reír de forma nerviosa.

—¿Varón eh? —continuaba nervioso —Máximo... me encanta. ¡Me encanta! —repetía presuntuoso.

Será orgullo de su padre, pensó instintivamente.

Se acercó lentamente a su abdomen, la acarició suavemente con su mano sin ofrecer presión por miedo a “aplastarla”. Lo besó, por encima de la fina tela que aún vestía Katia, *suabaya*. Clavó su oído a la altura de su ombligo esperando escuchar algo, no sabía qué.

—Háblale... —dijo dulcemente ella —él también debe extrañar tu voz.

La emoción brilló en sus ojos. Los ojos de un padre feliz y afortunado. Suavemente comenzó a tararear la canción que su madre le cantaba a él, cada vez que se iba a dormir.

Amigo, querido...
Gigante, chiquito...
Cuánto amor,
cómo te quiero hijo mío.
Mírame siempre a los ojos
que en tus ojos me miro.

Amigo, querido...
Travieso, bandido...
Yo soñé
y eras mi sueño hijo mío.

Le susurró dulcemente cada palabra, como si fuera el propio Sergio Denis, mientras acariciaba suavemente la abultada zona. Pudo sentir el momento donde él se movió.

—¿Me pateó? —Preguntó sorprendido —¡Me pateó! ¡Mi hijo me pateó! —Gritó para que todos lo escucharan. Todos rieron.

Conmoverlo con su toque y sus palabras, su hijo le respondió. Siempre iba a ser su hijo, no había manera de que no lo sintiera de esa manera. Iban a construir una familia, de las cenizas y las desgracias que cada uno habían pasado; juntos, harían la mejor familia que pudieran imaginar.

Epilogo

3 años y unos meses después.

—Amor, tengo que ir a la oficina a ver si está todo en orden. ¿Podrías ir a buscar la torta para el cumpleaños?

—Sí, amor. Despreocúpate —comentó Mauro mientras jugaba con Máximo en la cocina de su casa.

—No Mau... —expresó ella seriamente —el año pasado me hiciste lo mismo. Fuiste a última hora a buscar la torta y no estaba la que él quería. Quiero que vayas ahora.

Mauro adoraba como se ponía. El ser mamá la había hecho una mujer responsable y correcta. Su carácter había cambiado conforme a todo lo vivido, era una mujer fuerte y dulce, una combinación extremadamente admirable a sus ojos. Hacía unos años que estaban viviendo a las afueras de la ciudad. Luego de culminar con el encarcelamiento de los violadores del pub quisieron alejarse de la capital. Era una forma de dejar atrás el pasado, y comenzar de cero con una nueva y hermosa vida en familia.

Hasta Lucía y su mamá venían de vez en cuando a visitar la gran chacra. Quedó una relación muy buena con ellas. No tuvieron más noticias de su padre, aunque Katia suponía que tampoco las iba a haber.

—Voy a ir con Amir, que está llegando.

—¿Pudo arreglar para venir? —Preguntó ella exaltada. Hasta último momento no sabía si iba a poder desatender sus negocios en España. Viajaba seguido a Argentina y se había hecho una persona muy querida dentro de la familia—. Me alegro tanto que pueda venir.

—Creo que ahí ha llegado... —dijo Mauro mirando por la ventana hacia un lado de la casa.

—¿Qué trae atrás? —Preguntó ella mirando la gran camioneta y un tráiler que acarreaba en la parte trasera.

—Mmm... el regalo... creo... —dijo él casi en un susurro.

Katia lo miró incrédula, ese susurro no demostraba inocencia alguna. Salieron de la casa a recibirlo como acostumbraban, y ya de paso observar mejor lo que él traía para la fiesta.

—¿Qué clase de regalo?

Amir y Karima bajaron de la camioneta, y enseguida el pequeño hombrecito pasó como un torbellino por al lado de ellos corriendo hacia sus adorados tíos. Todos eran tíos.

—¡Tío! ¡Tío! —Gritaba el pequeño mientras corría con los brazos abiertos hacia los recién llegados.

Se acercaron con alegría a saludarlos, mientras comentaron el arduo viaje que tuvieron.

—Tío... —hablaba Máximo en los brazos de su Amir.

—¿Qué pasó bonito?

—¿Me trajiste mi caballito? —Preguntó inocentemente el niño ante la atenta mirada de sus padres.

—Sí, claro. ¿Quieres verlo? —Le habló su tío ignorando la mirada asesina de Katia y la sonrisa de Mauro.

—¿Un caballo Amir? ¿En serio? —Preguntó Katia con ironía.

—Él me lo pidió... —se excusó, aunque no lo necesitaba. Le daría todo a su sobrino.

—¡Mejor vamos por el pastel! —se apresuró a decir Mauro antes de que su amor dijera algo más.

Fueron todos juntos con Máximo a buscar su torta de Spiderman, su personaje favorito, mientras Katia y María Julia terminaban con los últimos detalles de la fiesta de cumpleaños de tres años de su primer hijo.

Familiares, amigos y allegados estaban invitados y fueron llegando cuando ya estaba todo preparado.

El jardín se encontraba decorado con globos, juegos inflables y dos animadores para los niños, mientras que en la gran barbacoa se daría la reunión de los adultos.

Katia estaba embarazada nuevamente de cinco meses; ésta vez era el turno de María Pía, seguramente se convertiría en la princesa de la familia.

La fiesta se venía dando con alegría y normalidad. Comida, bebida y juegos amenizaban las horas que entre palabras y bailes pasaban sin ser notadas.

El toque de magia se lo daba, cantando en vivo, Abel Pintos, que aparte de ser un gran amigo de la familia, Katia podía considerarse su fanática número uno.

Ella observó cómo Mauro dejó su asiento a su lado en la mesa principal, y se dirigió al pequeño estrado junto al cantante. La fiesta fue perdiéndose en susurros hasta quedar en completo silencio frente a los dos.

—Ángel... —Comenzó a hablar Mauro hacia el privilegiado público presente —no tengo palabras para describir de qué manera has transformado mi vida y lo afortunado que me siento al haberte conocido. Has hecho de mí, una persona muy feliz y me has regalado una familia que amo con todo mi corazón. Daría todo por ellos y por ti. Una y otra vez, sin dudarlo. Mi única misión hoy es recalcar, una vez más, que te amo con locura, y como eres tú, mi principio y mi final, quiero dedicarte esta canción, que expresa mis sentimientos en cada una de sus palabras. Te amo amor.

Comenzaron a sonar los acordes de la guitarra de Abel Pintos, mientras a coro empezaron a cantar.

*Te vuelves parte de mi ser en mis palabras
Estás aquí tocando el centro de mi alma
Como un eclipse sin final de sol y luna
Como lo eterno del amor en una alianza
Podría hacer que el mar se junte con el cielo
Para lograr la inmensidad que hay en su vuelo
Que me regala tu mirada y tu desvelo
Bajo la luna cuando danzas en mis sueños
Te voy a amar, y me amarás
Te amo sin principio ni final
Y es nuestro gran amor
Mi ángel de la eternidad
Te voy a amar y me amarás
Te amo y es mi única verdad
Y es nuestro gran amor
Lo que nunca morirá
La noche brilla con tu luz en la distancia
Tu imagen reina y es su brillo el que me alcanza
Me elevo en cada movimiento de tu sombra
Que baila cada vez que mi canción te nombra
Quizá esta vida se termine dando cuenta
Que es ella solo un momento de esta historia
Porque este amor no tiene tiempos ni fronteras
Porque este amor va más allá de mi existencia.*

FIN

Nota De La Autora

Cada uno de nosotros en algún momento de la vida nos encontramos con el caldero al final de arco iris.

Algunos llegan antes, otros podemos demorar más; el asunto es siempre tener la sabiduría suficiente para identificar qué es lo que hay dentro del caldero.

Todos buscamos algo. Todos queremos algo en esta vida. Es la razón por la que seguimos; queremos más, queremos algo diferente. No estar en ese letargo, es lo que te hace diferente.

Gracias.

Agradecimientos

Gracias a todos mis lectores por tomarse el tiempo de leer mi primer novela. Ojalá les haya gustado.

A mis amigas, hermanas de la vida, por apoyarme siempre en cada proyecto y estar cada vez que las necesito; Vic, Naty, Ruth, Isha. ¡Las adoro!

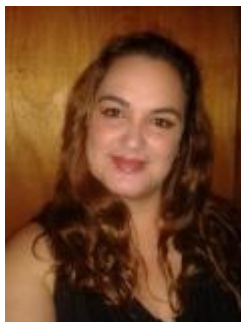
Una mención importante a quienes me ayudaron con la corrección Mery, Ceci, Kiaben. ¡Muchas gracias!

A las personas que creyeron en mí antes y a los que lo hacen ahora.

A las que me aguantan en cada locura, mi familia de sangre, y la del corazón: Rosina, Natalia, Vera, Noelia. ¡Las quiero mucho!

A Victoria Aihar, como siempre, no tengo palabras para agradecer todo lo que me has ayudado, en este y mis anteriores proyectos, sin vos nada de esto sería siquiera imaginable. ¡Gracias infinitas!

Biografía



Ivanna Ryan nació en Montevideo - Uruguay en 1978 y estudió en la Facultad de Ciencias. Actualmente vive en la Ciudad de la Costa, el departamento de Canelones.

Desde adolescente empezó con su amor por las letras, escribiendo alguna historia o algunos poemas sueltos.

En los estudios se dedicó a una parte más científica, comenzando una carrera de Ciencias Biológicas.

Finalmente después de años de postergar su hobby juvenil, decidió comenzar la experiencia de escribir relatos y poemas apoyada por sus amistades y familiares.

En el 2014 publicó "Hojas Sueltas" un libro de relatos y luego la continuación de uno de ellos "Crónicas de un Amor Anunciado". Hoy les presenta su primer novela "Al Final del Arco iris", dónde también hay una segunda historia titulada " A Flor de Piel" los cuales sus protagonistas son estos secundarios.

Ámbas novelas salen publicadas bajo el sello de Ediciones Coral Romántica.